

Una novela de
DANIÉLA VIVIANI



LUISA 1912

FEMINISTA DEL CHILE CENTENARIO?



Prólogo

Con solo seis años, Luisa Clementina Santa María Matte ya tenía claro en la mujer de buen tono, elegante y refinada en la que se convertiría cuando alcanzara la edad de merecer. ¿Es que acaso había mejor referencia para esa noble meta que su hermana mayor Clara? La mujer más dulce y bella del mundo. Un ángel en plena juventud, de ojos ardientes y cutis de salud.

Teniendo como referencia tan virtuoso ejemplo, a la niña le fue muy difícil entender lo que pasó una noche de invierno, cuando su adorada Clara fue castigada con los azotes implacables de su padre.

—¡Sucia, desgraciada, insolente!

Con el primer correazo para Clara, llegó la primera lección para la pequeña Luisa. Su hermana se había equivocado: el amor no se puede dar con cualquiera. Se elige con inteligencia y gran premeditación.

Un golpe más.

La madre prefirió negar la escena, cubriendo el rostro con sus manos. Entonces, la niña Luisa tomó nota una vez más: nada funciona sin la aprobación de los padres. Son ellos, y no una en su condición de mujer, quienes saben lo que es mejor para su propio bienestar.

Ya sin voz para seguir gritando, el padre proclamó finalmente el destierro de la primogénita. Última lección: pensar por una misma es peligroso.

Clara lo había hecho y, en castigo, las hermanas no volverían a verse.

Luisa lloró desconsolada y, con los puños apretados, se prometió no volver a revivir esta desgracia familiar. Para vivir en paz, el manual ya estaba escrito: solo bastaba acatar las reglas. Era fácil, con eso todo estaría bien.

Ella jamás sería como Clara.

Capítulo 1

Clac, clac, clac...

Quedé atrapada en la melodía emitida por los adoquines tras el paso de carros de sangre y carretas. La podía escuchar claramente desde mi ventana y cómo iba desapareciendo gradualmente en la distancia, al igual que la voz de las personas que pasaban por la calle Compañía de Jesús.

Hoy he despertado nostálgica por mis días de infancia. El dulce recuerdo de una inocencia que me hacía creer que las sábanas de algodón que me arropaban por las noches, la refrescante brisa veraniega de Cartagena, un cuarto de toilette completamente amueblado y los manjares dispuestos en la mesa eran elementos propios de cualquier hogar chileno.

El confort de esa vida acomodada e infantil poco tenía que ver con ojos de colores, cabellos rizados y pieles de mayor o menor estirpe. Para mí eran iguales mis hermanos, vecinos, criados y hasta las monjas rosas que solía divisar por la calle Amunátegui. No asociaba, en ese entonces, que los rasgos que decoraban nuestro rostro y cuerpo podían otorgarnos mayor o menor valor y, ajena a todos esos prejuicios, fui una niña feliz por mucho tiempo. Esta mañana, me aferré a ese sentimiento con un extraño anhelo.

Realmente no me quiero levantar. Desde mi puesto, mi mirada se resistía a abandonar los cortinajes espesos y los muebles de brocado que decoraban mi habitación.

—¡Pero, señorita! ¿Todavía en camisola?

—¡Ay, Petronila!

—¿Se tomó el tecito que le dejé?

—Sí.

—¿Y el jarabe ese pa' la anemia? ¿El «Seme-cuece»?

—Se dice «Somatose», Petronila. El tónico Somatose.

—¿Se lo tomó?

—Todavía no...

—¿Me está embromando, ñorita?

La criada de grandes proporciones me miró fijamente y, en cruel castigo por mi negativa, abrió las cortinas de par en par, dejando entrar al furioso sol de febrero para que me achicharrara.

—Ahora voy a ayudar a su madre con el corsé y más rato vuelvo por el suyo, ¿me entendió?

—Sí, pero cierre la cortina, Petronila, ¡por favor!

—¡No!

Y como si no hubiera quedado claro el mensaje, Petronila levantó la mano en señal de la buena palmada que me daría si no cumplía con lo solicitado. El gesto me transportó por segunda vez a mi infancia, ¡pero a recuerdos menos gratos que los veraneos en la costa! Así que me levanté de la cama de un salto y comencé a desarmar mis trenzas como muestra de obediencia. Ya satisfecha, la mujer me sonrió con los pocos dientes que le quedaban y cerró la puerta tras de sí, dando por finalizado mi acto de rebeldía, ¡tan fugaz como el estornudo de gato!

Nada que hacer.

Me dirigí al tocador arrastrando los pies y las ganas de revivir tiempos mejores. Un desfile de botellas y recipientes salieron a mi encuentro, donde mi vista se perdió por largos minutos. Perfumes, pinches, cepillos y mejunjes perfectamente ordenados por función, color y forma.

—¿Rebelde? A quién quiero engañar...

Y en un acto casi inconsciente, me quedé mirando mis manos por largo rato. Luego pasé a mis pies. Y así continué absorta en mis extremidades hasta que no me quedó más opción que levantar el rostro y enfrentarme finalmente al espejo... Ahí estaba la boca que todavía no ha experimentado la pasión de un beso. Y bajo la camisola de algodón, el vientre que no había engendrado ni un sola vida. En cuatro días más será 24 de febrero,

cumpliré veintitrés años y me transformaré en esa mujer cuya fresca de juventud se convirtió en un tesoro que no supo aprovechar. Una solterona.

—¡Mis polvos de arroz! ¿Dónde los dejé? Seguro que con unos cuántos retoques quedaré hecha una princesa...

Eso es lo que siempre digo para animarme. Sin embargo, la sonrisa en mi rostro no se condice con las lágrimas que inevitablemente se deslizaron por mis mejillas. Era un retrato tan triste el mío que me resultó imposible seguir mirándome al espejo. Apreté los dientes, también los puños. Hice todo lo que se supone debía hacer y heme aquí, itan fea! itan fracasada!

—¿Por qué tuviste que salir tan india, Luisa Clementina?! —reclamé al aire y de un solo sorbo, me tomé el tónico que prometía devolverme el vigor perdido. Es que, hasta en mis peores enojos, sigo obediente a lo que los demás quieren de mí.

—Ejecuto las partituras más difíciles, solo leo literatura escogida. ¡Hablo perfectamente el francés y el italiano! —expuse aireada. Y con cada reclamo me daba un tirón de cepillo en mis largos cabellos—. He seguido religiosamente cada ritual de belleza. ¡Agua de rosas para resguardar el brillo de mis ojos! ¡Zumo de limón, suero de leche y miel sobre el rostro para evocar la blancura de mi tez!

Más tirones, más resentimiento. ¡Menos mal que pelo no me faltaba!

—Sabía que levantarme de la cama no haría ninguna diferencia... —mascullé y di por terminado el desahogo matutino frente al cristal.

Una joven de largos cabellos negros, nariz aguileña, ojos oscuros y piel trigueña me devolvió una mirada cansada, casi suplicante, desde el otro lado del espejo. Cuando la observo con detalle, no puedo evitar reconocer en ella los rasgos de mi madre. ¡Sí, ahí estaban! ¡Me parecía mucho a ella! La sonrisa se asomó por mis labios nuevamente.

—No, no es verdad... —susurré y el gesto se convirtió en una mueca.

Me faltaban la cabellera de oro y la piel de porcelana de doña Teresa, útiles recursos para confundir al espectador con una imagen más agraciada de la

que realmente existía. ¡Ay, mi madre que a sus avanzados sesenta y ocho años todavía gozaba de gracia y belleza! Ella, que con el afán de procurarme un futuro próspero, me exigía continuamente una estampa impecable y finísimos modales. Ella, esposa abnegada. Ella...

—¡... la puta desgraciada!

Miré para todos lados, temerosa de oídos indiscretos. Así que dicho el improperio, recé sin demora un padrenuestro y dos avemaría en voz alta que no lograron aplacar el placer culpable de echar unas maldiciones al aire. Y luego, en un incontrolable impulso, corrí hacia la puerta que conectaba con la pieza vecina para abrirla de un sopetón. Ahí estaba mi abuela sentada, pluma en mano ilustrando escenas de los viajes en Oriente que protagonizó hace tanto tiempo atrás.

—¡Todo es culpa suya, abuela!

Pero doña María Isabel no movió ni una ceja con el reclamo. Para ella, había temas mucho más apremiantes que atender.

—Luisa querida, ¡todavía en esas fachas! ¿No ve que tenemos que hacer las maletas?

—¿Las maletas, abuela?

—¡Por supuesto, chiquilla despistada! ¡Hoy nos vamos de viaje a Bombay!

—Ah, sí, Bombay...

—Recuerde que a las tres debemos estar en la estación.

Apoiada en el marco de la puerta, observé con dulzura a la anciana. Ella, por su parte, no despegaba los ojos de sus dibujos.

—Siendo así, es mejor que me vaya a hacer la toilette.

—Bien pensado, mijita. Es menester que se bañe, se peine y se vista apropiadamente antes del viaje. Pídale ayuda a la Carmela con eso, ¡vaya ligera!

¡Ay, mi querida abuela! Hacía ya tiempo que la cordura de la distinguida dama de sociedad estaba algo mermada. Aunque ya habían pasado

muchísimos años desde que ella y su marido visitaron Bombay por negocios, una reciente maldición ancló su memoria en esos recuerdos del Oriente que ahora registraba compulsivamente en papel y tinta china. Ilustraciones en las que, sin importar cuál fuera la temática, no podía faltar el retrato de un alto y fornido sirviente indio con la mirada fija en María Isabel Echeñique. Y la suya en él.

¡Un amor prohibido a todas luces!

Mi padre, don Ramón Augusto —tercer hijo varón de María Isabel—, curiosamente era el único de los descendientes de los Santa María Echeñique bronceado como un atardecer. Según decían los rumores, el hombre había gozado en sus años de juventud de una fachada atlética y cabellos azabaches que contrastaban con sus ojos azules y facciones griegas heredadas de su madre. En lo que concernía a mi abuelo paterno, este había sido, sin duda, un hombre distinguido, de grandes hazañas e impecable currículo, pero innegable era su perfil redondo y pequeño como tapón de batea.

—Que en paz descanse —murmuré, persignándome.

—Luisa, ¿qué hace ahí con la vista perdida en las moscas? ¡Váyase a hacer la maleta!

Tercera orden y todavía no llegaba a mediodía. Sonreí de mala gana para dar cerrado el asunto.

—Luisa Clementina... ¡hoy nos vamos a Bombay! —exclamó mi abuela a modo de despedida, regresando a su arte. Y yo a mi habitación. Si mi padre supiera de mis objeciones sobre linaje que le hacía a mi abuela, no me salvaría nadie de los correazos y días de ayuno.

Volví frente al espejo. A la realidad. Pensé en las novelas de Dumas para olvidarme de los veintitrés años que se me venían encima. Tanto enojo y melancolía solo contribuirían a generar más arrugas y una mujer de bien debe templan sus emociones.

—Hoy usaré un peinado a la griega. Partidura al medio, cayendo en

bandeaux sobre la frente —exclamé decidida.

De la unión de Ramón Santa María Echeñique y Teresa de la Cruz Matte Montt nacieron nueve hijos, bendecidos todos con lo mejor de cada progenitor en las más variadas combinaciones: tez canela y cabello rubio; ojos azules y pelo azabache; ojos negros, piel de porcelana y así un variado etcétera. La excepción fui yo, la octava, a la que no le alcanzó la repartija de buenos atributos como al resto de los hermanos.

Petronila tenía su teoría:

—Patroncita, eso pasa porque cuando usted estaba en el vientre de su madre, nadie le rezó al arcángel San Miguel ni la bendijo con agua bendita pa' que saliera blanquita. Sepa usted comprender que, con tanto parto, ¡a cualquiera se le mezclan los colores!

Esa explicación le causaba la mayor de las gracias a la todavía señorita oriunda de Chillán, quien reía con tantas ganas que siempre terminaba contagiándome.

Una criada burlándose de su patrona, ¿quién hubiera imaginado semejante desfachatez? Sin embargo, a ella le perdonaba todo, como lo haría una hija con su madre atenta y cariñosa. Por esa mujer que velaba por mis sueños y sufría con mis desgracias. Para mí, todo eso era Petronila. Y con respecto a mi madre, la biológica, digamos que doña Teresa se reservaba para asuntos y personas más interesantes como, por ejemplo, mi hermana menor.

—Ahora, unos toques de colonia detrás de las orejas...

Menos mal que, después de mi nacimiento, Teresa de la Cruz Matte recibió los tratamientos y bendiciones adecuados que le permitieron traer al mundo a la novena y última hija, Adelaida Teresa de las Mercedes, con toda la blancura exigida por la sociedad. Un ser que contrastaba aún más con mi persona: bellísima, elegante, de nariz fina, ojos verdes, pelo dorado y el decoro de una santa.

—Pero yo gozo de una personalidad más alegre... —murmuré, a modo de consuelo y rezongo que pronto se desvaneció en los brazos de la criada que

me atacó a besos.

—¡Avisé cuando entre a la pieza, Petro!

Si mi padre supiera de estas manifestaciones de cariño, no quiero ni pensar qué sería de mi Petronila.

—¡Mi Luisa! Peinada como una reina, ¡pero todavía en calzones y medias!

—No me rete, Petronila. No ve que una vez que me ponga el corsé, quedaré más tiesa que sacerdote en burdel.

Petronila largó otra risotada, haciéndome sonreír. ¡Era tan reconfortante poder mostrarme auténtica en su compañía!

—Petro, ¿me hace el favor de ayudarme a vestir?

—Con todo el gusto, mi patroncita.

—Quiero verme bonita.

—¡No se preocupe, mi Luisa! La voy a dejar preciosa.

La criada corrió por el corsé y lo apretó tanto que comencé a dudar de su cariño. Hay que saber sufrir para ser hermosa, repetí mentalmente mientras me quedaba sin aire durante la intervención.

Cometido el crimen, Petronila me enfundó en unas enaguas de tricot de seda y un vuelo de linón con encajes, perdiéndose la mujer en las telas para poder abrochar las medias al portaligas escondido bajo el vestido. Tiesa como estatua, me fui cubriendo de capas, mientras tarareaban la ópera Rigoletto para convertirme en toda una donna immobile.

—Petronila, ¿por qué trae el faldón amarillo? Mejor vístame con el blanco.

—Se lo va a poner no más. Órdenes de su madre.

¡El amarillo zapallo! Justamente la prenda que me hacía ver como si fuera San Martín de Porres en procesión: una negra cubierta de dorado. Todo por la obsesión de mi madre de seguir las modas parisienas al pie de la letra y de manera tan vanguardista que aquí en Santiago pasaban por «ropa de pueblo».

Respondí a la cuarta orden del día con un puchero. Nada más. «Una niña de cara enojada pierde su encanto y trae un desgaste físico», recordé de una de mis revistas de modas.

—¡Los pesos que debe haber costado esta tela! —exclamó la Petro con la mayor soltura sobre el faldón—. Ya, acérqueme el ala para ponerle el corpiño.

—Por lo mismo, Petro, ¿para qué tantas molestias con el vestuario?

—Su madre quiere llevarla a usted y a la Adelaidita a comprar al Gatichave y luego a la sagrada misa de la Catedral. ¡Es necesario que esta mañana esté a punto de agradar!

Suspiré. Y yo, que justamente hoy no quería ver a nadie, probablemente me encontraría con todo Santiago. «El amor propio y el orgullo son los destructores de la felicidad y tranquilidad del hogar», repetí para mis adentros.

—¡Tanto suspiro, tanto suspiro! Páseme mejor las presas pa' echarle talco y así poder embutirle los guantes.

—¡Ay!

—Listo.

Terminado el ritual de las vestiduras, cubro mi rostro en finos polvos de arroz. Uso tanto que, por momentos, hasta me parezco a mi pálida madre. Para finalizar, un poco de color para los labios y mejillas.

—No se olvide usted del sombrero, mi patrona —me recordó la Petro, depositando sobre mi cabeza un sombrero con un gran nudo mariposa de terciopelo y plumas blancas.

—Petronila...

—Ay, mi Luisa Clementina. ¡Quedó tan bonita!

—Petronila...

—No me discuta. Ahora le paso el echarpe de raso blanco y chifón.

—Petronila...

—¡Que le digo que se ve bien!

—Petro, por el amor de Dios, póngame los botines. Que sin calzado, no voy a ninguna parte.

—¡Voy ligera, patroncita!

Enfundada en mi llamativo atuendo, bajé por las escaleras hasta el recibidor, esquivando el gran espejo que decoraba una esquina, temerosa de lo que pudiera mostrarme en su reflejo. En la entrada de los carruajes, mi madre y Adelaida ya me esperaban acomodadas dentro de uno de los pocos Renault Landaulet disponibles en el país.

—Buenos días, madre. Buenos días, Adelaida —saludé animosa con golpecitos al cristal que me separaba de ellas.

—Luisa Clementina. ¡Suba ligera que ya es tarde!

—Sí, madre.

Desde nuestro hogar, ubicado en Compañía de Jesús con San Martín, no era mucha la distancia que nos separaba de la monumental tienda Gath & Chaves. Por esa misma razón, me pareció que lo más apropiado era proponer un paseo a pie hasta el lugar. La mañana era agradable, y una brisa fresca acariciaba los cabellos.

—Madre, el aire es el mayor destructor de la grasa y caminando se eliminan todos los excesos —argumenté con seguridad.

—Caminar es de rotos —espetó mi madre y el coche partió por fin hacia su destino.

Nada que hacer.

Me remití al paisaje santiaguino que se desplegaba por mi ventana. Al pasar por el Portal Fernández Concha y su Gran Hotel de Francia, asomé la cabeza para mirar en detalle las vitrinas de la Casa Británica, lo que pude hacer sin prisa gracias a una carreta que avanzaba lento por el camino. Mi madre se abanicaba ansiosamente a mi lado, impidiéndome contemplar los

hermosos jardines de la plaza de la Independencia que aparecían por el otro lado del carro. A lo lejos, el Correo Central ya mostraba bastante ajeteo. El auto dobló en la esquina del edificio comercial Edwards.

—Adelaida, ¿se encuentra bien?

Si algo destacaba de mi pequeña hermana era su discreción, pero esta mañana me parecía que estaba más callada y pálida de lo normal. Diría que también la angustia marcaba su semblante, aunque aun así se veía bellísima, vestida con ropajes un tanto maduros para sus recién estrenados diecisiete años.

—Por supuesto que está bien su hermana —interrumpió mi madre—. Luisa Clementina, no sea latosa que ya llegamos.

El inmenso edificio de cuatro pisos, con sus artísticas vidrieras, se reveló imponente ante nosotras. Un palacio con lo mejor de la ropa parisiense, donde el trajín era intenso para ser un día martes. Para mi desgracia, pude reconocer varios rostros a lo lejos.

—Por favor, pare aquí, Carmelo —ordenó mi madre a través del fonil que la comunicaba con el chofer. El pequeño hombre detuvo el carro casi al acto y salió presuroso de su puesto para abrirnos la puerta, desde donde bajamos con bastante prisa. Sin duda, el Renault sabía acaparar las miradas de la gente por su apabullante estampa, pero el espacio cerrado de su carrocería dejaba muy poco lugar para tres mujeres y sus vaporosos vestidos. Intentamos salir de la manera más decorosa, pero fallamos y por poco caemos al suelo.

Por supuesto, no alcanzamos a poner ni un pie dentro de la tienda cuando aconteció el primer encuentro social.

—Teresa de la Cruz Matte de Santa María. Dichosos los ojos que la ven.

—¡Carmen Pérez de Rivadeneira! El placer es todo mío.

Besos en las mejillas. Piropos varios y las palabras de cortesía usuales. Como niñas de buena crianza, Adelaida y yo deleitamos a la concurrencia con una sonrisa permanente en los labios.

—Todavía no me acostumbro a estos maniqués. No se aprecia mucho la caída de la tela, ¿cierto, Teresa? Qué maravilla cuando la ropa era modelada por gente de carne y hueso, ¿no te parece? —comentó la señora.

¡Qué posma la de estas mujeres! Entramos, por fin, al emporio.

—¡Teresa Matte de Santa María! ¡Qué delicia encontrarla por estos lados!

—Mi querida Isidora Vial de Besa, se ve usted encantadora.

Y ahí íbamos otra vez.

—La veo muy bien acompañada de sus hermosas hijas, Teresa.

—Así es. Le presento a Luisa Clementina y a la pequeña Adelaida de las Mercedes, que ya cumple diecisiete años y toca el arpa como si los ángeles movieran sus dedos.

—Con esos cabellos de oro y carita de muñeca, no me extrañaría que la confundieran con la mismísima virgen María.

—¡Ay, Isidora! Usted exagera.

—Verá usted que hablo con la más pura sinceridad.

Las señoras rieron y yo dejé escapar un suspiro de resignación, sin dejar de sonreír, por supuesto. Mi hermana hizo lo mismo, fingiendo el mayor deleite con la conversación, pero yo la conozco y puedo notar que no se encuentra bien.

—Adiós, Isidora, gracias por este encantador saludo. Abrazad a vuestra hijita y mil cosas cariñosas para el señor Besa.

—Mil cariños y saludos para todos en su casa, Teresa.

Cuando por fin terminaron de despedirse, mi madre apuró el paso y nos condujo a una sección de telas importadas para la confección de vestidos.

—... para niñas de quince a dieciocho años —murmuré. ¿Se acordará mi madre que estaba por cumplir veintitrés años en los próximos días? ¿Lo haría a propósito?

—Adelaidita, imira! Con este raso rosa pálido y estos vuelos de encaje de tul bordado podríamos confeccionarle un vestido precioso.

—Sí, madre. Nada me haría más feliz —respondió mi hermana.

Nada podría ser más falso, pienso, pero a doña Teresa le bastaba con que le llevaran el amén. Sonrió a su querubín mientras acariciaba la tela y, con un ademán de sus dedos, solicitó mi inmediata asistencia.

—Luisa Clementina, discreción por favor —me dijo casi murmurando—. Busque al vendedor y pregunte por el valor de la tela.

—Como ordene, madre.

Con el gesto entendí por fin el porqué de mi presencia. Era la chica de los recados.

Contuve el aliento y me moví parsimoniosamente entre telares y accesorios, con la poca dignidad que me quedaba. Porque la verdad sea dicha: tenía unas inmensas ganas de salir corriendo y volver a mis libros en casa.

—Señora, ¿en qué puedo servirle?

«¿Señora?». Estoy segura de que el mundo confabula en mi contra. Una sonrisa tirante se asomó por mi rostro.

—Mi madre me manda a preguntar por el precio de las telas de rosa pálido que están destacadas en el mesón principal. Lo más seguro es que llevemos tres varas de tela.

—¡Señora mía! La acompaño hasta donde estén para atenderlas con propiedad.

¿Para qué luchar? Le di las gracias y apuré el paso. Pero ¡vaya sorpresa! No tardé mucho en divisar a mi madre y Adelaida en compañía de un varón de mediana edad y porte distinguido, riendo animadamente.

—Madre, he traído al vendedor...

No alcancé a terminar cuando el recién llegado de bigote espeso

interrumpió alzando la voz con sus órdenes.

—Quiero seis varas de estas telas color rosa, tres de encaje de tul e incluya también chifón. ¡Seis varas también!

—Pero, señor Echeverría, inos consiente demasiado!

—exclamó mi madre, fingiendo recato.

—Señora Teresa, no me despoje del privilegio de hacerles un obsequio, aunque sea uno pequeño.

Ambos sonrieron haciendo los más variopintos cumplidos. ¡No conoceré a mi madre! Era obvio que el encuentro ha sido premeditado.

—Ah, Luisa. Déjeme que le presente al señor Pedro Echeverría Valdés, connotado abogado. Ha trabajado con su padre innumerables veces.

—Luisa Clementina, un gusto conocerla. Me han hablado mucho de usted —respondió el tal Pedro.

¿Para mal? ¿Para bien?

La verdad es que el hombre emanaba un aura cínica que no me gustó nada. Sin embargo, y como dicta la etiqueta, estiré la mano que el ya no tan joven caballero besó con sonoridad.

—Distinguidas damas, ¿sería posible robarles un poco de su preciado tiempo y convidarlas a un pequeño festín? Bella Adelaida, ¿qué le parece la idea?

La propuesta pilló a mi hermana por sorpresa, quien buscó con la mirada la de nuestra progenitora, sin saber qué hacer.

—Adelaida está encantada con la invitación, al igual que nosotras —respondió mi señora madre—. Pero, Pedro, mucho tiempo no debe entretenernos. Ya son las once y media y tenemos menesteres que atender.

Al hombre le brillaron los ojos como luceros y una sonrisa amarilla se desplegó en toda su magnitud.

—Doña Teresa, no le quitaré a usted y sus hijas más del tiempo necesario. Una vez terminada la tertulia, solicitaré un carruaje y las dejaré sanas y

salvas frente a las puertas de su hogar.

Mi madre sonrió en aprobación. Yo, por acto reflejo, y Adelaida se limitó a hacer una mueca. Creo que nunca había visto a mi hermana tan aterrada como en esa ocasión.

—Entonces, ino se diga más! Si las damas gustan de la propuesta, quisiera invitarlas al Hotel Victoria que está a solo unas cuadras. La agradable brisa que bendice esta mañana aligerará nuestros pasos.

—¡Ciertamente, mi querido Pedro! —exclamó mi madre con melodioso acento—. La caminata fortalecerá nuestra salud —agregó, dejándome perpleja.

Suspiré, otra vez.

La autoridad de una madre no debe cuestionarse jamás y menos las licencias que ella pudiese tomar para quedarse con el preciado trofeo de la razón.

—Tómese de mi brazo, Adelaida —le ordené a la pequeña—. Que en cualquier momento se me desmaya.

La niña obedeció en silencio, mientras mi madre y el señor Echeverría tomaban la delantera. Esa mañana había mucho movimiento en la calle Huérfanos, así que el paso no pudo ser tan ágil como hubiésemos deseado.

—Hermana —pregunté con discreción, mientras de reojo buscaba alguna librería—, ¿usted conoce al tal Pedro?

En respuesta solo recibí un fugaz apretón de brazo.

—Adelaida, hable con confianza. No me tome usted por cotorra. Lo que le manifiesto es signo de la más genuina preocupación.

Pero nada. Ni aire salió de la boca de la niña.

—El hombre parece agradable en sus maneras —continué mintiendo un poco—. ¡Generoso, sin duda! Con el dinero y en halagos hacia su persona.

—Hermana, no siga por favor...

—Adelaida, discúlpeme si me excedo, pero el señor es un poco mayor para usted, ¿no cree? Y...

—¡Llegamos!

¡Dios mío santísimo!

Me pillé de frente con mi madre y su expresión avinagrada. Sin la mayor delicadeza, la mujer me separó de Adelaida de un tirón y entró al vestíbulo del hotel, dejándome sola y media aturdida. El señor Echeverría tampoco tuvo mayor consideración y siguió presto a las damas.

Sentí cómo la rabia coloreaba mis mejillas, pero la intenté reprimir pellizcándome el brazo. Para colmo, las lágrimas amenazaron otra vez, nublándome la vista por unos segundos.

—¡Dios mío!

Respiré, respiré muy profundo para aliviar mis nervios. Con la cantidad de polvo de arroz que llevaba sobre la cara, llorar era un lujo que no me podía permitir.

—Con un poco de buena voluntad y energía se recuperan los afectos — recordé con voz temblorosa el consejo de una monja. ¿Llegaré el día en que haré feliz a mi madre?

Un botones me abrió la puerta y entré al hotel lo más airosa que mi alicaído espíritu me lo permitió. Después pregunté por el comedor donde supuse que se encontraba el grupo y avancé entre las mesas hasta que di con el exuberante sombrero de doña Teresa. Ella y Pedro conversaban animadamente y optaron por ignorarme cuando aparecí. Allá ellos. El despliegue de manjares que hacía gala sobre la mesa, con sus delicados sabores y magnífica presentación, me pareció mucho más interesante que su insolencia. Bombones, pasteles, macarrones, té, café. Todo solicitado en los pocos minutos de mi ausencia.

—Se puede notar a simple vista un aire de madurez en Adelaida.

—Es usted muy observador, Pedro. Mi Adelaida goza además de gran

virtud en las artes manuales y en el delicado arte de la pâtisserie francesa.

—¡Hermosa por dentro y por fuera! Será sin duda una gran esposa para quien tenga la dicha de ganar su mano en sagrado matrimonio.

—Así es, Pedro. Usted lo ha dicho.

—Una esposa... ¿cómo para usted, Pedro?

Pregunté sin pensar y tapé mi boca con la mano en un gesto de terror. Había prometido guardar silencio para lo que quedaba de la tertulia, pero la desfachatez de ambos personajes fue mayor que mi compostura. Las miradas cargadas de veneno que me dieron mi madre y Pedro me aceleraron irrefrenablemente el corazón, cortándome el aliento.

—¡Luisa Clementina, cuánta insolencia de su parte! ¡Y frente al señor, para colmo! —exclamó mi madre, avergonzada.

—Madre, yo... —a punto estuve de pedir disculpas hasta que mis ojos se cruzaron con los de mi alicaída hermana, dando rienda suelta a mis emociones—. ¡Adelaida es menor de edad y usted ya la está entregando!

Un incómodo silencio se instaló en el salón de té. En su desesperación, mi madre buscó auxilio en el abanico, el que comenzó a mover frenéticamente. Luego se giró hacia Pedro Echeverría, casi dándome la espalda. Hablando como si no existiera. El connotado anfitrión hizo lo mismo.

—Pedro, ¡oh, Pedro! No se imagina el profundo bochorno que siento en este momento. Por favor perdone a Luisa Clementina.

—Señora Teresa, no se preocupe por mí. El comportamiento de Luisa es propio de una mujer de su edad, envidiosa por la suerte que no ha de vivir. Está claro que la tosquedad de su rostro y personalidad cerrarán la puerta a todo varón complaciente que se le pueda acercar.

—¿Cómo dice? —exclamé apenas, herida en lo más profundo de mi ser. Finalmente Pedro Echeverría mostraba las garras.

—¿Habrá acaso algo más ridículo que una juventud en conserva? —dijo el hombre sin quitarme los ojos de encima—. Luisa Clementina, no sabe lo triste que es contemplar a una mujer que, con supremo esfuerzo, lucha en vano por retener los restos de su agonizante primavera...

—¿Co-cómo se atreve...? —con la mirada busqué apoyo en mi madre que a propósito me ignoró. Adelaida hizo lo mismo, pero con lágrimas en los ojos. El corazón se me iba a escapar por la garganta.

—Luisa, no hay nada más hermoso y sabio que esas mujeres que conocen el momento preciso para retirarse del escenario de modas y paseos con pretensiones matrimoniales y emplean sus energías en ayudar a los suyos. Dedíquese mejor a obras de caridad o a la crianza de sus sobrinos —sonrió Pedro y asestó el golpe de gracia—. Verá que no hay felicidad más dulce que la de entregarse a los demás.

—Usted... no... no tiene... derecho...

Levanté un dedo acusador hacia el canalla sin quitarle la mirada de encima. Después, todo se fue a negro.

Capítulo 2

Levanté los ojos hacia el techo y dejé la mirada fija en las cornisas doradas y los diseños que solían robar mi atención al despertar. Después me concentré en la fragancia a lavanda que emanaba de las sábanas y en la pesadez de mi cuerpo sobre el colchón, ya libre de su prisión de alambres. Sentí cómo cada centímetro de mi ser se perdía en el mar de lana que lo sostenía. Estaba en mi pieza, arropada en la cama. ¡Qué delicia!

—La señora Teresa estaba toíta enojada, idaba un meio!

Quedé tiesa. La voz de la Petro me regresó a la realidad de un solo golpe. ¿No estaba yo con mi madre y Adelaida en uno de los salones del Hotel Victoria? Por supuesto que sí, esa mesa repleta de manjares era algo que no se olvidaba fácilmente.

Y con nosotras estaba el desagradable de Pedro Echeverría, ávido de matrimonio con mi pequeña hermana... Poco a poco, rememoro la discusión con él y la imagen del abanico agitándose furioso sobre el rostro crispado de mi madre. Entonces sentí la sangre bombeando furiosa por mi rostro colorado de vergüenza y solo atiné a cubrir mi cara entre las sábanas con la esperanza de desaparecer bajo el resguardo del convaleciente que necesita dormir.

—Mire, ¡Luisa Clementina ya despertó!

Maldición. Mi hermano y su indiscreción de siempre.

—Javier, Petronila... ¿qué hacen aquí? —pregunté haciéndome la lesa, mientras me acomodaba en el respaldo.

—¡Mi patroncita! —exclamó la criada, conteniendo sus ganas de abrazarme en presencia de mi hermano—. Ya le volvieron los colores al cuerpo, ¡qué alegría!

—No la compadezca tanto, Petro. ¡Si supiera!

—Don Javier, no sea duro con la niña...

Tras escuchar la palabra «niña», Javier trató de ocultar la risa fingiendo una carraspera. Cuando se lo propone, el hombre podía ser muy pesado.

—La niña que me sufrió un desmayo —continuó Petronila en mi defensa—. ¡Porque come tan repoco! ¡Si, mire, ni delantera tiene!

—¡Cof, cof, cof...! —la que se puso a carraspear ahora era yo. La Petro me acercó un agüita de hierbas para pasar el contratiempo y mi hermano echó afuera la carcajada que tenía ahogada hace rato.

—¡Ustedes, mujeres, son tan delicadas como un cristal! —reclamó Javier mientras se echaba a la boca las galletas que Petronila había traído para mí—. Se desmayan al menor disgusto.

—Y usted, hermano, no se ha puesto a pensar que...

—¿Qué, pues, Luisa? —interrumpió el muchacho.

—Nada, nada...

Estuve a punto de decir que la falta de aire provocada por mi corsé era motivo suficiente para justificar el soponcio sufrido. Sin embargo, opté por callar. Ya me bastaba con el enojo de mi madre para sumar el de Javier.

—Hermanita, hermanita... ¿qué vamos a hacer con usted?

Sin disimular ni un poco su aburrimiento, el joven con cara de ángel procedió a engullir a cucharadas el frasco de dulce de guindas que había sobre la bandeja, acción que acompañó con permanentes coqueteos al espejo que decoraba mi espacio de toilette. Su reflejo parecía no cansarlo nunca.

—Pedro Echeverría es un buen tipo. Gallardo, inteligente, con un excelente pasar... —manifestó Javier sobre el futuro cuñado, aunque más parecía que hablaba de él mismo que de otra persona.

—Pero Adelaida recién celebra sus diecisiete años. No me parece que...

—¡Nuestra madre tenía razón! —me interrumpió bruscamente la versión aria de mi padre.

—¿Cómo dice?

—¡La envidia corroe su corazón, Luisa! —acusó, para luego susurrar con maliciosa sorpresa—. No me diga que desea al señor Echeverría para su propia persona...

—¡No se trata de eso!

—Y yo decía no más... —rezongó el hombre que, a diferencia mía, sus veintiséis años «todavía no lo hacían hombre de una sola mujer», según palabras de mi propia madre.

—Escuche a su hermano, Luisa. Don Pedro es bueno para su hermana. ¡Trece años tenía mi mamita cuando me parió! ¿Se acuerda que le conté? —remató la Petro, quien al notar mis morisquetas hacia Javier levantó discretamente la mano en señal de la zunda que me daría si continuaba con el chiste.

—¿Vio, Petronila, vio? ¡Luisa me sacó la lengua! —gritó Javier, acusándome a toda voz.

—Y si quiere se la muestro de nuevo, imamarracho!

—¡Con sapolio deberían lavarle esa boquita suya, Luisa Clementina!

Hacer enojar a Javier era tan divertido.

—¡Mamoncito! —insistí.

Manifestado el grito de guerra, se dio paso a los cojinazos entre hermanos. Y, como era usual, la Petro quedaba en medio de nosotros con expresión resignada y plumas en el pelo.

—Paren, cabros malcriados... que después tengo que remendar los cojines.

—¡Quedé todo chascón por su culpa, Luisa! —exclamó el rucio adonis, al mirarse al espejo por enésima vez.

—A ver, hermanito. Déjeme ayudarlo a recomponer su peinado...

—Gracias, Luisa.

Y ¡zas! ¡Otro cojinazo! Claramente, la respuesta no se hizo esperar.

—¡Luisa! —reclamó Javier—. ¿Qué es todo este polvo? ¿Será el maquillaje que se echó en la cara?

Ahora sí que volaban las plumas por toda la habitación.

—Por la mierda, cabros endiablao... ¡Paren de una vez!

A buen entendedor, pocas palabras. Con el grito de la furiosa criada, soltamos las almohadas y por fin se hizo silencio en la habitación.

—¿Y ya van a ser las tres? —exclamó Javier de repente—. Si me disculpan, me esperan en la biblioteca... para estudiar.

El joven agarró su chaqueta y se despidió cariñosamente de mí.

—Luisa, me alegra confirmar que ha recuperado la vitalidad y que sigue siendo la misma latosa de siempre. ¡Hasta pronto!

Javier cerró la puerta antes de que pudiera alcanzarlo con la almohada que le lancé. Y con esperanza infantil, traté de seguir su ejemplo.

—Petronila, fíjese que yo también necesito ir a la biblioteca...

No alcancé ni a dar dos pasos y de un tirón de orejas la criada me regresó a la cama.

—¿Qué cree que está haciendo? Usted está castigada en la pieza hasta la lectura del rosario.

—¡Pero, pero...!

—Son órdenes de su madre. A ver si así la misiá reflexiona sobre sus malas acciones.

—Pero, Petro... —supliqué con los ojos más tiernos que pude recrear.

—No, no siga na', patrona. Que de achaque murió el pavo.

Inmune a mis pucheros, la Petro se llevó la bandeja de plata vacía y cerró la puerta tras de sí, dejándome antes bien en claro que debía recoger todas las plumas como parte del castigo.

Nada que hacer, pensé.

Así que de rodillas en el piso comencé a cumplir mi condena. En principio acaté sin protestar, pero cuando iba por la pluma número treinta y seis no pude evitar recordar la desdichada experiencia en el Hotel Victoria. ¡Mi dulce Adelaida! ¿Es que a nadie le importaba lo que ella quería? Aunque me fuera en contra de todos, quería que mi hermana encontrara el amor en un hombre de su elección.

Dong, dong, dong...

A lo lejos, las graves campanadas del reloj de pared me trajeron de vuelta a las plumas desplegadas por toda mi habitación.

Ya son las tres... El rosario es a las ocho..., pensé.

Tragué saliva, obviando la idea que punzaba mi conciencia.

Pluma cincuenta y dos, cincuenta y tres...

No pasó mucho y mi corazón aceleró la marcha, haciéndome cada vez más difícil obviar la ansiedad que me generaba el gran clóset dispuesto en la pared del fondo.

—¡Ahhhh, no puedo más! —dije en voz alta.

Me persigné y, como si fuera un fumador empedernido, corrí impetuosa hacia el opio de mis deseos. Con manos temblorosas, introduje la llave en el compartimiento secreto del mueble para sacar, por fin, la caja que contenía mi anhelado tesoro.

Ohh, sí... aquí estás... mi precioso...

En el interior de la caja, una muy malograda tenida de hombre me devolvió el saludo. También había una gorra y un bigote postizo. ¡Casi salté de la emoción! Lo que para el mundo era un simple disfraz, para mí representaba el más osado acto de rebeldía.

Luisa Clementina, ¡es ahora o nunca!

En minutos estaba vestida con camisa, chaquetilla, zapatos y el pelo oculto bajo una gran gorra. Corrí al espejo del toilette y, en un tratamiento

inverso al vivido en la mañana, saqué dos frasquitos con tierra y carbón ocultos entre los menjunjes. Me restregué bien ambos ungüentos con crema y terminé el ritual con un espeso bigote y pobladas cejas. Para finalizar, en un modesto morral guardé un poco de dinero, un reloj de bolsillo y un rudimentario botiquín solo para compensar mi frustrada vocación de médico.

¡Lista!... digo, ¡listo!

Como una broma cruel, el color de mi libertad también era el de la pobreza. Convertida en un mozuelo indigente, solo necesitaba que la suerte estuviera de mi parte para salir airoso de la mansión que me tenía atrapada. El tiempo apremiaba.

Entonces me aventuré a asomar la cabeza por la puerta para una rápida inspección.

—No hay moros en la costa —declaré susurrando e inicié los pasos hacia el final del pasillo.

Los crujidos de la madera bajo mis pies no ayudaban en nada, tampoco la proximidad de los criados que se escuchaban desde el primer piso. Desde donde me encontraba, tres piezas me separaban de la escalera más próxima: la de mi abuela, la de Petro y la sala de baño.

—Si alguien sale por esas puertas, ¡el terremoto de Valparaíso va a parecer un chiste!

Me apegué tanto a las paredes que ya imaginaba ser parte del estampado. Solo el reloj parecía ser testigo de mi fechoría.

Vamos, Luisa, vamos...

Unos pasos más. El segundo hito: alcancé la mesita decorada con plumas de pavo real.

Póngale bueno, Luisa...

Llegué a la escalera sin que nadie me viera.

¡En tu cara, mago Houdini!

Pero la alegría me duró poco: todavía estaba en el tercer piso.

La urgencia me tentó con el ascensor que permanecía escondido tras una puerta de madera. El pequeño cubículo forrado en terciopelo, y que apenas tenía espacio para una persona, solo cobraba vida para lucirlo frente a las visitas, ya que a mis padres la máquina les causaba un miedo terrible. ¿Usarlo o no? Curiosamente, el montacargas se encontraba estacionado en mi piso, lo que me permitiría llegar rápida y discretamente al primer nivel. ¡Pero ay de la bulla que metía Monsieur Pompadour para funcionar!

Pues, sí. Mi extraña costumbre de ponerle nombre a las cosas no me abandonaba ni en los peores momentos.

—¡Dios mío! ¡La cocina está llena de gallinas, Petronila!

—¡Carmelo, Venancio, ayúdenme a sacarlas!

Señal divina. Amparada por los cacareos que se producían en la cocina, me subí al ascensor con generador propio y aterricé muy cerca de la entrada principal donde el majestuoso Renault Landalet esperaba su próximo paseo. Y sin dudarlo, salí corriendo de la mansión Santa María por el portón que alguien había olvidado cerrar en esos momentos.

Y corrí, ¡corrí tanto! Solo al llegar al edificio de El Mercurio me detuve para recuperar el aliento entre aleteos no del todo decorosos. Al pasar por mi lado, unas señoras me dedicaron una mirada cargada de desprecio.

—Tan finas y tan amargadas... —murmuré, sabiendo de antemano que las mujeres no me harían ningún caso. Así pasa con los rotos de Santiago, ni siquiera valían el tiempo para hablar con ellos. Los seis meses que llevaba escondida bajo mi disfraz de pobre así me lo habían demostrado.

—¡Rico mote con huesillo! ¡Pa' la sed, pa' la calor!

—¡Le lustro los zapatos, ñor!

Y heme aquí por segunda vez en la plaza de la Independencia, ya no como una triste espectadora encerrada en su carruaje, sino como una de sus protagonistas. El pesado sol de la tarde pegaba fuerte sobre mi rostro desprovisto totalmente de sombrilla, ¡pero qué importaba si me

bronceaba! ¡Estaba más feliz que sultán! Sin chaperona acechando mis pasos, me sentía la mujer más libre del mundo.

Dirigí mis pasos al hermoso odeón que se encontraba justo frente a la fachada del Gran Hotel de Francia y desde ahí me detuve a mirar los verdes jardines de la plaza y la imponente estampa de las edificaciones que rodeaban al mismísimo corazón de Santiago. Tranvías, carretas y carros de sangre se peleaban la atención de mis oídos que por minutos quedaron hipnotizados con los ecos provenientes del Portal Mac-Clure y su incesante actividad.

—¡Qué París, qué Londres! —exclamé eufórica a los aires—. ¡Chita que es lindo mi Santiago por la...!

Y callé al instante al reconocer a unas amigas de mi madre saliendo del hotel, amparadas bajo sus sombrillas. Temerosa de ser descubierta, les di la espalda.

—Alimento Meyer, ¡ideal para guaguas, enfermos y convalecientes! —exclamó a lo lejos un entusiasta vendedor.

—Ricos pequeños, llévase los suyos, ¡calentitos!... —me ofreció una anciana — ¡Gracias, joven!

Mejor cambiar de ubicación. Con la gorra casi a la altura de la nariz para ocultar el rostro y una empanada en la boca, me fui degustando el sabroso tentempié de cebolla hasta que tomé asiento en una banca en dirección a la Catedral, donde nunca faltaban en el paisaje los creyentes necesitados de perdón. Y justo cruzando la calle Catedral, en un curioso contraste, el Bazar Alemán acaparaba las miradas de almas pequeñas e inocentes con su impresionante vitrina de productos importados.

Estoy segura de que Adelaida todavía juega con una muñeca comprada en esa tienda, pensé con tristeza.

—¡Familia, edición marzo! ¡No se quede sin la suya!

El grito casi me dejó sorda. Junto a mí, un canillita alardeaba de tener la revista que solo salía los últimos domingos del mes. Como fiel seguidora, la

oferta me pareció extraordinaria.

—A ver, muchacho, pase pa' acá —le dije con el tono más ronco que pude, solicitando el ejemplar para examinarlo de cerca.

—¡A solo un peso, ñor! ¡Regalao!

Ya en mis manos, no tardé mucho en constatar que la promocionada revista era de marzo, ¡pero del año pasado! Y así se lo hice ver al astuto chiquillo.

—¿Y usted pa' que quiere una revista de mujeres, ah? —exclamó, quitándome la publicación con rudeza.

—¡Lo último de la moda! ¡Lleve su revista! —el canillita se fue de mi lado y siguió cautivando a los presentes que pasaban por su lado. Sin más, di la vuelta y continué con la segunda parada de mi travesía: la Librería Alemana de José Ivens en calle Estado. Y, en menos de lo que canta un gallo, ya estaba frente al local.

—Disculpe, joven. ¿en qué lo puedo ayudar?

Ni siquiera alcancé a hojear un par de libros, cuando se me acercó un vendedor con cara de pocos amigos. Seguro que ese no era José Ivens.

—Estoy en la búsqueda de un libro de medicina. Anatomía moderna del doctor Gonzalo Martínez. ¿Lo tendrá?

Recibí un gruñido por respuesta y una mirada altanera que no logré justificar de primeras. Lo bueno es que solo unos minutos de reflexión me bastaron para la merecida desconfianza que me estaba brindando el vendedor: mi ropa y mi lenguaje no iban de la mano.

—¡Mi ñor me ha mandao pa' comprar el libro ese! Mi patroncito, ñor ilustre, don... Augusto... Vicuña, me lo ha pedido —hecha la solicitud, bajé la mirada, porque quitarme el sombrero y dejar al descubierto mi moño, ini pensarlo!

—Sí, lo tenemos —contestó el librero de semblante avinagrado—. Pero le advierto que es caro. ¡Cuesta cuatro pesos!

—¿Lo tiene? ¡Me lo lleo entonces! —exclamé, sacando los billetes colorados que el vendedor arrebató de mis manos para examinarlos con mucho cuidado.

—Ta con la firma de los ñores Zañartu y Delgado, ¿vio? —insistí.

Los billetes eran auténticos y al desconfiado hombre no le quedó otra que darme la razón. Me dejó a solas por unos instantes y volvió con el precioso ejemplar para depositarlo en mis manos.

—Muchas gracias, ñor. ¡Que tenga buena tarde! —exclamé para salir volando de la librería. Iniciando la caminata de regreso a casa, y con el libro bien apretado bajo el brazo, me prometí no volver nunca más a ese local.

Como si Diosito me hubiera querido compensar todas las penurias vividas en la mañana, la tarde me regalaba puras satisfacciones. Saqué una vez más de mi morral el libro del doctor Martínez y eché un rápido vistazo al índice. «Epifrenina y sus efectos en el organismo», leí y sentí un cosquilleo por el cuerpo. ¡Finalmente tenía algo bueno con que entretenerme mientras estuviera castigada!

Cuando estaba por cruzar Amunátegui, me puse a caminar más lento. El mensaje era obvio: todavía no estaba lista para volver.

Deben ser como las cinco y media.

Si mi cálculo era correcto, todavía quedaba tiempo antes del rosario. Seguí caminando por Compañía hasta que divisé a Venancio barriendo la entrada de la casa. ¡Otra señal divina! Con el criado ahí, me sería imposible entrar. Y seguí de largo, casi corriendo, hasta llegar a plaza Brasil.

Me desplomé en una banca y, en mi nueva condición de hombre pobre, lo hice sin el menor recato. ¿A quién le importaba si me sentaba con las piernas bien abiertas? Sonreí por mi pequeño triunfo

—¡Eh, ragazzo! ¡Vieni qui!

Un hombre me hacía señas desde lejos. Lo reconocí en el acto y fui corriendo hasta él para corresponder el afectuoso abrazo que me solicitaba

con los brazos abiertos.

—¡Don Eulalio! ¡Viejo zorro!

—Giovane Pancrazio, ipequeño diavolo! —exclamó eufórico—. ¡Mamma mia! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Un mes?

—Y dos semanas, don Eulalio —le corregí en un hilillo de voz.

—¡Ma porca miseria, Pancrazio! —reclamó consternado el anciano, agarrándose los pocos pelos que le quedaban en la cabeza.

¡Cómo adoraba el mal carácter de ese hombre dulce y un tanto gordinflón! Italiano de pura cepa, gozador de unos sesenta años, rostro redondo y colorado, dedicado al comercio por lo que había podido deducir, ya que nuestras reuniones se ejecutaban bajo la tácita regla de no hablar de trabajo y disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

—¿Una partida de carioca, caro Pancrazio? —preguntó el viejo ya barajando el mazo.

—¡Certamente, caro amico! —respondí presta.

El viejo se largó a reír con mi imitación mientras repartía las cartas. Aún recordaba nuestro primer encuentro, bautizándome él como «Pancrazio» cuando realmente me había presentado como «Patricio». Su testarudez lo había hecho escuchar otra cosa y de ahí no lo pude sacar nunca.

—¿Y qué tal la vida, iñor?

—La salud no falla, Pancrazio. Mírame, iforte come un toro! —y así era cómo se iniciaba la tertulia de Eulalio, siempre con generosas alabanzas hacia él mismo.

—Qué bien, iñor ... —le respondía yo.

—¿Sabías tú que...?

—No me diga, iñor...

—Cuando el otro día, yo...

—Ahora caigo, iñor...

Pasando naipes de un lado para otro, avanzó la tarde siguiendo la dinámica de siempre: Eulalio hablando hasta por los codos y yo contribuyendo con breves frases y monosílabos.

—¡Yo soy el mejor, Pancrazio! ¡Tres tríos!

—Bah, he perdido otra vez...

A Eulalio le gustaba hacer gran fanfarria de sus triunfos, los que yo celebraba de igual manera. Sin embargo, ese día la masa no estaba para bollos. Por momentos me acordaba de mi soltería y el ánimo se me iba por los suelos.

—¡¿Qué pasa, ragazzo?! ¡No esté tan triste! —dijo, ofreciéndome una petaquita de whisky que acepté con gusto mientras repartía para la siguiente jugada: dos tríos y una escala.

—No pasa nada, iñor.

—Cuénteles a este viejo, que de aquí no sale, iglielo prometto!

Sonreí sutilmente. Eulalio me hablaba en italiano, sin siquiera preguntarse por qué yo, un chiquillo pobre, entendía todo lo que él me decía. Finalmente, me decidí a confiar en su palabra.

—Este sábado cumpla veintitrés años. ¡Veintitrés años, don Eulalio! ¡Qué posma!

Apenas terminé de hablar el italiano rompió a reír a todo pulmón. ¡De la pura impresión, casi logra soltarme el bigote!

—¡Ay, caro Pancrazio! ¡¿Qué es lo que dice?! —exclamó, limpiándose las lágrimas con un pañuelo—. ¡Habla como una patética zitella! ¡Una vieja solterona!

La comparación solo acentuó la amargura que sentía por dentro. De la pura pica, le arrebaté la petaca y me eché un buen trago encima, negándome a seguir compartiendo detalles sobre mi tormento.

—Pancracio, un ragazzo de veintitrés años tiene toda la vida por delante. Trabaje duro, ponga su negocio, ¡viaje! Es lo que todo joven en la flor de su juventud debe hacer. Disfrute del amore y no se quede con ninguno hasta que usted pase de los veintiocho. Solo entonces, tiene derecho de amargarse con matrimonio e hijos.

Cada palabra de Eulalio dolía como piquete de aguja, y en vano traté de fingir alegría para agradecer la preocupación del viejo. En efecto, el consejo sonaba muy bien para un hombre, pero para una mujer no era más que una cruel sentencia. Traté de ocultar la mirada, concentrándola en la baraja de naipes que tenía frente a mí. Lo que no pude evitar es que se me humedecieran los ojos.

—Ehi, ragazzo... ¡buon compleanno!

De repente un reloj de bolsillo enchapado en oro apareció frente a mi baraja.

—¿Cómo?

—Eh, ¡feliz cumpleaños! —alegó el viejo, depositando el finísimo artefacto en uno de mis bolsillos. No supe qué hacer. Quería rechazar el regalo, pero la mirada del viejo, rebosante de ternura y aprecio hacia mi persona, me lo hacía difícil. Para él, yo no era más que un chiquillo de los arrabales y, aun así, me hacía merecedor de semejante regalo. La emoción casi me hizo llorar.

—Véndalo y celebre el cumpleaños con sua familia, como corresponde.

Lo que obviamente don Eulalio no sabía es que dinero no me faltaba, aunque parece que a él tampoco. De todas formas, y con el temor de estar perjudicándolo, le devolví el regalo con premura.

—Don Eulalio, se lo agradezco de corazón, pero no puedo aceptar su obsequio.

—Que si puede, Pancracio. No sea scemo.

—Le digo que no puedo.

—Que sí puede.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

El reloj dorado se paseaba de una mano a otra a vista y paciencia de los transeúntes que andaban por la plaza.

—¡Que sí!

De sopetón tomé conciencia de la hora.

—¿Ya son las siete y cuarto? —exclamé horrorizada—. El rosario...

—¿El qué...? —preguntó Eulalio y, con esa última distracción, logró depositar el reloj en su bolsillo. Con eso, había ganado la batalla contra el italiano. Y también su enojo.

—Esto non finisce aquí, Pancracio.

—Lo sé, don Eulalio, pero tengo que irme. Ha sido un gusto verlo.

—Y el mío, ragazzo —dijo el viejo dándome un apretado abrazo—. Aquí estaré esperando en la plaza para jugar carioca otra vez contigo, amico.

De nuevo apareció el nudo en la garganta. Ahogué las ganas de llorar con una risa nerviosa y estreché la mano del italiano con fuerza. Sin tener la menor idea de cómo entrar a la mansión sin ser vista, di media vuelta y apuré el paso de regreso.

—Tal vez esté abierto el portón...

Sumergida en mis cavilaciones, subí por la calle Compañía de Jesús. Los pensamientos que pasaban por mi cabeza se fueron poniendo cada vez más negros, así que para contrarrestarlos, metí la mano en mi morral. Sin dejar de caminar, busqué a tientas el contacto con mi preciado libro para recordar las cosas buenas que me habían pasado ese día.

Estiré la mano, toqué el empastado de cuero del dichoso ejemplar, pero

también un roce metálico desconocido.

—¿Qué?

Frené bruscamente y saqué la mano del morral con un reloj de oro entre mis dedos. ¡Seguro que el viejo lo ha depositado en la bolsa al momento de despedirnos!

—Maldición...

Ya eran las siete y media, pero, si me apuraba, seguro alcanzaría a devolvérselo. Quedarme con el reloj me causaba una culpa enorme, así que corrí como nunca de vuelta a plaza Brasil. Llegué jadeando al lugar, a lo lejos pude divisar a Eulalio. Lo había alcanzado.

—¡Eulalio! ¡Viejo zorro!

Pero mi llamado no recibió respuesta. El italiano ni siquiera se dio vuelta a mirarme. Avancé unos pasos más y me percaté de la presencia de tres hombres de la misma calaña que el temido Huaso Raimundo.

Tuve un pésimo presentimiento.

—¿Dónde está el reloj, viejo?

—¡Que no lo tengo, ragazzo!

Dos rotos sostenían a Eulalio por los brazos. Otro reclamaba el reloj de oro, cuchilla en mano.

—Revisale los bolsillos —exclamó uno de los tipos y así lo hizo el jefe de la banda. Eulalio, en su nerviosismo, se puso a echar patadas al aire, enfureciendo al maleante.

—Quédate quieto, extranjero de mierda —exclamó el ratero, propinándole un zarpazo en la ingle a mi amigo.

—¡Hey, ladrones! ¡Ladrones! —grité a viva voz, todavía en mi papel de hombre. Afortunadamente, mi desesperado llamado hizo girar a más de una cabeza y puso al descubierto a los ladrones que salieron disparados del lugar. Eulalio cayó desplomado al suelo y corrí a su lado para socorrerlo.

—Eulalio, tranquilo. Yo estoy aquí. ¡Todo va a estar molto bene!

El viejo me miró espantado, pálido como papel. La herida en su ingle sangraba profusamente.

—Está bien, está todo bien —le dije, mientras sacaba con manos temblorosas los utensilios del botiquín que pensé que no usaría nunca—. Es una herida alharaca, como tú, viejo. Mucha sangre, poca gravedad, ¿viste?

Limpié la zona con abundante alcohol y luego le ofrecí al paciente un trago de whisky que aceptó sin chistar.

—Allá vamos...

No podía arriesgarme a que la vida de Eulalio peligrara. Con aguja e hilo, le hice cinco puntos, los mínimos para mantener controlada la hemorragia, mientras sentía sobre mí sus ojos desorbitados. Pronto la gente comenzó a reunirse a nuestro alrededor.

—Oiga, usted —le dije a un huaso que se había acercado a mirar—. Necesito que acompañe al señor. Le puedo dar cinco pesos si lo hace.

—Como usted mande.

—Bien. Espéreme aquí.

Salí corriendo y paré a la primera victoria que pasaba.

—Señor, tenemos un herido en la plaza. Le pago cinco pesos por llevarlo al Hospital San Juan de Dios.

—Con todo el gusto.

El improvisado chofer acercó su carroza hasta donde estaba Eulalio y entre todos lo acomodamos en el vehículo. Pagué lo prometido y me despedí del viejo mientras la carreta se alejaba a toda velocidad.

—¡Todo va a estar bien, Eulalio!

Pero el italiano seguía pálido y con mirada asustada. Pobrecito, ¡el asalto debió ser mucho para él! Miré impotente cómo la carreta transportaba a mi

amigo, sin poder hacer nada más por él.

—¿Qué?

Metí la mano al bolsillo. Parecía el colmo, pero el maldito reloj seguía en mi poder, anunciando las ocho en punto.

—¡Por la concha de su madre! —exclamé, agarrándome la cabeza.

Como si no hubiera tenido suficiente, emprendí carrera de regreso. Sin saber cómo me seguían respondiendo las piernas, llegué al número 1520 e hice ingreso por el portón abierto sin siquiera pensarlo. Jadeante subí las escaleras hasta el tercer piso y me encerré en mi pieza sin que nadie me viera.

—¡Ay, Dios... ay, Dios...!

Todavía agitada, me miré al espejo con la ropa empapada en sudor y sangre. Por lo que en segundos ya estaba desnuda, ocultando la evidencia de mi aventura debajo de la cama. Acto seguido, peiné mis cabellos frenéticamente en una trenza, me lavé la cara con colonia a falta de agua y me enfundé en un camisón, lanzándome a la cama como si se tratara del amplio mar. Perfectamente oculta bajo las sábanas justo antes de que alguien abriera la puerta.

—Pero... patroncita, ¡despierte! ¿O quiere darle otro disgusto a su madre?

Los retos de la Petro me parecieron incluso reconfortantes.

—¡Mire ese piñén detrás de las pailas...! Si yo misma la bañé esta mañana.

—No me rete, Petronila...

Me dejé vestir como una muñeca, presentándome a la tradicional lectura del rosario dirigida por mi madre en compañía del resto de la familia y los criados, los que solo sumaban quince a diferencia de épocas más gloriosas. Era el único momento del día en que todos estábamos juntos, a excepción de mi padre, cuyos martes eran sagrados para sus reuniones en el Club de la Unión. «Destructor de hogares y la moral», como le escuché mascullar a mi madre en referencia al lugar.

—Padre nuestro que estás en el cielo... —rezó la señora Teresa para todos los presentes, dando por iniciada la sagrada oración.

Necesitaba paz más que nunca, así que cerré los ojos e hice un recuento del día, dando gracias por el anonimato de tantas aventuras.

—Que estás en los cielos...

Deseé fervientemente que Eulalio se encontrara bien. Con su recuerdo, las imágenes del ataque también volvieron a mí.

—Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino...

Reviví el rostro horrorizado del italiano, mientras le aseguraba que todo iba a estar bien.

—Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...

Se me escapó un refunfuño y Petronila me miró de reojo. Es que todavía seguía sin entender por qué el hombre estaba tan asustado, a pesar de mis palabras de consuelo.

—Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

¿Será que el dolor de la herida fue demasiado para él?

Javier me dio un codazo, al ver que no me unía a la plegaria en cuerpo y espíritu.

—Y líbranos de todo mal...

¡Eso era! De golpe recordé claramente mi voz durante todo el procedimiento médico. ¡Con los nervios, había olvidado impostar la voz!

—¡Mierda! —exclamé horrorizada.

—¡Amén! —dijeron todos y el rosario se canceló automáticamente.

—Luisa Clementina, ¡¿qué le pasa ahora?! —espetó mi madre, ya fuera de sus cabales.

El horror. Dicen que soldado que arranca sirve para otra batalla, así que fingí un soponcio bien sobreactuado para darle tiempo a Javier de recibirme y evitar un aterrizaje forzoso contra el piso.

¿Qué más podía hacer?

Capítulo 3

«Muy flaca» fue el veredicto del doctor para explicar tanto desmayo, recetándome tres días de reposo absoluto y abundantes cazuelas para recuperar la vigorosidad perdida. Era obvio que lo huesuda no me lo sacaría una simple comida, pero creo que en Santiago no había enferma más agradecida con el diagnóstico que yo, el que no solo me dio una excusa para quedarme en casa, sino también para menguar el mal humor de mi madre a quien tantos disgustos había provocado. Al menos ahora su atormentada alma contaba con una explicación ante tanta rebeldía mía, la que podría compartir con las amistades y parientes que llegaran a consultarla por el papelón vivido en el Hotel Victoria.

Sin embargo, otra cosa era Petronila. A ella no le pasaban gato por liebre. Vez que podía me miraba seria, con escrutinio desolador y cuidados exagerados ante la hija postiza que se negaba a contarle la verdad de sus desdichas. Pero mi boca fue incapaz de soltarle una sola palabra.

¿Cómo estará Eulalio? ¿Habrá llegado bien al hospital? ¡No tenía cómo saberlo! Después de dejar al descubierto mi identidad de mujer, volver a verlo podría resultar muy peligroso para mí: si me denunciaba con mi padre, estaba segura de que él no soportaría semejante conducta de mi parte. Me mandaría al convento Preciosa Sangre como lo hizo con Clara y de ahí no saldría jamás.

¡Santo Dios! ¡Nunca había experimentado tanta angustia en mi vida!

En el primer día de reposo solo me limité a salir de la pieza para ir al baño, ya que el pudor de usar la bacinica fue más fuerte que mis miedos. La jornada pasó lenta, pero decidí matar las horas leyendo sin descanso mi nueva adquisición de anatomía escondida bajo la portada de una revista de modas. Así es que para cuando la luz de la mañana dio paso a la penumbra, yo aún permanecía sin variación alguna, con la nariz enterrada en mi libro y la angustia atorada en la garganta.

—¡Pase pa' acá!

A eso de las ocho de la noche, Javier entró por sorpresa a mi habitación y de un tirón me arrebató la revista que ocultaba mi precioso tesoro.

—¡Oiga, Javier! ¿Qué hace?

—Ya me parecía que se estaba demorando demasiado en leer una simple revista.

—¡Javier Augusto, no sea latoso! —exclamé, estirando las manos—. Devuélvame el libro...

—¿Anatomía?

—...

—Luisa, ¿cuándo se va a dejar de tanta lesera?

El adonis me pasó el libro con cierto dejo de resignación y se recostó a sus anchas a los pies de mi cama, como el gato remolón que realmente era.

—Javier, entiéndame un poco. ¿Es que a usted no le apasionó estudiar Ingeniería Agrícola en la universidad?

—No.

—¿No?

—La verdad es que no, Luisa. Usted conoce al papá. Ya tiene seis hijos: tres abogados, dos contadores y uno que es arquitecto. Pues bien, le faltaba el hijo que le atendiera el negocio de los viñedos. Y adivine, ¡ese soy yo! —exclamó fastidiado.

—Ah, pues...

La vida y sus sarcasmos. ¡Dios le da pan a quien no tiene dientes!

—Y para que la corte con sus cuestiones de medicina, le traje un obsequio, hermanita.

El gato de ojos esmeraldas procedió a sentarse para hurguetear en su fino maletín de cuero, desde donde extrajo un fajo que desparramó encima del plumón.

—¡Pero, hombre! No sea bruto... ¡revistas!

—Sí, de todas las que le gustan. Tiene que estar de buen ánimo para recuperarse, ¿me oyó, Luisa?

Nochebuena había llegado anticipada. La primera alegría desde el incidente con Eulalio.

—¿Ve que usted sí me quiere, Javier?

El joven sonrió al verme tan animada y, confiado de haber cumplido su propósito, se levantó con maletín en mano y sentenció:

—Si no se come toda la cena, volveré especialmente a quitarle las revistas.

—Hermanito, ¡usted es el mejor!

—Lo sé —respondió el hombre con orgullo y desapareció por la puerta.

Gracias al regalo de Javier, mi pasantía de enferma para la mañana siguiente se hizo bastante más amena. Al principio, no sabía ni por dónde comenzar a leer. Frente a mí, tenía los ejemplares de enero y febrero de las revistas Zig-zag, Familia y el Diario Ilustrado. ¡Incluso había un ejemplar de El Peneca! Pero con lo que realmente se me hizo agua la boca fue con los ejemplares de La Selecta y el diario El Mercurio, que las mujeres de la mansión Santa María teníamos un tanto prohibidos.

Bien temprano en la mañana y consentida con un desayuno de pan amasado, huevitos revueltos y mermelada de moras servido en bandeja de plata, di por iniciada la lectura del día con la columna «Hechos y Notas» de Luis Orrego Luco sobre el veraneo europeo y cómo este se vivía en nuestro país:

En Chile es otra cosa, se marcha al veraneo para continuar la vida de la ciudad, con mayores exigencias todavía. Nadie en Europa lleva sus carruajes a las estaciones balnearias; entre nosotros, todos acarrean sus victorias a Viña y usan automóviles en donde no tienen lugar para correr, que es como si uno se bañara en tina, provisto de salvavidas.

—¡Toda la razón, don Luis! —exclamé, dándole un golpecito al diario.

—Igualita a su abuela... —suspiró Javier en su paso fugaz por mi puerta.

Seguí leyendo sin prestarle atención:

Aquí jamás uno vive para sí, vive para la opinión de unos cuantos ociosos, de cuatro murmuradores y de cinco pícaros. Si se le manda un ramo de flores a una dama, o si un caballero se junta con ella tres veces en público y delante del mundo entero, ya se corre que le hace la corte y que trata de seducirla; cuando un hombre se acuesta con resfriado y se queda en cama dos días, si es comerciante, se dice que ha quebrado: si Cajero de Banco, se publica en los diarios que se ha fugado con la caja...

Solté la revista, abrumada de tanta precisión en el relato. Nuestras últimas vacaciones en Viña del Mar habían sido tal cual cómo se describían en la columna: un enorme despilfarro de plata y energía solo para salvaguardar el prestigio familiar. ¡Es más! Para mi madre, ya era bastante humillante pasar las vacaciones en Chile y no en Europa, pero el patrimonio actual simplemente no permitía semejantes lujos.

A las once de la mañana, mi lectura fue interrumpida por una criada que entró a mi pieza con una bandeja llena de picarones espolvoreados en azúcar flor.

—Se los manda Petronila. Pa' que se recupere luego —me informó la Carmela.

Recibí la ofrenda sin reclamar. ¡Todo sea por recuperar la salud! Y seguí leyendo, mientras me echaba las masitas dulces a la boca. Ahora era el turno de El Mercurio y las elecciones parlamentarias establecidas para el 3 de marzo. Los impecables currículos y fotos de cada uno de los candidatos,

como Joaquín Walker Martínez —íntimo amigo de mi padre—, se lucían en plana completa.

El diario no escatimó en elogiar a los postulantes con palabras rimbombantes y de buen tono, algo que contrastaba descaradamente con la opinión de las personas que había escuchado en mis andanzas por la plaza de la Independencia, donde los transeúntes calificaban el proceso como «una verdadera chacota» y pronosticaban «un fraude electoral a todas luces». Incluso mi padre, que siempre se mostraba tan reticente en participar en política, ahora asistía al Club Domingo Fernández Concha en apoyo a las actividades propagandistas gestionadas por el Partido Conservador. Sin duda, el ambiente estaba agitado. Solo el tiempo nos mostrará a quien le dará la razón.

Suspiré. Antes hubiera apoyado a mi padre en política sin dudar, pero ahora ya no estaba tan segura de compartir su visión sobre nuestro deber social para dirigir a «esos rotos sin educación que no saben lo que quieren».

—Señorita Luisa, hora de su baño.

Ya era pasado mediodía. Carmela fue en busca de la bata para alistarme para el trayecto que iba de mi habitación a la sala de baño, donde me esperaba un tina con agua caliente y sales medicinales. En todo este recorrido, la chiquilla ofreció el brazo para que pudiera apoyarme, animándome a seguirla a paso lento. Se suponía que estaba débil, así que no me quedó más que seguir el juego y fingir flaqueza.

Después de una hora de limpieza, talcos perfumados y una elaborada trenza para mis largos cabellos, regresé majestuosa... a la cama.

—Sopa de sémola, pescado en fuente, coliflor en salsa y leche asada pa' la patroncita.

Y nuevamente, una bandeja llena de comida aparecía frente a mí.

—Petronila...

—¡Enfermo que come no muere!

—Sí, pero... ¿no será mucho?

—No sé, dígame usted por qué se desmayó.

La Petro me miró tan choreada que me dio miedo. Ella enojada era cosa seria.

—Porque el doctor me encontró muy flaca... —murmuré.

—Entonces, ¡me deja el plato vacío! —exclamó autoritaria—. Y espérese que se me olvidó el pan amasado en la cocina. ¡Se lo traigo enseguida!

Solo entonces la mujer volvió a sonreír con su mermada dentadura. Yo hice lo mismo de vuelta. No fuera que por quejarme otra vez, se sumara una cazuela al banquete.

Terminada la comilona, me eché a dormir una larga siesta y en esta se presentaron los más extraños sueños. En el primero, me encontré con Eulalio, a quien insistí en devolverle el reloj de oro.

—Caro Pancracio, ¡no se preocupe cosí tanto! Quédese con eso. ¡Yo quiero regalarle algo más prezioso, di valore, que un reloj.

Entonces el viejo depositó una flor en mis manos. Lo hizo con gran dulzura y cuidado.

—¿Una flor? ¿Más valiosa que un reloj de oro?

—Ragazzo, si solo ves una flor, te pierdes un gran tesoro...

Sin aviso, pasé inmediatamente al siguiente sueño protagonizado por Adelaida. La niña aparecía vestida con hermosos ropajes, joyas y una corona de oro y gemas. La vi distante en un altar, tan majestuosa como la misma reina Victoria. Dos hombres la acompañaban: a su derecha, mi padre; a la izquierda, su desagradable prometido. Ambos, de pie, posaban una mano en cada hombro de la chica. Desde su posición, mi hermana llamó por mí, quería que me acercara. Y así lo hice.

—Luisa —me dijo levantando dulcemente mi barbilla—. Quiero regalarle algo.

Los hombres a su lado me miraron desafiantes sin decir palabra. Entonces, la chica se abrió el pecho con un cuchillo de plata y se sacó el corazón.

—Toma —exclamó posando el órgano todavía palpitante en mis manos—. Esto aquí ya no me sirve.

—No... no... Adelaida, ¡NO!

Desperté con el triste rostro de mi hermanita clavado en mis pensamientos y la almohada bien apretada contra el pecho. Dos personas muy queridas para mí me entregaban sus tesoros en sueños.

¿Por qué?

—Cazuela de pava, arroz con chuleta de cerdo y porotos verdes a la mantequilla, leche nevada de postre. Ah, y pan amasado.

Petronila atacaba nuevamente con tanta comida como para un regimiento.

—¿Estuvo llorando, mi Luisa? ¿Me va a contar qué le pasa?

—No pasa nada, Petro. Unos sueños raros, no más... ¿Por qué no le dice a la Adelaida que se venga un ratito para mi pieza?

—No se puede na', mi Luisa. Su madre insiste en que la niña se mantenga a distancia suya. Que se puede contagiar.

—¡Por Dios! —reclamé con las manos—. Si yo no tengo nada...

La criada levantó una ceja, alentándome a hablar menos y comer más.

—¡Es que usted, por andar con la cabeza llena de pajaritos, no se da cuenta de na'! —me recriminó—. Su hermana hace rato que está de novia con don Pedro y mañana mismo es la fiesta de compromiso.

—¡Pero por qué nadie me dice nada, por la rechita! —exclamé furiosa.

—No sé, su madre insiste en ocultarle las cuestiones, hija. No se sulfure tanto, alégrese por su hermanita, que plata no le va a faltar.

—Qué posma, Petro...

—Ya, no sea envidiosa, que se le arruga la frente.

—Silencio, Petro, ¡silencio!

Petronila se dio cuenta de que ya había alcanzado mi umbral de frustración y creyó prudente dejarme sola rabiando por mi orgullo herido. ¡Con razón mi madre estaba tan enojada conmigo! ¡Le estaba arruinando los planes de casorio con mis comentarios!

Seguí refunfuñando por un buen rato más. Incluso volví a echarme unos lagrimones, pero, a eso de las diez, ya creí prudente pensar en cualquier otra cosa para no alentar una úlcera en el estómago. Y así me puse a leer la edición de febrero de la revista Familia, cuyas últimas páginas anunciaban un concurso de belleza. ¡Esto último fue mi perdición! Sin terminar de leer las condiciones del certamen, me senté frente al espejo buscando la fórmula que lograra darme la hermosura requerida para la candidatura. A fin de cuentas, era lo que siempre hacía cuando las cosas no funcionaban a mi alrededor: me «arreglaba» de alguna manera.

La revista indicaba:

1º Toda persona que desee indicar cuál es, a su juicio, la señorita más bella de Chile deberá llenar el cupón de la revista, indicando el nombre y lugar de residencia de la señorita agraciada.

Me enrosqué las pestañas con una cuchara, practiqué dos nuevos peinados y me imaginé comprando cientos de ejemplares de la revista para poder enviar cupones falsos al concurso.

6º En el número de "Selecta" de abril de 1912, se publicará en colores el retrato de la señorita más hermosa de Chile y que habrá sido elegida en votación general.

¡En colores! En segundos, visualicé a mi madre en una de sus usuales tertulias con las amigas. Revista en mano, les mostraba mi retrato a las presentes y, rebosante de orgullo, les repetía insistentemente que yo era su Luisa.

9º A la señorita que obtenga la más alta votación en todo Chile se le obsequiará un hermoso collar de perlas que ha sido galantemente ofrecido por los señores fabricantes de la harina lacteada Nestlé.

Con el tictac del reloj de Eulalio sonando bajo la almohada, me dormí para dar paso al tercer sueño de la jornada, en el que orgullosa lucía frente a todos dos magníficas joyas: el collar y la admiración de mi familia.

Capítulo 4

Sábado 24 de febrero. Había llegado mi cumpleaños y recordarlo me ponía de muy mal humor. Para pensar en otra cosa, me levanté de la cama y fui a saludar a doña María Isabel.

—Mijita, ¿usted cuándo va a conseguir marido?

—¿Cómo dice, abuela?

—Hoy cumple veintitrés años, ¿o me equivoco?

¡Increíble! A mi abuela se le podía olvidar su pasado, su marido y que estábamos en 1912, pero mi cumpleaños y mi edad... ¡no fallaba! Sin levantar al vista de su crochet, la señora continuó con el interrogatorio sin pudor alguno.

—Luisa Clementina, ¿por su boca nunca ha pasado el ardor de la pasión?

—¡ABUELA!

—Ya, ¡no me ponga esa cara! —exclamó y luego levantó la mirada a lo alto, persignándose—. ¿Usted sabe cómo se hacen los niños? Le aseguro que el Espíritu Santo en eso no tiene mayor incumbencia...

—¡ABUELA!

El vaso de agua que justo me estaba tomando casi terminó por ahogarme. Con la cara roja como tomate, solo atiné a levantar los brazos para pasar el mal rato.

—¡Alegría, Luisa! —me repitió la señora María Isabel, dándome golpecitos en la espalda—. Le aseguro que usted no se va a quedar vistiendo santos porque pronto nos iremos de viaje y entonces podrá conocer al amor de su vida.

—No me diga, abuela... ¿Y el destino no será Bombay, por casualidad?

—Europa, Luisa Clementina. EU-RO-PA.

Al menos me quedaba con el consuelo de que mi abuela había cambiado el destino y recordaba mi natalicio. Si seguía así, para mañana seguro

recuperaría todas sus memorias solo para retomar las discusiones de antaño con mi madre por el despilfarro de la fortuna familiar. Lo cual, por cierto, tenía todo el derecho de hacer.

—Dispéñeme, abuela —expresé un tanto agotada—. Veré si necesitan ayuda en la cocina.

—Y las maletas, Luisa. ¡No olvide las maletas!

Por orden médica, mi reposo en cama se extendía hasta el martes, pero a mí ya no me quedaban revistas por leer y se me estaban atrofiando los músculos de tanto permanecer echada. Por lo demás, ¡el calor de febrero azotaba como diablo! A riesgo de parecer insolente, me hice la toilette y salí silenciosa del cuarto que me tenía confinada.

—¡Buenos días, señorita Luisa!

El saludo de Carmela se sintió hasta la casa de enfrente.

—¡Baje la voz, Carmelita!

—No creía hacer mal, señorita... —se disculpó, cabizbaja.

—Luisa Clementina —se escuchó a nuestras espaldas—. ¡Cuánta lozanía en su semblante! Me parece que incluso ha ganado usted un poco de peso y... de años. ¡¿NO ES ESTO MARAVILLOSO?!

Con el llamado de Javier, toda la capital quedó informada sobre mi rápida mejoría y vejez. Siguiendo el ejemplo del patrón, varios sirvientes se unieron al saludo hacia mi persona, el que no me quedó más remedio que responder.

—Tenga usted un feliz cumpleaños, patroncita —me dijo la María.

—¡Feliz aniversario, doña Luisa! —saludó Venancio.

—Luisa, si me disculpa —interrumpió Javier—. Unos asuntos de suma urgencia requieren mi atención.

—Vaya ligero, hermanito. No vaya a ser que se le acabe la chicha al tugurio que frecuenta.

Javier me miró con odio, gesto que devolví con una sonrisa malévol. Los sirvientes, incómodos, optaron por alejarse.

—Y yo que soy tan bueno con usted, Luisa... —dijo el joven que rápidamente desapareció por las escaleras. El mismo hombre que Dios había hecho tan hermoso para contrarrestar el plomo que corría por sus venas.

Con la esperanza de disipar la atención, esperé unos minutos antes de bajar al segundo piso. El trajín de mesas, platos y gente que había en este nivel era inusualmente alto, lo que aproveché a mi favor. Silenciosa como monja, bajé por los peldaños de la escalera alfombrada hasta el primer piso... pasito a pasito... solo para encontrarme de narices con mis progenitores.

—¡Luisa Clementina! ¿Qué hace usted fuera de la cama?

—Madre, padre... ¡buenos días!

—¿Es que no me oyó, hija? ¿Qué hace levantada? —exclamó mi madre.

Por unos segundos no pude pronunciar palabra. Era tal el miedo que me producía mi padre que fui incapaz de dejar de temblar.

—Yo... mi salud... ha recuperado la vitalidad y, si me lo permiten, quisiera ayudar en los menesteres de la cocina.

Ante mi petición, solo recibí un pesado silencio, pero no me di por vencida.

—Puedo notar que se prepara una gran celebración en el hogar. ¡Y qué exquisita decoración! ¿Acaso podemos figurarnos, padres míos, que estamos en París, en el Café de la Paix?

No había tenido la fortuna de conocer semejante lugar, pero sí había leído dos novelas que hacían mención a su elegancia y finura. Mi madre, amante de todo lo europeo, seguro aprobaría mi lisonjero comentario.

—¡Luisa Clementina, retírese inmediatamente a su...!

—Déjala.

Don Ramón por fin se manifestó. Y su palabra era ley en la casa. A mi madre no le quedó más que acatar.

—Dispense, Luisa, y no fastidie más.

Incliné la cabeza en señal de agradecimiento y rápidamente me dirigí a la puerta de servicio escondida detrás de las escaleras. Antes de desaparecer por el tablacho, me tomé unos minutos para observar todo cuanto pude: manteles de seda, arreglos de flores, afinador de piano y taburetes para músicos, conservas y hasta dulces importados. En la mansión no se veía tanto lujo desde el matrimonio de mi hermano Francisco José, hace al menos cuatro años. La fiesta de compromiso de mi hermana se celebrará a lo grande y me lamentaba al confirmar que mis padres no habían sido capaces de ponerme al tanto de dicho evento.

—Pelaítas están las brevas.

—¡Listas las empanás!

—¡Rosa, no se olvide del ponche en pisco y canela bien helao!

—¿Quién se pone a faenar los chanchos?

—¡Yo lo hago!

Las seis mujeres se dieron vuelta en mi dirección, cesando su alegre cacareo.

—¡Ñoras, tranquilas... ¡es nuestra Luisa Clementina!

—aclaró Petronila y el jolgorio volvió a la boca de las criadas.

—¿Tiene todo para el caldo, Narcisa?

—Tengo desplumao toítos los pollos, Mercedes. Solo me falta pelar el ajo.

—¡Pa' mí que usted lo viene pelando hace rato!

Las risas no se hicieron esperar. Por el buen humor de esas mujeres, y la leche asada de la Petro, la cocina se había convertido en mi lugar favorito dentro de la mansión.

—¿Y a usted que menester la trae por acá, patroncita?

—Ay, Petronila, no sea latosa. Que incluso mi padre ya me dio la venia. Déjeme faenarle el chanco. ¡Se lo dejó listo para tocino y jamones! ¿Le aparto la sangre para las prietas? ¿Y los sesos para un rico queso de cabeza?

—Ya, hija, no me diga más. Póngase a trabajar al lado de la Domitila.

¡Ay, qué felicidad! Con premura, me coloqué el delantal, arremangué las mangas y afilé el cuchillo que me acompañaría en la autopsia que estaba por realizar. El paciente alcanzaba la no despreciable cifra de cincuenta kilos y no había tiempo que perder.

—Manos a la obra.

Las cocineras me miraron divertidas: ningún porcino había sido destripado con tanto respeto. Primero abrí la cavidad abdominal y retiré los intestinos, luego el estómago. Con extremo cuidado, separé exitosamente la vesícula biliar del hígado. ¡Tanta práctica faenando ya estaba dando sus frutos! Y a falta de pacientes reales, buenos eran los chanchos.

—A-lu-ci-nan-te...

La fascinación que me produjeron los órganos internos del animal aceleró irremediablemente mis latidos. Abrí la caja torácica, iniciando la extracción del hígado, el corazón, los pulmones... Tal vez, algún día, podría extraerle una bala a un herido de guerra. Operar a un paciente... ¡salvar una vida!

—Luisa, hija, no se ponga a jugar al doctor. Que le faltan dos cerdos más por faenar.

Nada que hacer. Reclamé con un puchero y agarré un hacha para cortar la columna vertebral. Debe haber sido por la frustración, pero se me pasó la mano con la maniobra y salpiqué sangre para todos lados.

—¡Luisa Clementina! ¡Má cuidado, pue!

—Disculpe, Mercedes...

Tanta comida, tanto arreglo en el salón. Por momentos, quise soñar que todo era por motivo de mi aniversario.

—Hoy voy a lucir el echarpe que me regaló la patrona para la Navidad.

—¿Y pa' qué tanto arreglo, Jacinta?

—Las señoras de más alto copete vienen al festejo. No está demás ponerse a su nivel, doña Petro.

—¡No se preocupe tanto, ñora! No hay echarpe que luzca encerrada en la cocina —sentenció la Petro.

—¡Brindo por eso! —exclamó la Narcisa, empujando un vasito de sangría y las demás siguieron su ejemplo, mientras Mercedes entonaba un valsecito popular.

El canto se apoderó de la cocina, interrumpido apenas por el tintineo de cacerolas, vasos y platos que pasaban de una mano a otra. Con el paso de las horas, el mesón principal se fue llenando de arrollados, pasteles, tortillas, licores, queso y empanadas.

—Qué lindo que su cuñaita está de nuevo preñá, patroncita. ¿Cuántas criaturas tiene ya su hermano Alonso? ¿Cinco?

Tan concentrada estaba faenando el tercer chanco que no me di cuenta de que la Mercedes me hablaba.

—¡Ah, ya caigo! ¿Se refiere a María Inés, Meche?

—Sí, pue. La rubiecita como masa de sopaipilla.

—La ñora Teresa debe estar recontenta —interrumpió Narcisa—. Con tanto nieto que le está dando esa mujer.

—¿Cuántos meses le faltarán para mejorarse? —preguntó la Jacinta.

Por reflejo, me llevé la mano al vientre. Lo sentí tan frío...

—Luisa Clementina, la manda a llamar su madre.

Mi estadía en la cocina había terminado. Carmelita ya me esperaba en el

marco de la puerta.

—Tome —me murmuró la Petro al oído mientras introducía un paquetito en el bolsillo de mi delantal. —Pa' después...

La Carmela me preguntó si necesitaba apoyarme en su brazo y no dudé en aceptar su ayuda. El próximo encuentro con mi madre ya me estaba robando las energías, así que a paso lento llegamos las dos mujeres al tercer piso.

—Permiso, señora.

Carmela anunció mi llegada a la habitación y se retiró inmediatamente. Doña Teresa me esperaba sentada sobre mi cama, junto a un vestido de raso rayado azul y blanco. Tan hermoso como llamativo. El grito desesperado de mi madre para que alguien se fijara en mí.

—Hija mía —me llamó, dando unos golpecitos al colchón para que me sentara junto a ella—. Mire lo que le tengo.

—Madre, no tendría que haberse molestado...

—¡Pero, Luisa! Es la fiesta de compromiso de la Adelaidita. Tiene que presentarse con sus mejores galas.

—Sí...

Pasé mis dedos por la sedosa tela, fingiendo interés por la prenda que brillaba con los rayos de sol que se colaban por la ventana. Sonreí amargamente. Era obvio que mi madre no me tendría preparado un regalo de cumpleaños.

—Me alegra que le haya gustado, Luisa. Pensé que estando tan indispueta estos días, usted no tendría oportunidad de estrenar vestido. Pero he cambiado de opinión al verla tan recuperada en la mañana. Le pedí a Carmela que preparara el cuarto de baño para que se acicale... ¡Uff, cómo quedó pasada a cebolla, Luisa!

Mi madre se retiró de mis aposentos recordándome que a las nueve debía presentarme en el salón para recibir a los invitados.

—Todavía no pierdo las esperanzas con usted, Luisa Clementina —dijo y cerró la puerta tras de sí.

Ha cesado la lucha sangrienta;
ya es hermano el que ayer opresor;
de tres siglos lavamos la afrenta
combatiendo en el campo de honor...

El himno nacional se apoderó de mi cabeza y acepté su intromisión con gusto. ¿Para qué me iba a quemar la sangre? Si igual iba a convertirme en una solterona, prefería tomármelo con humor y con una copita de horchata con malicia si era posible.

—¡Con su sangre el altivo araucano nos legó, por herencia, el valor! —entóné a viva voz.

Se dice que las viejas locas hablan solas y yo no pensaba ser la excepción. Así mismo fue como me pilló la Carmela.

—Señorita Luisa, está lista la tina para su baño.

—¡Voy ligera! —respondí, llevándome las manos a los bolsillos del delantal que tenía puesto. Y ¡vaya qué sorpresa! En su interior, mis dedos se encontraron con el paquetito que me había dado la Petronila un rato atrás. Confituras de frutas y dulces de manjar blanco venían envueltos en un papel amarillento donde destacaba un «feliz cumpleaños» escrito por quien apenas conocía unas cuantas letras.

—Lo sabía. Una madre jamás olvidaría el cumpleaños de su hija...

Contenido entre mis manos, le di un beso al inesperado regalo y, como si se tratase de un tesoro, lo deposité en el joyero, junto con el resto de las alhajas.

—Patroncita, se le va a enfriar la tina...

—Carmela, ¿tendremos agua de rosa? Dicen que sirve para conservar el brillo de los ojos.

—Sí, tenemos.

—Carmela, esta noche quiero un peinado nuevo y muy chic. Cabellos sueltos y vaporosos prendidos de un gran moño.

—Así lo haré.

—Y ajuste bien mi corsé.

—Sí, mi dama.

—Usted sabe. Hay que saber sufrir para ser hermosa...

Capítulo 5

—Luisa Clementina, espabile...

—Sí, sí...

Estiré la mano hacia el señor Larraín Alcalde, quien la besó como correspondía a la etiqueta. Junto a mis padres y la Carmelita, esa noche eran parte del comité de bienvenida parapetado en la entrada principal para recibir a los invitados, los que ya contabilizaba en más de cuarenta y cinco. Por supuesto, tanto lujo en la casa solo tenía una explicación: Pedro Echeverría.

—Qué honor contar con vuestra presencia esta noche, mis queridos Juan Francisco y Teresa —saludó mi padre a los recién llegados.

—Espero que disfrute de la pequeña velada preparada para esta noche —agregó mi madre con falsa modestia.

—El placer es todo nuestro, Ramón —reiteró el magnate.

—Teresa, enhorabuena por el compromiso de su hija Adelaida con el abogado Echeverría. Bendiciones para la pareja —añadió Teresa Mancheño de Larraín.

—Él es como un hijo para nosotros, Teresita. La dicha no cabe en nuestros corazones.

Dichas las palabras de buena crianza, los invitados se dirigieron al salón principal del segundo piso, donde mi hermano Javier y el desagradable Pedro Echeverría eran los encargados de recibir a los convidados que iban llegando.

—El otro día escuché que el palacio de los Larraín Mancheño en calle Moneda tendrá más ochenta habitaciones. ¿Puede creerlo, Ramoncito? Cuánto despilfarro... —soltó mi madre apenas tuvo oportunidad.

—Teresa, ¿a qué hora comienza la cena?

Como era la costumbre, mi padre ignoró a su señora esposa sin culpa alguna, despertándome cierta compasión por la mujer de la que había

heredado los ojos negros. Sin embargo, opté por callar para no ser acusada de hablar con desparpajo.

—¡Ay, Ramón! A las nueve y media pasamos al comedor. Los últimos invitados deben estar por llegar...

—¡Que se le anden riendo a uno en las barbas! —refunfuñó el señor.

—Mira, querido, illegaron los Concha-Cazotte!

El magnate de los yacimientos de plata, Enrique Concha y Toro, caminaba despacio del brazo de su regordeta Teresa Cazotte, anfitriona de las fiestas más lujosas y comentadas de Santiago. Es más, el baile de disfraces que la mujer preparaba para el mes de octubre ya tenía a muchos encargando trajes a Europa.

—¡Teresa, cuánta galanura! —exclamó mi madre a la recién llegada—. ¡Su traje es de un gusto extraordinario!

Dicen las malas lenguas que quienes no eran invitados al convite de los Concha-Cazotte no figurarían entre la gente de buen tono y alcurnia de Santiago. Muy a su pesar, este era exactamente el caso de mi madre.

—Querida Teresa, muchísimas gracias por invitarnos a Enrique y a mí a su magnífico hogar. Estamos muy contentos por el compromiso de su hija Adelaida.

—¡El honor es nuestro, linda!

Mi padre recibió al señor Concha y Toro con el shake-hand tan usado en nuestra elegante sociedad, mientras la Carmela procedía a tomar el abrigo de su acompañante.

—Mis queridos Santa María Matte, están cordialmente invitados al baile de fantasía que daré el 15 de octubre en mi mansión. Espero contar con vuestra presencia y el de su bella Adelaida.

Pude notar cómo el pulso de mi madre se aceleraba. ¡Habría saltado en una pata si hubiera podido!

—¡Qué invitación tan divina! ¿No lo crees, Ramón? —mi progenitora tomó aire y recuperó nuevamente el recato—. No nos perderíamos el evento por nada del mundo, mi adorada Teresa.

—¡Espléndido, querida! Las esquelas de invitación las haré llegar en junio, pero le aviso con anticipación para que vayan preparando sus atuendos.

Estaba segura de que la alegría de mi madre se extendería al menos una semana. ¡Eso sí que será una bendición!

—Y usted también está invitada, Luisa Clementina.

Sin duda, el ofrecimiento me tomó por sorpresa. En lo que llevaba de la noche, solo había recibido saludos de cortesía.

—Eh... ¡Muchas gracias, señora Teresa! Me siento muy honrada.

—Luisa, le estoy inmensamente agradecida por su desinteresada ayuda en el festejo solidario de la pasada Nochebuena. Por eso mismo, me he tomado una pequeña licencia con usted que espero no le moleste —expresó la mujer, depositando discretamente en mis manos una pequeña bolsita aterciopelada—. Y ¡feliz cumpleaños!

Hechas las presentaciones, los Concha-Cazotte se perdieron escaleras arriba y mi madre en las miles de ideas para su disfraz de octubre. Mientras tanto, yo intentaba descubrir con el tacto el regalo que se escondía en la bolsita. ¿Será una joya? ¿Dinero? Por su parte, mi padre solo se limitó a gruñir en señal inequívoca de hambre.

—¡Pancracio!!

El llamado me devolvió a la realidad con la rudeza de una bofetada. No podía dar crédito a mis ojos. Frente a mí, el viejo Eulalio se llevaba las manos a la boca asombrado.

—¿Pancracio? —cuestionó mi madre.

La angustia se apoderó de mí en segundos y supliqué al italiano por piedad con el castaño involuntario de mis dientes.

—¡Por.... por San Pancracio! ¡Qué bellissima figlia tiene, Ramón!

No sé qué confundió más a mis padres. Si la mención de un supuesto Pancracio o el piropo hacia mi belleza. Por eso, supongo, a ambos les tomó unos segundos reaccionar. O al menos un soneto de la canzonetta que se escuchaba desde el segundo piso.

—Eulalio Viviani, ¡qué gusto tenerlo por acá! —manifestó mi padre, abrazando al italiano—. Pensábamos que ya no llegaba.

¿Ramón Santa María abrazando a un inmigrante? ¿Y sonriendo? De seguro Eulalio debía tener más fortuna que la aparentada por sus prendas.

—Mi esposo Ramón me ha hablado mucho de usted, señor Viviani.

—Espero que haya sido en los mejores términos, mia signora.

—¡Por supuesto que sí! —respondió mi madre toda coqueta, mientras dejaba que el italiano besara su mano.

Ahora todos reían. Como una muñeca, me limité a sonreír, a pesar de que a mí nadie me presentaba.

—¿Y cómo se llama la signorina Santa María? —preguntó Eulalio, como leyéndome el pensamiento.

—Luisa Clementina —exclamó mi madre—. Nuestra octava hija.

—Un gusto conocerlo, señor Viviani —afirmé con una breve reverencia.

La alegría se reflejó claramente en los ojos del viejo, quien tomó mis manos entre las suyas y las estrechó con dulzura.

—Luisa... molte grazie.

Mi querido Eulalio estaba vivo. Desde el ataque en plaza Brasil, sufría pensando en su paradero y ahora lo tenía a mi lado, ¡en perfecta condición!

—Eulalio, sea usted muy bienvenido.

Ahogué las lágrimas para no seguir llamando la atención de mis padres. No fuera a ser que tanta emoción los motivara a pensar que entre Eulalio y yo existía, ¿cómo se dice popularmente?, un «pololeo».

—Estimado Eulalio, lo escoltamos hasta el salón principal. La cena comenzará en unos minutos.

—Sí, cierto, cierto, Teresa. La sigo.

Nuestra llegada al segundo piso reveló un enorme óleo con el retrato de mi madre y siete de sus hijos que dejó a Eulalio sin aliento. Era, sin duda, una obra impresionante en dimensiones y técnica. Sin embargo, para mí, el atributo que más sobresalía estaba en la composición: una Teresa con aires de reina rodeada de sus hijos, todos varones, a excepción de Clara, la mayor, retratada con mirada serena a un costado del grupo.

—Todo es culpa suya, hermana... —murmuré y me pareció sentir a Eulalio observándome de reojo.

Proseguimos nuestro camino hasta las altísimas puertas de terminaciones doradas que daban al salón, las que se abrieron de par en par por dos sirvientes. La música, las bandejas repletas de exquisita comida y los majestuosos arreglos florales colmaron nuestros sentidos en un instante. Esto sin contar el desfile de distinguidos invitados que hacían gala de finísimos atuendos. Sin duda, una recepción con la elegancia y distinción que tendría a la mismísima salonnière Lucía Bulnes con ataques de envidia.

—Adelante, Eulalio. Déjeme que le presente a mi hijo, Javier Augusto, y a mi futuro yerno, Pedro Echeverría de... —indicó mi padre en su rol de anfitrión.

—Luisa Clementina, hija...

Muy a mi pesar, ya no podía seguir en compañía del italiano. Mi madre me reclamaba para otros menesteres.

—Vaya a ver si su hermana está lista. Y me hace una señal cuando la niña se apronte a bajar al salón.

—Sí, madre.

Dejé la colorida tertulia tras de mí y subí las escaleras al tercer piso que ya

protagonizaba su propio barullo.

—Mi niña, ino se me ponga así! Mire, mire iya llegó su hermanita! — escuché decir apenas abrió la puerta.

Me sorprendió que Adelaida corriera hacia mí y se aferrara a mi cintura con tanta desesperación. De sus ojitos verdes no cesaban las lágrimas y la pena ahogada en su pecho apenas la dejaba hablar. Verla así me destrozó el corazón.

—Adelaidita, llore —la contuve entre mis brazos con fuerza—. Eche afuera.

Quería que ella supiera que, al menos conmigo, no tenía nada que fingir.

—Luisa, no quiero, no quiero... ino quiero!

Por supuesto, las explicaciones respecto de su negativa sobran. Amparada en mi regazo, la niña siguió llorando desconsoladamente. La Petro me miró con preocupación, y la comprendí a la perfección. Si seguíamos retrasando la llegada de Adelaida al salón, las cosas se podían poner muy feas.

—No quiero... no quiero...

Entonces, el recuerdo de Clara se apoderó de mis pensamientos. La observé con sus bracitos delicados tratando de soportar los azotes de mi padre. Sus extremidades moreteadas, su pelo desordenado... y su destierro. Temí que el mismo destino se repitiera para nuestra hermana menor.

—Adelaidita, usted llora porque no entiende, iporque la domina el susto! Pero le puedo asegurar que puras cosas buenas esperan por usted.

Mentí.

—Para principiar, no he visto a alguien más prendado de usted que el señor Echeverría, ¿o no, Petronila?

—Sí, sí, toíto que sí —respondió mi cómplice.

Y la chispa de la esperanza se asomó por los ojos de mi princesa.

—Le podría apostar quinientos pesos a que no hay hombre en Santiago que la vaya a cuidar tanto como él —aseguré agitando mis manos para todos lados—. Mimos y atenciones no le van a faltar. Dele tiempo al amor, Adelaida, y ¡la providencia la recompensará con creces!

—¿De verdad usted lo cree, hermana?

—¡No podría estar más segura!

El benjamín de la casa recuperó su alegría y yo, los colores del rostro. El diablo vendiendo cruces, pensé.

—Y le recuerdo que para el matrimonio todavía faltan muchos meses.

—Es verdad, Luisa —respondió mi hermana.

—Adelaida, si vuelve a perder el temperamento, ¡yo misma vengo a levantarle los vestidos para darle unas buenas palmadas!

La dulce risa de mi hermana nos devolvió el aliento. Petronila aprovechó el impulso y, con la ayuda de una criada, repuso el peinado y maquillaje de la niña en unos minutos.

—¡Se ve tan hermosa, mi Adelaida! —afirmé jubilosa. Cubierta de satín, perlas y flores, la vi alejarse majestuosa por el corredor. Entonces, busqué a mi madre con la mirada y le di la señal que tanto había estado esperando. Siguiendo su orden, los músicos comenzaron a entonar el vals de los novios.

—Mírela, Petronila. ¡Ni la Virgen del Carmen en procesión levanta tantas miradas!

La observamos bajar los peldaños en sus zapatillas de charol, mientras dejaba prendados a los invitados con su belleza. ¡Mil comentarios le dedicaron a su favor! Y cuando finalmente llegó donde su prometido, todos la recibieron con calurosos aplausos. Si la suerte acompañaba, más de alguna publicación haría mención de su hermosura en la sección de sociales.

—Si está tan grande, mi Adelaidita —soltó la Petro con un suspiro cuando llegó el esperado momento del anillo de compromiso. Tan grande era la roca ofrecida por el novio que hasta el rostro de mi padre abandonó el rigor mortis que lo caracterizaba.

—Mírela, tan hermosa mi niña. Con el cutis rosaíto de salud.

Si bien el peinado y el color en sus labios podían sumarle madurez, para mí Adelaida siempre sería la niñita que pedía cuentos para dormir. ¡Qué miserable me sentía al haberle mentido sobre su futuro!

—Usted ya debería bajar a cenar... —me recordó la madre postiza.

—Voy ligera, Petronila.

Bajé las escaleras de la mano de mi querida Petro hacia el salón que gradualmente le iba cediendo protagonismo al comedor principal alistado para el banquete. La banda entonó el vals de Margarita y los comensales iniciaron la búsqueda de sus nombres en las tarjetitas dispuestas entre arreglos florales, candelabros y copas de cristal.

—¡Luisa Clementina, vieni qui!

¡Casi se me olvidaba Eulalio con todo el jolgorio! Mi amigo me hizo señas desde el otro lado de la mesa.

—Luisa, usted se sienta a mi lado esta noche —ordenó con una tremenda sonrisa en la cara.

—Eulalio, ¡iqué más quisiera! Pero mi asiento...

Sin el menor remordimiento, el viejo agarró la tarjeta con mi nombre y la colocó en el puesto que se encontraba a su lado. El ademán le valió el desprecio de Catalina Olavarría de Canepa, pero el italiano ni se inmutó.

—¡Problema so-lu-cio-na-do! Per favore, mi bella donna. Tome asiento.

—Gracias, Eulalio.

Acaté sin mirar a la señora Olavarría. ¡Ojalá no llegara con el pelambre a los oídos de mi madre!

Con todos los invitados ya sentados en sus puestos, los sirvientes dieron inicio al ritual que los mantendría ocupados por largas horas. Con suma paciencia fueron vertiendo el agua en las copas de cristal y disponiendo una finísima panera de plata para que cada invitado sacara la pieza que le correspondía.

—Eulalio, pues...

—Dígame, ragazza —Eulalio agarró el pan y lo untó con una gruesa capa de mantequilla. Definitivamente, los modales no eran lo suyo.

—Precisamente, sobre lo de «ragazza»... yo, pues...

Callé al sentir la presencia de un criado. El hombre estiró el brazo y vertió el vino blanco helado en una de las copas. Si no me equivocaba, muy pronto aparecerían en nuestros platos el entremese de ostras y espárragos fríos que prepararon la Jacinta y la Domitila.

—¿Eulalio Viviani? —exclamó Sebastián Garrido, uno de los invitados al otro lado de la mesa—. No me diga que usted es el Viviani del tabaco importado.

—Por cierto, señor.

—Dispense, estimado Eulalio —interrumpió el señor Carlos Reyes, también próximo a nuestros asientos—. Podría jurar que a usted se le asociaba al negocio de las telas.

—¡O al rubro del mobiliario! ¿No es usted quien le vende a la Casa Bresciani? —exclamó Francisco Ortega dos sillas más a la derecha.

—Razón tienen todos los caballeros —afirmó Eulalio con viveza—. Un verdadero comerciante no es hombre de un solo rubro. ¡Y las mercancías que yo vendo se recomiendan por sí solas!

Los hombres rieron de buena gana. Y yo también con actitud resignada e indulgente.

—Luisa Clementina, me decía usted...

—Sí, Eulalio. Sobre el desafortunado acontecimiento de unos días atrás, no era mi intención...

—¡Un brindis! Si mi padre me lo permite, propongo un brindis por el compromiso de mi bella hermana Adelaida y el distinguido Pedro Echeverría, quien pasa a ser un miembro más de nuestra familia. ¡Felicidades a los novios! —exclamó mi hermano Javier cortándome la frase. Y así, todos alzamos las copas en honor al futuro matrimonio.

—Brindemos también por el excelentísimo gobierno de don Ramón Barros Luco y las próximas elecciones parlamentarias —dijo un comensal, con tanta zalamería, que creí ver al mismísimo presidente invitado a nuestra velada. Los cristales se alzaron en un nuevo chinchín, despertando variopintos comentarios respecto de la política nacional y la oligarquía imperante.

—Luisa Clementina, cuénteme —Eulalio retomó nuestra conversación.

—Sí, yo quisiera...

—¿Salmón en salsa de miel y mostaza? ¿O reineta asada y trufas?

¡Qué posma! Volvía a ser interrumpida por un mesero.

—Giovanni, a mí sírvame dos piezas de salmón —solicitó el italiano tan campante como si estuviera en su propia casa.

—¿Y para usted, dama?

—Con una sola bastará. Gracias.

Para calmar mis nervios un tanto alterados, creí buena idea aprovechar el vino blanco dispuesto en la mesa. Sin embargo, al sentir el escrutinio de mi madre a lo lejos solté la copa en el acto, abandonando los deseos de entregarme a la alegría contenida en el licor.

—Ya no cabe duda, iesta no es mi noche! —reclamé en voz baja.

Respiré hondo y, cuando estaba segura de que doña Teresa estaba entretenida en la conversación con su compañera de asiento, le pedí a Eulalio que acercara su oído para poder hablarle de una bendita vez.

—Eulalio, todavía se me encoge el corazón al recordar ese día en plaza Brasil, donde sufrió el ataque despiadado de esos rateros interesados en el reloj de oro que usted tan generosamente me ofreció, sin pensar un segundo siquiera en su seguridad. Sin embargo, yo no fui mejor que esos infames, ¡por supuesto que no!, ya que le mentí sobre mi identidad todos estos meses, haciéndome pasar por Pancracio. ¡Mil castigos me merezco por causarle tal desagravio y yo...!

Un dedo se posó delicadamente sobre mis labios, silenciándome al instante.

—Mi adorata Luisa Clementina... Desde ahora considéreme como un padre, su incondicional protector... ¡y no se hable más del asunto! ¡Salute!

El italiano estiró la copa de vino blanco hacia mí, esperando mi respuesta.

—Eh, yo...

—Querida, vieni qui —solicitó Eulalio al verme tan paralizada. Quería susurrarme algo al oído, así que obedecí presta.

—Me importa un pito que usted se haga pasar por hombre...

Hecha la aclaración, el viejo rompió en estrepitosas carcajadas que afortunadamente se fundieron con el bullicio de las personas.

—Salute, Luisa.

Esta vez no dudé en levantar mi copa para responder al brindis.

—Solomillo de cerdo con salsa de ciruelas, papas chateau y vegetales —anunció uno de los criados pero ¡ya qué importa la interrupción! Con tener a Eulalio como mi ángel de la guarda me era más que suficiente para no preocuparme por pequeñeces.

La cena siguió su curso. El segundo plato y la copa de vino estuvieron acompañados de diversos temas, entre las que destacaron las anécdotas veraniegas de Viña del Mar, Cartagena y otros balnearios, el acontecer de dinastías reales en Europa y los estragos que estaba causando la fiebre amarilla en el norte. Con el champaña, el postre y las frutas, los tópicos se

centraban en la apertura del canal de Panamá programada para el año 1915, las tendencias parisinas en moda y los placeres de la vida acomodada.

—Mi señor esposo insiste en comprar boletos para el trasatlántico Titanic, pero yo me niego a más no poder. Podrá gozar ese barco de los mayores lujos, pero a mí la mala espina ¡no me la saca nadie! —enfaticó la señora Alejandra González de Hermosilla.

—Damas y caballeros, sean tan amables de acompañarnos de regreso al salón principal, donde podrán degustar café, té, licores y dulces. El frescor de la noche se disfruta mejor desde este sector de la mansión.

Siguiendo las instrucciones de mi madre, los invitados dejaron sus puestos para trasladarse nuevamente al salón, animados por las golosinas, el alcohol y los bailes que ya se granjeaban en algunas parejas. Tomada del brazo de Eulalio, me disponía también a disfrutar del espectáculo hasta que el recuerdo de una deuda pendiente me reclamó con urgencia.

—Querido Eulalio, vuelvo enseguida. Dispénsese unos minutos.

Me alejé del grupo con discreción, subí las escaleras rápidamente y cerré tras de mí la puerta de mi habitación. Debajo de la cama, escondido bajo una tabla suelta, el reloj de Eulalio ya esperaba por mí. Lo envolví con prisa en un pañuelo de seda para luego esconderlo en mi bolsillo, junto al regalo de Teresa Cazotte.

—Y si...

Aproveché el vuelo y me escabullí rápidamente en la pieza de mi abuela para darle un beso de buenas noches. La señora, acurrucadita en su cama, me reconoció desde el marco de la puerta y celebró mi beso en la frente como si se lo hubiera dado un ángel.

—Feliz aniversario, Luisa Clementina —me dijo adormilada.

—Gracias, abuela. La quiero mucho, usted sabe, ¿verdad?

Acaricié sus cabellos blancos y la viejita no tardó en volver a sus sueños de tierras orientales. Lamentablemente, la falta de cordura no la hacía apta

para participar del festejo. O al menos así lo consideraban mis padres.

Ya fuera de la habitación, me apoyé unos momentos en el balcón. Todos se veían tan pequeños y felices desde el tercer piso. ¡Hasta mi hermana reía en compañía de su prometido y mi padre!

—Ojalá no se haga realidad mi sueño...

Mi comentario quedó a la mitad cuando mis ojos se perdieron en la silueta de un joven que sobresalía del grupo de invitados. Sentí el tiempo detenerse a mi alrededor cuando nuestras miradas se cruzaron, pero en un segundo de distracción perdí su rastro.

¿Quién es él?

La ansiedad comenzó a mover mis pasos hacia la escalera, hipnotizada por un hombre del que ni siquiera sabía el nombre. Resonó apresurado mi pecho, era una angustia deliciosa, algo como esa rara zozobra que describía la protagonista de Casa grande cuando se acercaba el elegido del corazón.

Un peldaño y otro más. Frente a mí, el grupo de bailarines creció en número. Las figuras se mezclaron unas con otras.

¿A dónde se fue?

La orquesta entonó un tango one-step y la efervescencia colmó a los presentes con el atrevido baile, convocando a más danzarinnes. Para mi desgracia, el misterioso mozalbete desapareció entre ellos. ¡Y yo que necesitaba tanto saber quién era!

—¡Luisa!

El llamado de Javiera Palma de Garrido me sacó del frenético trance en el que me encontraba y pronto bajé los hombros en señal de derrota.

—¡Qué traje más bonito lleva puesto, amiga! Oiga, ¿me lo podría prestar después para sacarle molde?

—Sí...

—¿Sí?

—Sí, pero que no se entere mi madre, Javiera. ¡Que se pone como un quique cuando presto mis cosas!

—No se preocupe, lo haré con la mayor discreción.

Javiera seguía hablándome pero apenas le prestaba atención. ¿Cómo lograría desprenderme de ella sin ofenderla? Todavía no perdía la esperanza de encontrar al joven entre los bailarines de tango.

—Luisa Clementina, oiga...

—Dígame, Javiera.

—Ese joven de cabellera rizada, ¿es conocido suyo?

—¿Cómo dice?

Los latidos de mi corazón se dispararon nuevamente.

—Sepa usted que él se dio vuelta a mirarla cuando la llamé por su nombre.

—Eh, ¿sí? ¿Y sabe dónde está él ahora?

Luego de hacerse la interesante, la mujer levantó su dedo índice en dirección al alféizar que daba al jardín interior, donde encontré al hombre que me tenía sin aliento, de espaldas, admirando el cielo estrellado.

—No sea pánfila, Luisa. ¡Vaya ligera!

En mis cavilaciones no había espacio para las burlas de mi amiga, así que le sonreí fugazmente y la dejé atrás sin el menor remordimiento. Las piernas me temblaban más que canasto de guatitas, pero aun así no dejé de avanzar. «Despacito por las pieiras», como diría la Petro, siempre hacia adelante.

Para mi desgracia, mientras más me acercaba a él, más galanura rescataba de sus facciones. Él, por su parte, no dejaba de contemplar el firmamento. Era tal su abstracción que no se percató de mi presencia hasta que se me escapó un suspiro de tanto admirarlo.

—¡Ah!, dispéñseme, bella dama. Tenga usted muy buenas noches.

Tambalearon mis cañuelas al escuchar su voz suave, chispeante como la de un niño.

—Buenas...

El joven no se parecía en nada a mis hermanos —que eran verdaderos representantes de la perfección humana—, pero aun así para mí no había varón más divino que él; poseedor de unos ojos miel, una nariz pronunciada, dentadura perfecta, pómulos marcados y cabello cobrizo. Me quedé como idiota sonriéndole, sin atinar siquiera a terminar el saludo. Él, tan amable, no hizo reclamo alguno y aceptó el escrutinio, devolviéndolo con mirada risueña.

Fue solo cuando me vi reflejada en sus ojos que tomé conciencia de mi osadía y de mi propia persona, además una infinidad de preguntas se agolparon en mi cabeza: ¿Será que el polvo de arroz ya se desvaneció de mi cutis? ¿Mi peinado perdió su consistencia? ¿Estará perturbado por mis dientes un tanto torcidos? De a poco, fui bajando la mirada y tapándome el rostro sutilmente con el pelo, segura de que tanta atención de su parte solo se debía al contraste que se generaba entre los dos.

—Ay, discúlpeme usted... —le dije, tapando mis dientes chuecos con la mano. La vergüenza me había llegado de golpe.

—¿Y usted qué mal me ha hecho? ¿De qué la voy a perdonar? —dijo el joven que, sin perder la sonrisa, sacó de su bolsillo una elegante cajita de plata para ofrecerme un cigarrillo de fuerte aroma.

—Estos son turcos, del número cinco, mis favoritos.

Tragué saliva ante el ofrecimiento. ¡Cómo se me antojaba un pucho! Pero una mujer de familia no debe...

—¿No le parece que hoy el firmamento nos agasaja con sus mejores estrellas? —me preguntó, dándole la espalda al baile que se desarrollaba en el salón—. Vamos, compruébelo usted misma.

Sin entender mucho, imité su posición. Entonces el joven prendió el cigarro, dio una bocanada y me lo pasó. Así como nos encontrábamos, era

imposible distinguir a la distancia quién de los dos era el que fumaba.

—Mire, esa es el Cinturón de Orión —expresó entre risas.

—¡Sí, las Tres Marías! —indiqué toda coqueta, dándole una buena bocanada al cigarro ofrecido. Nuestros ojos se encontraron nuevamente y podría jurar que mis sentimientos por ese hombre eran correspondidos. Unos segundos de conexión que se grabarían en mi corazón eternamente.

—¡Vittorio! ¿Qué hace usted con la mia donna?

Lamentablemente, los alaridos de Eulalio acabaron con el hechizo que estaba dándose entre los dos.

—¿Cómo que qué hago con su mujer? ¿Es que acaso la compró? —exclamó el muchacho con sarcasmo y la respuesta de Eulalio no se hizo esperar. Se sacó los guantes de su bolsillo y sin dudarle empezó a pegarle al mozalbete. El cigarro salió volando lejos.

—¡Bambino irrespettoso! —exclamaba el viejo aguantándose las carcajadas—. Luisa Clementina, veo que ya conociste al impuntual de Víctor...

—¿Luisa? ¿Se llama usted Luisa? —preguntó el joven, interrumpiendo a Eulalio. El italiano, sorprendido, paró la reprimenda por unos segundos.

—¡¿Es que no te has presentado, maledetto ragazzo?! —le espetó el viejo consternado, solo para seguir repartiendo manotazos. Y con la risa asomada en los labios, me limité a contemplar el espectáculo. El cariño que me despertaban esos dos niños grandes era indescriptible.

¡Esta sí que era mi noche!

—¡Preséntate, hombre, preséntate!

El joven se inclinó en una reverencia ante mí y mi corazón saltó nuevamente desbocado.

—Víctor Carvajal —se presentó—. Comerciante vivaz, conocedor de inglés, francés e italiano. Prodigioso violinista, experto jugador de bridge con solo veinte años...

Esta última declaración me dejó el rostro surcado de arrugas. ¡El hombre que pretendía era más joven que yo! Sin embargo, sonreí para aguantar el golpe estoicamente. Altiya, como si una mera brisa veraniega hubiera pasado por el lado.

—¡Mamma mia! —exclamó molesto Eulalio—. Cuánta veces te he dicho que te presentes como...

—¡A sus órdenes, hermosa signorina! —declaró Víctor, interrumpiendo al viejo por segunda vez. Cuando besó mi mano, no pude evitar sonreír, olvidando la dentadura imperfecta que tantos complejos me provocaba. No había lugar a dudas, ¡estaba completamente obnubilada por este muchacho!

—Vittorio...

Eulalio le hizo señas para murmurarle algo al oído al joven. Acostumbrada a los «secretos de hombres» que mi padre solía compartir con mis hermanos, no le di mayor importancia al gesto. Como una dama, esperé callada y sonriente que los varones terminaran de cuchichear.

—No me diga que ella es... —exclamó Víctor, sin dejar de observarme con absoluto asombro.

Tarde caí en la cuenta de que estaban hablando sobre mí y Pancracio.

—¡Ay, no, ay no! —gimoteé, tapándome la cara con las manos.

Sentí cómo los calores me invadían el rostro. También cómo se amplificaban las risas compartidas entre los dos compadres. ¿Es que yo no era más que una anécdota para ellos? ¿Una solterona con afanes de ser varón? Toda la confianza que había ganado se evaporó en instantes. Indefensa, traicionada, ridícula... ni siquiera fui capaz de decir algo en mi defensa.

—Mi Luisa, ¡no se ponga así! —exclamó Eulalio tratando de bajarle el tono a la situación—. ¡Vittorio es de confianza!

En respuesta traté de esbozar una sonrisa cuando solo quería llorar. Era así

como me habían educado.

—No se preocupe così tanto... —me insistió el viejo.

—Eulalio, solicitan su presencia en el salón —alertó Víctor y al italiano no le quedó más remedio que dejarnos solos. ¿Quién lo diría? De reír y mirar las estrellas, ahora ni siquiera podíamos hablarnos. Movidada por el pudor, opté finalmente por darle la espalda al joven.

—Luisa...

—¡Qué infortunio el mío, Víctor! —exclamé fingiendo hilaridad—. La de cosas que debe estar pensando usted de mí, ¿no?

El no escuchar respuesta a mis espaldas solo alteró más mis nervios. Me rasqué los brazos con frenesí, provocando la caída del reloj de oro que llevaba encima.

—¡Por la chita! —exclamé frustrada.

De la vergüenza pasé rápidamente a la rabia. Tanta que agarré el reloj y lo deposité bruscamente en las manos de Víctor, quien no dejaba de observarme con marcada preocupación.

—Puede usted devolverle ese reloj a su tío —demandé y volví a darle la espalda—. Fue un regalo suyo, pero no ha hecho más que traernos desgracias. Casi lo matan unos ladrones por quitárselo y... y...

—Si no fuera por usted, Eulalio no estaría vivo...

—No, Víctor. No es menester exagerar, la herida no era de riesgo.

—Luisa... ¿acaso ejerce usted el noble oficio de la medicina?

Refunfuñé. La pregunta solo sirvió para despertar el monstruo que tenía adentro.

—¡Qué más quisiera! Mas solo cuento con algunos conocimientos básicos... ¡Y el reloj! —se lo enseñé a Víctor—. ¿Se imagina usted el motivo del obsequio? Su amigo italiano me lo dio por mi aniversario número veintitrés, sin comprender por qué un muchacho que cumplía tan corta edad sufría tanta desdicha. ¡Un hombre en la flor de la vida! —hice una

pausa con la esperanza de recobrar la compostura, pero el gesto solo empeoró las cosas y mis palabras se mezclaron con un triste sollozo—. Pero la cuestión cambia cuando se es mujer... ¡Si usted supiera lo doloroso que es serlo! ¡Las profesiones y los años están prohibidos para mí!

Entonces, me di vuelta solo para encontrarme con la mirada más triste del mundo. Mi dolor reflejado en sus ojos miel, como un espejo oculto en la penumbra. ¿Cómo era eso posible? Incapaz de soportarlo, le di la espalda otra vez al joven.

—Así que vaya ligero, Víctor, ¡vaya! —exclamé con el orgullo herido—. ¡Cuénteles a sus amigos sobre la solterona que se disfraza de varón! ¡Y que se las da de médico! ¡Eso les va a hacer mucha gracia! Eulalio no tardó siquiera un día en venirle a usted con el cuento...

Con ese último sarcasmo se hizo el silencio. Todavía de espaldas, no tuve que esperar mucho para sentir el peso de la soledad tras de mí. Entonces, levanté la vista al firmamento y los luceros me agasajaron con su hermoso fulgor. Víctor tenía razón: el cielo nos deslumbraba con sus mejores estrellas esa noche.

Ese quien te hará feliz por todos los días de tu vida y sin el cual sentirías un vacío eterno. Con él puedes pasar pobreza, enfermedades, soledades, amarguras y, sin embargo, la vida será de color de rosa.

Por un extraño motivo, las citas de la novela de Orrego Luco volvieron a mí. La vida y su retorcido sentido del humor...

—¡Luisa!

Entonces sentí los brazos de Víctor rodeándome por la espalda y su voz en un susurro, rozando mi pelo.

—Se lo prometo, se lo juro, Luisa...

—¡Víctor!

—¡Yo la ayudaré a cumplir todos sus sueños!

Era el momento de reclamarle su atrevimiento, incluso de acusarlo con el resto de los invitados. No obstante, me limité a mirar una vez más al cielo mientras las estrellas se disolvían en mis lágrimas. Sin saber por qué me aferré a sus brazos con fuerza y a los sueños que me prometía. ¡Cómo necesitaba que alguien creyera en mí!

Y cuando se aleje quedarán vibrando sus palabras en tu oído, y hasta recordarás el acento con el que te dijo tal o cual frase de esas que solo él sabe decir. Bastará una sola de sus miradas, cargadas de fluido magnético y de poder misterioso para que la voluntad se doblegue, vencida, ante la dulzura irresistible de la súplica.

Tal vez Orrego Luco tenía razón.

Capítulo 6

—Discúlpeme, Víctor, pero debo retirarme a mis aposentos. Creo que las fuerzas me han abandonado.

Víctor tomó mi mano para besarla delicadamente, como una mariposa lo hace con la flor de sus afectos. Su mirada todavía destilaba preocupación hacia mi persona.

—Luisa Clementina, espero verla muy pronto...

Asentí con gesto delicado y postura erguida, iniciando mi regreso al tercer piso. Elegante en cada respiro, como si mi llanto fuera una historia muy, muy lejana, me abrí paso entre los invitados del salón, sonriendo incluso a quienes se cruzaban con mi mirada.

No mires para atrás, no mires para atrás, me repetí una y otra vez, pero el diablo es puerco y, a mitad de escalera, cedí a la tentación y busqué a Víctor en la multitud. Será nada más un vistazo, me dije, para corroborar si el hombre seguía en el balcón.

—¿Y dónde se metió?

Afiné la vista, pero no pillé al hombre por ningún lado. Sin darme cuenta, a los minutos ya estaba llevándome la mano a la frente como marinero en alta mar en busca de la tierra prometida. No pasó mucho hasta que divisé la mano de Víctor levantada en alegre saludo, dejándome al descubierto. ¡Qué vergüenza, Dios mío! Fingí que me echaba aire con las manos y retomé mis pasos de ninfa hacia mi habitación. Y con el clic del cerrojo, solté el veredicto furioso que tenía ahogado en el pecho.

—¡Pucha que está buenmozo el hombre, Dios mío!

Amparada en la soledad, di rienda suelta a la euforia dando saltos por toda la pieza. Sin embargo, pronto caí en la cuenta de que con corsé puesto no se pueden hacer semejantes locuras y me desplomé exhausta sobre la cama, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se lo prometo, Luisa... ¡yo la ayudaré a cumplir todos sus sueños! —repetí una y otra vez fingiendo la voz de Víctor, solo para soltar risotadas

de colegiala. Así estuve por largas horas hasta que el cansancio me venció vestida sobre la cama.

—Feliz cumpleaños para mí...

Cuando me fue a despertar Petronila, no me podía ni mover de lo acalabrado que tenía el cuerpo.

—Ahora apechugue no más por lesa, ¡que venir a dormirse con corsé! —dijo.

—Petro, no me rete... ¿Me puede traer una oblea para el dolor?

Hice la solicitud lo más seria que pude, pero era obvio que la alegría se me escapaba hasta por los dientes.

—Ya pue...

—¿Ya qué?

—¿Me va a decir quién era ese joven que anoche la abrazaba por la espalda?

Tres minutos le tomó a la Petronila sacarme del atoro que me provocó su pregunta.

—Pero, pero, ¡Petro! —le reclamé apenas pude volver a hablar—. ¿Cómo sabe usted?

La criada soltó un suspiro, mientras me acercaba un vaso de agua de sifón para aclarar la garganta. ¡Ni pensar en agua común con la de bichos que andaban!

—Es bien pava, mi niña. ¿No se acuerda que del ventanal de la cocina se ve clarito todo lo que pasa en el balcón que da al jardín?

—¡No!

—¡Sí! Y le digo que su encuentro con el muchacho ha sido de lo más comentado y sentido entre las comadres... ¡Oiga! ¡No se me esconda debajo de las sábanas!

Quería morir. La maldición de la soltería caía sobre mí. Recé un padrenuestro con la esperanza de aplacar las burlas del santísimo.

—Misiá ¿no va a salir?

—No, inunca más!

—¿Ni para abrir su obsequio?

Picada por la curiosidad salí rauda de mi escondite... solo para morir atrapada, como era usual, en los brazos maceteados de la Petro.

—¡Ay, mi niña! ¡Le dio fuerte el enamoramiento!

Con lo molida que estaba, el abrazo dolió más que de costumbre, pero, para mi sorpresa, la Petro sí tenía un regalo para mí. Una hermosa caja atada con lazo de seda y gasa.

—Lo vino a dejar bien temprano en la mañana el monigote del balcón. Venía con una caja de puchos importados para su papá, pero no se atrevió a pasarme su regalo hasta que le prometí que se lo entregaría personalmente.

—¡No me diga!

—Sí le digo. «¿Usted conoce a la niña Luisa?», me preguntó. «¡Como si la hubiera pario!», le contesté yo y ahí me pasó el paquete con esta carta.

Creí que me iba a dar un soponcio al recibir la esquila. ¡Si hasta me temblaban las manos! ¿Qué versos de amor me estarían reservados? ¿Qué prenda de finas telas guardará la caja? Todo era mucho más de lo que podría haber imaginado para mi cumpleaños.

—Oiga, hijita...

—Ay, Petro, ¿qué?

—¿Cómo se llama el cabro ese?

—Víctor.

—El tal Víctor ¿no será aficionado a las patitas de choncho?

Miré a la señora con odio. Me estaba arruinando el momento.

—Es como delicado el chiquillo, ¿o no?...

—¡Mire que es mal hablada, Petro! Ya, dispense, que quiero leer mi carta.

—Aunque se sulfure, yo no me muevo de aquí —manifestó la criada, cuya palabra era ley. No me quedó más remedio que hacerla participe de tan sagrada ocasión.

Abrí la carta con el respeto que se merecía la Biblia y me dispuse a leer para mis adentros.

Pancracio, muy señor mío:

Podrá usted confirmar personalmente que soy un hombre de palabra. Lo espero este jueves a las 4:00 p. m. en la Confeitería Torres de Alameda 1570.

Atentamente,

Víctor.

Volví a leer los versos varias veces, ansiosa de pasión y afecto, ¡pero nada! ¿Qué clase de declaración era esta? Todavía confusa por la misiva, me dirigí con vehemencia al obsequio. Rompí la cinta de un tirón solo para encontrar un terno, zapatos, peluca y bigote... ¡de varón!

—¿Ve que al hombre sí le gustan las patitas de choncho?

Agarré las cosas y las metí bruscamente de regreso a la caja. ¡Se me había olvidado que tenía a la Petronila al lado!

—¿Petro, usted no habrá leído la carta, verdad?

—Vaya a embromar a otra parte, mi niña —me dijo muy seria—. Si yo apenas conozco la «a», la «n» y... ¡feliz cumpleaños!

Mi madre postiza sonrió de oreja a oreja.

—¡Ay, Petro! Se me había olvidado agradecerle su regalo. ¡Usted siempre tan cariñosa conmigo!

—Le aparté sus dulces favoritos, iewos que le gustaban tanto cuando era niña!

Nos fundamos en un abrazo, esta vez cálido, suave y sin reproches, que me transportó por breves momentos a mi infancia querida.

—Pero, Luisa, más sabe el diablo por viejo, que por diablo... —me susurró despacito.

Desvié la mirada, escondida todavía en los brazos de la criada.

—Usted me oculta algo. Prométame que pronto me lo va a echar pa' fuera.

Asentí con la cabeza y la Petro dio por cerrado el asunto. Me despidió con un beso en la frente, advirtiéndome que si quería una oblea para el malestar de cuerpo que fuera yo misma por el remedio a la cocina.

—¡Y échese el pollo, que sus padres la esperan para desayunar! —espetó la criada y cerró la puerta con fuerza.

Solo Dios sabía cuánto adoraba a esa mujer. Ya sola en la habitación, volví a la realidad, a la carta y al peculiar regalo de Víctor. No era precisamente la declaración de amor que tenía en mente, pero peor es nada. Reservé mis cavilaciones para después al ser requerida en el comedor.

Con un poco de afeitte en el rostro y un peinado sencillo, me alisté para bajar rauda al encuentro con mis padres, a quienes encontré en una escena muy típica de domingo: don Ramón, muy campante leyendo el diario en la mesa, y a mi madre haciéndole reporte de todos los chismes recopilados durante la semana. Con el baile de anoche, material tenía de por vida.

—Te digo, esposo, que son los detalles los que diferencian a una mujer elegante de la que no lo es y... ¡Luisa Clementina! ¡Llega usted muy tarde para el desayuno!

—Excúseme, madre. Desde anoche que estoy algo descompuesta...

—Buenos días, Luisa —saludó indiferente don Ramón.

—Buenos días, padre.

—Me imagino entonces —exclamó en voz alta la señora—. Que ese es el motivo por el que la señorita se retiró tan temprano de la fiesta.

Mi madre acentuó las últimas palabras con exageración, pero para variar mi padre no le concedió ni un gramo extra de atención. Esto último, por supuesto, solo iba en desmedro de mi persona.

—¿Y su carné de baile, Luisa Clementina? ¿Lo llenó anoche?

—Por qué me insiste con eso, madre...

—¿Viste, Ramón? —insistió la mujer con un codazo para el consorte—. Le preparo una fiesta a la joven y no es capaz siquiera de conseguir un par de interesados en sacarla a bailar. ¡Insólito!

—Pero, mamacita... no se me ponga así.

Suspiré resignada. Jamás sería la esprit con la que soñaba mi madre: la coqueta y de broma ligera que brilla en los salones.

—Ah, claro, pero para cuchichear con esos amigotes nuevos de tu papá iel tiempo sobra! ¿Cómo es que se llamaban?

Se me empezaron a subir los colores al rostro. Con tanta gente en la fiesta, creía que pasaría desapercibida.

—Pues... ¿se referirá usted a Eulalio y Víctor?

—¡Con certeza! Y déjeme decirle que...

—¡Muy bien, hija! —interrumpió mi padre de la nada—. No pierda oportunidad para forjar amistad con ambos señores.

La aclaración nos dejó mudas a las dos. Considerando lo tacaño en palabras que era el patrón, la recomendación era en extremo inusual. Por supuesto, expuesto su parecer, Ramón Santa María regresó, sin pudor alguno, a las novedades contenidas en su ejemplar de El Mercurio.

—Pues ¿por qué no mejor se va a cambiar de vestido, Luisa Clementina? Elija uno de mejor tono.

—Sí, madre.

—Y se me pone el sombrero de plumas y flores que compramos en la Casa Francesa.

—Como mande, pero... ¿para qué tanto arreglo?

—¿Cómo que para qué tanto? —la señora Teresa se llevó las manos a las sienes, agotada—. ¡Porque vamos a la misa de la Catedral, claro está! ¿Qué va a decir la gente si desentonamos en nuestros atuendos?

—Voy ligera, madre —respondí, zampándome un café con leche a la velocidad de un tren expreso. A punto estaba de insistir con mi cumpleaños, pero desistí en el acto. Era muy probable que, más que una felicitación, recibiera un pésame de mis padres y un largo discurso sobre mi futuro. Mejor dilatar ese trámite lo que más posible.

¡Pero otra cosa me esperaba en la cocina! No hice más que asomarme por la puerta cuando fui arrastrada a su interior entre abrazos y vítores. «¿Para cuándo el casorio?», «Las calladas son las peores» y «Se nos va la Luisa», fueron algunas de la sarta de cuchufletas que me llovieron entre aplausos. Tan contentas estaban las criadas sobre mi encuentro con Víctor que me dieron aún más ganas de casarme.

—¡Tiene que esponjarse un poco, misia! —me recomendó la Narcisca.

—¡Mire no más esas cañuelas! —exclamó la Carmen levantándose las faldas—. Desde ahora, sus cazuelas van a ir con harta sémola, ¿me oyó?

—Pero hay que decir que la Luisa está más rosadita desde que le llegó el amor, ¿cierto, ñoras? —dijo la Petronila y las risotadas se salieron de madre.

—¡Silencio, señoras! ¡Que nos va a oír doña Teresa! —insistí, pero no me hicieron el menor caso.

Finalmente el domingo transcurrió con normalidad. Mi madre se trajo de la misa todos los elogios que pudo recolectar de la fiesta de compromiso de Adelaida, los que compartió generosamente con sus nueras en el almuerzo familiar. Mi hermana menor, por su parte, también desplegó un humor

envidiable. «Es que Pedro me va a llevar a conocer la torre Eiffel», «Pedro ya me prometió un ropero completo de las Casas de Moda de la rue de la Paix», me contaba emocionada de tanto en tanto y mi madre, por supuesto, le avivaba la cueca cada vez que podía.

Recuerdo que a partir de ese día volqué mis energías en la cita del viernes con el joven. Al principio, y todavía con un poco de cabeza fría, analizaba la situación y lograba llegar a conclusiones más realistas: la tenida regalada por Víctor contrastaba bastante con la que ya disponía para Pancraccio — que no pasaban de ser unas pilchas maltratadas de proletariado—. Pero con esa pinta que me regaló, mucho más encachada, podría entrar a la Confitería Torres sin levantar sospecha.

¿Qué tanto le habrá dicho Eulalio?, me pregunté.

Bastante, sin duda. Si al italiano le había dado por ventilar mis secretos con el resto de sus amistades, ilo mejor que podía hacer era agujerearme el calabazo de un tiro!

Los días pasaron rápido. Martes, miércoles, jueves... Para las horas que antecedían el esperado encuentro, ya había tergiversado todos mis recuerdos con Víctor por unos mucho más fogosos. Incluso tenía un momento favorito, donde el abrazo con mi gentleman terminaba en un apasionado beso. Considerando que habíamos compartido el mismo cigarro, bueno, se podría decir que era casi lo mismo.

—¡Ay, basta!... Lo nuestro no puede ser... —soltaba de vez en cuando.

—Otra loca en la familia, ¡válgame, Dios!

—¡Métase en sus asuntos, Javier!

Ni las bromas pesadas de mi hermano lograron apagar los arrebatos de este corazón que se abría al amor y sus deseos por plasmar sus fervorosos sentimientos en una emotiva carta destinada a Víctor. Al mensaje lo acompañaba un mechón de mis cabellos como prueba incondicional del afecto que sentía por él y un dibujo de mi retrato para que no se olvidara de mí.

Con todas mis emociones desbordadas llegó el tan ansiado día.

Encerrada en un cuartito cercano a la entrada de la casa, donde se guardaban las conservas, los aceites y cachivaches varios, encontré el mejor refugio para mi aventura. ¡Definitivamente no volvería a correr el riesgo de bajar los tres pisos disfrazada!

Entré al cubículo como Luisa y, en los pocos centímetros que tenía, hice malabares para convertirme en Pancracio. Me valí de un espejito de mano para acomodarme la peluca y el bigote y, a diferencia de mi última salida, el piñén hecho de carbón y tierra no fueron necesarios. Tampoco los polvos de arroz, por supuesto, lo que me inquietó bastante. ¿Se sorprenderá Víctor al darse cuenta de que no era blanca como la leche? Ojalá el asunto del color no le causara tremenda desilusión.

Antes de salir de mi escondite, me recé un avemaría, eché un diente de ajo en el bolsillo para alejar la mala suerte y despedí con un beso la carta que me guardé cerca del corazón. Parecía que la fortuna acompañaba, así que emprendí carrera justo cuando no había nadie custodiando la entrada.

¡Qué bien se sentía el aire fresco de la libertad!

Caminé por la calle Manuel Rodríguez —la opción más directa a la cafetería—, y en el trayecto me topé con un par de elegantes señoritas que me sonrieron coquetas al pasar por mi lado. En mi sorpresa, no atiné a responder el saludo inclinando mi sombrero.

Lo que hace una buena pinta, dije para mis adentros y por primera vez tomé conciencia del «otro lado», de cómo se ve una mujer frente a los varones que salen a su encuentro. ¿Seré yo como esas chicas, regalando flirts a diestra y siniestra?

«¡No!», reafirmé mentalmente, y apreté con fuerza la confesión guardada en el bolsillo de la chaqueta.

—¡El libro que no debe faltar en ningún hogar chileno! ¡Apareció la tercera edición de La guerra del Pacífico del honorable don Gonzalo Bulnes! ¡Venga por su ejemplar a nuestra librería!

El pasquín depositado en mis manos anunció la llegada a la Alameda de las Delicias, siempre tan elegante y llena de vida. Las victorias competían con los pocos automóviles que andaban a esas horas y no faltaban las chaperonas haciéndoles guardia a jovencitas en edad de merecer.

—Yo, hasta para eso, estoy vieja... —solté en un suspiro al observar a las chicas.

Tras una hermosa fuente, cruzando Las Delicias, los divisé por fin! El palacio Íñiguez y la Confitería Torres, albergada en sus instalaciones. A través de sus ventanales, pude observar a un grupo de damas disfrutando de pasteles y otros manjares; en la barra, los caballeros degustaban los licores que daban «alegría a los tristes y audacia a los tímidos», como leí alguna vez en el diario, y como parte de ese cuadro me hacía parte yo, entrando por la puerta doble instalada en la entrada.

Agarré con fuerza el pasamano de bronce, y una mezcla de zozobra y maliciosa felicidad se apoderó de mi ser.

—Bienvenido, joven. ¿Busca una mesa? —me preguntó un mesero que lucía un bisoñé.

En segundos, mis ojos hicieron un rápido recorrido por los comensales. Al no identificar a Víctor en ninguno de los rostros presentes, revisé la hora en unos de los relojes dispuestos en la barra y constaté que había llegado veinte minutos antes a la cita.

—Sí, por favor, una mesa. Ojalá donde no haya mucha bulla, como esa que está cerca de los cristales. Mi acompañante debe estar por llegar —indicé en una forzada voz masculina, mientras me quitaba el sombrero en señal de cortesía. Ahora que llevaba peluca, podía hacerlo sin el menor inconveniente.

Para hacer más amena la espera, pedí un café negro y unos «borrachitos».

—Ese dulce es muy solicitado por las damas. Se lo traeré enseguida.

Asentí con una sonrisa. ¿Para qué negar lo obvio?

El ambiente distendido de la confitería hacia juego con las melodías de ragtime que emanaban de una fonola dispuesta al fondo del salón. Me pareció reconocer las partituras de Scott Joplin que nacían del aparato. ¡Con «The Entertainer» en piano, no había quién me ganara en las tertulias!

—Buenas tardes, Pancracio. ¡Qué gusto verlo!

Víctor se presentaba frente a mí, junto a su sonrisa blanquísima. Podría apostar, sin miedo a equivocarme, que el hombre todavía lucía todas sus piezas dentales.

—¿Ah? —cuestioné. En mis cavilaciones, tardé un poco en responder el saludo con un buen apretón de manos. Como hombre.

—Señor Víctor, ¡sea muy bienvenido! —interrumpió el mesero—. ¿Qué va a ordenar?

—Usted ya me conoce, don Juan. Lo mismo que el presidente.

—Por supuesto, caballero. ¿Y para beber?

—Un té, muchas gracias.

El hombre depositó mi orden en la mesa y luego desapareció detrás de la barra. Cuando Víctor estaba por dirigirse a mi persona, me pilló in fraganti mirándolo de hito a hito. Pareciendo adivinar lo que pasaba por mis pensamientos, extrajo una tarjeta de una cajita de plata y la depositó en mis manos.

—Para aclarar el primer malentendido —me dijo, risueño.

Entonces leí:

Víctor Viviani
Representante de Casas Europeas
Estado 285
Teléfono Inglés 2010

—¿Viviani? ¿Pero no era usted Carvajal?

—Sí, lo soy. Pero mi tío insiste en que ocupe su apellido. Que lo europeo tiene mejor acogida entre los capitalinos.

—¿Eulalio es su tío? —pregunté abalanzándome sobre la mesa.

—Lo es, Luisa —afirmó en voz baja—. Por eso, quédese tranquila que su secreto está a salvo con nosotros. Sepa que cuenta con nuestra eterna gratitud.

Volví a mi puesto para refugiarme en el café recién servido. Víctor se acomodó en su asiento, sin rehuir mi mirada. Entonces, volví a tener esa fuerte sensación de complicidad propia de los amantes. Sin duda, el momento de entregar mi carta había llegado. Con la mano temblorosa busqué el papel en el bolsillo.

—Luisa —exclamó de repente Víctor, deteniendo mis movimientos—. La promesa que le hice en la fiesta es sincera y pretendo cumplirla.

Dejé de respirar por unos momentos, y ahora no había corsé al que echarle la culpa.

—Ojalá nos hubiéramos conocido antes. ¡Queda tan poco para el 12 de marzo! —exclamó el hombre con resignación.

Mi cabeza se convirtió en un torbellino de emociones, incapaz de asimilar hasta lo más simple. ¿12 de marzo? Bueno, ¿qué importa que el casorio fuera tan apresurado? Cuando aparece el alma gemela, no hay que dejarla pasar.

—Está bien para mí el 12 de marzo —manifesté con el rostro en llamas, mientras le pasaba mi carta al pretendiente.

—¿Ah? ¿Es que usted ya lo sabía? —dijo Víctor, inclinándose hacia mí para recibir el escrito—. ¡Debí suponerlo! Bueno, le cuento que hablé directamente con el rector de la Universidad de Chile y solo hay un 10% de cupos para féminas. ¡Qué ridiculez!, ¿no le parece? Ya se cumplen treinta y

cinco años del decreto impulsado por Amunátegui y todavía siguen sumando restricciones para que las mujeres puedan estudiar.

—¿Universidad? ¿Estudio? —repetí apenas con un hilo de voz.

Sentí cómo el mundo daba vueltas a mi alrededor. Víctor, sonriente, abrió mi carta justo en ese momento.

—Así es. El 12 comienzan las clases en la Facultad de Med...

Con la lectura de las primeras líneas, desapareció la sonrisa de su rostro. Y cuando descubrió el mechón de mis cabellos en el fondo del sobre, un breve suspiro escapó de sus labios.

¡Oh, Dios mío! ¿Dónde están las tijeras para cortar del hilo de mi patética existencia?

—Aquí está su pedido, don Víctor. Recién hecho, sándwich en marraqueta con filete y queso.

Ignorante del impasse entre los dos, el garzón siguió hablando de las bondades servidas en el plato de porcelana, mientras se acomodaba el peluquín con movimientos rápidos. Debía estar muy entusiasmado para no acusar recibo de la pesada niebla que se cernía sobre nuestra mesa.

—Si me permiten hacerles una recomendación, no pueden irse de nuestro local sin probar el tradicional «huevo mol», ¡una exquisitez!

Miré de reojo a Víctor, sin dejar de asentir a lo que me iba diciendo el mesero. Entonces, pude notar cómo el joven comerciante se llevó una mano a las sienes en señal de cansancio. Esto iba de mal en peor.

—Don José Domingo Torres se hizo famoso por este dulce y...

—Pues, pues... ¡tráigame treinta!

Fue lo único que se me ocurrió. Pésima idea.

—¿Treinta? —exclamó el mesero.

—¿Treinta? —repitió Víctor desconcertado.

Al menos había logrado sacar al hombre de su pesadumbre. Eso valía toda el azúcar que me estaba echando al cuerpo.

—¡A la orden, joven! Treinta huevos mol con... ¿otro café?

—Sí, por favor.

Se fue el garzón, llevándose el poco diálogo que habíamos logrado alcanzar. Miré al cielo implorando clemencia y solo logré evocar a Arturo Prat.

¡Muchachos: la contienda es desigual, pero ánimo y valor. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que no sea esta la ocasión de hacerlo!

El capitán tenía razón, no debía sucumbir ante la adversidad:

¡Al abordaje, muchachos! ¡Viva Chile!

—Eh, Víctor... —exclamé de sopetón. El joven apenas levantó la mirada—. ¿Usted no es de acá, cierto? Le confieso que nunca antes había escuchado hablar de su persona...

Definitivamente, la musa de la creatividad me había abandonado ese día, pero hablar del clima me parecía aún más latoso. Apenas conmovido por mi pregunta, Víctor guardó el mechón y la carta, colocando parsimoniosamente el sobre en el poco espacio libre que queda en la mesa.

—Eso se debe a que rehúyo de las fotos sociales que tanto furor hacen en las revistas, esas que seguro usted devora con frecuencia —respondió finalmente.

Aturrida por la dureza contenida en su comentario, solo atiné a balbucear unas sílabas, entre sonrisas.

—¿Y a usted qué le pasa, Luisa? ¿Es que acaso le conté un chiste que se ríe tanto? —reclamó mordaz.

¡Ay! Sequé rápidamente las lágrimas que se escapaban por los ojos con una servilleta. Era Pancracio. Los hombres no podían llorar. Entonces llegó mi pedido de treinta huevos mol para llenar el enorme vacío que me consumía.

—Que los disfruten... —dijo el mesero y desapareció veloz.

Víctor se inclinó en su asiento, llevándose las manos al rostro. Soltó otro enorme suspiro mientras desechaba, una y otra vez, las palabras que buscaban salir de sus labios.

—Disculpe mi descortesía. Estoy... Me siento... algo confundido —dijo el muchacho agobiado, echándose un huevo mol completo a la boca. Luego dio un buen sorbo de té, como dándose ánimos para lo que tenía que decir mientras yo seguía refugiada en el café.

—¡Luisa! —exclamó finalmente con la mirada clavada en mí—. ¿Qué es lo que realmente desea? ¿Convertirse en doctora o casarse conmigo?

Avergonzada, bajé la mirada y apreté los dientes.

—Porque usted a mí no me conoce, ¿se da cuenta? Solo piénselo unos momentos. ¿Me ha visto alguna vez enojado? ¿Conoce usted a mi familia? ¿Mi pasado? ¿Mis predilecciones y pasatiempos? ¿Cómo puede declararle su amor a un desconocido que apenas vio en una fiesta?

Sentí cómo mi corazón se quebraba en mil pedazos. Y también mi orgullo.

—Pero observe —indicó Víctor tomando mis manos por sorpresa—. ¡Esto sí es real! Sus manos supieron socorrer a Eulalio. Sus incontables horas de estudio salvaron una vida y podrían ser muchas más si usted se prepara y estudia medicina.

El corazón me traicionó, palpitando tan fuerte que tuve que soltarme de sus manos solo para que no me diera un patatús. Víctor desvió la mirada y comenzó a partir en trozos el sándwich, ya frío, que tenía al frente.

—Aunque siempre tendrá la opción de convertir a un hombre en el centro de su mundo. A mí u otro caballero. Es su decisión.

Herida en lo más profundo, me levanté de mi puesto.

¡Nunca pensé que nuestra cita podría salir tan mal!

—Esta sociedad condena a la mujer que no se casa ni cría hijos porque es más fácil hacerla sentir culpable a ella que cuestionar el sistema que sustenta su esclavitud... Créame, yo la entiendo más de lo que cree —aseveró el joven.

—¿Ah, sí? —reparé, devolviéndole un poco de su veneno—. ¿Y usted cómo sabe tanto? ¿Acaso es mujer?

Tomé su silencio como una despedida, así que me acomodé el sombrero para salir. Sin embargo, no alcancé a dar ni un paso.

—¿Ve que usted también puede ser bien pesada si se lo propone? —me dijo, agarrándome del brazo. Entonces, su semblante serio se transformó con una tremenda sonrisa en el rostro.

Me lo quedé mirando, confundida.

—Alguna vez tuve una hermana muy parecida a usted. Inteligente, noble y con un montón de sueños que no pudo cumplir. Discúlpeme si he sido grosero, pero su asunto me toca de cerca. No quiero que corra usted con el mismo destino.

Volví a mi asiento y me eché a la boca un huevo mol, a ver si lo aturdida se me quitaba con la comida.

—Mire, Luisa. No perdamos más el tiempo. ¿Recuerda a doña Isabel Le-Brun de Pinochet?

—¡La vieja...!

—¿Sí?

—Digo... hace referencia a la fundadora de mi liceo. ¿Por qué motivo? —pregunté con seriedad.

—Esa vieja, como usted dice, le va a dar la excepcional oportunidad de rendir el examen de Bachillerato en Filosofía y Humanidades que tiene pendiente desde su salida del colegio. El 10 de marzo iremos a la Facultad de Medicina para esta prueba. Y si llega a obtener el grado de bachiller, ella hará todo lo posible para que a usted la acepten en la Universidad de Chile.

—¿Cómo?, ¿cómo?, ¿cómo?

—No le discuto que la señora Le-Brun es una mujer de carácter. ¡Pero vaya que guarda gran estima de su persona! Apenas le hice saber de sus ambiciones universitarias, ella solicitó expresamente al decano que le permitiera rendir el examen de ingreso en marzo —exclamó Víctor, echándose otro bocado a la boca—. Oiga, ¡estos huevos mol están para chuparse los dedos!

Quedé para adentro. Del casorio pasaba a la universidad en un solo día, ¡ni el paso del cometa Halley había provocado tanta conmoción en mí! Y doña Isabel... yo no era más que una chiquilla de catorce años cuando le confesé mi anhelo por ser médico.

Todavía recuerdo mi insistencia por buscarle conversa a la anciana en el liceo durante sus esporádicas visitas a Chile, jurándole que me haría con el bachiller cuando terminara sexto de humanidades.

Pero terminé mis estudios en el liceo y nunca cumplí mi promesa.

—Luisa, sírvase. Le pedí otro café.

Víctor retomó el asunto de las materias que se incluirían en el examen. Después pasó a la medicina y mencionó a una amiga suya que este año ingresará a la carrera.

—Cora Mayers, ¿la conoce? Apenas tiene diecisiete, pero se ve que llegará lejos. Es una chica con dotes de talento y simpatía.

Fue un poco patético de mi parte, pero los elogios a la joven fueron los únicos que me hicieron hablar otra vez.

—Me imagino que la tal Cora debe ser una mujer hermosa, higiénica y de

buen gusto —espeté irónica.

—Así es, Luisa.

Escondí mi mueca agrídulce bajo la taza de café.

—Pero usted también lo es.

Di otro sorbo, esta vez para ocultar mi sonrisa ante las palabras del galán.

—Ay, mi dulce amiga, se lo doy firmado: la belleza nos abandonará a todos con el pasar de los años. Por eso, tengamos un poquito de compasión por quienes solo cuentan con ese don.

Víctor limpió la comisura de los labios y solicitó la cuenta con un ademán de manos.

—Bueno, usted dirá. Le quedan pocos días para el estudio, pero confío plenamente en que saldrá airoso si decide aceptar el desafío.

—Pero, pero...

—Luisa, ¡la vida está llena de «peros»! Solo trate de no agarrarles mucho cariño —reparó con una sonrisa que me cubrió de rubor.

—Mi padre me ha dejado muy claro que mis aspiraciones de doctora se las cargue a mi futuro marido —insistí, pesimista—. ¡No tengo nada que hacer!

—Pues todo lo contrario, ¡mucho que hacer! A su padre, me lo deja a mí —aseguró, mientras me robaba el pedazo de «borrachito» que todavía quedaba en mi plato—. Usted solo preocúpese del examen.

Realmente no me siento a la altura del desafío. Pero por otro lado, pensé, las puertas del convento siempre estarán abiertas para mí.

—¡Trato hecho! —exclamé de sopetón y estiré la mano frente a él—. Acuérdense no más: pasaré la prueba y quedaré en la universidad.

—¡No espero menos de usted! —respondió Víctor con un fuerte apretón de manos.

Y mi corazoncito volvió a saltar una vez más.

Capítulo 7

«A mí me quedan mucho mejor», fue todo lo que dijo la Petro luego de comerse el huevo mol que le ofrecí. Se dio media vuelta para fregar los platos y no me pescó más.

Bueno, será de Dios, pensé. Ya me hablará después.

—Niña Luisa, ilos dulces pa' buenos!

La Carmela, en cambio, no tuvo problema para engullirse tres confites a la vez.

—¿De dónde los sacó? ¿Me da la receta? —me preguntó, mientras se echaba uno más a la boca.

—Ah, pues... Me los regaló la... Bernardita Labourdette. Cuando la vea de nuevo, le pregunto cómo los hace —inventé, y la Petro soltó un resoplido que preferí ignorar—. Bueno, señoras, con su permiso, me retiro a mis aposentos.

—Vaya con Dios, mijita —me despidió un coro mientras dejaba la cocina.

Ya eran las siete de la tarde, pero la luz del sol todavía inundaba los espacios de nuestra mansión como si fuera mediodía. Entraba furiosa por una gran claraboya que dominaba el techo, desde donde nacía un majestuoso candelabro que esperaba ansioso su momento de brillar con luz eléctrica. Marzo ha llegado por fin, pero parecía que febrero y sus calores se negaban a abandonarnos.

Me detuve por unos momentos frente a uno de los enormes espejos que decoraban el salón y pude notar mis mejillas coloradas de tantas emociones vividas esa tarde. ¡Quise gritar y compartir mi alegría! Mas tal privilegio estaba vedado para mí en palabra y acción. Entonces, intenté serenar mi espíritu con la famosa frase de la Condesa de Talleyrand-Perigord que declaraba: «Nada calma tanto como haber tomado una resolución». La recité varias veces en mi cabeza mientras subía las escaleras, pero ni efecto tuvo en mis crispados nervios.

Voy a ser una estudiante de medicina, pensé emocionada.

Di unos pasos más hasta que el crujido de las maderas bajo mis pies anunció mi llegada al tercer piso. Entonces, me detuve, atenta a la menor presencia humana.

Nada, nadie. Estaba sola.

—Voy... a ir... ¡a la universidad! —susurré a modo de consuelo y levanté ridículamente los brazos para celebrar tanto como me lo permitió el corsé. Apenas emití sonido, pero tenía la certeza que hasta la mismísima Virgen María fue capaz de escuchar mis vítores. Hoy mi mundo se había hecho un poco más grande y me sentí en el deber de agradecerlo.

—Ya, ahora sí... estoy lista.

Apuré el paso para encerrarme en mi habitación, donde me lancé frenética sobre un baúl enchapado en madera frutal que adornaba una esquina. De ahí salieron volando pañuelos, mantillas, sombreros, calzones de lana, partituras de piano y zapatos que quedaron desperdigados por todo el piso solo para que pudiera alcanzar un atado de hojas amarillentas abandonadas en el fondo de la valija.

Jamás pensé que volvería a reencontrarme con estos viejos textos de estudio. Los revisé con manos temblorosas, cerciorándome de tener todo el material que necesitaba. Por supuesto, otra cuestión era descubrir cuánto era capaz de recordar de mis años de estudiante. Solo pude hacerme una idea después de una hora de revisar cientos de páginas que clasifiqué en tres niveles de dificultad:

Pan comido: Gramática, Recitación, Botánica, Biología e Higiene.

El que quiere celeste, que le cueste: Historia y Geografía, Francés, Inglés y Retórica.

¡Misericordia, señor!: Aritmética, Geometría, Trigonometría y Cosmografía.

Estábamos a viernes 1 de marzo y el examen de repetición era en once días

más. La suerte estaba echada.

—¡Al abordaje, mis muchachos! ¡Viva...!

—¡¿Qué diantres sucede aquí?!

—... Chile.

Era una escena bastante peculiar; yo, tirada en el piso, rodeada de libros y ropa, con el índice alzado y prepotente hacia un enemigo invisible. La Petro, apoyada en la puerta con rostro contrariado, sostenía una bandeja con mis remedios para la gordura. Nos quedamos mirando unos segundos en silencio, como preguntándonos: «¿Dispara usted o disparo yo?».

—Deje la bandeja ahí, Petro —tuve el descaro de solicitar como si no pasara nada—. Ya bajo para el rosario.

¿Quién sabe? En una de esas, resultaba la treta.

—¡Peazo de lesa! —gritó la mujer que de un puro tirón de orejas me levantó del piso—. ¡Venga para sacudirle el polvo, granujilla!

La mujer llegó en un instante a mi lado y ¡pucha que tenía la mano pesada!

—¡Ay, Petro, no se sulfure tanto! Si ya ordeno todo...

—¿Me puede explicar que es esto, misiá?

Frente a mis narices, el peluquín que me había regalado Víctor pendía de la mano desocupada de la Petro.

—Yo... yo...

—¡Hasta cuándo, cabra de porquería!

Debía estar bien enojada la criada, porque de los puros nervios me tiró la peluca encima. Y yo, sin saber qué hacer, agarré un abanico y comencé a tirarle aire.

—¿Por qué cree que la puerta siempre está abierta? —exclamó, jadeando.

Más aire, más aire. También le pasé el agua que me traía para los remedios. ¡Se la tomó toda de un sopetón!

—¿Y por qué cree que no hay gente en la portería cuando regresa? —insistió la angustiada mujer.

—¡¿Hasta cuándo se va a disfrazar de hombre y me va a salir a escondidas de la casa?! —vociferó finalmente para luego agarrar el abanico, partirlo en dos y tirarlo lejos—. Y el monigote ese de Víctor... no hace más que avivarle la cueca.

Dicho el reclamo, mi madre postiza se hechó a llorar desconsolada sobre mi cama.

—¡Qué impiedad! ¡Es mi culpa! —sollozó la Petro—. Por haberla criado tan consentía de chica, ¡hace puras tonteras de grande! ¡Tan cabeza de cuesco que me salió!

Observé la escena desde mi esquina, deseando volver atrás el tiempo, al menos para haber hecho las cosas mejor y no involucrar a mi querida mama. Haciendo a un lado cuanta cosa había botada en el piso, me acerqué lentamente a la cama hasta que logré sentarme al lado de la acongojada mujer. Si ella ya se complicaba con mis salidas al parque Cousiño —tan seguro y concurrido—, no quería ni pensar en las angustias que había pasado esperando el retorno de mis salidas clandestinas.

—No se aflija tanto, señora. ¿No ve que le va a bajar la anemia si sigue llorando? —posando suavemente mi mano sobre su espalda, no tuve piedad en asestar el siguiente golpe—. Petronila, ¿le cuento algo?... Voy a ser doctora.

La criada se sentó en la cama y yo me puse en guardia por si avvicinaba un nuevo coscorrón.

—¡Ay, hija! ¡Usted es más divertida que un almanaque! Las cosas que anda diciendo... —dijo y se limpió los mocos con la manga.

Tuve unas ganas enormes de recriminarla con un «no me tenga tanta fe, señora», pero si necesitaba a alguien de mi lado, ¡esa era la Petro! Buscando argumentos para mi defensa, agarré algunos de los textos de estudio.

—Mire, Petro. ¿Se acuerda de estos libros?

—Pero si yo no sé leer, miija... ¡Ah, ya caigo! ¡Si son sus libros de colegiala!

—¡Así es! Necesito ponerme a estudiar porque el próximo día 10 rendiré el examen para Bachiller de Filosofía y Humanidades que me permitirá entrar a la universidad. Figúrese usted que Víctor consiguió que la mismísima madame Le Brun intercediera por mí ante el decano para esta oportunidad. ¿Se imagina? ¿Yo, la primera médica de los Santa María Matte?

La criada se agarró la cabeza como si le pesara cien kilos.

—Si sigue así la van a mandar derechito al convento como a su hermana —sentenció la mujer con angustia.

—¡No! No lo van a hacer porque... Víctor me apoya. Él me va a ayudar.

—¡Claro! Se echó un párrafo con ese cabro iy le compró todo! ¿Es que acaso le hizo una demanda de matrimonio que está tan segura?

Con mi mordida de labios dejé clarísimo que el casorio no estaba en los planes y mama Petro soltó un resignado suspiro. Ciertamente ella tenía razón: ¿qué garantías me daba el joven frente a la ayuda ofrecida? ¿De qué otra manera pondría un pie en la universidad si no era con una sortija en el dedo?

—Petro, ayúdeme. Yo confío en Víctor. Y necesito que usted crea en mí.

Los negros ojos de la mujer se quedaron pegados en los míos. Brillaron hasta que no pudieron más de lágrimas. La Petro no llora nunca y yo, en menos de una hora, había logrado que lo hiciera dos veces. Le di unos pañuelos y palabras de consuelo, pero no tuvieron efecto alguno. Solo las campanas del reloj de pared detuvieron su llanto como por arte de magia. Se secó la cara, se arregló el delantal y muy orgullosa me dijo:

—Me promete que se va a cuidar, ¿oyó?

No pude hacer más que llenarla de besos, mimos y promesas hasta que nos vimos obligadas a partir para rezar el rosario.

—Ya, suelte. Que de achaque mueren los pavos —me reclamó toda mañosa.

A partir de ese día estudié con tanto fervor que hasta fiebre me dio una noche. No obstante, ni los malestares físicos hicieron mella en mi entusiasmo. El examen era lo único que importaba, y con este propósito en mente me pasé incontables horas con las narices metidas en los libros, impaciente por recobrar la mayor cantidad de conocimiento que me fuera posible.

Para las materias de Historia, repasé las civilizaciones griegas y romanas, la Revolución francesa y el Imperio de Napoleón I. En Geografía, memoricé todos los países europeos y su ubicación en el mapa.

En Aritmética, hice cuantiosos ejercicios prácticos del 1 al 1.000 y otros cálculos mentales, deseando para mis adentros poder reemplazarlos por La aritmética del amor de Alberto Blest Gana que era mucho más entretenida que los números.

«No importa que una madre de familia no recuerde los teoremas de la geometría», decía mi profesor del ramo en ese entonces, «mientras el estudio de esta materia le permita a la mujer pensar por sí sola, todo estará bien». Al evocar sus palabras, mientras medía y dibujaba ángulos, confirmé con triste pesar que había considerado esta opinión de manera muy literal. No cabía duda que criterio a mí no me falta, pero de polígonos y circunferencias casi no quedaba huella en mi cerebro.

Y cuando la cabeza no me dio más con tanto dato y ejercicio, busqué consuelo y descanso en lecturas de novelas y revistas, tales como Los encantos del nuevo fichú, Peinados de estilo muy sentador o El arte de ser

bella. Sin duda, tópicos interesantes y refinados, pero que por algún extraño motivo ya no lograban despertar en mí la fervorosa devoción de antaño.

Tengamos un poquito de compasión por quienes solo cuentan con el don de la belleza.

O tal vez sí conocía la causa de tanto desinterés; Víctor. Sus palabras resonaban cada tanto en mi cabeza y aceleraban mi corazón sin remedio. Nunca antes había conocido a un hombre como él, tan desapegado de los preceptos de hermosa compañera, devota esposa y madre que todos sus congéneres buscaban... ¡y que las mujeres se autoexigían a pesar de su propio perjuicio!

Si contrato a cien personas para que al pasar le digan lo hermosa que es, ¿terminará creyéndose usted y será feliz? Y si, por el contrario, estos desconocidos le manifiestan rechazo por su apariencia, ¿se sentirá desdichada e indigna de todo afecto?

Víctor me hizo esta pregunta cuando me escoltaba a mi hogar luego de abandonar la confitería. Esa tarde no dejaba de disculparme por mi apariencia y él me enfrentó con esa hipotética situación que no tuvo respuesta de mi parte. Sin embargo, de más está decir que la opinión de tres personas habrían bastado para elevarme al cielo o desterrarme al infierno. Reconocer que mi valía dependía de un hilo generó una ira que nunca antes había experimentado.

Créame que, cuando sea doctora, lo que menos va importar es la pinta que lleva.

Deseosa de que la vida fuera más que tomar los cubiertos correctamente y vestir con elegancia, seguí estudiando con más ahínco.

Durante el periodo de reclusión, la única licencia que me di para salir de casa fue el día 3 de marzo, deseosa de presenciar en primera persona las elecciones parlamentarias de senadores y diputados que tanta efervescencia provocaban en Santiago. Mi padre y hermano sufragaban en

la Biblioteca Nacional y, muy a regañadientes, me permitieron hacerles compañía mientras cumplían su deber cívico.

—Le apuesto a que usted va a votar por el conservador Eduardo Ruiz Valledor igual que nuestro padre, ¿verdad, Javier?

—No sea metiche, Luisa. Las votaciones no son asunto de mujeres.

—Tiene usted toda la razón, hermano. Por eso mismo es que ustedes, los hombres, se la pasan en puros fraudes.

Aunque a Javier se le descuadró la cara con mi agudeza, no le di el beneplácito de reaccionar ante su enojo. Me agarré del brazo de mi padre, ignorándolo con descaro. El resto de la salida solo me dediqué a observar al choclón de gente que salía a las calles, especialmente a las mujeres frente a las cuales ya me sentía diferente.

Este sentimiento se fue exacerbando con el paso de los días, pero lograba mantenerlo a raya pensando en todas las dificultades que tendría que sortear si llegaba a quedar en la Facultad de Medicina.

Para partir, requeriría de una dama de compañía en todas mis asignaturas y así no poner en tela de juicio mis honestas intenciones frente a los varones que serían mis compañeros de clases. ¿Me haría guardia la Petro? ¿Dispondría Víctor de una mujer para estas funciones?

¿Luisa, por qué insiste en preocuparse por lo que todavía no ocurre? Pase el examen y ya veremos.

Y de una u otra manera, todas mis cavilaciones terminaban siempre con el joven de hermosa dentadura. Quizás... tal vez... si estudiaba lo suficiente, él terminaría queriéndome. Lo anhelaba tanto a pesar del obvio rechazo que el hombre manifestaba frente a mis recurrentes flirts. Sin embargo, y como dicen por ahí, la esperanza es lo último que se pierde.

¿Por qué eres así?, me recriminé cada vez que pasaba frente a un espejo.

Capítulo 8

—Mamacita, no sea mala conmigo. Déjeme estudiar en el liceo de madame Le-Brun.

—¡Qué posma, Luisa Clementina! No hace usted más que provocarme enojosas preocupaciones. ¿Qué no le basta con lo que se le enseña en casa?

—Es que... quiero más.

—¿Más? ¿Y para qué?

—Míreme, mamacita. Usted siempre lo ha dicho: la naturaleza la castigó con una hija privada de toda belleza. Por eso, idéjeme estudiar!, idéjeme brillar con las dotes de talento e inteligencia que la niñas hermosas no necesitan!

Entonces, desperté.

Lo hice al amanecer: el cantar de los gallos y de las carretas sobre los adoquines así me lo confirmaron. Y aunque mantenía los ojos bien abiertos, la escena de mis sueños seguía clavada en mi mente. ¿O acaso sería un resabio de una experiencia pasada? Con una pena inmensa ahogada en el pecho, me dirigí a la ventana para refrescar el rostro con la brisa matutina.

Tenía ganas de llorar. Y mucho. Mi madre no me quería y había llegado el momento de aceptarlo.

Sin motivo alguno, pensé en Víctor y corrí a buscar la tarjetita que me había hecho llegar con un mocito, donde estaban señaladas las coordenadas del encuentro de hoy.

—¿No será que estoy cambiando un amor por otro? —murmuré amargamente—. ¿Y que por dárme las de estudiosa voy a terminar perdiendo a mis seres queridos?

Basta, pensé.

Cerré la ventana cuando lo que realmente quería era aislar los miedos que me carcomían lentamente. Sabía que si no escapaba pronto del agujero

negro en el que iba cayendo, más adelante no tendría las fuerzas para salir.

—Basta, basta, basta, ¡basta! —dije en voz alta.

—Misiá, ¿qué hace dándose de coscorrones en el mate?

—Ah...

Tan concentrada estaba que ni sentí los golpeteos de Carmelita en la puerta. ¡Eso fue santo remedio! Con su llegada se pasmaron todas mis preocupaciones.

—¿Será que me pegué los piojos, Carmelita?

La joven sirvienta soltó una sonrisita con mi respuesta y depositó la bandeja del desayuno sobre la cama. Apenas probé bocado de los nervios que sentía y me dejé asistir en la toilette sin reproche alguno, jabonadura incluida.

—Tan temprano que se levanta, ñorita. ¿Va a la misa de las ocho? —me preguntó la criada, mientras terminaba mi peinado.

—Usted lo ha dicho, Carmela.

—¿Quiere que despierte a su madre para que la acompañe?

—¡No! —respondí en un grito ahogado—. Digo, ¿para qué la va a molestar? Déjela dormir un poco más que para eso voy con Petronila.

—Como usted mande, misiá.

No pasó mucho y llegó doña Petronila Muñoz, muy elegante, envuelta en un paletó que creí reconocer de temporadas pasadas.

—No todos los días se va a la misa de las ocho —dijo ella en un tono sarcástico que la Carmela no logró captar—. ¿Ya está lista, mi niña?

—Me falta un poco de color y ¡ilisto el pescado! —respondí.

Sin discreción alguna, la Petro abrió las pepas de par en par al percatarse del cosmético que tenía en las manos. Se lo ofrecí para el afeite del rostro y

su respuesta no se hizo esperar. ¡Se dejó los cachetes colorados como mujer de remolienda!

—Mire, Luisa, ¡si quedé igualita que la Sarah Bernhardt!

Suspiré por el mal gusto de la criada que casi se había acabado el betún importado de París.

—Petro, nos estamos retrasando...

—¡Voy ligera!

Tomadas del brazo, bajamos los tres pisos con la gracia de la realeza, mientras repasábamos mentalmente las variadas excusas que teníamos en caso de que algún familiar nos saliera al paso. Sin embargo, con la providencia de nuestra mano, llegamos a la entrada de los coches sin contratiempos. Diez para las ocho de la mañana, una victoria con la capota abierta esperaba por nosotras.

—¡Dichosos los ojos que las ven! —exclamó Víctor que de un salto llegó a nuestro lugar, presto a ayudarnos para subir al carruaje.

—Si fuera tan amable, estimado chofer —exclamó el joven—. Vamos a avenida Independencia 1027.

Dada la orden los caballos emprendieron la marcha y mi corazón también. Atrás quedaron mi hogar y los arrepentimientos. Ya no había vuelta atrás. Y si miraba al frente, mis ojos se encontraban con los de Víctor solo para que el pulso se me fuera a las pailas otra vez. Y es que disfrazada de Pancracio lograba sacar un poco más de fuerza, pero como mujer me sentía frágil frente a su persona.

En mi angustia me aferré al brazo de la Petronila, al parecer con demasiada vehemencia.

—Tome, hija. Agüita con Veronal. Le va a hacer bien.

Acepté la petaca y me la tomé completa sin preguntar si era lo que correspondía. La Petro y Víctor intercambiaron miradas de preocupación.

—¡Luisa! —exclamó Víctor, sosteniendo mi mano—. Le va a ir bien. Deje de pensar en tonteras.

—Ay... Que no hago tal cosa —respondí apenas.

—¿Estudió? ¿Se preparó, Luisa?

—¡Sí, estudié!

—¿Cuánto?

—¡Mucho! ¡Y con un fervor que pasma!

El joven sonrió ante mi entusiasmo. La Petro, menos discreta, soltó una carcajada y al final terminaron los dos riéndose de mí.

—Entonces, el examen no puede más que desarrollarse en buenos términos —concluyó Víctor—. ¡Ah, Luisa! Por favor, recuérdeme entregarle este paquete cuando estemos de regreso en su casa.

Frente a mí, una enorme caja metálica hizo gala de diseños inspirados en paisajes de campiña francesa. Parecía un objeto realmente fascinante.

—¿Puedo abrirla?

—Por supuesto —indicó el joven con alegría.

¡Nunca antes había visto un nécessaire tan chic! Contenía cepillos para el pelo de diferentes diámetros, una polvorera, frasquitos de cristal con terminaciones doradas para el polvo de arroz, la brillantina y lociones. Incluso llevaba un espejo hexagonal enmarcado con un forro aterciopelado de color carmín.

—Ay, Víctor... ¿Para qué se tomó tantas molestias?

El joven me quedó mirando risueño por un buen rato hasta que se decidió a hablar.

—Con la madre que usted tiene son precauciones que se deben considerar. No olvide entregarle este nécessaire, importado de Francia, cuando cuestione su demoroso regreso al hogar. ¡Mire, este tocador es lo más chic

que hay en el mercado! Estoy confiado en que el regalo deslumbrará a su progenitora.

—¿Cómo? —pregunté para no soltar un «¿es que el obsequio no es para mí?».

—Luisa, ninguna misa dura tres horas, pero sí lo hará su examen. Ya, ipreste atención! Dígale a su madre que en la iglesia se encontraron con mi tío Eulalio y que el caballero insistió en mostrarles la nueva mercadería traída de Europa.

—Ya... —repliqué con un hilo de voz.

—Por supuesto, Eulalio está enterado de todo. Y le manda afectuosos saludos a su persona y los mejores deseos para la prueba —insistió Víctor, atento a cómo se me escapaba el alma por la ventana.

—Ya... —balbuceé.

—Desde hoy la llamaré Clementina, ¿le parece? Me gusta mucho más que «Luisa».

—Ya...

—Mi Clementina —repitió, con ternura—. Llegamos.

—Ya... espere, ¿cómo dijo? ¿Llegamos? ¿Clementina?

Todos mis pensamientos se revolvieron con el frenazo de los corceles frente a la imponente Facultad de Medicina. ¡Para mí, hacía apenas un minuto que cruzábamos la Alameda de las Delicias!

—Bájese, peazo de lesa —solicitó la Petro.

El edificio de inspiración grecorromana, que solo había visto en fotografías, me dejó sin aliento por unos buenos minutos, despertándome recriminaciones por la falta de valor que me había impedido visitar antes el lugar. Y es que el simple hecho de contemplar la facultad y los alumnos que entraban y salían de sus dependencias habría sido inspiración suficiente para motivarme a estudiar antes.

—Usted debe ser la señorita Luisa Clementina Santa María Matte.

Apareció Vicente Izquierdo Sanfuentes frente a mí. La mirada seria y llena de fuerza del decano, que resaltaba por sobre su cabellera blanquísima, me convirtió irremediabilmente en la colegiala temerosa que se creyó incapaz de obtener el grado de bachiller. Seis años habían pasado desde esas épocas y de la promesa hecha a madame Le-Brun.

—Excelentísimo, señor, siempre le estaré agradecida por esta oportunidad —fue todo lo que pude decir antes de que se me escaparan las lágrimas. El hombre, al parecer no muy dado a las emotividades, me acercó un pañuelo dedicándome una breve palmadita en la espalda.

—Las alumnas de madame Le-Brun siempre serán bienvenidas en mi facultad. Vamos por ese examen.

Entramos al recinto justo cuando los estudiantes disfrutaban de un receso entre clases. Todos hombres, hasta lo que permitió confirmar la vista. Lamentablemente, estar acompañada del decano no me salvó de algunas muecas burlescas que me hicieron bajar la mirada. ¿Qué estarían pensando de mí?

—Siéntase orgullosa de lo que hace —me dijo Víctor, clavándome una mirada impetuosa—. ¡Orgullosa!

Con la sorpresa no alcancé a contestarle, pero sí lo hizo la Petro con un buen charchazo por «roto, atrevido e insolente con la dama». Por supuesto, esos modales no eran dignos de un recinto universitario, así que don Vicente despachó sin demora al par de nuevos amigos quién sabe dónde y continuamos nuestro recorrido hasta llegar a un modesto cuarto cercano a la sala de profesores.

—Señorita Luisa, el examen que usted realizará es algo realmente excepcional. Para que la comisión universitaria me acepte a una alumna en estas fechas, no puedo más que entregarles resultados excepcionales. Volveré en dos horas, terminaremos el proceso con un interrogatorio oral y mañana a mediodía le haré llegar su puntación.

Aclarado todo esto, el decano cerró la puerta y me dejó sola frente a una pila de papeles deseosos por ser atendidos. Tomé la pluma y esta tembló entre mis dedos.

Basta, Luisa. Cálmate, por favor.

Respiré profundo y espanté el miedo para dejar espacio a la concentración que tanto necesitaba. Entonces, me di unos segundos para contemplar la habitación en la que me encontraba y por fin tomé conciencia... ¡el solo hecho de estar ahí ya era un inmenso logro para mí, una oportunidad que no estaba dispuesta a desperdiciar!

Entonces, sentí por mis venas el orgullo que tanto me reclamaba Víctor.

—¡Al abordaje, muchachos! ¡Viva Chile! —dije y empecé a contestar las pruebas como si la vida se me fuera en eso.

Capítulo 9

Estimadísima Luisa:

A través de Víctor, me he tomado la licencia de hacerle llegar esta carta junto al informe de sus calificaciones para cada una de las materias incluidas en el examen del Bachiller de Filosofía y Humanidades exigido por la ilustre Universidad de Chile para el ingreso a su Facultad de Medicina.

Considerando la premura y las escasas jornadas con las que contó usted para estudiar las asignaturas contenidas en este examen, cursadas estas hace ya tantos años atrás, el puntaje obtenido por su merced es digno de elogio. Tal como aconteció en sus años colegiales, mantiene usted intactas sus cualidades para la redacción y las ciencias naturales. Sin embargo, y muy a pesar mío, me ha confirmado el señor Izquierdo que el resultado de su examen no cumple con el nivel que le permita a la universidad concederle el grado de Bachiller.

Mi querida Luisa, es mi sincero deseo que su pasión por los estudios se mantenga viva y no claudiquen sus ambiciones por un futuro profesional.

Se despide atentamente,

Isabel Le-Brun de Pinochet

—No puede ser...

Volví a leer la carta de madame Le-Brun, incapaz de procesar lo que indicaba en perfecto español.

—Es que no...

La Petro, morena como tierra de campo, empezó a perder los colores con mi desconcierto. Me zamarreó en busca de respuestas, sin éxito alguno.

—Petro, le voy a leer la carta. Tal vez entendí mal... Estimadísima... Me he tomado la licencia...

No pude seguir. Se me nubló la vista con los lagrimones que me negaba a soltar.

—Ya, mijita, eche pa' fuera. Llore, illore no más!

Sentí el abrazo de la mamá sobre mi cuerpo tembloroso y, en silencio, me fui aferrando fuerte a su cintura.

—Petro... quería tanto ser doctora...

Sucumbí finalmente a un llanto amargo y me desplomé en el piso, presa del enorme vacío que lentamente me iba consumiendo las ilusiones y los sueños que albergaba para el futuro.

—Fracasé.

En su angustia, la Petro me cargó hasta la cama y mudó mis ropajes con paciencia de monje franciscano. Yo no ofrecí resistencia alguna.

—Resfriada. Si su madre pregunta, la misiá se ha puesto malita y tiene que reposar —ordenó la mujer que salió corriendo por un mate con harta azúcar y canela para reanimarme. No obstante cuando volvió, apenas le di un sorbo al brebaje y de prisa me perdí bajo el edredón. Ese día hacía un calor de diablos, pero mi vergüenza era aún mayor que la temperatura que nos azotaba.

Pasaron las horas y la fiebre se hizo presente, obediente a la predicción de la criada. Entonces comencé a alucinar con escenas en las que recibía la carta de madame Le-Brun felicitándome por mi ingreso a la Facultad de

Medicina. ¡Parecía obra de brujería! Frente a mí, se dibujaba una Luisa fantasmal y victoriosa que no dejaba de dar gracias al cielo por la oportunidad que tenía para estudiar.

Y con deseos de hacerme con esa versión de mí, estiré la mano una y otra vez desde mi cama, pero todo no era más que un sueño tonto que se desvanecía con cada parpadeo.

—Mi niña, le traje agüita de hojas de naranjo con miel, su tónico y leche asada pa' que se anime.

A juzgar por la luna —que pasaba justo por mi ventana— y el cansancio presente en el rostro de mi querida mamá, supuse que debían ser las nueve o diez de la noche. Los dedos gruesos de la Petro acomodaron los cabellos desordenados sobre mi frente y me ayudaron a incorporarme para recibir la bandeja con las viandas. Obediente, recibí el brebaje dulce y caliente entre mis manos todavía temblorosas.

—Luisa, el Víctor... —toció al pronunciar su nombre—. Tuvo que partir disparado a Concepción por unos negocios, pero dejó esta esquila para usted. Se la pongo aquí encimita del velador... pero ino se me ponga a llorar de nuevo, pue'!

—Discúlpeme, Petro...

—No se aflija tanto, mi niña. Además, el cabro me juró que vendría a verla apenas volviera a la capital. ¡Cruz pal' cielo que es cierto!

Le sonreí y comencé a darle pequeñas cucharadas a la leche asada que me trajo con tanto cariño. Por desgracia, nada pasaba por mi garganta, ya que en esos momentos no podía más que concentrarme en la oscuridad de la pieza.

Apreté la carta de Víctor contra mi pecho. El horrible vacío que ya experimentaba siguió creciendo con el recuerdo del hombre que me había hecho soñar con aires de grandeza.

¿Qué pensaré de mí?

Aunque me dormí pidiéndole mil veces perdón, al día siguiente igual desperté con una incómoda sensación que solo fue exacerbándose con el paso de los días. Se me secaron las lágrimas de tanto llorarle al joven, pero por más que lo intenté, no fui capaz de abrir su carta. Hasta que un día, sumida en un episodio de frustración, agarré el escrito y lo quemé junto con su recuerdo. ¡Si tan solo él no me hubiera metido esas ideas en la cabeza, no estaría yo sufriendo como una Magdalena!

Fue así cómo, sin darme cuenta, regresé inexorablemente al espejo.

—Carmela, ¿ha visto mi brillantina?

—Ñorita, está donde siempre. Tome.

—¡Ay, no! Mi cutis... mi pelo... iesta dentadura!, ieste busto! Carmela, tome estos pesos y me consigue pirules orientales, crema de oro, esmaltan...

Todos eran artículos de droguerías y casas europeas destinados a acicalar mi apariencia, la asignatura que se transformó en mi obsesión y para la que me gasté en secreto la mitad del dinero regalado por Teresa Cazotte. Siguiendo al pie de la letra los sabios consejos de Lina Cavalieri en *El arte de ser bella*, mi plan de hermooseamiento no podía fallar.

Fueron incontables horas las que pasé frente al cristal, donde experimenté mezclando mis cremas con pigmentos para crear la ilusión de una nariz más respingada, pómulos rellenos, un níveo blanco para mi piel y boca de cereza donde antes no había tal. Acompañados de elaborados peinados, pronto los artificios en el cutis empezaron a dar sus frutos en los comentarios de parientes y amistades que no escatimaron en elogios para mi persona: buenamoza, chic, digna de demanda de matrimonio, solo por mencionar algunos. Eso sí, ¡pobre de mí si me exponía demasiado al sol! El maquillaje comenzaba a derretirse y revelaba la farsa sin compasión alguna.

En esos días, incluso asistí a tres citas; paseé por las Delicias, el parque Cousiño y el museo de Bellas Artes en compañía de distinguidos hombres que parecieron mostrar genuino interés en mí. Sin embargo, a Petronila, obligada a acompañarme a estos encuentros como mi chaperona, no le gustó ninguno de los pretendientes.

—Y a usted tampoco, seamos sinceras —me recriminaba cada vez que podía.

Yo lo negaba, por supuesto, porque estaba orgullosa de acaparar tantas miradas y la venia de mis padres. Sin embargo, desde hacía rato un inexplicable resentimiento me hervía las entrañas y los comentarios de la Petro no hacían más que exacerbarlos.

Una tarde de domingo, mientras compartía sobremesa con mis numerosas cuñadas y parientes, surgieron (como siempre) los temas vinculados al sexo feo.

¡Qué posma!, pensé ¿Es que acaso estas mujeres no tenían otra cosa que hablar que no fuera de hombres?

Reunidas en el saloncito dispuesto exclusivamente para las tertulias femeninas, las presentes avanzaban en su croché, degustaban delicias francesas y, sin darse cuenta, me daban los consejos que tanto rechazo despertaban en el joven Víctor. Tratando de asimilar ambas visiones del mundo, itenía la cabeza hecha un lío!

—Las mujeres debemos sentirnos orgullosas de merecer la conversación y atenciones de los hombres que nos pretenden —recalcó mi prima Martina, de visita por la casa y ya pronta a casarse.

—Se lleva usted la razón, y a eso agregaría que en una relación sentimental no pueden faltar los mimos y cuidados del galante para compensar las debilidades propias de nuestra condición femenina. De ahí que la figura de Pedro Echeverría es tan propicia para mi delicada Adelaida —agregó mi madre.

—¡Ay, estoy tan contenta por usted, Adelaidita! Don Pedro la colmará de diversiones, agasajos, entradas al teatro y viajes, ieso delo por seguro! A

ver, muéstreme una vez más la sortija que le obsequió —solicitó Isidora, esposa de mi hermano Camilo. La niña, orgullosa, estiró la mano para mostrar la joya que adornaba su mano, causando la admiración de todas las presentes.

—¡Hombre que no es capaz de llevarte a París, hombre que no vale nuestro querer! —exclamó Rebeca, otra de mis cuñadas, y todas asintieron al unísono, a excepción mía que, por apurar el bordado en punto cruz, pinché el dedo y la poca paciencia que me quedaba.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Plata! ¡Al final todo es plata! —interrumpí furiosa justo cuando se dio un silencio en el salón. Las mujeres, nerviosas, se miraron sin saber qué responder a mi arrebato.

—¡Qué posma, Luisa Clementina! —reclamó finalmente mi madre—. ¡Desubicada como siempre!

—No la regañes, Teresa. ¿No ves que la pobrecita se muere de envidia por el querer de un galán como Pedro Echeverría? —expresó la señora Clorinda, y todas rieron para dar por cerrado el asunto.

—Señoras, no olvidemos vestirnos como las flores, que siempre despiertan admiración en quienes las contemplan —espetó mi madre, sin dejar de observarme para ver si me atrevía a soltar otra insolencia. Por supuesto, solo me limité a sonreír.

Si llegara a enterarse la señora que su flor se disfrazaba de varón...

—Madre, ¿me permite contarles a nuestras queridas invitadas sobre usted sabe qué?

La tímida Adelaida sacó finalmente la voz, buscando la aprobación de doña Teresa con los ojos. La matriarca sonrió triunfante y la expectación creció entre las mujeres.

—¡Habla, niña, habla! —demandó Josefina, con la mano estirada para que la Carmela llenara su taza de café. Mi hermana, pausada por naturaleza, no hacía más que aumentar la efervescencia del ambiente.

—Pues... mi futuro esposo me ha invitado a mí y a mi familia a un grand tour por Europa. ¡Partiremos a mediados de abril!

Un coro de júbilo se hizo sentir por toda la sala. Receptora de mil besos y abrazos por parte de la concurrencia, la niña se dejó homenajear, dedicándome un «usted también va» cuando se cruzaron nuestras miradas.

—Ay, ay, ay, ¡que me da un soponcio! —exclamó una tía y corrí para alcanzarle un vaso de agua. ¡Cuánto barullo! ¡Cuánto jolgorio! En cosa de segundos, los datos de casa de modas, museos y lugares por visitar en Europa afloraron en la boca de las damas, atropellándose unas a otras para conseguir la atención de las dueñas de casa.

Y como se estaban dando las cosas, seguro nadie extrañaría mi ausencia. De puntillas, me escapé fugazmente del salón.

—Europa... Europa...

De camino a mi habitación, divisé a mi abuela ensimismada en sus ilustraciones. ¿No era ella quien me ha advertido que pronto viajaríamos a la tierra de reyes y conquistadores? ¡El solo hecho de pensarlo me hacía sentir eufórica! Porque si había algo que hacía sonreír a mi abuela eran los recuerdos de su estadía en Francia y Alemania durante su juventud. ¡Y ahora yo viviría la misma aventura!

—Pero...

Sentí cómo un calor me recorrió el cuerpo. El recuerdo de Víctor y mis ambiciones de médico todavía me seguían penando.

—¡Maldición! —grité y, en mi arrebato, pasé a llevar unos libros que reposaban sobre un escritorio. Las páginas abiertas de una revista acapararon irremediabilmente mi atención.

6° En el número de “Selecta” de abril de 1912, se publicará en colores el retrato de la señorita más hermosa de Chile y que habrá sido elegida en

votación general.

¿Es que todavía no terminaba esa porquería de concurso?, pensé furiosa y agarré la revista con toda la intención de hacerla añicos. Sin embargo, y en un atisbo de reflexión, me detuve al percatarme que no sacaría provecho alguno rompiendo un par de hojas. Sin embargo, escribiendo una carta, ¡la cuestión podría ser diferente!

Sonreí maliciosa, buscando el papel y la tinta que serían mis cómplices. ¡No tardé en ponerme manos a la obra!

Motivada por fuertes emociones, de mi pluma nacieron una infinidad de descargos sobre los estereotipos físicos a los que estábamos sometidas las mujeres. Después pasé a temas más candentes como la universidad, haciendo énfasis en las infinitas dificultades que se nos presentaban a las féminas para estudiar y hacernos de títulos profesionales. Y no satisfecha con eso, también cuestioné la maternidad. «¿Es que acaso una mujer que no desea traer niños a este mundo es menos valiosa que quien procrea siete vástagos?», me atreví a exponer en un discurso irreverente, moderno y, por sobre todas las cosas, único en su naturaleza. Jamás había sabido de mujer alguna, o al menos perteneciente a mi círculo social, que pusiera en tela de juicio su deseo de ser madre.

¡No me guardé nada y lo cuestioné todo! Firmé mi obra bajo el seudónimo de «Atenea», inspirada en la diosa griega de la guerra, y despaché la carta con urgencia a través de uno de los criados.

El descargo escrito me generó una inmensa satisfacción, pero ese sentimiento duró menos que un dulce. No habían pasado ni tres días y el arrepentimiento fue tal que casi salgo corriendo al correo para reclamar la carta de vuelta.

—¡Vaya, hija, vaya! Reclame su carta y hágales saber a toitos que usted es la dueña de esa sarta de leseras —me dijo la Petro y ante tan buen argumento, no había quien se resistiera. Dejé que las cosas siguieran su curso e intenté olvidar el asunto con la mayor rapidez.

Las tardes pasaron y la angustia creció en mi ser que se debatía entre ser una buena hija o la rebelde escritora que exigía igualdad para sus congéneres ¡Ni el Veronal o el viaje a Europa lograban sosegar mi espíritu! ¿Qué podía hacer entonces? Sentada frente al piano, interpretando a Debussy, llegó a la respuesta: ¡plaza Brasil!

Dios sabe que ganas no me faltaron para salir corriendo, pero la familia tenía preparados otros planes y tuve que esperar tres días más — incluyendo Semana Santa— para poder escabullirme de la mansión. Por supuesto, la espera valió la pena y, enfundada en las ropas de Pancracio, escapé sintiéndome poderosa.

Calle Riquelme: hoy es martes.

Calle Almirante Barroso: siempre nos reuníamos los martes.

Calle Cienfuegos: ¿lo encontraré hoy?

Plaza Brasil: ¡Eulalio! ¡Eulalio!

El viejo se levantó de la banca como movido por un relámpago apenas me vio.

—¡Maldito ragazzo! ¡Sabía que vendrías!

Nos enfundamos en un apretado abrazo de la pura alegría que sentíamos. Habían pasado casi dos meses de la fiesta de compromiso de mi hermana, íteníamos tanto de qué ponernos al día! Hechos los saludos y bromas varias, nos instalamos en la banca de siempre bajo la sombra de un pino. El viejo comenzó a barajar las cartas con la destreza que solo daban los años y me ofreció una petaca de whisky. Sin pensármelo dos veces, me la bebí completa.

—¡Mamma mia! ¡Juventud irrespetuosa!

—Eulalio, no me rete —reclamé pícara—. ¿O me va a decir que no tiene guardado repuesto bajo su chaqueta?

El italiano me miró serio y, sin cambiar el gesto, fue mostrándome la botella de whisky que salía de su solapa.

—Cuenta conmigo —expresé muy seria y me dispuse a ordenar mi mazo.

—Ma si usted me promete un juego desafiante —aclaró el viejo, apuntando una caja con su bastón—. Podemos seguir con las muestras que están dentro de la caja.

—¡Mamma mia, don Eulalio! —respondí con aplausos—. ¡Que empiece el juego!

Excitados por los vapores del alcohol, dimos rienda suelta a un juego de póker de monótonas apuestas: tragos de whisky, por supuesto. Y en perjuicio de mis modales y sobriedad, mi racha ganadora fue impresionante.

—Eulalio, usted pierde con la misma facilidad que el cordero entrega su blanca lana —le saqué en cara y me eché otro copetito al cuerpo

—Cállese, Luisa... Pancracio... ¡Diantres!

El tiempo pasó rápido y, para las tres de la tarde, nuestros cuerpos ya denotaban una marcada fermentación producto del sol. El viejo ya se echaba a reír por cualquier cosa y yo... también. Sin darnos cuenta empezamos una nueva partida, ¡la décima para ser exactos! Y creo que con las botellas, ya alcanzábamos el mismo número. Pero ¡qué importaba! ¡Nada podía detenernos!

—¡Vittorio, mio figlio! ¡Llegaste!

Bueno, o casi nada.

El hijo pródigo regresaba a Santiago y el póker quedó en pausa por unos minutos. ¡Vaya que era lindo ver a estos hombres saludarse en tan sentido abrazo! Yo hice lo mismo, pero con la petaca que tenía cerca.

—Ay, Vittorio. ¡Il mio cuore ya no aguanta tus largos viajes!

—No se atormente más, Eulalio. Aquí está su sobrino sano y salvo —dijo el joven, limpiándole las lágrimas al anciano para luego mirarme de reojo. A modo de saludo, no tardé en brindar alzando la botella en su dirección.

—¡Eulalio, cuénteles a su sobrino todas las veces que le he ganado! — exclamé presuntuosa—. Parece que al menos para el póker no salí na' tonta, ñor. ¡Bendito consuelo! Brindemos por eso a la italiana, ¿sí?... ¡pane tostato!

La sonrisa de Víctor se fue borrando lentamente al constatar las cuantiosas botellas desparramadas en el suelo. El viejo, tan curado como yo, no supo cómo justificarse frente a tanto exceso, y trató de desviar la atención invitando a su sobrino a unirse al juego.

—Víctor... Víctor...—lo llamé aleteando con la mano—. Figúrese, figúrese... Yo no habré quedado en Medicina, pero para un novio puede que me alcance. ¡Esta burra ha estado de lo más cotizada en su ausencia, oiga!

Dicho esto, solté una buena carcajada. La más patética de mi vida. Eulalio, sin entender nada, brindó por mí.

—Los dejo solos unas semanas y... y...

La frustración de Víctor fue tal que ni siquiera terminó la frase. Luego de soltar un sentido gruñido, nos arrastró, a mí y al viejo, hasta la calle, donde como pudo nos subió arriba de una victoria.

—Chofer, al hotel en plaza Independencia, por favor.

—No, no... ¡Que yo vivo en Comp...!

No fui capaz de terminar la frase. Quedé congelada con la mirada que me dio Víctor, así que no volví a insistir. Muy pasada de copas estaría, pero aun así era capaz de reconocer a un hombre furioso. Eulalio también captó el mensaje y se fue calladito todo el viaje hasta el hotel que, para nuestra fortuna, fue breve. El zangoloteo de la carroza casi hizo estragos en nuestros estómagos.

—Eulalio, pero tío... ¡no se vaya a caer!

Con un borracho en cada brazo, Víctor nos arrastró por el vestíbulo del hotel hasta el ascensor, donde apenas entramos los tres. ¡Estaba tan, tan cerca de él! Levanté el rostro y le sonreí al joven con mis paletas separadas

que tanto pudor me causaban. Él, por su parte, arrugó la nariz y desvió la mirada.

—Ay, Luisa, cuánto whisky se fue a empinar...

Estando sana y buena, me habría muerto de la vergüenza por el comentario, pero en ese momento ni me di por aludida. Y si me hubiera avisado podría haberle robado un beso, ya que nuestros cuerpos se rozaban sin dejar espacio alguno. Sin embargo, ante semejante oportunidad, ¡apenas sentía un cosquilleo! Y mi corazón, tan dado a los saltos en presencia de Víctor, latía suave como mar en calma. Solo entonces reconocí que se me había pasado la mano con el alcohol.

El vaivén del ascensor exacerbó nuestra paupérrima condición física y Eulalio, aún más mareado que yo, amenazó con devolver el almuerzo si no apurábamos el paso. A Víctor se le cayeron las llaves del apartamento producto de la ansiedad, y al par de borrachos no se nos ocurrió mejor idea que aplaudirlo como si presenciáramos una ópera del Municipal.

—Esperen, ¡esperen!... —reclamé de repente—. Yo no puedo entrar. Una dama de buen tono jamás... ¡Jamás!, entraría sola con dos hombres a una habitación.

—¡Ma che dice! —exclamó Eulalio—. ¡Si usted ahora es Pancracio!

Cerré los ojos unos segundos, tratando de digerir lo que me decía el viejo que cada vez se me ponía más borroso.

—¡E vero, e vero Eualio!, ¡Io sono Pancracio! —solté finalmente. Nos carcajamos de lo lindo, pero la felicidad duró poco.

—¡Ustedes no conocen la vergüenza! —reclamó Víctor, y de un empujón nos introdujo al departamento. Algunos de los huéspedes ya empezaban a asomarse por el ruido que estábamos metiendo.

El interior del 302 era como entrar al emporio Gath & Chaves, pero después de un ofertón navideño. El lujo y el desorden en su máximo esplendor; artículos de todos los tipos desbordando hasta el más mínimo

rincón, con ropa tirada y platos sucios como broche de oro ¿Y qué más se podía esperar de dos comerciantes viviendo bajo el mismo techo?

—Si me disculpa, bella donna...

Eulalio hizo una reverencia frente a mí, besó mi mano y cayó con peso muerto sobre un precioso diván que tenía a sus espaldas. Se durmió en un instante y yo, como pude, me senté en una poltrona que estaba frente a él, para seguir hipnotizada cada uno de sus ronquidos. Todo a mi alrededor daba vueltas como una pirinola, pero aun así me sentía tan feliz, itan libre!, que no encontré nada mejor que ponerme a cantar La Marsellesa para compartir mi alegría desbordante, mientras Víctor intentaba hablar por teléfono en la otra sala.

—¡Teléfono propio, Víctor! ¡Qué lujo! A ver si le regalas uno a mi madre... ¡con eso seguro conquista el corazón de mi vieja! —dije, pero por los retos que recibí de vuelta, parece que más bien estaba gritando.

Terminada la conversación, el joven se arrodilló frente a mí y comenzó a sacarme los zapatos.

—Luisa, ¿por qué no leyó la carta que le dejé?

—Y... ¿usted cómo sabe que no la leí?

—Es obvio que no lo hizo. ¿Por qué se comporta así?

—Y ... y... ¿por qué me dejó cuando más lo necesitaba?

—¡Es usted terriblemente injusta conmigo, Clementina!

—¡Que soy Luisa!

El joven me levantó en sus brazos, sin darme tiempo para reaccionar, y avanzamos por un pasillo, donde todo transcurrió lentamente para mí. Me sentía como una novia, blanca y pura, sostenida por el pretendiente que en un dulce beso haría suyo el cuerpo y alma de una...

—¿Qué hace, Víctor?! —grité desesperada al sentir el baldazo de agua.

—Le quito la borrachera, ¿no es obvio?

—¡Ahhhhhhh!

La tortura no duró más de un minuto o dos, pero me dejó castañeando los dientes. Tal vez más por la impresión que por el frío. ¡Ay, mis ilusiones de novia!

—Quédese ahí, ¿me entendió? Vuelvo enseguida.

Demasiado torpe para salir corriendo, esperé quieta en la bañera. Quería despotricar mi enojo con nuevos gritos, pero cuando lo intenté, me detuvieron las arcadas que provocó el esfuerzo. No pasó mucho tiempo y volvió Víctor cargado con toallas y una tenida de blusa y falda.

—¿Puede salir de la tina? —me preguntó y asentí, pero apenas hice el ademán, tambaleé golpeándome la cola, lo que me hizo sentir terriblemente avergonzada. ¡Ni siquiera lograba ponerme de pie sola! El joven suspiró y me hizo una señal para que lo abrazara por los hombros. Me levantó sin mayor esfuerzo y luego me cubrió con una toalla.

—Usted está más delgada que la última vez, Luisa. Beber no le hace bien.

—Perdón...

—No me pida perdón. No tiene por qué. Todo esto solo se lo hace a usted misma.

Como no tuve el valor para mirarlo, y mi cabeza parecía a punto de explotar, me limité a cerrar los ojos. Quería llorar, ¡pero me resistí a volver a hacerlo frente a él!

—Dio usted un excelente examen —escuché que me dijo—. Siéntase orgullosa, ¡vea el vaso medio lleno! Usted no hace más que castigarse cuando no merece más que felicitaciones.

—Pero no fue suficiente... lo decepcioné.

—No, no lo hizo porque usted dio lo mejor de sí. Yo no he desistido de la promesa que le hice, ¿va a hacerlo usted con sus sueños?

—Pero... todas las molestias que se ha tomado y yo...

—¡Y me las seguiré tomando! ¡Punto! —dijo y luego hizo una pausa, como si necesitara ordenar sus ideas. Luego agregó—: Pero necesito que haga las cosas por usted. Si sus sentimientos hacia mi persona la perturban, tal vez sea mejor que no nos veamos más y...

—¡No, no, para nada! —repliqué, todavía con los ojos cerrados—. ¡Yo hago las cosas por mí misma! —aclaré, no muy convencida.

—Eso me parece grandioso, Luisa. ¡Siga luchando! —exclamó aliviado—. Por favor, ayúdeme levantando sus brazos.

Y así lo hice, como una niña siguiendo las instrucciones de su padre.

—Muchos la criticarán en su condición de mujer, pero yo le aseguro que usted está tan capacitada como un varón en lo que sea que se proponga... Y apóyese en mis hombros un momento, ¿sí?

—Sí.

—Puede que usted no me crea porque carece a su alrededor de figuras femeninas que le demuestren lo contrario. Por eso, y si me lo permite, quisiera presentarle a una ilustre mujer, encantadora por lo de más, que seguro la inspirará.

—¿De verdad?

—Yo no embromo con estas cosas. ¿Le apetece la idea?

—¡Oh, sí! ¡Me encanta! ¡Me...!

Abrí los ojos solo para encontrarme con mi reflejo desnudo en el espejo. ¡Ni siquiera pude balbucear de la impresión! Para Víctor, en cambio, haber despojado a una mujer de todas sus prendas parecía algo de lo más natural.

—Escucharla alegre mi corazón, Luisa —replicó, aliviado.

Todavía desnuda, lo vi alejarse unos metros para buscar una camisola que acepté sin reproches. Luego, me puso el corsé, los demás accesorios y, con una destreza que se la quisiera la Petro, Víctor me dejó vestida y peinada en cuestión de minutos.

—Todavía me cuesta creer que tanta gente piense que la mujer es un ser irracional e inferior al hombre. ¡Más aún cuando son las mismas mujeres la que apoyan esta idea! —soltó con un dejo de amargura en sus palabras.

No podía dejar de observarlo con el estupor impreso en la cara. ¿De dónde diablos había salido este hombre? Y ¿qué estaba esperando para pedirme disculpas?

—Mire la hora —agregó al revisar su reloj de bolsillo—. Tenemos que partir inmediatamente.

—¿Cómo? ¿Y a dónde?

—Al cerro Santa Lucía.

—Ya, pues, ¿pero para qué? —pregunté desconcertada.

—Tome, póngase este sombrero con velillo para que no la reconozcan.

—¡Víctor, respóndame!

—Es tarde, le explico en el camino —dijo y buscó mis manos, en las que depositó un puñado de pastillas blancas—. Es menta. La va a necesitar.

Fue así cómo salí del hotel convertida en mujer, más repuesta que antes y con la boca llena de dulces. Tomados por el brazo y saludando muy cordiales a quienes nos salieron al paso, nos unimos a la multitud que por esas horas se tomaba plaza de la Independencia. Sin quitarle los ojos de encima mientras avanzábamos, pronto reconocí en Víctor un trato muy similar al de mi hermano Javier. ¡Vaya suerte la mía!

Ya en la Alameda, subimos a un tranvía atestado de personas de todos los rincones de la ciudad: campesinos, obreros, comerciantes, madres trabajadoras y nosotros. Ya no quedaba espacio en el segundo piso, así que, bien sujetos de las barandas, logramos acomodarnos cerca de las escaleras. Era la primera vez que utilizaba el transporte público y no me parecía tan horrible como solía describirlo mi madre. Sin embargo, cuando me detuve en los rostros de los pasajeros, me quedó clarísimo que mi entusiasmo solo era producto de la novedad.

—Luisa, tómele de mi brazo. No se vaya a caer —solicitó Víctor con el primer bamboleo fuerte del carro.

¿Sería acaso este mi primer amor?, pensé al mirar a mi compañero de viaje. Él había sido enfático en que no albergara sentimientos hacia su persona, pero con sus continuos flirteos no hacía más que confundirme. Así que solo para divertirme, le devolví un poco de su propia medicina, recostándome sobre su pecho como lo haría una novia enamorada.

—¡Vaya, ya casi llegamos! —interrumpió Víctor, apartándome nervioso—. La ayudo a bajar.

Me sonrió y yo hice lo mismo de vuelta, un tanto aturdida. Una vez abajo del tranvía, no tardé en reconocer el cerro Santa Lucía a nuestras espaldas. Los recuerdos de paseos familiares me asaltaron de repente y rememoré con añoranza la gracia que me hacía subir en el ascensor eléctrico hasta la cima.

—Aquí es. Alameda 432 —dijo Víctor.

Y la Pontificia Universidad Católica frente a nosotros. ¿Qué se supone que estábamos haciendo en este lugar? El miedo se hizo presente una vez más en mi corazón.

—Pero Víctor, ¡que es porfiado usted! Si sabe que no conseguí entrar a la universidad. No insista más...

—Ahh, Luisa. Tranquílcese. Que no vamos a la universidad...

Al parecer las sorpresas no habían terminado para ese día. Lo seguí a regañadientes, sin levantar la vista de mis pies que todavía tambaleaban un poco a causa del alcohol. Segundos después reparé en mi blusa de tul de hilo crudo y la falda de sarga azul que cubría mi cuerpo, el mismo que se reveló desnudo precisamente frente al hombre de mis afectos.

Al recordarlo, brotó nuevamente la vergüenza y pensé en mis padres, cuyo favor no estaría de mi parte sobre lo sucedido. Ni imaginar los improperios que me dedicarían, sin jamás cuestionar el comportamiento de Víctor porque «los hombres son débiles ante las tentaciones que una mujer les

ofrece», justificándolos frente a todo tipo de bestialidades. ¡Uf!, ¿qué no me dirían si supieran lo que pasó? Borracha, infame, puta...

—¡Luisa!

—¿Ah?

—Espabile, que ya llegamos.

Examiné la puerta que teníamos al frente con cierto nerviosismo. Sobre ella, una ventana de vidrios templados destacaban en su superficie una cuidada caligrafía con un nombre que me sonaba extremadamente familiar.

«Eloísa Díaz. Consultas de 1:00 a 4:00 p. m.».

Pero que no logré identificar de buenas a primeras.

Eloísa Díaz, pensé y de golpe regresaron a mí las instantáneas de la revista Sucesos de enero que celebraba a la susodicha con una mención por sus veinticinco años en el noble ejercicio... ¡de la medicina!

—¡Eloísa Díaz! ¡Eloísa Díaz! —exclamé eufórica. Mi corazón brincó sin piedad—. ¡La doctora! ¡La doctora!

—Usted lo ha dicho, Luisa —confirmó sonriente mi acompañante.

Los restos de alcohol que todavía quedaban en mi organismo se evaporaron en cosa de segundos.

—Por favor, Víctor —solicitó estirando la mano—. Dígame que todavía le quedan pastillas de menta.

—Luisa, se encuentra usted en perfectas condiciones. Solo le falta un poco de color en el rostro. Creo que se le ha ido con el susto —respondió el hombre a modo de broma, aunque apenas lo escuché—. No se angustie tanto, ¡ni que fuera a ver al cuco!

—¿Por qué no me dijo que me traería acá?! Yo...

De pronto se abrió la puerta y la mismísima Eloísa Díaz se asomó por ella. La mujer, que llevaba los cabellos amarrados en un sencillo moño, asomó

una sonrisa pícaro al reconocer a Víctor, así como un respiro de alivio.

—¡Con razón tanta trifulca! ¡Se trataba de usted, señor Viviani!

El joven se quitó el sombrero para inclinarse ante la señora, besando su mano.

—Doña Eloísa, verla siempre llena de dicha mi corazón.

—Es usted un adulator, ¿lo sabe, verdad? —preguntó, sonriéndome en busca de complicidad—. Pero no se queden ahí, pasen por favor.

El blanco despacho de la doctora destacaba por su pulcritud y orden: dos cómodos sillones servían para el descanso de los pacientes y, en el fondo, separando ambos inmuebles, un amplio escritorio de caoba desplegaba un libro de registros y un cristo de bronce haciéndole guardia.

—Le dije a mi ayudante que se fuera a la casa —nos comentó Eloísa al tiempo que abrió la puerta de su despacho para hacernos pasar—. Es que pensé que ya no venían.

Pasamos otra puerta y, como una repetición del cuarto anterior, el blanco se hizo presente y también la sobriedad de los muebles. Esta vez los sillones fueron reemplazados por una camilla, una pesa, una despensa repleta de medicamentos y utensilios de los más variados tipos. La doctora tomó asiento detrás de un secreter de diseño francés sobre el que descansó sus brazos, entrelazando los dedos en actitud de espera. Era curioso. Todos sus gestos destilaban solemnidad como nunca antes había visto en una mujer. ¿Frisaría ya unos cuarenta años? Su textura y rasgos así parecían indicar.

—Ustedes dirán qué los acontece...

Sus penetrantes ojos, surcados por el cansancio acumulado, se posaron sin piedad sobre mí. Miré a Víctor en busca de auxilio, sin atreverme a confesar que ni yo misma entendía la razón que me tenía sentada frente a tan ilustre mujer.

—¿Es que le comieron la lengua los ratones, mijita? ¿No es usted la señorita Luisa Clementina Santa María Matte? —apuntó la doctora de

sopetón.

Asentí apenas, intentando esbozar una disculpa por mi falta de cortesía. La señora, sin perder la sonrisa, me rogó que no me preocupara por nimiedades.

—Lo importante es que se decidió a venir. Aunque debo confesarle que esperaba su visita hace semanas —manifestó con tono preocupado—. Víctor, ¿no me había anunciado usted en una esquela que así sería?

—Usted lo ha dicho, mi querida señora: lo importante es que la joven ya está aquí —señaló el joven y una incontenible oleada de vergüenza invadió mi rostro al recordar la carta echada al fuego—. Como le comenté en mi última esquela, la señorita Luisa ha querido seguir su ejemplo y estudiar medicina, pero no obtuvo el puntaje suficiente para ingresar a la universidad. Este hecho la ha tenido de lo más desanimada y estoy seguro de que su consejo le será más que provechoso.

La señora Eloísa, sin prisa, volvió su mirada hacia mi persona y me preguntó:

—Dígame, Luisa, ¿por qué desea convertirse en doctora?

Levanté el rostro sin poder ocultar el miedo reflejado en mi semblante, inunca antes me había planteado esa pregunta tan obvia! ¿Qué se supone debía contestar? ¿Qué era lo correcto? No quería quedar mal frente a Víctor y menos a la médica en una entrevista de tal magnitud. Mi discurso tenía que ser perfecto.

—Señora Eloísa, son tantas las razones que se agolpan en mi mente que no sé ni por dónde empezar —dije, y escondí las manos que me traicionaban con su temblor—. ¿Serán acaso el bienestar de las personas el que motiva mis deseos? ¿Los maravillosos aprendizajes que encierra tan noble profesión? Quiero ayudar a los demás y creo que la medicina es el camino... Por favor, excúseme si no soy capaz de hilar mis ideas con fluidez.

Hice una pausa y volví a respirar al percatarme que ambos interlocutores sonreían. La respuesta —supuse— había sido satisfactoria.

—Pero, Luisa, no se complique tanto —insistió Eloísa—. Solo cuénteme sobre la razón, la más esencial, que la compele a luchar por convertirse en doctora. Créame que si la cuestiono, no se debe solo a la curiosidad.

Aquel inusitado interés me sorprendió profundamente. Bajé los hombros, ya sin energías para seguir inventando pretextos, y puse en evidencia mis verdaderos deseos.

—Operar, doña Eloísa. Sueño con practicar la ciencia de la cirugía para salvar vidas —respondí y mi tono se fue tornando cada vez más animado—. Quisiera explorar los misterios del cuerpo humano, liberarlo de tumores malignos, devolverlo al estado perfecto que le pertenece de origen! De solo pensar en eso, ise me eriza la piel!

No sé cómo me atreví a compartir tanto, pero aquella pregunta había despertado una euforia inusual en mí. ¡Incluso Víctor se contagió con mi entusiasmo, dedicándome una palmadita en la espalda! Entonces, la doctora me contempló con infinita compasión y dijo:

—Luisa, yo no he operado a persona alguna en toda mi carrera médica.

Permanecí quieta porque estaba segura de que había escuchado mal. Y Víctor tampoco pronunció palabra. Por primera vez reconocí en él una cierta angustia en el rostro.

—Señora Eloísa, no entiendo... ¿cómo dice? —tartamudeé.

La mujer colocó sus delgadas manos sobre las mías mientras su mirada se fue cubriendo con un oscuro velo de tristeza.

—Somos mujeres, Luisa. La cirugía es una de las ramas de la medicina que todavía están vedadas para nosotras. ¡Mas no pierdo la fe! Hay que seguir trabajando para que el futuro sea diferente. Al menos para quienes nos sucederán...

Durante unos breves momentos, el silencio nos devoró a los tres. Víctor tenía la vista perdida en la ventana por donde se escapaban los últimos rayos de sol, y las manos apretujadas en el fondo de los bolsillos de sus pantalones. Por mi parte, quedé pegada en una de las instantáneas

enmarcadas en las paredes blancas, donde la señora Eloísa posaba junto a un grupo de elegantes caballeros, de seguro médicos como ella. Aquella imagen me hizo sentir un poco mejor y peor a la vez.

—Tal vez sería bueno que conociera a Ernestina Pérez, también doctora, ¡excelente profesional! —continuó la señora en voz tranquilizadora—. Me parece que su consulta queda en Catedral, no muy lejos de aquí.

Estaba tan confundida que deseé con desesperación que lo dicho por la doctora se tratara de una broma o una mentira. Mis sueños se derrumbaban a mi alrededor, a pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarme serena.

—Luisa, ¿se encuentra bien? —preguntó Víctor.

—No... digo, sí... —respondí, debatiéndome entre lo que sentía y lo que era correcto decir.

Doña Eloísa pareció comprender mi decepción porque me acercó un vaso de agua, sin pronunciar comentario alguno. Fijé la vista en el líquido, tratando de ordenar mis pensamientos, mientras Víctor me tomaba la mano para darme ánimo.

—¿Por qué Dios me castiga así? —chillé y me tapé la boca al instante por la sandez que había dicho.

—No pasa nada —me consoló Víctor sujetando mi mano con fuerza—. La noticia también me ha sorprendido sobremanera.

La doctora sonrió con gesto paciente y asintió. Luego de una breve pausa, habló despacio, escogiendo cuidadosamente las palabras para que mi ser atormentado pudiera asimilarlas sin ponerse a la defensiva:

—Luisa, lo que le voy a decir será difícil de digerir, pero necesito advertirla si realmente hará de las ciencias de la salud, su vocación y ocupación permanentes —el tono de la mujer sonaba firme, pero en su rostro siguió reflejada la amabilidad. Sin dudarle, agradecí su preocupación y me dispuse a escuchar—. Para un hombre es muy fácil ejercer la medicina, ya que la sociedad en su conjunto acepta los sacrificios que este tuviera que

hacer en pos de su desarrollo profesional. Así es como el médico puede hacer turnos y consultas con libertad, abandonando a su familia sin reproche alguno porque todos entendemos y aceptamos que él está cumpliendo con su rol.

»Sin embargo, como mujeres de la medicina, son los papeles de buena esposa y abnegada madre los que primarán siempre por sobre nuestras ambiciones académicas y laborales. Ejerciendo la medicina, usted estará en constante falta por no cumplir con estos deberes intrínsecos de su naturaleza femenina y la crítica aflorará en los labios de colegas y familia — Eloísa hizo una pausa y contempló la foto que minutos antes había captado mi atención—. La culpabilidad será la sombra que seguirá fiel cada uno de sus pasos.

»Me entristece mucho decirlo —continuó luego de una breve pausa—. Pero la medicina presenta diferencias abismales entre damas y varones. Yo, que fui la primera en titularse en esta disciplina, le hablo desde la más pura experiencia.

Asentí, pero no dije nada. El fracaso ya empezaba a consumir todos mis pensamientos.

—Señorita Luisa —expuso la doctora sacándome de mis cavilaciones—, no se atormente tanto. La medicina también me ha entregado grandes satisfacciones. Aunque los doctores nos desarrollemos en un área científica, nuestro quehacer también encierra un lado humanista que nos permite colocarnos en el lugar de nuestros pacientes y entender cómo se relacionan con el entorno para mejorar su calidad de vida. Cuando usted entra en la vida de las personas en un momento tan crítico, de tanta vulnerabilidad como lo es una enfermedad, ayudarlos a recuperarse va más allá de lo que uno puede hacer siguiendo el protocolo hospitalario. Es un acto significativo de profunda entrega y conexión que también la sanará a usted en múltiples dimensiones.

Eloísa esperó un momento antes de añadir:

—Además, no olvide usted que la medicina no es la única manera de ayudar a la gente. Quizás, si le da una oportunidad, pueda encontrar una alternativa que calce mejor con su persona.

Cuando me miró a los ojos, supe que la señora leía mis pensamientos como si se trataran de un libro abierto.

—Estimados Víctor y Luisa, ya son las seis y todavía tengo algunos menesteres que atender antes de regresar al hogar. El chofer debe estar esperándome afuera.

—Señora Eloísa, por favor, ¡no faltaba más! —exclamó Víctor levantándose de su asiento—. Disculpenos por quitarle tanto de su preciado tiempo.

—Gracias de todo corazón, madame —me apresuré a decir—. Sus consejos no serán en vano. Se lo prometo. Y disculpe demorarla tanto en su regreso al hogar, junto a su esposo e hijitos.

La mujer me contempló con expresión amable y paciente, reservando un particular saludo para mí al despedirnos.

—Mi querida Luisa, no hay consorte ni hijos esperándome en casa. Y lo más probable es que nunca habrán. La medicina se ha convertido en el más grande de mis amores.

El adiós ya estaba dicho, pero no pude evitar devolver la mirada a la puerta cerrada, la misma que antes había dejado pasar a una Luisa tan ingenua, ¡tan superficial! Sin poder ingresar a la universidad, sin siquiera tener la oportunidad de practicar cirugía, sentía que no era mucho lo que me quedaba por luchar.

—Después de todo, creo que he tenido la fortuna de vivir una bonita aventura —susurré, cortando el silencio que se había generado entre mi compañero y yo—. Gracias por creer en mí, Víctor. ¡Ni mis padres me han estimado de la manera en que usted lo hace!

Con mis últimas palabras solté una risa que se apagó rápidamente y apuré el paso, sin dejar de mirar al frente. Tenía el orgullo herido, pero me negaba a dejarlo llorar.

—¿Sabe, Víctor? Pronto me iré de viaje por Europa con mi familia. El prometido de mi hermana Adelaida nos ha hecho este magnífico regalo que todavía me cuesta creer. ¡Por fin conoceré las maravillas de París de la que tanto se comenta en sociedad! La rue de Paix, la Catedral de Notre Dame, la torre Eiffel solo por mencionar algunas. Qué panorama más chic, ¿no le parece? —luego, cambiando de tema, agregué despechada—: No como aquí en Santiago, donde nunca pasa nada y nos conocemos todos. Una ciudad de grandes palacios que se mezclan con arrabales y vida campestre. Bautizos, misa, casamientos, hijos... ¡y vuelta a empezar! ¡Pero allá la vida es mejor, la gente es distinta! ¿Qué opina usted, Víctor?

El joven comerciante me quedó mirando y agregó:

—¡Que a usted le falta mucho mundo por conocer, Luisa!

Detuve mis pasos, un tanto aturdida por la rudeza de mi acompañante.

—¿Cómo dijo?

—Lo que escuchó, señorita: que le falta mundo.

Permanecí quieta a la espera de una disculpa, pero esta no llegó.

—¿Pero no le dije que pronto viajaría a Europa? —pregunté ofendida.

Los faroles de las Delicias se encendieron, bañándonos con su luz amarillenta. Los ojos de Víctor me escudriñaban con gesto decidido, casi desafiante. Esperó un momento antes de añadir:

—No me refiero a ese mundo, sino al que tiene justo al frente, al que existe cruzando el Mapocho. El de la Chimba, el de la gente humilde, ¡el mundo real! Porque estoy seguro de que usted...

Víctor hizo una larga pausa y yo me preparé para una nueva reprimenda. Sin embargo, cuando levanté la vista, solo detecté en el rostro de mi acompañante una sincera preocupación.

—Luisa, le voy a ser sincero. Me parece que en su alma hacen eco los deseos de todo el mundo, menos los suyos. Cuando la conocí, cumplía obediente lo que la familia mandaba. Luego, llegué yo, le propuse estudiar

y usted no dudó en hacerlo. La doctora también le ha dicho lo suyo, no dudo en que ha tomado buena nota sobre eso. Pero no dejo de preguntarme qué es lo que realmente quiere usted cuando todas las voces a su alrededor se apagan. ¿Lo sabe?

No fui capaz de responderle. Realmente no supe qué decirle.

—Quédese conmigo, aquí en Chile, y descúbrase a sí misma, Luisa. ¡Reflexione, piense con calma y dígame que quiere! Ya sabe que Víctor Viviani está para servirla.

Se quedó con la mano estirada en espera de mi respuesta y la sonrisa volvió a su rostro. Y allí me encontraba, una vez más, hipnotizada por ese hombre que me tentaba con el camino prohibido.

Capítulo 10

Regresé a mi hogar a eso de las siete de la tarde. La Petro, angustiada, ya me hacía guardia en la puerta esperando mi llegada.

—¿Dónde miéchica se había metido? ¡Su madre acaba de preguntar por usted!

Miré a la criada con ojos de cordero degollado hasta que finalmente me dejó pasar, sin parar de reclamarme el par de canas que había ganado por mi culpa.

—Venga, Petro —y con ternura, besé su frente—. Con esto, le vuelven todos los colores al pelo. Y si no resulta, yo misma le compro tinte inglés en la botica —la mujer sonrió finalmente, planchando mis vestidos con sus manos.

—Cabra de porquería no má...

Los últimos rayos del sol se quedaron en la entrada de la casa, como si lo luminoso no tuviera espacio en la mansión Santa María. Apenas cerré la puerta, una penumbra cayó pesada sobre mis pasos. Una vez más, evité el espejo y taciturna continué mi camino hasta el gran óleo familiar que enmarcaba la pared del segundo nivel.

Siempre me han dicho que las pinturas no se tocan, pero mis dedos se posaron rebeldes sobre la tela, deseosos de alcanzar la imagen de Clara, escondida entre los retratos de mi madre y sus herederos masculinos. Quedé prendada de los ojos turquesa de mi princesa y, por primera vez, me pareció comprender su desdicha.

Me haces tanta falta, hermana querida, pensé, soltando un suspiro.

—Luisa Clementina Santa María Matte, ¿dónde se había metido usted?

Mi madre hizo acto de presencia de un puro grito. Piensa, Luisa, ¡piensa ligera!

—Madre, no se altere tanto. Acuérdesse que hoy iba a una matinée en el Teatro Variedades.

Doña Teresa me observó con el ceño fruncido, mientras buscaba en sus gavetas mentales el dichoso panorama al que le hacía mención. Siendo una mujer altiva como estatua de Tanagra, ganas no faltaron de arrodillarme ante sus velos e implorar por su perdón.

—Mamacita, Carmencita Toro y María José Cumplido me desearon toda clase de felicidades para usted. Figúrese que, después del teatro, nos dirigimos al palacio de las niñas Larraín y practicamos juntas algunas composiciones de Mozart. ¡Fue tan divertido! —aseguré con todo convencimiento.

La señora, que solo tenía ojos para Adelaida, se debatía entre confesar que nunca prestaba atención a lo que le decía o comprarse el cuento que le estaba diciendo. Finalmente optó por lo último y me despachó rápido, sin dejar pasar la ocasión para recordar el ritual del rosario que acontecía antes de la cena.

—Luisa Clementina —dijo la señora cuando ya estaba por entrar a mi habitación—. ¿Y ese vestido?

—¡Ay, señora! Lo compramos en Modas Burgalat, hace tiempo. Seguro no se acuerda porque la prenda nunca fue de su agrado. Con su permiso, me voy a hacer la toilette. ¿Me llama a la Carmencita para que me ayude?

—Sí, hija —respondió la mujer un tanto confundida—. Yo se la llamo.

—Muchísimas gracias, madre —contesté amable y cerré por fin la puerta.

A las ocho, bañada y perfumada, me presenté para rezar el rosario junto a la familia y sirvientes que ya estaban listos frente al pequeño altar improvisado en el salón principal. Y como todas las tardes, la Virgen del

Carmen aceptaba sin chistar las varitas de incienso que colmaban el ambiente con su esencia. Flores y velas adornaban a la santa y, con cada rezo, yo me iba derecho al infierno por llenar mi cabeza de banalidades para esos instantes consagrados a la inmaculada mujer. Mis labios se movían al son del padrenuestro, aunque mi alma no podía estar más lejos. Con Víctor, para ser más precisa, y nuestra conversación de regreso a mi hogar.

—¿Por qué cree que los pobres son pobres?

—¡Ay, Víctor! ¡Las tonteras que me pregunta!

—Respóndame, pues. Me gustaría saber qué piensa.

—Pues, si no tienen plata, algo habrán hecho, ¿no le parece?

—¡Amiga mía! ¡Es tan fácil criar tolerancia cuando el dulce far niente es la única tarea de la vida!

La tristeza en los ojos de Víctor me acompañó hasta el presente. Era mi turno para el avemaría y la Petro me pegó un codazo para que empezara recitar. Mientras lo hacía, fijé la mirada en mi padre, que de milagro estaba por la casa. Se notaba a las claras que él solo movía los labios, al igual que yo, sin mayor interés en la ceremonia.

Volví a recordar.

—Como dice mi padre, los pobres son ingratos, a pesar que se les trata bien. Se acercan con el pretexto de darte frioleritas que uno se ve obligado a aceptar y devolver con creces. ¿Es que acaso no se les paga ya un salario por lo que trabajan? Y más encima, ¡quieren más!

—Amiga mía, ¿usted cree que a los pobres les alcanza con el escaso jornal que se les da? Trabajan desde el alba hasta el anochecer, soportando mil inclemencias. El dinero no es suficiente.

—Víctor, puede que tenga razón, pero si viera lo ingratos que son los peones que tiene mi padre en sus fundos. Él siempre me dice que ellos son los más resentidos, ¡justamente con la mano que les da de comer!

—¿Y usted no lo estaría? ¿Si después de partirse el lomo trabajando, no tuviera más que una simple choza mientras sus amos disfrutaban de un elegante palacio? Póngase en su lugar, Luisa, y fraternice con ellos.

—Mi padre dice que es imposible fraternizar con los pobres, ¡inos faltarían el respeto!

—Luisa, no hace usted más que nombrarme a su padre. ¿Y usted qué piensa?

De vuelta a la realidad, traje conmigo una incómoda sensación por las preguntas que dejaba sin responder. Para colmo, Víctor partía mañana a Valparaíso para atender la llegada de unas importaciones, así que no lo vería en un buen tiempo. Semanas o meses, todo dependía de mi futura decisión. Despedirme de él me partió el alma, pero fingí entereza mientras estuvimos juntos. A pesar del deshonoroso episodio del baño, mi atracción por el mozalbete no había disminuido ni un poco.

Terminó el rosario y también la paz en la mansión. A partir de este día, empezó toda la trifulca por el viaje a Europa y la figura del apestoso de Pedro Echeverría fue pan de cada día en nuestra morada, donde todos los asuntos terminaron por clasificarse en dos tipos: si entraban o no en la maleta.

Por una cuestión más bien romántica, mi madre insistió que para nuestro viaje recreáramos el itinerario descrito por el diplomático Eduardo Pérez Cangas en su libro *De Chile a Europa*: tomar un tren con múltiples paradas hasta Buenos Aires —la capital argentina y «la París de Sudamérica»—, donde nos embarcaríamos en un transatlántico hacia Europa.

—Es verdad, son al menos tres días de viaje en tren, pero lo valen los hermosos parajes cordilleranos que deleitarán nuestra vista. Conoceremos Los Andes, Salto del Soldado, Juncal, la hermosa estatua del Cristo Redentor en la frontera de Chile con Argentina —insistía mi madre, citando el dichoso libro—. Luego Mendoza y...

—¡Qué posma, mujer! ¡Que nos vamos en el Oropesa u otro vapor desde Valparaíso y san se acabó!

Mi padre, mucho más práctico y viejo, no estaba para semejantes trotes. Dueño supremo de la última palabra en la familia, a doña Teresa no le quedó más que acatar lo que su consorte quisiera. O sus hijos. O Pedro Echeverría, a falta de otro varón en casa.

—Luisa querida, ¿ya está listo su equipaje?

Mi abuela, por su parte, estaba de lo más emocionada al ver que todos preparaban maletas como ella acostumbraba hacerlo para el viaje a la India que nunca se hacía realidad.

—Acuérdese que nos vamos a Europa, abuelita. No se vaya a confundir.

—Con Europa —afirmaba la anciana muy campante—, tenemos las estaciones cambiadas. Empaque ropa de verano, Luisa Clementina.

—Guarda usted razón, abuela.

Entonces, echaba tres prendas y sacaba dos del equipaje. No terminaba nunca de empacar, provocándole más de un disgusto a Adelaida.

—Dispéñeme, hermanita. Si me tomo tantas molestias es solo para elegir las mejores toilettes, icon las que me daré el placer de brillar en París!

Mi excusa le hacía gracia a la novia y con eso ganaba un poco más de tiempo para dilatar la decisión de viajar. ¿Y es que acaso contaba con tal privilegio? ¿Con tal poder de decisión? Mis padres jamás entenderían una razón que me excusara de viajar a Europa, cuna de la civilización, iel destino soñado por todo chileno!

Desesperada, al anochecer comencé una novena al Sagrado Corazón de Jesús para que me diera una señal: mi mente me quería en Europa, pero mi corazón estaba clavado en Chile.

—¿Por qué eres así, Luisa? —me reclamaba una y otra vez pegándome con el rosario—. Si ya te rechazaron toítos los flirts...

Frustrada, levanté los hombros en gesto inútil. Sabía lo que querían mis padres, mis conocidos, la sociedad... ¡incluso lo que anhelaba Víctor para

mí! Pero no tenía idea de lo que yo quería. Solo era un espejo que reflejaba deseos ajenos.

Entonces, recé con mucho fervor, acompañando mis oraciones de ayunos y pequeños actos caritativos para que el cielo se apiadara de mí. Y así lo hizo. Al noveno día, el miércoles 17 de abril para ser exacta, con terror recibí la respuesta a mis oraciones.

—¡Ramón, Ramón, esposo mío! ¡Se hundió el Titanic! ¡El Titanic!

El grito de mi madre se sintió hasta el tercer piso, como si ella misma hubiera naufragado con el transatlántico.

—Ay, mujer, ¡tanto escándalo por un vaporcito de carga!

—¡Ramón, Ramón, es que usted no entiende! —le gritaba mi madre a punto del desmayo—. ¡El Titanic era el barco más lujoso del mundo!

Me puse una bata y bajé veloz hasta el comedor del primer piso, donde las criadas ya abanicaban a mi madre para que recuperara el aliento. Javier y mi padre, con la nariz enterrada en El Mercurio, parecían darle la razón a la mujer, por fin.

—¡Vaya si es una sentida tragedia! —expresó don Ramón—. ¿No le dije Teresa que no valía la pena pagar por asientos de primera clase? ¡Ya sabía yo que tendríamos que haber comprado en segunda!

—¡Ay, Ramón, las sandeces que dice! ¿Nuestra familia en segunda? —dijo Teresa, persignándose—. Perdónalo, Dios, no sabe lo que dice...

En honor a la verdad, el lujoso Titanic se hundió en la madrugada del lunes 15 de abril, pero, como todo en Chile, la noticia nos llegó con desfase. El atraso, sin embargo, no disminuyó ni una pizca su efecto en la alta sociedad, convirtiéndose en tema principal de tertulias, matinés y fiestas en la capital. Como por arte de magia, conocido que nos encontrábamos había estado a punto de comprar pasaje en dicho vapor o tenía algún pariente que había manifestado la intención de hacerlo. Los telegramas internacionales se multiplicaron para corroborar el bienestar de cuanto compatriota andaba de viaje fuera del país, porque si se hundía el Titanic

—el barco de pasajeros más lujoso y moderno del mundo—, cualquier embarcación podía irse al fondo del mar.

Mi madre, histérica, a punto estuvo de cancelar el viaje, pero don Ramón hizo oídos sordos a sus súplicas y el viaje siguió en curso.

—¿No se da cuenta de la de negocios que puedo hacer en Europa? ¡No me embrome, señora! —sentenció el patrón y, como era usual, la discusión entre mis progenitores se dio por terminada.

Si alguien se hubiera dignado a preguntar, yo le hubiera dicho que en el hogar de los Santa María Matte también acontecía un naufragio: el de mi abuela María Isabel. Una mañana, la viejita ya no se quiso levantar de la cama. Luego, se rehusó a comer el almuerzo. Fue como si la mujer se hundiera lentamente entre las sábanas, a pesar de cuánto remedio le compraron para mejorar su lozanía y devolverle el gozo intenso de la vida.

—Ya pues, abuelita, ¿es que no me va a decir qué le acontece?

La mujer levantó los ojos de la revista que estaba leyendo y me dijo por quinta vez:

—Nada, mi niña Luisa. Son achaques de la vejez.

Si algo había heredado de la Petro era su porfía, así que insistí con la pregunta hasta que terminé, muy a pesar mío, sacándole lágrimas a la señora.

—Es que su mamá dice que me falla la cabeza...

Sus ojitos húmedos brillaron en cruel contraste con la oscuridad del cuarto.

—Así que me dejará en Chile para evitarse el bochorno...

Sentí cómo la ira me invadía el espíritu. ¿Es que acaso mi madre no tenía corazón? Si ella misma se quejaba todo el tiempo de que la ignoraban, ¿por qué trataba de la misma manera a otras mujeres de la casa?

Me acerqué a mi abuela, envolviéndola en un abrazo fraterno.

—Si hay alguien a quien le falla la cabeza es a mi madre, ieso se lo aseguro!

A lo lejos, en el pasillo, se sintieron unos pasos lentos y pesados sobre la madera. No pasó mucho hasta que se abrió la puerta, revelando a la Petro con un cargamento de medicinas para mi abuela.

—Luisa Clementina, la llama su padre —me dijo la criada muy seria.

—¿Y qué hice ahora?

—Ah, no sé. ¡Usted sabrá! Vaya moviendo las patas será mejor... que su padre es corto de genio y no le gusta que lo hagan esperar.

La alerta suscitó en mí todo tipo de pensamientos desagradables que se exacerbaban en mi camino hacia el despacho de don Ramón, el espacio reservado exclusivamente para su trabajo, tertulias y confidencias con sus amigos.

Golpeé la puerta con suavidad para no parecer grosera.

—Pase, Luisa Clementina. La estaba esperando.

Entré silenciosa y permanecí de pie frente al hombre que ordenaba con afán papeles y documentos sobre su buró.

—Siéntese, por favor. Ya la atiendo.

Aproveché la instancia para deleitar la mirada con las maravillosas estanterías de libros que tapizaban las paredes del salón y una serie de paisajes en acuarela que evocaban la ciudad de Londres. En una esquina, las cortinas de terciopelo hacían juego con sillones y poltronas bien acompañados de los más diversos licores, relucientes sobre una mesita laqueada de aplicaciones de porcelana. Al observarlos con atención, reconocí en sus diseños similares características a las de la cerámica japonesa, al igual que los del biombo de tres cuerpos dispuesto para separar el placer de los negocios. En un rinconcito, unos palos de golf se asomaban por un estuche, testigos de juegos furtivos de mi padre entre labores y oficios.

¡Oh, qué chic todo!, pensé maravillada por tanta elegancia. ¡Si fuera varón, podría disfrutar de este salón a mis anchas, con un whisky en la mano para brindar por el patrimonio familiar!

Cesó el repique de la máquina de escribir, avisándome que pronto llegaría mi turno de ser atendida. Don Ramón encendió su pipa y, egoísta en su vicio, no ofreció ni una sola bocanada a su invitada.

—Luisa Clementina...

—¿Sí, padre?

—Voy a ser directo con usted. Su abuela María Isabel ha perdido la salud y yo no podría emprender viaje a Europa sin antes asegurarme de la custodia de su bienestar —el hombre apretó los dientes con cierto disimulo—. Por este motivo, hija, lamento comunicarle que deberá quedarse en Chile para velar por su cuidado.

Me levanté sorprendida al oír el dictamen, ¡la señal que tanto había esperado llegaba con una obviedad que pasmaba! Tratando de hilar las ideas que se atropellaban en mi cabeza, permanecí callada por un largo rato que, para mi mala fortuna, mi padre interpretó como un gesto de rechazo ante la noticia. Enojado, vociferó:

—¡No se queje! ¡Agradezca el favor que le hago de ser útil!

El reclamo caló profundo en mi espíritu que, sin saber qué hacer, se manifestó con un violento temblor en mis manos. Las escondí tras el vestido, junto con sonreír para disimular un poco mi desconcierto, lo que solo avivó la ira contenida en Ramón Santa María.

—Todos sus hermanos ya están todos casados y cada uno goza del prestigio en sus respectivas especialidades. Su hermana Adelaida contraerá nupcias en los próximos meses, pero ¿y usted, Luisa Clementina? ¿Cómo le sirve a la familia Santa María si ni para conseguir marido es buena?

Como nuevamente no hubo respuesta de mi parte, el hombre descargó su frustración con un golpe sobre la mesa. En mi angustia, pregunté lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Y cuáles serían mis opciones, padre? ¿Cómo le puedo ser útil?

Una sonrisa se asomó por sus labios, de donde también salió un humo negro y espeso.

—Ay, mijita. ¡Usted sí que me hace gracia! Fíjese que no hay mucho que pensar: o se me casa con Dios o con un hombre. Y si opta por este último, ¡más le vale que esté forrado en billetes! —y llenándose los pulmones de tabaco, exclamó—: Hombres como el sobrino de Eulalio Viviani no serían un mal postor.

—¿Victor?

—¡Por fin cae, hija! El muchacho recién da sus primeros pasos en la actividad comercial, pero goza del amparo de su tío que, si supiera la plata que mueve, ¡se le quitaría hasta lo fea!

El viejo soltó una carcajada, pero la apagó pronto al no encontrar eco en mi persona.

—Los Viviani son unos rotos extranjeros —prosiguió mientras jugueteaba con su barba—. Pero cuentan con gran capital y contactos en el rubro de las importaciones europeas. Supe de buena fuente que el viejo Eulalio conducía excelentes negocios en Iquique. Armamento para el ejército según escuché, y que por alguna razón dejó el rubro hace años. ¡Mala cosa!

La oportunista mención a mis amigos acabó con el temblor de mis manos. Levanté la mirada con hastío, deseosa de terminar pronto con la desafortunada reunión que me convocaba.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí, padre?

El señor Santa María asestó otro golpe enérgico sobre el escritorio. Entonces proclamó algo que no olvidaría jamás:

—Pues lo que le he exigido a todos mis hijos: ¡trabajo!

Nos miramos fijamente por unos segundos y, cuando quise hablar, el hombre me interrumpió sin remordimiento alguno.

—Así que, mientras estemos en Europa, usted se me aplica con la búsqueda de un buen consorte. O empieza a acostumbrarse al hábito religioso. ¡Que en esta casa no hay tiempo ni recursos para solteras ociosas! ¿Me entendió, Luisa?

Crucé los brazos en señal de protesta y desvié la mirada.

—Clara —murmuré, levantándome del asiento—. ¡Ahora entiendo tanto a mi hermana!

Por respuesta solo recibí una fuerte bofetada.

—¡No vuelvas a mencionar a tu hermana, cabra de mierda!

Me llevé la mano a la mejilla golpeada, sin dar crédito a lo que estaba pasando. ¡Pero el castigo no había terminado ahí! El viejo soltó la pretina de sus pantalones y comenzó a propinarme una dura paliza con ella. En carne propia, experimenté el maltrato vivido por mi hermana tantos años atrás, nada más por mencionar su nombre. De nada valieron mis méritos, los estudios, la etiqueta, ni mi buen comportamiento... todo lo que había hecho hasta entonces para ser una buena hija!

—¡Basta! —grité, arrebatándole el cinturón que me estaba llenando el cuerpo de moretones—. Ya entregó su mensaje, ¡váyase luego a Europa y déjeme en paz!

Los años no habían pasado en vano y el viejo se dio cuenta que lo superaba en fuerza física. No obstante, siguió reclamando con orgullo herido y a grito pelado sobre lo mal agradecida que era. Lo hizo hasta que se le acabó la voz en improperios sobre mi persona, sin darme oportunidad para defenderme.

Un hilo de sangre se escapó por la comisura de mis labios ansiosos por anunciar mi dulce condena. Sonreí débilmente y, tras una breve pausa, declaré impetuosa:

—Usted ya no significa nada para mí.

No esperé respuesta y dejé atrás el despacho con un sonoro portazo. Corrí por las escaleras hasta el tercer piso, ¡tropecé en el último escalón y caí al

suelo! Me di un buen golpe en el coxis, pero seguí adelante hasta que llegué a mi pieza, encerrándome con llave.

Mi cama, ¡solo quería mi cama! Por fin, oculta entre las sábanas, rompí en llanto y la pena se hizo presente. Me dolía el cuerpo, ¡me dolía el alma!, comencé a preguntarme para qué había llegado a este mundo si no servía para nada: ni para hija ni esposa, ¡menos para médico!

Por horas lloré, temblando a la espera de la reprimenda de mi padre, mas la noche llegó y Ramón Santa María no hizo acto de presencia. La única que tocó mi puerta fue Petronila con un matecito para mí y la hice pasar sin molestarme en ocultar el cigarro que tenía en la mano. Mis ojos hinchados y el moretón en la cara le explicaron todo lo acontecido con mi padre.

—Ay, mi niña —me dijo, sentándose a mi lado en el piso helado—. ¿Y ahora qué va a hacer?

Eché una mirada a la ventana y sonreí al firmamento que me agasajaba con sus mejores estrellas.

—Solamente me limitaré a cumplir los deseos del señor Santa María —respondí, soltando una bocanada de humo—. ¡Trabajaré!

La mamá echó afuera un suspiro, consciente de que mis palabras ocultaban lo suyo. Sin ahondar en preguntas, se acercó para rodearme con su robusto brazo y así dar cobijo a mi cuerpo cansado.

—Yo no me hago naíta de las chacras —aseguró ella con un beso en la frente para mí—. Cuente conmigo, hija. ¡Pa' lo que sea!

Sonreí. Y los ojos se me llenaron de lágrimas en agradecimiento.

Capítulo 11

Amparada en la intimidad de mi cuarto, me fui despojando de los vestidos para contemplar mi cuerpo adolorido frente al espejo. Como si mi reflejo fuera el de otra mujer en busca de consuelo y ayuda, no emití juicio ni palabra mientras me examinaba por largos minutos.

Aún resaltaba furioso el castigo de mi padre sobre mi piel canela. Tres moretones en un brazo, dos en el otro. La hebilla de su cinturón quedó marcada cerca de mis costillas y, en la parte baja de la espalda, encontré otra magulladura. Esa que me hice escapando del abusador, mientras corría por las escaleras.

Luego, ladeé el rostro para contemplar mi mejilla izquierda todavía hinchada. Se había puesto peor con el paso de las horas, pero decidí no ocultarla con maquillaje. Cuando me preguntaran por la razón que la había dejado en tal estado, tampoco guardaría silencio.

Pensé en mi madre y su recuerdo me hizo llorar. Mas no por mí, sino por ella, la víctima incondicional de los arrebatos de Ramón Santa María. ¿Cuántos moretones habrían escondido sus vestiduras durante todos estos años?

—Señorita Luisa, es hora de su toilette. ¿Me permite pasar? —preguntó Carmelita desde el otro lado de la puerta.

Se me acababa el tiempo en la casa de los Santa María Matte, de eso estaba segura. Desnuda frente al espejo, desnuda frente al mundo. ¿Quién era Luisa si no llegaba a convertirse en esposa y madre? ¿O en monja de convento? Si quería otra cosa para mi vida, tendría que buscarla fuera de la casa, como una mujer sola y pobre.

—Ay, Dios...

Contemplar mis manos trémulas encendieron mi coraje. Despojarme de mi riqueza y reputación me aterraba, pero no lograba visualizar otra manera de ser dueña de mi propio destino. ¡Trabajar me haría libre!

—Pase, Carmelita.

Apenas entró por la puerta, la criada corrió rauda para cubrir a su patrona con una manta. Luego, con ropa interior. Finalmente, con el vestido elegido por mi madre para este día sin hacer comentario alguno de mis moretones.

—Carmelita, ¿cuánto le paga mi padre por jornal? —me atreví a preguntarle por fin.

La muchacha esbozó una sonrisa y buscó el cepillo para peinarme, rehuyendo mi mirada. Luego de soltar mis trenzas con cuidado, aplicó un poco de aceite de almendras en las puntas y finalmente me dijo:

—No hay paga, misiá. Solo pan y techo.

Tragué saliva. Ella lo notó.

—No se preocupe —me dijo dulcemente, a modo de consuelo—. Así es siempre con los pobres.

El fantasma del Titanic retrasó por semanas el viaje a Europa, haciendo de mis días una tortuosa condena al alero de mi familia. Mi padre decidió castigarme con absoluta indiferencia, evitándome en mirada y palabra para cada uno de nuestros encuentros. En apoyo a su consorte, mi madre procedió de forma similar, excluyéndome de todos los compromisos sociales y Adelaida, en su profunda ingenuidad y exacerbado entusiasmo, hizo gala frente a mí de la infinidad de vestidos, sombreros y accesorios nuevos que luciría en el París que yo no llegaré a conocer. En más de una ocasión, el desfile de trajes también tuvo de invitado a Pedro Echeverría,

cuyas miradas lascivas hacia mi hermana no hacían más que revolverme el estómago. Pero ¡ay de mí si emitía juicio alguno!

«Luisa, a usted la corroe la envidia pura», me decían.

Por supuesto, la diferencia de edad entre mi hermana y su novio levantó más de un comentario entre amigos y conocidos, pero mi madre también se las arregló para responder con un único argumento:

—Pedro es un buen hombre. Y el amor llegará con los años.

Para la felicidad y goce de mi existencia, el 10 de mayo me encontraba en la recién inaugurada Estación Mapocho, para despedir por fin a mis padres, hermana y futuro cuñado en el servicio de tren a Valparaíso que los conduciría hasta el vapor que con rumbo al Viejo Continente.

Ante la sorpresa de Javier, no escatimé en ternuras apasionadas y abrazos para los parientes que partían a tan largo viaje. Al percatarse que unas lágrimas asomaban por mis ojos, el hermano, atento, me acercó un pañuelo.

—Pero no se ponga así, Luisa —me dijo a modo de consuelo.

—Ay, discúlpeme, hermano. ¡Es que llegué a pensar que no se irían nunca!

El hombre abrió los ojos como platos y exclamó:

—¡Usted no tiene remedio!

Fue así cómo del linaje Santa María solo quedamos mi hermano, mi abuela y yo en la mansión junto a quince sirvientes atentos a nuestros más mínimos caprichos. Y aunque ya varios días habían transcurrido desde mi idea de trabajar, ese deseo no ha hecho más que crecer en mí, consumiéndose en una ansiedad tal que solo los empolvados de la Rosa lograban sosegar por momentos. Para el regocijo de mi Petro, subí cinco kilos durante estas semanas, pero alta y espigada como Dios me había hecho, la gordura adquirida apenas se me notaba. Medir un metro y

sesenta centímetros era otro de mis complejos frente a las demás mujeres que solían alcanzar el metro y medio.

En contra de mis deseos, mi paciencia fue puesta a prueba una vez más para descifrar la agenda de mi hermano y así lograr hacerme una idea de sus entradas y salidas de la casa.

Los primeros días fueron los más aburridos de mi existencia, pero mis esfuerzos dieron frutos y logré descifrar los horarios de Javier con la más increíble exactitud: clases de lunes a jueves, de ocho a. m. a cuatro p. m.; Club de la Unión los martes y viernes, desde las ocho p. m. o incluso hasta la madrugada; almuerzos en casa a las dos p. m. y solo los viernes, y así un largo etcétera al que se sumaron un par de viajes a regiones para atender negocios de mi padre. A decir verdad, mi hermano pasaba bien poco en casa, pero, como era obvio, a él nadie le reclamaba en su condición de varón. Esta vez, tampoco yo lo haría, pues isu espíritu parrandero jugaría a mi favor!

Dos semanas de supervisión me parecieron suficientes y decidí dar paso a la segunda parte de mi plan laboral: la búsqueda de aliados.

Entonces, me aparecí un día por la cocina, a eso de las tres de la tarde, cuando las criadas hacían sobremesa con unos mates y pan con mermelada. Como era lo usual, mi presencia fue celebrada por el grupo y pronto fui convidada a compartir asiento con ellas.

—Señoras —dije, disponiendo cigarros y whisky sobre la mesa—, tenemos que hablar.

Naturalmente, mi ofrecimiento fue recibido con el mayor de los regocijos. La cocina se llenó de humo y los ánimos, de rebosante dicha. Antes de que la atención de las presentes se disipara en los vapores del vicio, hice un chinchín sobre mi copa y anuncié mis motivaciones.

—Muy señoras mías, hoy expondré un íntimo deseo que seguro despertará en ustedes la más profunda curiosidad y, en más de alguna, un fuerte

suspiciosa que sabré comprender absolutamente...

—Patrona —interrumpió Narcisa—. ¡Se da más vueltas que un trompo!

—Mi niña, suelte toíto de una vez —me reclamó la Petro, a quien ya había revelado mis ambiciones unos días atrás.

—Ah, bueno... —repliqué apagada, como caballo de carrera que se queda fuera del Derby.

Las mujeres me miraron expectantes, mientras los puchos se consumían en sus bocas. Entonces caí en la cuenta que con ellas no valía la pena adornar las palabras ni las justificaciones.

—¡Estimadas, voy a trabajar fuera de la casa y necesito que me ayuden a hacerlo!

Lo dije con el corazón escapándose por la garganta. Y luego, un silencio profundo reinó entre las señoras.

—¡Las tonteras que dice la patrona! —exclamó Domitila, lagrimeando mientras se carcajea. ¡Y todas siguieron su ejemplo! ¡Hasta Carmelita rio, la que suponía tan tímida! Mala idea había sido poner whisky sobre la mesa: mi noble causa les provocó la mayor gracia.

Así que me tomó un tiempo hacerlas entrar en razón y demostrarles que mis intenciones eran reales. El estupor que primero se reflejó en sus caras se transformó rápidamente en una bataola de preguntas que podría resumir en una: ¿por qué a una mujer de buen tono le habían bajado las ganas de trabajar?

No tuve corazón ni valentía para confesarles que pronto abandonaría mi hogar, pero ellas igual supieron leer en mis ojos que una fuerte razón, más que un vano capricho, movilizaba mis actos. Sin más cuestionamientos, prometieron ayudarme en lo que necesitaba y, ¡cruz pal' cielo!, que lo harían en el más absoluto secreto.

Entre todas comenzamos a urdir el plan maestro que desplegaríamos en cada una de mis ausencias y las cuantiosas excusas en que se respaldarían

las criadas si es que Javier preguntaba por mí. «La niña se ha ido a dormir», «La patrona ha salido con su amiga Risopatrón», «La niña ha salido con (criada de turno) para comprar medicamentos para su abuela», y así hasta el infinito.

—Oiga, misía —advirtió Mercedes—. ¿Y se va a disfrazar de hombre cada vez que salga?

La pregunta provocó un escalofrío furioso en mi cuerpo. No supe qué responder.

—¡Es tan redivertio cuando se pone el peluquín y el bigote! —exclamó Jacinta.

—Misiá, ¿es que tiene anhelos de macho? —preguntó intrigada Mercedes.

En mi asombro, apenas pude hablar:

—¿Es que acaso ustedes sabían de mis disfraces?

Las criadas se largaron a reír nuevamente y al unísono me reclamaron:

—¿Y quién cree que le abre el portón de la casa?

Reí de buena gana, liberada por fin de mi clandestinidad, y con prisa fui sacando de mi bolsillo unos pesos para compensar a las mujeres por su fidelidad y silencio.

—Guárdese eso. No necesitamos plata para proteger a nuestra niña —afirmó Domitila y el resto asintió en apoyo—. Nos ofende.

—Ya, no sean pesa' con la cabra —agregó la Petro, mientras era envuelta en el abrazo cariñoso de las siete mujeres. Para mis adentros, maldecí mentalmente los consejos de mi padre, para quien «todo se arreglaba con unas cuantas monedas».

El día siguiente marcó mi primera salida oficial como Pancracio. Temprano, a eso de las ocho, salí por la puerta principal sin necesidad de ocultarme o correr. La misma Mercedes me despidió en la puerta y me

aseguró que llevaba una pinta «elegante y viril». Afuera hacía un frío que calaba los huesos, pero a mí me pareció un día hasta delicioso.

Caminé por Compañía hasta la plaza de la Independencia, disfrutando del saludo que los transeúntes me dedicaban al pasar. A un vendedor ambulante le compré unas piezas de pan y a una mujer, un clavel que acomodé con orgullo en la botonera del vestón. No me di ni cuenta cuando ya estaba en el vestíbulo del gran Hotel de Francia, preguntando por Eulalio Viviani del 302.

—Caballero, dice don Eulalio que pase —me confirmó el recepcionista al que sonreí de vuelta. Sin volver la vista atrás, me introduje en el ascensor entonando el himno nacional de los puros nervios que sentía.

—Ragazzo, ivieni qui! —exclamó Eulalio, apretujándome entre sus brazos apenas se abrió la puerta—. ¡Che piacere verte! Pasa, por favor.

Entré sin demora al departamento que agradecí se mantuviera tal cual como lo recordaba: un bazar lleno de colores. Al observarlo en detalle, me di cuenta de lo mucho que anhelaba ese desorden, con sus cachivaches, cerámicas importadas, perfume, ropa y cuanto se pudiera uno imaginar.

—Estaba justo preparando café —dijo Eulalio, camino a la cocina—. ¡Porque sin un caffè yo non posso empezar el día!

Desapareció el viejo en la pieza continua, pero no así la ópera que entonó a todo pulmón para espantar las nubes grises que asomaban por el ventanal. Y también las malas vibras, según aclaró después.

Me saqué el sombrero y le pedí a Eulalio las disculpas correspondientes por llegar sin aviso. La risa del viejo que resonó a lo lejos solo confirmó lo poco que le importaba el protocolo y me mandó a volar rapidito cuando le ofrecí ayuda con las labores de la cocina.

—Luisa, no moleste, per favore.

—Y bueno...

Resignada, me senté en el sillón principal, entre muestras de telas, bolsos de cuero y finas cajas de chocolates. Con sorpresa descubrí una cámara fotográfica Kodak plegable que tomé sin hesitación desde la mesita de centro. ¡Qué artefacto más moderno! ¿A qué tienda se lo irían a ofrecer? Y junto a ella, una pila de fotos se amontonaban sin cuidado alguno sobre la superficie. ¡Era de no creer! En todos los retratos, posaban Eulalio y Víctor haciendo morisquetas.

—Pero, Eulalio —exclamé sorprendidísima—. ¿Por qué salen riéndose en las instantáneas?

—¿Y por qué no?

—No sé... nunca había visto unas carte de visite de gente riendo, mostrando los dientes. ¿No deberían posar de manera solemne? —cuestioné, y mis ojos se posaron en un retrato familiar que lucía sobre un velador—. ¡Así como esta foto!

El viejo sonrió con nostalgia, antes de desaparecer nuevamente por la cocina.

—Vuelvo enseguida por el zumo de naranjas, los quesos y el pan —fue lo único que me dijo.

¡Vaya ligereza la mía! Recién cuando tenía la foto frente a mis narices caí en la cuenta de que se trataba de la familia de Víctor. Quise compartir palabra, pero no pude producto de la emoción. Mis ojos recorrieron incansables el retrato, reteniendo hasta el más mínimo detalle de cada uno de sus cuatro protagonistas.

—Ese bigotón y con cara de pocos amigos es mi cuñado José Carvajal —explicó Eulalio, apareciendo de repente por detrás de mi hombro—. Su esposa, ¡bellísima!, es mi hermana Clara Viviani...

El dedo de Eulalio se detuvo frente al registro de un juvenil Víctor, altivo y de brazos cruzados. Titubeó unos momentos, antes de decir:

—Esta foto se tomó justamente para su aniversario número dieciséis. Qué distinto se ve ahí, ¿verdad?

Asentí, sin despegar la mirada del hombre de mis afectos. Tenía el rostro mucho más tosco y la nariz, que resaltaba impetuosa por el resto de las facciones, le daba una imagen un tanto desgarbada. Reí por dentro: hasta en su faceta carilampiña e infantil me hacía suspirar.

—Y esta es mi adorada Luisa.

Me quedé boquiabierta al escuchar mi nombre. El viejo suspiró profundamente y con una sonrisa en los labios, me dijo:

—Sí, la hermana de Víctor se llamaba Luisa. ¿No es acaso el nombre más hermoso del mundo?

Sentí un escalofrío al recordar la insistencia de Víctor por llamarme Clementina. Eulalio pasó sus dedos por la imagen de la chica, lentamente, como si el gesto encerrara la posibilidad de traerla de vuelta a su lado.

—Mi bellísima Luisa... —susurró con pena contenida.

Me concentré en el apesadumbrado rostro de la chica y pude constatar que el afecto nublaba el buen juicio del italiano. Al compartir rasgos tan similares con su hermano, mi tocaya Luisa adquiriría un aspecto más bien tosco, bien dejadita de la mano de Dios en rostro y figura.

¡Ay, qué crueles podemos ser las mujeres con nuestras mismas congéneres! Mis pensamientos tan superficiales sobre la mujer me provocaron el más furioso sonrojo, pero, ¡castigo divino!, este no duró mucho ante la posibilidad de coincidir con la susodicha no solo en nombre, sino también en fealdad. ¿Será por eso que Eulalio y Víctor me guardaban tanto cariño?

—Eulalio, disculpe el atrevimiento, pero dígame —interrumpí, para dejar de pensar en tonterías—, la joven Luisa disfruta ya del descanso eterno, ¿no es así?

El viejo asintió solemne.

—El 21 de diciembre de 1907 no solo se llevó su alma, sino la de sus padres y la miles de almas inocentes.

—¡Eulalio, qué terrible tragedia! —señalé horrorizada y el italiano sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas.

—¡La matanza de la escuela de Santa María de Iquique! —afirmó.

No recordaba haberlo visto tan acongojado como ahora. Me levanté a buscarle una taza de café con harta azúcar para recomponerle los ánimos, mientras trataba de recordar el triste acontecimiento al que hacía mención.

¿Matanza? , acaso dijo. Para esas fechas, si estaba en lo correcto, celebraba ya mi mayoría de edad. De esos años aún recordaba unas páginas de diario que registraron el suceso, además de los lamentos de mi padre ante la inminente amenaza socialista que se ceñía en el norte... La descripción de una huelga más, como las muchas que estallaban en las salitreras.

—¡Luisa! ¿No me diga que no viajó a Europa?

Por la puerta apareció Víctor, tomándonos por sorpresa. Y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, escondí el retrato familiar bajo un cojín y Eulalio se largó a reír.

—¡Ay, Vittorio! ¡Esta ragazza no ha parado de contarme chistes! ¡Mira cómo me tiene! —exclamó el viejo, limpiándose las lágrimas.

Fue tal nuestra actuación que no hubo pizca de sospecha en el recién llegado que dejó un paquete sobre la mesa y corrió a mi lado para saludarme. Se le notaba tan contento que no pude más que corresponder su sonrisa con una igual.

—Me alegra tanto verla —admitió él sin el menor pudor.

Preguntándome cuánto extrañaría a su hermana, me quedé pegada unos instantes en sus ojos miel.

—Bueno, señores, ¿y qué estamos esperando para desayunar? —dijo Víctor, abriendo el paquete que había puesto sobre la mesa—. ¡Miren el dulce

sfgliatelle que nos está esperando!

Recién entonces nos percatamos del hambre que sentíamos. Eulalio me cerró un ojo para sellar nuestro pacto de silencio y nos sentamos a la mesa como la pequeña familia que éramos. Disfrutamos del café, de los dulces, entre chácharas y uno que otro chisme de política, sin preocupación alguna por los modales. Era el mundo al revés, donde los hombres llenaban mi taza y yo me burlaba de ellos ante la menor ocurrencia.

—¿Y, Clementina? ¿Qué ha decidido hacer? —preguntó Víctor de sopetón y como respuesta solo recibió el alarido de Eulalio.

—¡Irrespetuoso! ¡Luisa puede venir a nuestro hogar cuando quiera!

—Tío, no se alarme —respondió él, sin dejar de mirarme—. Ella sabe a lo que me refiero.

Asentí, buscando una servilleta para limpiar mis comisuras. ¡Qué pena! Hubiera deseado que nuestro desayuno se hubiera extendido para siempre.

—Pues sí, he decidido trabajar y necesito su ayuda, Víctor. ¿Me consigue un empleo?

Me expresé sin pausa alguna, convencida de que así el orgullo dolía menos.

—¿Y qué tipo de empleo tiene usted en mente? —inquirió Víctor, mientras rehuía de la mirada de Eulalio exigiendo explicaciones.

—Sé que podría dar clases particulares de piano, servicio de mano o como institutriz, pero quisiera experimentar un oficio menos acomodado... ahora que todavía puedo hacerlo —agarré la taza y bebí un buen sorbo de café para darme fuerzas—. Costurera, lavandera u ocupación similar estaría bien.

—¡Pero por qué, Luisa?! —exclamó Eulalio, tirándose los pocos pelos de la cabeza que le quedaban—. ¡No entiendo nada!

—Eulalio, compréndame por favor. Necesito hacerlo antes de tomar la decisión de irme o no de la casa.

Mi respuesta dejó al anciano con la boca abierta.

—Luisa, ¿cuántas horas dispone para trabajar? —interrumpió Víctor.

—Pues, ¡cinco diarias!

—¿Sabe coser?

—Sí.

—¿Y bordar?

—Sí.

—¿Teñir telas? ¿Se ha hecho alguna vez sus propios vestidos?

Titubeé.

—Pero, Víctor, ¡santo cielo! —interrumpió Eulalio—. ¡Es muy peligroso para la niña!

El sobrino no le hizo el menor caso al anciano y se perdió en profundas vacilaciones, murmurando de vez en vez cuestiones como «Tiene que ser cerca de aquí» y «¿Los Girardi tendrán vacantes?».

—Hago un par de llamaditas y vuelvo —dijo finalmente, dejándome sola con el viejo que apenas pudo me tomó las manos para preguntarme si me falta plata.

—Eulalio, le confieso que trabajar me produce un miedo desolador, pero es esa misma razón la que me impele a enfrentar mi peor pesadilla. Solo así podré evaluar si este destino es aún peor que casarme con un desconocido o meterme a un convento, que son las opciones que me da mi padre.

El italiano se rascó la cabeza, pensativo.

—Pero, Luisa, ¿y si se casa con mi Víctor?

El corazón dio un salto, ilusionado. Reí, echándome aire con las manos, y cuando parecía que las fuerzas me abandonaban frente al generoso ofrecimiento, el viejo rompió el silencio, arrepentido.

—Mi perdoni, no fue correcto decir eso.

Un tanto afligidos y sin saber cómo proceder, nos quedamos callados.

—Luisa, ¿un pedacito más de sfogliatelle?

—Bueno, ya.

Estuvimos así un buen rato, interrumpidos apenas por el reloj de pared cuando marcó las diez.

—Ese me lo traje de Florencia —comentó Eulalio.

Y así seguimos sumergidos en nuestras tazas de café hasta el regreso de Víctor.

—¿Lista para trabajar? —preguntó él, sin dejar de sonreír.

—¿Ya? —exclamé en mi sorpresa—. ¿Tan pronto?

—Bueno, prácticamente sería mañana —hizo una pausa y se terminó de un sorbo su café, ya frío—. Pero antes necesito que conozca la fábrica en la que trabajará. Vamos de una carrerita, ¡y no olvide ponerse el bigote!

—¡Sí!

Me levanté de la mesa como soldado raso ante su capitán, emocionadísima de que las cosas se estuvieran dando con tanta facilidad. Y al bigote perdido lo encontré pegado en uno de los cojines que adornaban el sillón, donde no desperdiicé oportunidad para hacerme en secreto con una de las instantáneas de Víctor. Me gustaba mucho eso de las fotos con sonrisa, especialmente la suya.

—Víctor, aspetta.

—Ahora no, Eulalio, hablamos después.

Una cierta tensión se generó entre los hombres, la que no fui capaz de traducir. Me despedí del viejo con un beso en la frente y me fui tras Víctor, preguntándome si no estaría cometiendo el peor error de mi vida.

Atravesamos la plaza y emprendimos paso por la calle 21 de Mayo.

—Nos dirigimos a una pequeña fábrica de camisas de un conocido mío. Le quedará cerca, así podrá llegar por su cuenta.

Asentí y caminé tras él sin decir palabra. Así fue cómo quedaron atrás el terreno conocido con sus almacenes de escaparates iluminados, comercios de cristales relucientes, mujeres en trajes elegantes y, cómo no, también los colores en mi rostro. Víctor me observaba, sin detener el paso.

—No pude evitar escuchar que su padre le ha puesto un ultimátum en la casa. ¿Es por eso que quiere trabajar?

Apenas modulé un «sí». No tenía fuerzas para decir más, ni para defenderme en nuestros acostumbrados debates.

Luego de avanzar un par de calles comencé a quedarme atrás.

—¿Qué pasa, Luisa?

—No sé. Me siento tonta. ¿Y si simplemente acepto los designios de mi padre?

—¿Se sentiría mejor así?

—No, pero...

—Pero, mujer, ¡que no la estoy llevando al matadero!

Me reí por reflejo y reanudamos el paso, mas mi caminar se volvió lento. Y las pausas, cada vez más largas.

—¡Es que se veían tan simpáticas las vitrinas —me excusé con mi acompañante.

Cuando llegábamos a la calle Rosas, el joven se detuvo de pronto, incapaz de seguir escuchando más excusas de mi parte. Sujetándome enérgicamente por los hombros, me dijo en tono seguro:

—Luisa, dese una oportunidad y hágale caso a sus intuiciones. Si su corazón le indica que el trabajo es lo que debe hacer, escúchelo y no se

prive de dicha experiencia. Aunque Eulalio, sus padres y el mundo entero le digan que es una locura, ¡échele pa' delante! Que yo voy a estar a su lado, apoyándola.

Solté otro chiste para cambiar el tema, pero el muchacho no se dio por aludido.

—Y si se arrepiente, no pasa nada. Buscamos otra cosa —me aseguró, acariciando suavemente mi mejilla. Agradecida, cerré los ojos, tomando su mano entre las mías.

—Gracias, Víctor.

Él sonrió dulcemente y, por un instante, me pareció que nos remontábamos a la fiesta en que nos conocimos.

—¡Ay, los mariconcitos!

Pero no. Estábamos en plena calle, entre baratillos, cigarrerías y boticas levantadas en abandonadas casas coloniales. ¡El lugar más inadecuado para que dos varones se mostraran cariñosos en público! Liberé la mano de Víctor en un instante y solté una carcajada motivada por el pudor. Sin embargo, mi compañero no reaccionó de manera similar. Ruborizado, balbuceó unas cuantas maldiciones para el insolente que interrumpió nuestra charla y emprendió la marcha casi dejándome atrás. Se notaba realmente incómodo.

—¡Porca miseria! —lo escuché murmurar.

Seguimos caminando y, para cuando llegamos al puente Los Carros, Víctor volvió a ser el mismo de antes, pero no así el paisaje que pasó a pintas mucho más campesinas y humildes. Un olor a tierra mojada todavía se sentía como prueba de la espesa neblina que se había posado sobre la ciudad en las primeras horas de la mañana.

¡Toda una vida en Santiago y jamás había cruzado por este puente! La frontera entre el mundo conocido y los arrabales, la gente humilde, las chinganeras y los niños huachos pululando por la ribera norte del río

Mapocho. Porque ya sabía yo por el discurso de padres, parientes y amigos: una mujer de bien jamás pisaría dichas tierras.

Pero crucé el puente y no ocurrió nada malo. La gente, inmersa en sus ocupaciones matutinas, pasaba de largo, sin apenas verme. Eso sí, había que andar con cuidado por las plastas de caballos, generosas para el peatón, y el pancito amasado que te llamaba de las canastas humeantes de las vendedoras arrimadas en el puente.

Saqué mi libretita, anotando el itinerario para no perderme después. Avanzamos por la avenida Centenario, doblamos por la calle Artesanos y subimos por Salas hasta Antonia López de Bello. Justo en la esquina, Víctor se detuvo y, estirando los brazos, exclamó:

—¡Hemos llegado!

Frente a nosotros se alzaba la fábrica de camisas y artículos de lencería González y Cía. Un caserón de muros de adobe que clamaba por pintura y cristales para algunas ventanas cubiertas con cartón. Temí por la solvencia del lugar, pero mi amigo me aseguró que el negocio ya estaba acumulando una generosa cartelera entre las tiendas de la capital.

—Sastrería Pinaud, Maison Pouget y Maison Gualtieri, por mencionar algunas —aclaró el descendiente de italianos.

—¡No puede ser! ¡Si Maison Gualtieri trae todo importado de Francia!

—¡Ay, Luisa! No sea ingenua...

El muchacho me devolvió una sonrisa pícaro, mientras tocaba el timbre.

—Por lo demás —dijo susurrándome al oído—, es de los pocos lugares donde no explotan tanto a sus empleados.

—Perdón, Víctor, ¿dijo «tanto»?

Mi pregunta no pudo ser contestada a tiempo. La puerta se abrió, revelando a un hombrecito amorcillado y negruzco que apenas me llegaba a los hombros.

—¡Victor Viviani! ¡Qué gusto verlo!

—Mi estimado Lindorfo González, ¿cómo está?

Como siempre, Víctor era bien recibido donde quiera que se presentara. En silencio, envidié su increíble don de gentes.

—Le presento a Pancracio... Benavides, mi nuevo socio.

El enano me dio un apretón de manos tan fuerte que me dejó los dedos crespos. Luego, un buen espaldarazo que casi me suelta el bigotín.

—¡Pues tiene manos suaves, su socio! —exclamó Lindorfo con regocijo—. ¡Se nota que el señor solo las usa para contar billetes!

Reí para seguirle el juego.

—El señor Pancracio tiene gran interés en el negocio de telares y costuras. Lo traje acá por lo mismo, para presentarle su magnífica fábrica —indicó Víctor.

—¡Ah, pero no se diga más! ¡Déjeme que se la muestre! —exclamó emocionado nuestro anfitrión y entramos finalmente al pequeño establecimiento que nos recibió con un frío digno de cementerio. ¡Ahora entendía el atuendo tan grueso de don Lindorfo!

Seguimos al hombrecillo por un oscuro pasillo de madera que nos condujo hasta un patio interior, adornado apenas con una banca y un montón de colillas de cigarro que ya flotaban sobre el charco de agua formado por la llovizna. Cuatro puertas roñosas lucían misteriosas ante nuestros ojos.

—Las mujeres deben estar en plena faena, pero una pequeña interrupción no hará daño alguno —nos compartió Lindorfo, limpiándose las narices con la manga—. ¡Chita que hace frío!

Entonces, nos dirigimos a la primera puerta.

—Departamento de Corte —exclamó nuestro anfitrión, haciendo saltar a más de una pobre mujer presente en la sala. —Señoras, les traigo a don

Víctor Viviani, el que las consiente con dulces de manjar cada vez que nos hace una compra.

Pude notar cómo una sonrisa iluminó los rostros famélicos que se perdían en la penumbra, entre tijeras y telas.

—¿Podría prender la luz, don Lindorfo, para observar con más detalle el trabajo de las mujeres? —solicité.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó el patrón un tanto avergonzado—. Se me había olvidado hacerlo.

Al acercarme a inspeccionar el trabajo de corte, noté unas cuantas miradas de agradecimiento hacia mi persona.

—Don Lindorfo, ¡lo felicito! No sabía que usted había instalado luz eléctrica en sus talleres. ¡Qué gran avance!

—No me celebre tanto, señor Víctor. Es que se me estaban quedando ciegas algunas niñas y en los días nublados se oscurecen todas las piezas —agregó el patrón, resignado—. No me quedó más opción que hacerlo.

Continuamos el tour por las tres habitaciones restantes. O departamentos, como nos corrigió el anfitrión, destinados a costura, lavado y almidonería, y planchado. ¡Mas cambió el nombre, pero no el contenido! En cada uno de los cuartos se repetían las mujeres de rostros cansados, la falta de calefacción, la luz que solo se disponía en nuestra presencia y la pila de telas arrumbadas para ser facturadas.

—Don Lindorfo, le agradezco tanto su amabilidad y consideración —Víctor estrechó la mano del mandamás, luego yo hice lo mismo—. El recorrido por la fábrica ha resultado de gran valor para mi socio Pancracio.

—Gracias, don Lindorfo, ¡me siento honrado! —reafirmé.

—Por lo mismo, no podríamos marcharnos de su fábrica con las manos vacías, ¿cierto, Pancracio? —y cerrándome un ojo, Víctor preguntó—. ¿Dispondrá a la venta de diez camisolas femeninas de algodón?

Al hombrecillo se le iluminaron los ojos.

—Tenemos las mejores, ¡ahora mismo le traigo unas bien macizas! —dijo el hombrecillo y salió raudo a buscar el pedido.

—Clementina, espabile —susurró Víctor—. ¿Y? ¿Seguimos con el plan?

Lo miré con un poquito de angustia. Sabía perfectamente a lo que se refería el hombre y ya nos quedaba poco tiempo.

—Sí, démosle —respondí seca.

—¿Segura?

Observé el patio interior y las puertas que guardaban a las mujeres hacinadas.

—Nada de lo que he visto ha superado mis peores temores —declaré finalmente.

Entonces, llegó Lindorfo, todo sonrisas y colorado, cargando el paquete con las camisolas.

—Don Lindorfo, ¿se acuerda del asuntito que conversamos por teléfono?

—¡Ahhhh! ¿Se refiere a la chiquilla a la que le está buscando ocupación en mi fábrica? Pues tráigamela no más, ¡ñor Víctor.

—Dios lo bendiga, Lindorfo. Mañana a las ocho estará la muchacha tocando su puerta.

—¿Y la misiá tendrá nombre?

—Claro, anote para que no se le olvide: Rudecinda Venegas.

¡Qué nombre más feo!, reclamé con un puchero que no causó el menor efecto en Víctor.

—Ya, y usted recuerde que me tiene que traer el permiso del señor esposo para que Rudecinda pueda trabajar.

—Ah, por eso no se preocupe, don Lindorfo. La chica es huacha y solterona.

—¡Estupendo! —exclamó el enano.

Los hombres estrecharon sus manos nuevamente para cerrar el trato.

—Ay, discúlpeme, don Lindorfo. Es menester que le pida otro favor, también sobre esta misma niña.

—Claro, Víctor. Expláyese.

—Rudecinda es una joven que mantiene a su abuela enferma, también me ayuda con algunos pedidos. Por eso, no podrá más que trabajar cinco horas diarias de lunes a viernes y en diferentes horarios, según su disponibilidad.

Lindorfo se rascó la cabeza, complicado.

—Es que, don Víctor, ¡lo que me pide es muy raro! Mis muchachas al menos trabajan doce horas, ¡y la semana completa! No podré pagarle a su Rudecinda más que un peso por cinco horas de servicio.

¡Qué hombre más miserable!, pensé.

—Todo pago de su parte será muy bienvenido —respondió mi amigo con toda serenidad. El enano se balanceaba en sus pies, sin estar convencido del todo—. Y será un favor que sabré recompensar muy pronto. Le doy mi palabra.

La promesa de Víctor cerró finalmente el trato. Después de eso, no tardamos mucho en dejar la fábrica para emprender el retorno a mi hogar.

—La invito a almorzar para celebrar su nuevo trabajo —interrumpió de repente Víctor. Pensé que era una más de sus bromas, pero el hombre estaba sereno y emanaba cierta aura de orgullo.

—Discúlpeme, Víctor, pero ya me ha hecho usted muchos favores. ¿Cómo le voy a hacer después para devolvérselos? Se lo agradezco, pero me esperan en casa para almorzar. Tengo que estar ahí antes de que llegue mi hermano Javier.

—Entonces, sentémonos un ratito en ese café. Que me está matando el dolor de espalda —exclamó entre supuestos dolores, y ocupó rápidamente

la primera mesa que encontré—. Venga, siéntese un rato.

Me apropié de la silla que estaba frente a él, observándolo suspicazmente.

—Como dice mi Petronila: de achaque mueren los pavos —comenté, provocándole una sonrisa.

Teníamos tanto que conversar, pero de mi boca apenas salía palabra de tantas emociones que se agolpaban en mi ser. Dos cafés, solicité Víctor, pero no me percaté cuando los sirvieron en la mesa ni cuando me acabé el mío. A lo único que presté atención fue al recibo sobre la mesa.

—Es un peso, señor.

La cifra despertó por fin mis sentidos. Tomé el recibo en mis manos y saqué de mi bolsillo el billete y algunas monedas para la propina. Víctor se rehusó a que pagara, pero insistí tanto que terminó cediendo.

—Un peso —murmuré apagada—. Lo mismo que se me pagará por cinco horas de trabajo.

Por esas coincidencias del destino, un canillita pasó por nuestro lado ofreciendo la revista Familia. Cuando la vi, una chispa infantil se asomó en mi mirada, reminiscencia de los días en que dicho boletín era como mi biblia. Víctor supo tomar nota y, sin darme tiempo para reaccionar, compró los ejemplares de marzo y abril. ¿Y cuánto costaban dichas revistas? Un peso cada una.

—¡Pero, Víctor! No era necesario que hiciera eso... —reclamé avergonzada.

—Pues claro que lo es. Si no resulta lo de trabajar, tiene que prepararse.

—¿Cómo es eso?

El joven tomó la revista de marzo y comenzó una lectura veloz por sus páginas. Algo buscaba, claramente. Cuando ya estaban por terminársele las hojas, cantó victoria y solicitó mi atención para lo que estaba a punto de leerme. Intrigada, guardé silencio para captar el mensaje como correspondía.

—«¿Cómo puede hacer usted a su marido feliz?» —leyó imitando el tono de mi madre—. «Mostrándose usted contenta y alegre cuando este llegue en la tarde después de haber trabajado todo el día, y fatigado debe usted esperarlo con su casa bien arreglada, con una comida aunque sea modesta, pero bien arreglada. El comedor comfortable, con su ramo de flores en la mesa, aunque estas sean flores de campo».

El detalle de las flores despertó en Víctor una risa que luchó por salir de su boca, amenazando la lectura. Pronto me encontré en una situación similar.

—«Nunca esté de mal humor o molesta cuando él llegue, tenga siempre la cara risueña y no le cuente nada desagradable que pueda haber reunido en el día, como son los pequeños disgustos con los sirvientes o cuentos de la vecina» —Víctor hizo una pausa y se abanicó con las manos, buscando mantener la compostura—. «Busque siempre un tema agradable de conversación y que interese a su marido, y estoy segura de que así encontrará usted la felicidad y la guardará siempre en la casa».

Terminado el discurso, los dos explotamos en risa. Tanto que no lograba recordar la última vez que lo hice así en público. Tal vez estaba cansada o los nervios me habían vencido finalmente, pero el asunto de ser una esposa sumisa me pareció ridículo. ¡La Luisa de antes no hubiera dudado en tomar nota de los consejos ofrecidos!

—Eso lo sacó de la sección «Correspondencia», estoy segura —me aventuré a adivinar, limpiándome las lágrimas.

—¿Ve que sí sabe? —me dijo el compañero—. ¿Y la revista de abril estará tan buena como la de marzo?

—Ya, Víctor. Que me tengo que ir a la casa.

—Sí, sí, deme unos segundos nada más.

El joven agarró la revista y repitió la lectura veloz. Empezó de atrás hacia delante y, al hacerlo, pude notar que pasó de largo por el retrato coloreado del concurso de belleza, dejándome intrigadísima con el rostro ganador.

Con más suerte que la vez anterior, Víctor encontró rápidamente lo que buscaba.

—Mire, le aseguro que esta columna sí merece su atención. «Lo que callan las mujeres». Léala cuando esté en su casa.

Se me fueron los colores en un segundo.

—¡Mi texto! —exclamé, arrebatándole la revista a mi amigo. Emocionada, corroboré que habían publicado la carta que casi exijo de vuelta en correos.

—¿Es acaso usted «Atenea»? —preguntó Víctor, quitándome la revista de las manos.

Escuchar el seudónimo me produjo gran pudor, pero no tanto como para negar las felicitaciones que me estaba dedicando el muchacho.

—Me va a disculpar, pero esta revista me la quedo yo.

—Claro que sí, Víctor —respondí llevándome las manos a la cara para ocultar el rubor—. Y gracias por todo.

Víctor sonrió, pero apenas lo noté, preocupada por una mueca de asco que uno de los meseros hizo al pasar cerca de nuestra mesa. ¡Dos hombres coqueteando solo eran merecedores de castigo divino!

—Está comenzando a chispear. ¡Mejor nos apuramos! —avisó mi amigo, sin percatarse del mesero.

Pronto los goterones pasaron a diluvio, transformando nuestros pasos en corrida por las calles. La gente a nuestro alrededor hizo lo mismo, buscando protección en techos y cartones para no mojarse. Más de una vez tratamos de alcanzar una victoria, pero todas parecían ocupadas. Igual suerte corrimos con los carros de sangre que andaban circulando. Para qué hablar de conseguir un paraguas, ¡todos vendidos!

Finalmente llegamos a la mansión Santa María empapados hasta los huesos, pero milagrosamente las diez camisolas llegaron intactas. Por solicitud de Víctor, se las hice llegar a las mujeres del hogar.

—Clementina, mañana a las siete y cuarto paso a buscarla para el trabajo. ¡No se me vaya a quedar remoloneando en las sábanas!

—¡Que es molesto! Ya, váyase a su casa rápido o se va a resfriar.

Reí y acerqué el rostro para mi beso de despedida, pero quedé con los labios estirados.

—Luisa, recuerde: a lo hombre —corrigió Víctor entre risas, mientras estrechaba mi mano antes de partir.

Despedí con la mirada al italiano hasta que la lluvia no me permitió seguirle más el paso. Ganas no me faltaron para irme tras él.

Capítulo 12

Recién contabilizaba mi primer día en la fábrica y ya estaba llegando a casa hecha un estropajo. Eran la 1:00 p. m. de la tarde cuando miré el reloj, mientras arrastraba las patas escaleras arriba y un dolor agudo me punzaba el hombro.

—Al que quiere celeste, ¡que le cueste!

—Ya, Petro. No me moleste... —reclamé.

—¡Mueva las patitas, ñorita! Que ya debe estar por llegar su hermano.

—Ya...

Entré a la pieza y corrí a tumbarme sobre la cama. Arropada entre cojines de seda, me quedé mirando el techo por largos minutos, pensando en la condición de privilegio que me permitía trabajar como pobre y dormir como rica.

Estiré los brazos y solté un bostezo enorme. Poco a poco las cornisas doradas del techo fueron atrapando mi vista y lo poco que me quedaba de concentración. Cada párpado me pesaba un kilo. ¡Qué dicha! Por fin podría descansar. Una breve siesta no haría daño alguno...

—¡Ay, mierda!!

Me levanté de la cama con la fuerza del relámpago y, al subirme el vestido, horrorizada descubrí mi piel llena de ronchas. ¡Las pulgas me estaban comiendo viva! En mi desesperación, me saqué cuánta cosa tenía encima y para cuando llegó la Petro, ya estaba como Dios me trajo al mundo.

—¿Y usted qué hace a potó pelao?

—¡Ay, Petro, me pica todo!

—¡Pobrecita, mi niña! ¡Mire cómo la tienen esos bichos desgraciados!

La criada Petro agarró la pila de ropa entre sus poderosos brazos y se la llevó al baño para ahogar a los autores del crimen.

—Su vestido limpio está colgado dentro del guardarropa. Apúrese que ya llegó el ñorito Javier... y échese el Mentholatum que está guardado en el velador —escuché que me dijo antes de cerrar la puerta. Suspiré en mi condición de niña consentida.

Con la toilette hecha, me dirigí al comedor principal donde me esperaba Javier, un tanto oculto entre los cuantiosos candelabros y adornos florales colocados en la mesa. Avancé unos pasos y, entre la selva de ornamentos, apareció mi tía Gertudris Matte, de visita por la casa. Y ahí entendí la razón detrás de tanta parafernalia en el bufete.

El almuerzo transcurrió sin mayores contratiempos, a excepción de mi dolor de espalda y las picaduras de pulga que me tenían al borde de la desesperación. Así que cuando terminamos el plato principal, y por petición mía, la Petro me trajo un guatero. Antes que Javier pudiera alegar cualquier cosa, me declaré culpable de la tremenda descortesía que se desplegaba frente a la invitada.

—Dispénsenme, hermanito, tía Gertrudis, es que ya no aguanto el dolor en el hombro —expliqué, mientras la Petro sujetaba el artefacto en la zona dolorida.

—¿Y qué tanto estuvo haciendo para que le duela así el cuerpo, hermana mía?

Inhalé una amplia bocanada de aire para templar los ánimos, ya que ganas no me faltaban para contarle de los fríos que había pasado en la fábrica, de los carachos largos de mis compañeras y del mísero peso que me había ganado por cinco horas continuas de trabajo.

—¿Yo? Pues... practiqué una pieza de Chopin en el piano y avancé en la manta de croché para Adelaidita —terminé diciendo.

—¡Cómo no! —exclamó Javier con sarcasmo—. ¡Mientras uno se rompe el lomo con los estudios y negocios familiares!

Terminado el almuerzo, nos levantamos de la mesa para dirigirnos al salón a degustar de café y pastelitos. Me fui abrazada del guatero y mi tía, colgada del brazo de Javier.

—Mijito, es usted admirable. ¡Qué pena que no pudo viajar a Europa! —se lamentó la anciana.

—Alguien tenía que sacrificarse por la familia —respondió mi hermano sin inmutarse.

Sentados en el mueble canapé frente a la chimenea y sus braseros humeantes, comenzamos a degustar los manjares traídos por mi tía. Sin el menor decoro, Javier se zampó un empolvado y procedió con la lectura del diario, ignorándonos hasta el momento que algún titular despertaba tanto su asombro que no podía evitar compartirlo con nosotras.

—¿Quién lo diría? ¡Ahora tenemos un partido obrero! ¡Lo que faltaba! —reclamó él, dándole golpecitos al periódico—. Ese Luis Emilio Recabarren, socialista de tomo y lomo!

—Javier cada día más parecido a mi padre... —chisté, mientras me rascaba con discreción.

—¿Cierto que sí, Luisa Clementina? ¡Cada vez que vengo lo encuentro más buenmozo y aristocrático!

La tertulia siguió su curso con las intermitentes colaboraciones de Javier. Por mi parte, solo quería irme a dormir, pero mi tía no hacía más que demorar su partida.

—¡Luisa Clementina, si supiera! ¡Leyó la última edición de la revista Familia?

—La verdad es que no he tenido la oportunidad, tía...

—¡Qué bueno, mijita! Si la revista llega a sus manos, sáltese la columna de las primeras páginas. Son puras tonteras.

No había que ser genio para deducir que se trataba de mi texto. Intrigada, dejé que la señora me compartiera su sincera opinión.

—¿Estudiar? ¿Cuándo se ha visto? ¡El lugar de una mujer educada y de familia está en la casa! Mire, Luisa, al principio pensé que los textos los había escrito Inés Echeverría, pero como la niña esa anda en Europa, ¡imposible! —la vieja hizo una pausa para saciar su sed y continuó implacable—. ¿Se acuerda usted de la repercusión que hubo con Hojas caídas de la misma autora? ¡Hubieras visto la cara que tenía su mamita Lolo con la obra esa! Dicen las malas lenguas que, desde entonces, la anciana decidió romper correspondencia con su sobrina-hija.

—Humm, qué atroz, Tía Gertrudis y... ¿más café?

Hice grandes esfuerzos para que la sorpresa no se me notara tanto. ¿Quién iba a pensar que mis escritos iban a causar tanto revuelo? El mismísimo mensaje que encolerizaba a mi tía, Víctor lo lucía enmarcado en el comedor de su casa.

Después de cuatro largas horas de visita, Gertrudis finalmente regresó a su casa y yo pude dirigirme a mi habitación, casi llorando por meterme a la cama. Parecía que las pulgas de la fábrica me habían dejado un tanto anémica.

—Luisa Clementina...

¡Ay, quería tanto dormir, pero no podía abandonar a mi abuela! Al llegar a su habitación, me la encontré hundida en el colchón con la mirada perdida en la ventana. No tuve corazón para fallarle.

—Abuela, ¿jugamos póker?

¡Santo remedio! La mujer, que resucitó con la gracia de Lázaro, sacó un mazo del velador, barajándolo con increíble destreza. Estuvimos entretenidas por horas jugando hasta que me cansé de perder y solicité pasar a una ocupación más tranquila.

—¿Qué le parece si usted dibuja un rato y yo la acompaño escribiendo?

—¡Me parece très bien! —aprobó en buen francés—. ¿Pero qué va a escribir usted, mi niña?

—Pues... ¡un diario! De todo lo que vivimos en nuestras horas juntas. Se lo voy a dejar en el velador con la condición de que usted reserve la lectura para mañana en la mañana, mientras yo... salgo de compras.

—¿Y puedo dibujarle algunos monitos en sus páginas? —preguntó la señora María Isabel en tono infantil.

—¡Nada me gustaría más!

Escribir el diario me mantuvo ocupada al menos una hora más, retrasando mi añorado sueño hasta medianoche. ¡Pero qué importaba ya! Todo el cansancio que sentía se disipó con las risas de mi abuela.

Esta noche me dormí sintiéndome valiente por primera vez.

Junio nos castigó con unos días heladísimos. Tan gélidos como los rostros de las mujeres de la fábrica que apenas se gastaban con un saludo mañanero y un adiós para cuando terminaba el turno. Acostumbrada a buscar conversa para sobrevivir en fiestas y convites, interpreté su silencio como una clara muestra de descortesía.

—¡Pobres mujercitas de menguado cerebro y estrecha cultura! —le solté un día a la Petro, ya cansada de tanta indiferencia.

—¡Momentito, ñorita! —me interrumpió—. ¿Es que acaso usted busca amigas en la fábrica? ¿O todavía piensa que asiste a una función del Municipal?

—Pues...

—¡Hay que ser fresca como cedazo para quejarse de tanta tontera! —sentenció la mama, dando por finalizada la conversación y mi infantil berrinche.

Y vaya que tenía razón.

Con los días supe descubrir los dramas que se ocultaban bajo esas máscaras de trivial indiferencia de las trabajadoras. ¡Cuánto dolor! ¡Cuánta agonía! La antipatía que yo creía destinada hacia mi persona no era más que efecto del cansancio extremo de quien cumple turnos que no se acaban nunca.

Al principio, me pareció creer que toda la fábrica estaba envuelta en un halo deprimente. Lo sentía en el frío y en la humedad que se colaba por todos los rincones y en los débiles rayos de sol que nos iban abandonando hasta dejarnos a oscuras.

—¡Hora de prender las bombillas! —proclamaba Lindorfo cuando ya era imposible trabajar de otra manera.

Pero si tuviera que elegir un lugar como el peor dentro de la fábrica, el baño se llevaba el primer lugar sin duda. La primera vez que lo usé, su olor pestilente casi me provocó el vómito. Y es que para las casi treinta empleadas, un solo retrete (¡y de cajón!) no daba abasto con tanta demanda.

Muy tarde me di cuenta de que, en cada visita al oscuro reducto, las pulgas se me subían por las piernas para dejarme las carnes al rojo vivo. Tanto así que finalmente opté por suprimir mis instintos de evacuación y reservarlos para el cuarto de baño de mi hogar o el de la cafetería que solía frecuentar con Víctor.

—¡Vaya ligera al baño que después me saluda! —solía decirme Víctor al verme pálida por el esfuerzo.

El término de mi turno coincidía con la hora de almuerzo —de solo treinta minutos— de las otras trabajadoras. Solo entonces se abrían las puertas al patio interior, liberando a las mujeres para permitirles disfrutar de su escasa merienda y, las más afortunadas, del puchito que les permitirá aguantar otras seis u ocho horas de trabajo. El único banco disponible se lo cedían a las más ancianas mientras el resto permanecía de pie.

Las escuchaba conversar bajito, en tono de velorio, acurrucadas como pollos para capear el frío. Así las dejaba al marcharme, siempre puntual a la una de la tarde, incapaz de seguir observando el aura deprimente que también las consumía a ellas.

—Rudecinda, venga, no sea porfia. Siéntese un rato en el banco.

Hasta que el martes 11 de junio unos calambres en mis piernas me obligaron a retrasar la partida.

—¿Quiere un puchito, mi reyna? ¡Este es puro clavo y canela! —insistió la costurera en tono maternal. Se llamaba Benigna Muñoz y, por lo que averigüé, era del departamento de almidonado. Al reír, noté que le faltaban tantas piezas dentales como a mi Petronila.

No me atreví a rechazar los regalos ofrecidos por mi compañera y, cigarro en mano, me quedé calladita en mi asiento, deseosa de que mis piernas recobraran pronto vida para salir corriendo de ahí.

Cerré los ojos por un momento para dejarme arrullar por el tímido cuchicheo femenino.

—¡Pero, ñata!! ¡Al huaso Raimundo por mucho menos que eso le metieron siete balas en el cuerpo!!

Salté en mi puesto, sorprendida. El anónimo comentario generó tal risotada que creí me habían cambiado a las compañeras de trabajo. Por arte de magia, regresó el color a sus mejillas cansadas y la chispa en sus ojos hinchados.

—Pa' entrar en calor, ina' mejor que una güena cueca! —gritó Benigna y en un instante se armó el espacio para el baile—. ¡Ya, Rude, gánese aquí! ¡Baile conmigo!

La mujer me sacó a rastras de la banca y no me quedó más que improvisar, con las piernas todavía doloridas. Las compañeras nos animaron con las palmas, mientras entonaban La japonesa.

—¡Eso, eso! ¡Vaya soltando el cuerpo, Rude! ¡Ay, sí!

Al principio me costó agarrar el ritmo, tan acostumbrada a la cueca de salón, pero poco a poco logramos sincronizar con Benigna un ocho bien zapateado y alegre. Entre aplausos, jolgorio y bailoteo se nos quitaron los achaques y el frío.

O por lo menos hasta que llegó Lindorfo y lo arruinó todo.

—¡Señoras, esto no es naíta un burdel! —exclamó el enano colorado como jaiba—. ¿Cuántas veces les he dicho que no metan bulla? ¡Última vez que les aguento!

Con el aleteo del enfurecido hombre se dio término al almuerzo. La razón que obligaba a las mujeres a hablar siempre en un tono tan compungido se revelaba transparente como un cristal.

Pero, sea dicho, gracias a esa cueca conseguí mi primera amiga en la fábrica: la Benigna. Una mujer cercana a la treintena y oriunda de Valparaíso, que trabajaba en la fábrica con un turno de solo ocho horas. Según me contó, se aburría si se dedicaba a una pura cosa y por eso en las noches, bien aperada de un vino pipeño, continuaba las labores en el Municipal donde se desempeñaba con la flauta traversa.

—¡Me parece espléndido, Benigna! ¿Acaso hay arte más noble que la música? —exclamé en congratulaciones para ella, pero solo recibí por respuesta la risotada del grupo y el desafortunado apodo de «Angelito».

—Y todavía no entiendo el porqué...

—¡Es que le falta viveza, Luisa! —me aclaró Víctor cuando le conté.

El hombre, que apenas podía hablar de la risa, ese mismo día me llevó a conocer el Municipal, un caserón cercano a avenida Recoleta, que resultó ser una casa de tolerancia que nada tenía que ver con óperas y conciertos. ¡Vaya ingenuidad la mía! Además de costurera, la Benigna era también una mujer de vida aireada y licenciosa.

La señora Miguela Soto fue la otra mujer con la que granjeé amistad en la fábrica. Un día se sentó a mi lado y no paró de hablarme. Flaca como perro abandonado, se venía al trabajo desde el barrio Estación Central —o «Chuchunco» como me corrigió innumerables veces— para ganarse el sustento.

Miguela tenía dos hijos, uno de diez y otro de seis años, que quedaban al cuidado de su abuela ciega. El más pequeño estaba enfermo, no sabía bien de qué, y no quería llevárselo al hospital porque estaba segura de que «de ahí solo lo sacarían muerto». En su hogar comían sémola con papas todos los días y se celebraba los domingos con una copita de horchata.

A la señorita Jacinta Pérez la llegué a conocer producto de un accidente, exactamente el miércoles 26: un día tan helado que nos mantenía a todas castañeando los dientes. ¡Ni la Miguela tenía fuerzas para abrir la boca! Con semejantes temperaturas, nuestras manos temblorosas hacían lo posible para cortar las telas con la precisión exigida por los patrones. Y en ese esfuerzo, Jacinta se asestó un tremendo corte cerca de la muñeca. Su mano se cubrió de sangre en cosa de segundos.

—¡Ay, Dios! ¡Las telas! —fue la única preocupación de la mujer—. ¡Si las mancho, me las descuentan!

La Rogelia Rodríguez, en actitud solidaria, retiró los géneros que se acumulaban sobre la mesa, lo que por supuesto no evitó que la mujer siguiera desangrándose a vista y paciencia de todas. A falta de baños, luz y calefacción, me enteré entonces que tampoco había protocolo alguno para

emergencias. Con suerte, una pequeña colecta entre las trabajadoras para pagar por remedios.

Agarré mi morral y agradecí al santísimo por la terquedad que me compelió a llevar el botiquín adondequiera que fuera. Acto seguido, arrastré a la pálida Jacinta y grité tan fuerte que Lindorfo no tuvo más opción que abrir la puerta que nos mantenía encarceladas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta trifulca? —se escuchó a lo lejos.

El enano abrió la puerta y le pasé por encima como caballo de carreras. Sin telas que manchar y con mejor luz, limpié rápidamente la herida con alcohol para corroborar con alivio que el corte no había afectado ninguna vena importante. Se lo hice saber a Jacinta y la mujer sonrió aliviada. Para finalizar, le apliqué un vendaje bien apretado.

—Pero, Jacinta, usted no puede trabajar hasta el viernes —declaré muy seria—. Que se le puede abrir la herida.

—¡Por la maire! —exclamaron Jacinta y Lindorfo al unísono, pero por la razón equivocada: la plata.

—¡Don Lindorfo, se lo pío, compasión! No me descuenta los días, se los devuelvo toítos después. ¡Que nuengañó!

—¡Para caridad, mejor váyase a la iglesia!

Era un drama singular. Para Jacinta, quedarse sin paga dolía más que arrancarse el brazo, pero a don Lindorfo eso le importaba un pito. A falta de diálogo, el resto de las mujeres optó por volver a sus labores, temerosas de que la cólera del jefe se volviera en su contra.

—Jacinta, váyase para la casa. No sea porfiada —solicité preocupada.

—Usted no entiende na', Angelito —gimoteó Jacinta, enojada, al ver que el mandamás me daba la razón.

—Ya es hora de almorzar, Jacinta. ¡Despáchese luego! —solicitó Lindorfo, de malas maneras.

—Jacinta, váyase —insistí—. Que yo le cubro el turno para que regrese el viernes con la mano buenita.

Tomé la decisión sin pensarlo mucho, y la manifesté de forma tan segura que a Lindorfo no le quedó otra que aceptar mi ofrecimiento. Me echó una mirada sulfurada de macho herido, pero se guardó las roterías que se le juntaban en la boca por temor a que yo llegara con el chisme hasta Víctor. ¡Eso se notaba a las claras!

—¡Mándese a cambiar de una vez, mierda! —vociferó Lindorfo para ser dueño de la última palabra, y la mujer siguió presta las órdenes de su jefe.

Por supuesto, almorzar en la fábrica no estaba en los planes, pero entre todas las chiquillas me armaron un plato de comida y lejos estuve de pasar hambre. Sin ánimos de presunción, creí ganarme su favor ese mismísimo día. Sin embargo, lo que no pensé antes de hablar era cómo justificar mi ausencia en la mansión. ¿Qué pasaría si Javier preguntaba por mí? Eso sin contar el enojo que me ganaría con la Petro por no cumplir con el horario de llegada.

—¡Ay, Diosito, échame una mano! —murmuré mirando a los cielos, justo cuando hacíamos fila para entrar a la sala de cortes, en la que Lindorfo procedió a encerrarnos con llave.

Pero no pasó mucho tiempo y la puerta volvió a abrirse.

—Rudecinda, salga por favor —solicitó el mandamás a regañadientes.

¡Qué tarde más acontecida! Salí a atender el llamado, entre las miradas horrorizadas de las obreras. Una vez fuera, Lindorfo levantó el dedo en dirección a la entrada.

—La buscan.

¡Y la figura de Víctor se mostró en gloria y majestad! Estaba tan feliz de verlo que corrí a abrazarlo, pero el hombre solo me apartó bruscamente.

—Yo me encargo —le dijo Víctor al enano, haciéndolo sonreír de manera triunfal. Fue entonces cuando me comenzó a dar susto la situación.

«Acompáñeme», solicitó mi amigo con cara de luto y emprendió marcha hacia la entrada. Cabizbaja, me fui tras su sombra hasta que salimos a la calle.

—Luisa.

—Víctor...

El joven me estrechó en un sentido abrazo.

—¡Me tenías tan preocupado! ¡Te esperé una hora en el café y no llegaste nunca!

Me dejé querer sin ocultar la sonrisa. Las espontáneas demostraciones de cariño de Víctor ya no eran ninguna sorpresa para mí, pero eso de tutearme marcaba un hito en nuestra relación.

—Perdone mi comportamiento anterior, pero se supone que quedé con Lindorfo en regañarla —se disculpó, dando por finalizado el lapsus de confianza—. ¡Vaya que estaba contrariado ese hombre, oiga!

Nos reímos un buen rato amparados por el anonimato que nos brindaba el exterior. Por boca de mi amigo, me enteré también de que Lindorfo ya lo tenía bien informado sobre el accidente de Jacinta y mi comportamiento chúcaro.

—Por favor, Luisa, guarde cuidado. No le vaya a levantar la mano el Lindorfo ese.

—¡Me levanta una y yo le aforro con las dos! —exclamé decidida.

Víctor sonrió y sus ojitos se cerraron con ademán oriental. Era un gesto dulce que el hombre solo mostraba cuando se sentía orgulloso.

—Bueno, usted ayudó a Jacinta, ¿en qué le puedo servir yo?

—¡Ay, Víctor! ¡Menos mal que vino! ¿Le puede avisar a la Petro y a las demás que llegaré tarde? Cuénteles sobre lo que pasó hoy en la fábrica.

—Así lo haré —afirmó el hombre, sacándose el sombrero para darle solemnidad a la promesa.

—Si le preguntan, díales que se pone en marcha la operación «Figurín».

—¿Figurín?

—¡No me ponga esa cara, pues! En casa tenemos un maniquí con peluca que metemos a mi cama cuando surge alguna eventualidad. Si mi hermano pregunta por mí, las mujeres le dicen que guardo reposo en cama.

—¡Ahora caigo! —exclamó el hombre divertido.

Víctor se convirtió en la adoración de mis criadas desde que les compró las camisolas de algodón. «Suavecitas como poto de guagua», según la Petro, quien desde entonces demandó la presencia del señorito Viviani para la cazuela de todos los miércoles. Bendecido entre todas las mujeres, el muchacho se dejaba querer con al menos dos kilos extras después de cada comilona.

—La paso a buscar a las nueve, Rudecinda.

—Sí, don Víctor.

Volvimos a la fábrica interpretando los papeles esperados por Lindorfo: patrón autoritario y trabajadora afligida. Tan impecables nos desempeñamos que hasta remordimiento desperté en el enano.

—¿Se encuentra usted bien, Rude? —me preguntó, mientras me facilitaba un pañuelo de narices.

—Don Lindorfo, usted siempre tan amable —expresé al secar mis lágrimas falsas—. Con su permiso, continúo con mis labores.

Ese día se cumplieron mis primeras trece horas de trabajo continuo que celebré con los ojos secos, las muñecas adoloridas y, claro, dos pulgas adquiridas por mi paso obligado al cuarto de baño. Para cuando Víctor pasó a buscarme, me encontró con los mocos congelados bajo las narices y, según sus propias palabras, con el semblante pálido como la nieve.

—Pensé que ese último comentario le haría gracia —me dijo al ver que apenas esbozaba una débil sonrisa.

—Lo es, lo es, ¿no ve cómo me estoy riendo? —aseguré antes de que se apagaran los candelabros y se me fuera todo a negro. Recién recobré la conciencia en la entrada de mi casa, cuando las criadas me transportaban hasta mi habitación.

Poco a poco, de costurera pasé a princesa con el siguiente vals:

Tina con agua caliente y sales.

Peinado en trenza.

Y mientras me echaban perfume, me acordé de Benigna que a pura agua fría se sacaba el olor y el recuerdo de los hombres que frecuentaban el burdel.

Ropa limpia y almidonada.

Sopa caliente servida en bandeja de plata.

Gracias a los atentos cuidados de Petronila y Carmelita, logré presentarme aseada y desparasitada para la visita de Javier a las diez en punto.

—Mejor siga guardando reposo, itiene una cara que espanta, Luisa Clementina!

—Gracias, hermanito —atiné a decirle—. Usted siempre tan cariñoso.

Entonces, me asaltó el recuerdo de la Jacinta que, cuando al llegar a su casa, comenzaba el tercer turno del día: atender al marido, preparar el almuerzo y lavar la ropa.

Mi abuela María Isabel también se presentó en mis aposentos y por lejos lucía un semblante mejor que el mío. No terminaba de saludar la señora y ya estaba barajando el mazo para una partidita de manila.

Esta noche me ganó por paliza.

—¡Espabile, Luisa Clementina! Que le voy a enseñar un truco que me enseñaron en el casino —exclamó entusiasmada, pero a mí ya no me quedaba cerebro para seguirle el juego. Literalmente hablando.

—Mañana, abuela. Mañana.

—¿Y mi diario? —reclamó con ojos de niña.

—Mire, hagamos una cosa —manifesté con mis últimas reservas de energías—. Tome el diario y escríbame una historia cortita, de unas dos o tres carillas.

—¿Del tema que yo quiera?

—¡De lo que usted quiera! —confirmé y doña María Isabel aplaudió de la pura emoción.

—Abuelita, es menester que duerma. Mañana me espera un día muy pesado.

Obediente, la viejita me dio un beso en la frente, corrió las cortinas y apagó la luz. Antes de cerrar la puerta, dijo muy seria:

—Tiene que dejar de comprar tanto, Luisa. Le está haciendo mal.

Y me quedé por fin sola. Pensando en la Miguela Soto que por esas horas debía estar atendiendo a sus niños hambrientos. Suministrándole al pequeño Rosalío el tarrito de leche lacteada que le regalé para que el niño agarrara cuerpo.

Me di vuelta hacia la pared y recordé que por el mismo vestón que vendían a veinticinco pesos en una tienda, en la fábrica nos pagan cinco por hacerlo.

Me di vuelta para el otro lado, con la almohada apretada al pecho. Por más que intentaba dormir, solo lograba atraer los más variopintos e inconexos pensamientos. Como el retrato a colores de la ganadora del concurso de belleza o una plana del Diario Ilustrado denunciando el fraude de las

elecciones parlamentarias. O las instantáneas enviadas por la familia desde Europa...

De la falta de sueño pronto pasé a la angustia.

¿Qué haces metida en una fábrica?, me preguntaron mis manos agarrotadas y no supe qué decirles. No era la primera vez que se presentaban las ganas de abandonar mis deseos de independencia para cumplir el plan preparado por mi padre.

Al final de cuentas, ¿qué importaba casarse con un desconocido si la persona que amaba no tenía ojos para mí? ¿Y luego consagrarme a la educación de una descendencia si la opción universitaria se había extinguido?

Hice una pausa y un recuerdo me hizo reír. ¡Qué descaro el mío! ¿No había sido yo la que le dije a mi padre que no lo quería ver ni en pintura?

—¡Basta, Luisa, basta! ¡Estás cayendo en el oscuro abismo de las tribulaciones y lo sabes!

Miré mis manos con detenimiento y declaré con decisión:

—Trabajo para aprender a ganarme el pan. Ya cumplí un mes en la fábrica y aquí estoy, imás fuerte que nunca! —exclamé al aire y las fuerzas volvieron a mí—. Y como me dijo la doctora Eloísa, ¡la medicina no es la única manera de ayudar a la gente!

Con esto último, me decidí a no pensar más enterrando la cabeza en la almohada. Mañana me esperaba otro turno de trece horas para cubrir a Jacinta y necesitaba dormir todo lo que fuera posible.

Capítulo 13

El domingo 30 de junio un manto de nieve cubrió Santiago. Un fenómeno que no acontecía en la capital desde el año 1898, como bien informó la prensa y corroboró mi abuela, que para esos datos la memoria no le fallaba.

El frío era intensísimo, pero aun así no hubo alma en Santiago que no saliera a las calles para experimentar con sus propios sentidos esa azúcar helada que solo conocían por las postales de Pascua. La reducida delegación Santa María Matte no fue indiferente a dicho fenómeno, y bien aperados con abrigos, paletos y bufandas, partimos a la plaza de la Independencia.

—¿Y por qué tenemos que ir justamente a la plaza, Javier? —pregunté, mientras me hacía con un cuello de armiño y zorro negro que mi madre había olvidado llevar a Europa.

—Porque todo el mundo está... ¡y por la santa misa! ¡No sea latosa! —me respondió el joven con una mueca, incómodo entre tanta fémina a su alrededor. Mi idea de llevar a mi abuela y todas las criadas al convite no le había hecho ninguna gracia.

—Hummm, es como saladita la cuestión...

—¡Petro, no se coma la nieve del suelo! ¡Que está sucia!

Sin duda, estábamos todos muy emocionados con el acontecimiento y cuando llegamos a la plaza quedamos boquiabiertos por el gran festejo invernal que se desplegaba frente a la Catedral. Consagradas al dernier cri2 de la moda en trajes elegantes, las mujeres se lucían en un desfile de sombreros y pieles importadas. Los hombres, con sombreros de copa y habanos del mejor calibre que sostenían sobre guantes de fino cuero. ¡Todo por la previa de la misa, por supuesto!

Los más emocionados eran los niños, pero también los más peligrosos. Armados con bolas de nieve, atacaban sin compasión a quien anduviera

pajareando. Fue así como la Petro, por tratar de esquivar una bola de nieve, perdió el equilibrio y depositó la bondad de sus ochenta kilos sobre mi pobre piececito. Con el favor de Dios, el accidente no pasó a mayores.

En todas las esquinas, los fotógrafos se llenaban los bolsillos con las instantáneas que prometían preservar tan blanco momento para la posteridad, y no faltó el paseante que se quejó por la falta de un skating ring3, como los que había en América y Europa. Pronto se empezó a correr la voz de que el cerro Santa Lucía ofrecía un paisaje aún más espectacular que el de plaza y la oferta de victorias se duplicaron en un santiamén.

—¡Qué delicia los rayos de sol sobre la nieve! —comentó una señora a lo lejos.

Entonces, se apoderó de mí un mal presentimiento. Algo faltaba en el paisaje. Se lo comenté a unas primas que me encontré, pero me tildaron de alharaca. Consulté con mi abuela, pero no pudo entender a qué me refería. Entonces, me encaramé en el orfeón donde solía instalarse la orquesta y observé el panorama completo. Minutos después, encontré mi respuesta: a la plaza le faltaban los pobres.

El mal presentimiento que tenía con la nieve lo corroboré al día siguiente, el lunes 1 de julio, cuando llegué a la fábrica y me encontré con la Miguela Soto en la sala de corte, llorando como una Magdalena. Cuando le pregunté por el motivo de sus aflicciones, no soltó palabra y eso me preocupó aún más.

Usualmente en el taller no faltaban los temas de conversación entre mis compañeras, siempre modulados en tono susurrado por miedo a Lindorfo.

Sin embargo, esta mañana se escuchaban los gimoteos —acompañados de unos buenos lagrimes— que se le escapaban a la Miguela entre corte y corte. Era una especie de pacto de silencio que despertó en mí la más profunda incomodidad.

Con las mejores intenciones, abrí la boca y pregunté:

—Miguela, ¿qué le pareció la nieve? ¿Bonita, verdad?

Tal parece que mi pregunta no pudo ser más impertinente. La mujer se quedó sin aliento por largos segundos, presa de un profundo dolor. Se giró para mirarme y de sus ojos volvieron a brotar lágrimas, aún con más fuerza que antes. Intentó decirme algo, pero castañeaba tanto su mentón que le fue imposible. ¡Para qué hablar de seguir cortando telas! Contra su voluntad, la mujer tuvo que soltar las tijeras y resignarse a observar cómo se le acumulaban los géneros con cada minuto que deja de mover las manos.

—Tranquila, Miguela. Ya le dije el otro día que le cubría el turno si lo necesitaba —repliqué.

La mujer se tapó la cara con una mano. La otra se la agarré yo, con pulso fuerte, en mi paupérrimo intento por darle contención.

—Mi Rosalío —soltó por fin la mujer—. No aguantó el frío... anoche se lo llevó el ñor a su reino.

—¡Qué horror! —exclamé pasmada y abracé a mi amiga lo más fuerte que pude. El resto se me unió en el gesto. Con la vista nublada por las lágrimas, concluí tristemente que la nieve era solo para quienes tenían zapatos y guantes para disfrutarla.

Por desgracia la tragedia de Miguela no acababa aquí. Cuando recuperó la voz, me contó de la impotencia grande que sentía al no tener ni un peso para el entierro. Por el momento, Rosalío yacía arropado en su camita a la espera del eterno descanso eterno. ¡Qué impotencia más grande sentí!

Esta misma tarde regresé a la casa en busca del regalo de Teresa Cazotte y lloré al contabilizar solo quinientos de los mil pesos que me había dado mi amiga.

—Con el dinero completo me alcanzaba hasta para un piano... ¿En qué me gasté tanta plata?

Hice la pregunta, sabiendo de antemano la respuesta: cremas, maquillaje, ropa y accesorios. De la pura frustración solté un zapateo rabioso.

—¡Con menjunjes no se ayuda a la gente! —lloriqueé encerrada en mi habitación.

Menos mal que tenía plata de sobra para comprarle a Rosalío un ataúd blanquito como su alma, un velorio con cantora, la venia de un cura para despedirlo y la carroza que lo llevara a su destino final en el Cementerio General. ¡Hasta instantánea se sacó del niño para el recuerdo de su mamacita! Y la sonrisa por fin asomó por el rostro de la Miguela entre tanta penas.

Por supuesto tanta actividad y gasto no pasan desapercibidos entre mis compañeras, y los chismes no tardaron en circular con lengua ligera. «¿De dónde saca tanta plata Rudecinda si apenas gana un peso por día?», comenzaron a decir. Y como el ambiente en el taller ya se estaba poniendo pesado con tanta habladuría, decidí cortar por lo sano inventando que me prostituyo y que tenía un casero que me consentía en todo.

—¿Será ese hombre el ñorito Víctor? —preguntó la Rogelia y, como no contesté, todas en el taller supusieron que así era.

El argumento tranquilizó a las mujeres sobremanera, pues detestan todo lo que se relacionara con gente de vida acomodada. ¡Y quién era yo para juzgarlas por tanto rencor! Con las penurias que me había tocado vivir en la fábrica, me sobraban razones para entenderlas. Poco a poco, y con pequeños gestos, me fui ganando su querer.

En las artes manuales del trabajo me hice cada vez más hábil. Del departamento de cortes pasé al de lavado en poco tiempo. Luego, probé suerte con el de planchado y el mandamás me permitió el cambio de sala sin mayores reproches, «gracias a mi estatus de regalona del Viviani», según me confirmó después la Benigna.

Sin haberlo pretendido, me convertí en la versión pobre de las mujeres de sociedad que con el apellido de sus maridos abren todas las puertas que se les ponen por encima. Profunda vergüenza sentí al reconocerlo y, atormentada por la conciencia, corrí a contarle a mi amigo en el embrollo que lo había metido.

—Luisa, ya es tarde para desmentir los rumores —sentenció Víctor muy tranquilo—. Mejor aproveche la situación para hacer algún bien en la fábrica.

—¡Oiga que es bien avispaio, ñor! —dije imitando a la Jacinta.

—¡Y ahora se viene a dar cuenta! —respondió imitándome.

Con los ínfimos gramos de poder que ostentaba en la fábrica solicité a Lindorfo su permiso para un botiquín.

—Ya vio la que se armó cuando se accidentó la Jacinta. Y usted sabe, don Lindorfo, esas cosas pasan todo el rato y a la larga le salen caras.

El enano me dio la razón, más motivado por el asunto económico que por el bienestar de sus obreras. Con gran esfuerzo sacó cinco pesos de su bolsillo para contribuir a la causa. Los otros veinticinco pesos necesarios los puse yo, pero eso él nunca lo supo. Así es como se instauró el primer botiquín de la fábrica González, equipado con pastillas para el dolor de cabeza, vendajes, alcohol para desinfectar y un sinfín de medicamentos de primera necesidad. En caso de dolencia, todas tenían derecho a sacar lo que necesitaran.

—Tome —me trajo un día la Glorita Guzmán—. Pa' que lo sume al botiquín.

—Pero, Gloria, ¿qué es esto?, ¿una flor?

—Se llama amapola y si solo ve eso, es que no está viendo ná bien. Esta planta es milagrosa, buenísima para los nervios.

Me quedé contemplando la flor y recordé el sueño que tuve de Eulalio meses atrás. ¡Así que a eso se refería, viejo zorro!, pensé y no le di mayor importancia al asunto.

¡Fue cosa de no creer! La sola presencia del botiquín en la fábrica repercutió en un mejor estado de ánimo de las trabajadoras, pues saber que contaban con remedios para sus dolencias las hacía sentir menos desamparadas, según me comentaron.

—Ahora ya sé que si me duele la caeza, me gano una oblea y puedo seguir cosiendo —me indicó sonriente la Eustaquia en uno de los turnos y ya sabía yo que dejar de trabajar para esas señoras era igual que morirse.

El éxito del botiquín me inspiró a seguir buscando nuevas formas de «curar» y ayudar a la gente a falta del diploma de médico.

—Amigo mío, necesito una vitrola —le digo a Víctor.

—¿Pero para qué?

—Estoy segura de que si pusiéramos música en la fábrica, trabajaríamos más contentas. Usted no sabe lo triste que es meterse a esas salas, ilas horas del día parecen todas iguales!

Mi amigo me dedicó unos ojos cariñosos y apretó con fuerza mi mano. Para el tiempo que nos conocíamos, manifestaciones como esas ya no lograban emocionarme tanto como antes.

—Estoy muy orgulloso de usted, Clementina.

—Y... —dije tratando de no ruborizarme—. ¿Cuánto cree que me pueda costar una vitrola?

Víctor se reclinó en su asiento, buscando inspiración en los cielos.

—¡Uff! —exclamó finalmente—. Creo que podría conseguirme una en la

Casa Amarilla... a unos ciento ochenta pesos.

—¡Tanto! —gimoteé al percatarme que solo me quedaban doscientos pesos. Lejos habían quedado mis días de princesa en que solicitaba las cosas sin preguntar precio alguno.

—Ah, pero figúrese... ¡qué fortuna la suya, Clementina! Con Eulalio tenemos dos vitrolas en la casa, así que yo le llevo una a la fábrica.

De la pura emoción, me levanté y le di al hombre un sonoro beso en ambas mejillas, transformándolo en tomate rojo de Limache.

—¡Ay, Luisa! ¡No era menester tanto afecto!

—Ahh, a usted no más le gusta el leseo, ¿verdad? —le dije como la más dulce de las venganzas. El muchacho solo pudo darme la razón, entre balbuceos varios.

Dos días después el aparato llegó a las instalaciones de la fábrica tal como lo prometió Víctor. Pero Lindorfo, resultó ser duro de cabeza. A pesar del respeto que le tenía al joven italiano, se resistió como pudo por compartir semejante lujo con las obreras.

—¡Además, la gente es muy mal pensada, don Víctor! ¡Rapiíto me llegan los rumores de que administro una casa de remolienda!

Entonces, Víctor le contestaba con paciencia de santo.

—Don Lindorfo, haré una selección magistral de grandes compositores: Liszt, Chopin, Mozart y Wagner, por mencionar algunos. ¡Ni el Club de la Unión ha gozado de tal repertorio musical!

El negruzco capataz sonrió vanidoso, pero no demoró en regresar a sus cavilaciones.

—Si le roban la vitrola, iyo no respondo naíta!

—Guarde cuidado, don Lindorfo. Ninguna culpa recaerá sobre usted.

—Se me van a distraer las mujeres con las melodías, ime van a dejar el trabajo tirao!

—Yo le aseguro, Lindorfo, que su producción aumentará con creces.

—¿Y qué pasa si...?

El debate fue duro, pero ya sabía yo que si alguien gozaba del don de la palabra, iese era Víctor Viviani! A tal punto llegó su elocuencia que el enano llegó a pensar que la idea de la vitrola había sido idea suya y ese mismo día incluso se comprometió a cambiar el disco cada vez que fuera necesario.

En los inicios contábamos solo con tres discos —uno de Víctor, dos míos—, pero nadie reclamó por el monótono repertorio. Los conciertos de piano deleitaron con sus dulces notas el alma de mujeres que nunca en su vida habían tenido el privilegio de escuchar música selecta. Amparadas en estas melodías, los días de invierno parecían no afectarnos tanto y, de manera consecuente, la producción aumentó y los accidentes disminuyeron.

—Señoras, les compré un disco de tangos —nos dijo Lindorfo un día, contento como huaso en fonda. Según me contó Víctor, el señor quería probar si con esas tonadas cosíamos más rápido.

—Este Lindorfo, ino da puntada sin hilo! —reclamé ante las ironías de la vida.

Pasamos agosto y, como era costumbre, quedé con Víctor en el restaurante Santiago, más conocido como Papá Gage, para nuestro tradicional café de los días miércoles. Gran sorpresa me llevé al encontrármelo acompañado de un señor bonachón y ya dueño de algunas canas, presto a levantarse de su asiento apenas hice acto de presencia. Besó mi mano con tal gentileza que me creí descubierta en mi disfraz de costurera.

—Rudecinda, déjeme presentarle a Luis Emilio Recabarren.

Al oír su nombre, me quedé en silencio pensando dónde lo había escuchado antes. El invitado pareció interpretar mis gestos con cierta incomodidad y se disculpó, acusando pronta partida.

—Señorita, no se preocupe por mí. Ya estaba por partir a la estación para tomar mi tren a Iquique —dijo, sin perder su buen talante.

—Discúlpeme a mí, señor Recabarren. ¡Son los nervios que me han jugado una mala pasada! —oculté mis dientes al hablar, un viejo hábito en mí—. Su rostro me parece tan familiar, ¿no habré visto una instantánea suya en los diarios?

Los hombres intercambiaron miradas cómplices.

—Luisa, don Luis Emilio es el fundador del Partido Obrero Socialista —declaró Víctor orgulloso.

¿Quién lo diría? Tenía frente a mí al socialista que supuestamente acabará con la economía nacional. Ese dirigente, que tanto despreciaban mi padre y mis hermanos, me sonrió con gesto paciente y asintió en respuesta a lo dicho por mi amigo.

—Un honor conocerla, doña Rudecinda —dijo amablemente, fijando su mirada en la mía—. Déjeme decirle que sus iniciativas en la fábrica son dignas de admiración y de profundo apoyo. Sería un orgullo contar con alguien como usted en nuestro partido.

De su maletín, el hombre sacó un impreso que me facilitó junto con una flamante sonrisa.

—Tome, un ejemplar de El Despertar de los Trabajadores. Prensa obrera nortina.

—Don Luis Emilio, le agradezco mucho la invitación y me toma por sorpresa a la vez. No sabía que lo tienen tan bien informado de lo que se gestaba en mi fábrica —escruté a Víctor con la mirada—. Pero el mérito no es solo mío. Sin la ayuda incondicional de mi amigo Viviani, no podría haber hecho mucho.

—Este chiquillo se pasa de humilde, pero ha contribuido a la causa con enorme generosidad en actos y también en recursos —afirmó Recabarren.

—¡No me diga! —exclamé sorprendida.

—Así es. Este chico goza de los privilegios de la elite chilena, pero no olvida su origen en las salitreras. Sigue el ejemplo de su padre, José Luis Carvajal, que en paz descansa, apoyando la causa por los derechos del pueblo que no tiene techo ni suelo donde poder descansar.

Miré de reojo a Víctor y noté que estaba incómodo a más no poder.

—Los mártires de Santa María no serán olvidados, mi querido Víctor.

—Sí, por supuesto... —respondió el joven pensativo.

El señor Recabarren se levantó de su asiento y procedió a despedirse de nosotros con un apretón de manos para ambos.

—Rudecinda, me alegra mucho saber que Víctor cuenta con el apoyo de una mujer inteligente y de buen juicio como usted. Este muchacho tiene una debilidad por las señoritas rubiecitas y de ojos azulados, pero esas féminas no piensan más que empolvarse la nariz y encontrarse un buen partido.

—¡Guarda usted tanta razón, don Luis! —declaré entre risas, mientras Víctor se hundía cada vez más en su asiento.

El señor Recabarren se fue, dejándonos inmersos en un enorme silencio.

—¿Así que «rubiecitas y de ojos azules»? —mascullé.

—¡No le haga caso, Luisa! Recabarren solo lo dice para embromar... —contestó el acusado, restándole importancia al asunto.

—¿Y lo de Santa María? ¿También es chiste? —reclamé un tanto ofendida.

Su rostro se apagó con la pregunta igual que en nuestro encuentro en la Confitería Torres.

—Victor, no se atormente tanto —me apresuré a contestar—. Ya me lo contará cuando me tenga más confianza.

Los colores regresaron al muchacho. Entusiasmado, sugirió:

—¿Y si mejor hablamos de trabajo?

—De acuerdo —sonreí—. ¿Por qué no me cuenta cuál es su sueño?

—Ay, Luisa, ¿y no se le ocurre algún asunto más ligero?

—No es justo. Usted hasta sin ropa me ha visto, pero yo ¡poco y nada sé de su vida! —reclamé.

El joven titubeó, pero no tardó mucho en soltar una risotada de niño.

—¡Qué diablos! ¿Por qué sigo dudando? —y sacó de su maletín un montón de bosquejos—. Aquí tiene, Luisa.

En mis manos, unos lienzos acuarelados lucían los vestidos más hermosos que jamás había visto en mi vida. Tan delicados, tan chic, ¡de un gusto tan extraordinario!

—¡No me diga que estos son sus diseños, Víctor!

Los ojos del muchacho brillaron a la luz del pálido invierno y me pareció que todo lo que se reflejaba en ellos era hermoso.

—Este es mi sueño, Luisa. Tener un atelier para confeccionar todas estas creaciones. Voy a necesitar apoyo de costureras, instalaciones aireadas y horarios decentes, así que ya me encuentro ahorrando el capital —al hacer una pausa, suspiró—. Todos dicen que es una locura. Que con esos sueldos y beneficios, voy a salir para atrás con el negocio. Pero...

—¡Lo lograrás! ¡Yo te voy a ayudar!

Grité tan fuerte que dejé en silencio a las mesas contiguas. Algunos reclamos se hicieron sentir, pero poco me importó quedar de rota maleducada.

—No te rindas, Víctor. Yo creo en ti... digo, ¡en usted!

La corrección de mi parte nos despertó una risa explosiva e infantil. Y con eso, nos terminaron corriendo del boliche.

Capítulo 14

La crudeza de las mañanas las combatía con la alegría que me transmitía mi abuela. Los diarios que le dejaba como registro de nuestros encuentros terminaron manifestándose en maravillosos avances en su estado de salud y una profunda amistad se forjó entre las dos. Atrás habían quedado los días en que la señora María Isabel permanecía postrada en cama: ahora era ella la que me despertaba icon el mismísimo cantar de los gallos!

Se le nota cada día más ocurrente en sus diálogos, ihasta dejó de hacer la maleta para irse a Bombay! En ella encontré una fiel confidente de mis vicisitudes en la fábrica, cuyos personajes y ambientación falseaba para no levantar sospechas con la señora.

Un día incluso tuve la osadía de presentarle a Víctor con la secreta esperanza de ganarme su venia. Cuando le pregunté por su opinión respecto del muchacho, se negó a emitir comentario alguno y, curiosamente, empezó a obsesionarse con la idea de que la llevara al Museo de Bellas Artes. Fue tanta su insistencia que, apenas nos tocó un día de sol, le pedí a Carmelo que nos transportara en el carro hasta el imponente edificio de estilo neoclásico.

—Abuela, ¡qué gran idea ha tenido usted! ¿Quién necesita viajar a Europa cuando tenemos al mismísimo Petit Palais frente nosotras?

La señora me sonrió y nos encaminamos al hall central, donde nos quedamos embelesadas por la magnífica cúpula de vidrio que se cernía sobre nuestras cabezas.

—¿Se acuerda lo lindo que estaba todo cuando inauguraron el museo?

—En efecto, Luisa. Cómo olvidar la exposición internacional del 21 de septiembre de 1910, ¡alucinante!

Detuve el paso, sorprendida una vez más por la memoria de enciclopedia que iluminaba a mi abuela de tanto en vez. Ella me quedó mirando, sin entender nada.

—¿Y usted? ¿Quiere echar raíces en la entrada? —preguntó enérgica, mientras se hacía con el catálogo ilustrado que ofrecían a los visitantes—. Mijita, páguele al señor los sesenta céntimos que cuesta el magazine.

—¡Ay, no quedándome de otra! —rezongué como una cría y pagué el importe requerido.

Esa tarde doña María Isabel andaba con prisa y deseos de dar órdenes.

—Abuela, ¿empezamos por la exposición de pintura? ¿O tal vez la de dibujo?

—¡No y no! Usted lléveme a la sección de esculturas que es la única que deseo conocer.

—Como mande, pero no se me sulfure.

Avanzamos entonces al salón donde se lucían una serie de blancas esculturas resguardadas por arbustos propios de la decoración. Obras nacionales como la Musa pensadora de Rafael Frutos y el estudio en yeso de Aliro Pereira llamaron poderosamente mi atención, así como algunas réplicas de obras magistrales como La piedad y el David del maestro Miguel Ángel Buonarroti. Fue justamente en esta última que mi abuela hizo una pausa, solicitando mi atención.

—Luisa, fíjese bien.

—Sí, abuela.

—¿Qué ve?

Me tomé unos momentos para elaborar la respuesta.

—Pues, es una obra excepcional a todas luces. Estoy especialmente deleitada por el contraposto de la figura que se inclina ligeramente hacia la izquierda. La tensión de la mandíbula también me parece digna de destacar. ¿Estará David listo para la batalla contra Goliat o más bien estaremos presenciando su victoria frente al gigante?

Doña María Isabel se cruzó de brazos, disconforme.

—¿Y qué más?

Llené mis pulmones de aire y afiné la vista. Desde mis tiempos de liceo que no se me pedía semejante ejercicio de observación.

—Las proporciones parecieran no ser del todo armónicas. Las manos...

—¡Luisa, niña! —interrumpió la señora impaciente—. ¿Es que no lo ve?

—¿Que no veo qué, abuela?

—¡El pichulín, hija, el pichulín! —exclamó ella, haciendo señas con las manos por si no hubiera quedado claro el mensaje. El rubor me alcanzó hasta las pestañas.

—¡Silencio, abuela, silencio! —susurré, incapaz de girarme hacia el David sin que la vista se me fuera a sus partes nobles.

Muy pronto, otros visitantes comenzaron a girar sus cabezas, curiosos del diálogo que se estaba gestando entre las dos.

—Chiquilla irrespetuosa, ¿cómo se le ocurre hacerme callar?

—Y no es que quisiera contrariarla, abuela, pero...

—Si vinimos a observar al David, no se le puede olvidar la sección más importante.

—¡Abuela!

—Pero considere que la representación es la de un hombre con frío. Que en una situación más distendida, ¡Miguel Ángel hubiera requerido más mármol!

Hacia rato que su condición senil había anulado todo atisbo de pudor en mi abuela, quien ahora se reía a sus anchas y en tono elevado.

—Señorita —me llamó la atención un guardia—, el comportamiento de la anciana va en contra de la moral y las buenas costumbres. Le pido por

favor que se retiren del establecimiento.

Y así fue cómo terminó nuestro brevísimo paseo por el museo.

—Dispéñeme, Luisa. Con tanto hermano que usted tiene, debí suponer que habría visto al menos un pichulín en su vida.

—Señora María Isabel, la denominación correcta es «pene» —corregí, mientras me abanicaba con las manos—. Y sí, he visto más de uno... en las láminas de anatomía que estudio.

—Ah, pero esos no valen... —aclaró la anciana sin dar su brazo a torcer.

Apuré el paso hacia la laguna que se lucía cruzando José Miguel de la Barra.

—Abuela, ¿alquilamos un botecito para dar una vuelta? —exclamé, sin darle tiempo a mi acompañante de manifestar opinión alguna. Algo me decía que el incidente con el David no había terminado en el museo.

—¡Mire, qué lindos los patitos, abuela!

Mis intuiciones eran correctas. No bien habíamos abandonado la orilla, María Isabel sacó un cuadernillo que anunciaba de titular Educación sexual en cuidada caligrafía.

—Para usted, mi Luisa. Apuntes esenciales para una mujer joven como usted.

Sentí como si me pasaran un paquete de dinamita.

—Y... no sé qué decir, abuela —dije, mientras me persignaba.

—Pues, que lo va a leer para no cometer los mismos errores que yo.

Al levantar la mirada, me encontré con su cálida sonrisa. La mujer no me estaba embromando.

—¿No me diga que esta es la tarea que le encargué cuando le dije que escribiera de cualquier cosa?

—Así es, pero esto no es cualquier cosa, mi niña. Échele una mirada y no haga tal de compartirlo con otras personas. ¡Que nos descomulgan en el acto!

Esa tarde recibí uno de los mejores regalos de mi vida. De puño y letra, mi abuela me enseñó lo que ninguna novela, revista o libro había tratado sobre la mujer en el plano sexual. Menos aún, mi madre y mujeres cercanas. ¡El escrito incluso llevaba ilustraciones!

—Se lo adelanto, mijita. Es muy probable que su primera vez no sea agradable —expresó preocupada cuando llegué a ese capítulo—. ¿Su madre le ha hecho comentario alguno sobre eso?

—Pues... que el hombre sabrá qué hacer llegado el momento.

—¡Qué insensatez más grande, por Dios! —dijo, agarrándose la cabeza—. ¡Como si los hombres estuvieran muy enterados de las artes amatorias!

Para María Isabel Echeñique, sus estudios y experiencia concluían que la confianza y el amor propio que tuviera una mujer eran fundamentales para encontrar la verdadera felicidad y un compañero acorde.

—De lo contrario, se va a conformar usted con el primer pelafustán que llegue. O se queda preñada al día siguiente de casarse. ¡No pues, Luisa Clementina! Todo tiene su tiempo y usted merece paz mental para tomar buenas decisiones.

Sin duda fue una salida inolvidable para las dos. Del pudor pasé al descaro, ávida de las respuestas que nadie me había dado. Finalmente nos quedamos conversando hasta que nos alcanzó la penumbra en medio de la laguna.

—Abuela, una última cosita. ¿Qué piensa de Víctor?

Ya casi no nos veíamos las caras, pero estoy segura de que la anciana me sonrió. Me solicitó la libreta de vuelta para mostrarme en la última página una bellísima ilustración suya donde una pareja de enamorados se lucían en dulce abrazo.

—¡Ahora caigo! ¡Esta es usted de joven y el muchacho indio que no se cansa de dibujar!

La mujer tomó mi mano para asegurarse de que contaba con toda mi atención. Entonces, me dijo:

—Luisa, todos los días agradezco a los cielos que me hayan permitido vencer mis prejuicios. De lo contrario, no hubiera concedido oportunidad al hombre que me enseñó a amar en esta vida. Y esa misma fuerza la pido para usted, mi niña, para que se grabe las palabras que siempre me decía mi Ravinder de Punjab: «Cuando el ego invade tu corazón, no hay espacio para lo demás».

—¿Ravinder?

—Su abuelo, Luisa.

Me llevé la mano a la boca para que no se me escapara el alma de la pura sorpresa.

—¡Ya lo intuía yo! ¡Por eso salí tan curiche!

—¿Tan qué? —preguntó mi abuela, intrigada.

—Tan... ¡curiosa!

Por respuesta, solo recibí un golpe con los preciados apuntes.

—Por mentirosa... —dijo la señora.

Y nos abrazamos, dando la salida por finalizada.

Capítulo 15

Perfumada y con mi mejor toilette, esperé la llegada de mis amigos Víctor y Eulalio en el enorme portón de hierro que servía de entrada al parque Cousiño. Era domingo 1 de septiembre y un agradable sol anunciaba los primeros atisbos de la primavera. Lo disfruté a mis anchas, agradecida incluso por la oportunidad de dar un poco de color a mis pálidas mejillas de costurera. En mi brazo izquierdo, descansaba una cesta aperada con los manjares del almuerzo y del otro brazo, colgaba mi fiel Petronila, responsable de la manta del pícnic y otra canasta con bebestibles.

—Me va a perdonar que la acompañe, pero usted sabe lo mal habló que es la gente sobre las mujeres que andan solas —justificó la criada y, ini que la hubieran escuchado!, una risita maliciosa escapó de una pareja que pasaba justamente frente a nosotras.

—Petronila, créame que una mujer de mi edad y con chaperona tampoco luce mucho.

—¡Ay, ya se me puso chúcaro usted!

Esa tarde todo Santiago se dio cita en el parque y un sinfín de caras conocidas salieron a mi encuentro. Entre saludos y miradas misericordiosas, comencé a lamentar la ocurrencia de convocar a mis amigos en el Cousiño, lugar tan dado para «ver y ser visto».

—¿Por qué no le dijimos al Carmelo que nos dejara aentro cuando nos trajo en coche? —reclamó la Petro y no pude más que darle la razón. Recién una hora después se dignaron a aparecer los invitados al convite, cuando el color tostado de campo ya afluaba por nuestros rostros.

—¡Vi chiedo mille volte scuse! —fue lo primero que dijo Eulalio al vernos. En su vergüenza, el hombre no se dio cuenta de que solo nos hablaba en italiano.

—¡Qué tanta custión! —le reclamó la Petro—. ¡Mejor llévese esta canasta y mueva las patas!

La mujer se puso a caminar y todos nos fuimos tras ella. Entretanto, Víctor se me quedó mirando con unos ojos de plato que me afloraron todo tipo de conjeturas en la cabeza. ¿Estaré demasiado colorada? ¿Me habré despeinado? ¿Tendré algo en los dientes?

—Oiga que está bonita, Luisa —dijo finalmente y yo me largué a reír para desconcierto de mi acompañante.

—Discúlpeme, Víctor. Parece que fui víctima de mis viejos hábitos —me apuré en explicar.

—Fíjese que me ha dejado igual de confundido que antes.

Nos miramos un instante y estallamos en risas, levantando más de una ceja en la concurrencia del parque, tan poco acostumbrado a la espontaneidad.

—¡Apúrense, miechicas! ¡Que hace hambre! —volvió a reclamar la Petro, así que apuramos el paso y decidimos instalarnos en un prado relativamente cercano a la entrada, pero alejado del bullicio general. O así lo creímos. A solo unos cuantos metros de nuestro pícnic se organizó un campeonato de palitroque que generó buena trifulca.

Hambrientos como estábamos, ignoramos al bullicioso choclón de gente y decidimos enfocar la atención en los manjares que lucían sobre nuestro mantel: empanadas de pino, pan amasado y pebre, queso, frutas, berlines, kuchen, jamones de distintos tipos y una botella de vino dulce, esta última cortesía de Eulalio. Satisfechos los estómagos, la conversación se hizo lugar.

—Luisa, ¿y cómo le ha ido en la fabbrica? ¿Todo bien? —preguntó el viejo italiano, mientras me llenaba la copa.

—Eulalio, solo Dios sabe de todo el empeño que le he puesto al trabajo.

—Ya pues, Luisa —interrumpió Víctor—. No sea haga la interesante y cuéntenos cómo ha sido su experiencia.

—Yo también quiero saber —exigió la Petro con un pedazo de kuchen en

cada mano.

Con la atención de los comensales, di rienda suelta al relato solicitado.

—Pues, figúrense que, con solo tres meses en la fábrica González y Cía., me he desempeñado hábilmente en todos sus departamentos, llegando incluso a dominar el proceso de producción para una prenda de vestir. Desde que llega como blanco lienzo hasta convertirse en una camisa, falda, enagua o vestón —declaré con orgullo y mi público clamó por más.

—No conforme con el botiquín, aumenté mis horas de trabajo en el turno de la tarde para enseñarles a mis compañeras cómo proceder en caso de emergencia. En una fábrica de paupérrimas condiciones como la que sostiene el señor Lindorfo, los desmayos, quemaduras y cortes de tijeras están a la orden del día. Para disminuirlos, también convencí al capataz de aumentar las horas de luz eléctrica en las salas. ¡Y cómo olvidar la iniciativa de la vitrola que tan positiva repercusión tuvo en la producción!

Hice una pausa y levanté la copa en dirección a Víctor.

—Sin usted, señor Viviani, ninguna de estas iniciativas hubieran sido posibles. ¡Si supieran en la de dificultades en las que he metido a este caballero!

—Ay, Luisa, ¿para qué se preocupa tanto? Ya se lo he dicho antes: «No hay sino dos clases de problemas: los que se resuelven solos y los que no tienen solución». ¡Salud! —dijo Víctor en una perfecta imitación del presidente Barros Luco que los presentes celebramos a carcajada limpia.

—¡Oh, amigos míos! Y no saben cómo me hubiera gustado seguir luchando por un nuevo cuarto de toilette para la fábrica, pero...

—¿Pero qué, Luisa? —preguntó Eulalio.

—Pero no va a poder ser porque me echaron.

Lo dije y todos se echaron a reír, pensando que era un chiste.

—No estoy embromando, señores. Este viernes quedé de patitas en la calle —insistí, un tanto ofuscada.

—¿Y cuál sería el motivo de su despido? —preguntó Víctor, concediéndome un poco de su credibilidad.

—Me han echado... ¡por socialista!

Alcé demasiado la voz y la delegación de palitroque se giró en nuestra dirección, alertada por la palabra «prohibida» que salió de mi boca.

—Compartí El Despertar de los Trabajadores que me regaló el señor Recabarren entre mis compañeras para despertarles el espíritu de lucha por una legislación que las protegiera en caso de accidentes o enfermedades.

Esto último lo dije en voz bajita para no seguir levantando comentarios insidiosos de mirones que procuran ver más de lo que pueden.

—«Señoras, desde el año 1907 tenemos la ley del descanso dominical». Les estaba diciendo a las obreras cuando me pilló Lindorfo. «Aquí la única que descansa los domingos es esa ley», me espetó el capataz y ahí mismo me echó de la fábrica —solté un suspiro un tanto resignada—. Ni siquiera alcancé a despedirme de mis amigas.

A esas alturas, ya no asomaba duda en mis oyentes. Como los ánimos estaban más bien alicaídos, alcé mi copa nuevamente y me decidí a compartir el discurso que venía preparando hace días.

—Estimados, hubiera querido tanto llevarlos al restaurante del parque, pero mis finanzas no me lo permitieron...

—¡Vieran que mi niña hizo toíta esta comida con sus propias manos! —interrumpió la Petro y enrojecí hasta la raíz del pelo. Como no quería perder el ímpetu, continué hablando, colorada como estaba.

—No sabía cómo agradecerle el favor de ayudarme tanto. La experiencia del trabajo arduo y sacrificado, que desconocía por nacer en cuna de oro, me ha proporcionado una fuerza que pensaba que no era propia de mi

persona. Ahora me siento capaz de afrontar las pruebas del destino, pues he vivido en carne propia la que alguna vez pensé que sería mi peor pesadilla... y heme aquí, tan feliz, itan deseosa de servir! Y todo eso se lo debo a ustedes.

Se hizo un profundo silencio y luego comenzaron los aplausos. Mi gente celebraba mis triunfos como si fueran suyos. Los observé reír y levantar la copa en mi honor. Muy a mi pesar, las horas pasaron como minutos y el atardecer llegó para marcar nuestra retirada.

—Clementina, ¿me concedería un breve paseo antes de emprender regreso al hogar? —solicitó Víctor, sabiendo de antemano mi respuesta. Sujeta a su brazo, caminamos en dirección a la laguna del parque.

Estaba feliz y creí percibir que Víctor albergaba sentimientos similares. Recliné mi cabeza sobre su hombro y fui correspondida con un cariñoso beso en la frente.

—¡Ay, Víctor, las cosas que hace! Lo que va a decir la gente... —susurré en una más de nuestras acostumbradas bromas. No recibí respuesta, pero sí llegó a mí una risita ahogada de complicidad. Entonces, cerré los ojos y, protegida en su regazo, dejé escapar unas lágrimas por mi amor no correspondido.

—Ya no queda mucho para el regreso de sus padres, Clementina —escuché que me dijo—. ¿Todavía sigue con la idea de irse de la casa?

El triste recordatorio me obligó a abrir los ojos.

—Sí, pero...

No pude terminar mi respuesta y Víctor se dio cuenta. Buscó con la mirada la razón de mi silencio.

—¿Teresa Wilms Montt? —preguntó el hombre un tanto consternado y la hermosa mujer giró la vista para corresponder el llamado. Estoy segura de que apenas alcanzaba la mayoría de edad. Al verla aproximarse hacia

nosotros, un recelo singular turbó mi alma y asesté el primer ataque, etiquetando a la mujer como una coqueta simplona.

—Víctor Viviani, ¡qué gusto encontrarme con usted! —dijo la princesa de ojos turquesa como los de mi Clara. Se estrecharon los amigos en un abrazo amoroso que contemplé sin disimular el disgusto.

—La creía en el norte, Teresa. ¿Anda usted de visita por la capital? Por favor, déjeme presentarle a mi amiga Luisa Clementina Santa María Matte.

Rubiecita y de ojos azulados, pensé para mis adentros. La señorita Wilms calzaba perfectamente con los gustos de Víctor. O, al menos, los que había proclamado el señor Recabarren.

Luego nos saludamos las mujeres con besos en las mejillas.

—Mucho gusto en conocerla, Teresa.

Para mi desgracia, de cerca, la joven era aún más bella.

—Luisa, sepa usted que Teresa es una prometidora escritora —interrumpió Víctor—. He tenido la dicha de leer algunos poemas y pensamientos de su autoría y no exagero al decir que pronto se convertirá en una de las grandes de Chile.

—Exagera usted, Víctor, yo no...

¡Ay, mi orgullo! Los halagos de mi amigo hacia la mujer no hacían más que exacerbar mis complejos. Busqué miles de justificaciones para ellos, todas en desmedro de Teresa, a la que fulminé sin decir palabra.

Con esa carita de muñeca, ¡seguro el mundo caía rendido siempre a sus pies!

Con ese talento, ¡qué orgullosos debieran estar sus padres!

Con ese encanto, ¡hasta mi Víctor se había quedado prendado de ella!

Qué dulce debe ser la vida en los zapatos de...

—¡Teresa, Teresa! —clamó, a lo lejos, un hombre con el rostro contrariado—. ¿Se olvida usted que tiene marido e hija?

El energúmeno se presentó como Gustavo Balmaceda Valdés, quien de un tirón se llevó a Teresa de nuestro lado. La mujer apenas pudo despedirse, dejándonos clavada la tristeza que se le asomó por los ojos. Al verla alejarse, la vergüenza no tardó en asomarse por los míos. Sin embargo, peor me sentí cuando Víctor comentó sobre la mano dura que se cernía sobre la mujer cada vez que el marido andaba de malas. ¡Pobrecita, Teresa! ¡Así le pagaba el hombre por el que se había ganado el destierro familiar!

—Clementina, no busque enemigos donde no los hay —dijo Víctor, buscando mi mirada—. Menos aún entre mujeres, donde debe primar el espíritu de hermandad.

—Que no lo hago... —mentí.

Sentí suspirar a mi amigo y luego, el peso de su mano sobre mi hombro.

—Me espera un viaje de negocios en Buenos Aires.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunté, reaccionando por fin.

—El próximo miércoles y estaré de regreso para el 5 de octubre.

—Mis padres ya habrán llegado para esas fechas...

—Y eso me preocupa —dijo con expresión seria—. Temo que se precipite en sus decisiones.

—Pues no se preocupe tanto y confíe en mi criterio. ¿No es lo que siempre me dice?

Los rayos anaranjados del sol se extinguieron en el horizonte, dejándonos a oscuras y en silencio.

—Clementina, le propongo algo —interrumpió finalmente Víctor—. Ha sido usted un roto callejero y obrera de fábrica. ¿Qué le parece si me despide como un caballero de la más alta aristocracia?

El muchacho me acercó una esquila de papel perlado que tomé entre mis manos.

—¡Uy, Víctor! No logro leer nada en esta oscuridad.

Y en ese preciso instante se encendió sobre nosotros un farol.

—¿Ve? Las coincidencias no existen. Ahora no le queda más opción que acompañarme al convite.

—Es usted un tramposo, señor Viviani. Un... un...

—¡Tramposo, tramposo, tramposo!

—Gracias, Eulalio. ¡Sei un baro, un traidor, Víctor!

El acusado no arguyó defensa alguna, entretenido como estaba en arreglarme el bigotín.

—Dime, Eulalio, ¿acaso no estila Pancracio una facha de un millón de pesos?

—Certamente, mi caro Víctor, pero el nombre... ¡típico de un granujilla!

—¡Oh, cuánta razón guarda, tío Eulalio! Clementina, preste atención...

—¡Que me llamo Luisa! —reclamé, mientras me abrochaba las colleras en los puños.

—¡Nada de Luisa ni Pancracio! Esta noche usted será... Ettore Rognoni —sentenció Víctor—. Por favor, mírese al espejo.

Dudé un momento antes de acercarme al cristal, pues no estaba muy segura de lo que iba a encontrarme. Me aproximé con cierta timidez y observé mi reflejo con dulce complacencia. Ante mí, un elegante joven —vestido de esmoquin impecable de solapas en raso, pajarita en camisa blanca sobre botones negros, colleras de plata y zapatos de charol— me devolvía la mirada. Con tal acierto se lucía mi disfraz que yo misma quedé sorprendida del hombre que me devolvía la mirada.

—¡Meraviglioso! —confirmó Eulalio con las palmas.

—Víctor, no deja de sorprenderme su talento para dejarme convertida en un distinguido caballero —dije mientras me calzaba el sombrero de copa—. El disfraz de Pancracio era buenísimo, pero este... ¡deslumbró!

Mi amigo, a quien no le faltaba el aplomo, se mostro algo desconcertado. Su usual sonrisa tardó en aparecer.

—Aun así no le perdono que me haya invitado solo porque detesta estos convites sociales... ¡Truffatore! —declaré orgullosa.

—¿Quién le ha dicho eso? —inquirió él.

—¡Io! —confesó muy campante el viejo italiano que llegaba de la cocina con un café en la mano.

—Nos está invitando Salvador Izquierdo Sanfuentes. ¿Cómo decirle que no al mismísimo presidente del Club de la Unión? —comentó Víctor, mientras colocaba una rosa en mi solapa—. ¡Qué distinguido se ve en su traje de esmoquin, señor Rognoni!

¡Y cuánta razón tenía! ¡Mi viril estampa no dejaba de sorprenderme!

Cuando el reloj marcó las nueve nos subimos a un elegante carruaje Daimler para nuestro cortísimo viaje a calle Bandera número 31, esquina Huérfanos, donde se emplazaba la mansión que servía como la cuarta sede del afamado club que tanto odiaba mi madre.

—¡Bah! ¡A esa mujer nada le gusta! —murmuré para mí misma en un

reclamo que nadie escuchó.

Esa noche entendí por qué mis amigos se habían molestado tanto en hacerse de un auto tan distinguido cuando vivían a solo unas cuantas cuadras del lugar. Era menester, si no un mandamiento, el hacer gala del lujo propio de la elite y «en estos tiempos un hombre sin fortuna no hace papel», como dicen por ahí.

—Eulalio y Víctor Viviani, ¡bienvenidos! —exclamó un hombre que salió a nuestro encuentro.

—Don Salvador, déjeme presentarle a Ettore Rognoni, empresario italiano que está de visita por nuestro país.

Estiré la mano para que fuera besada, pero logré girarla a tiempo para el tan tradicional saludo entre varones.

—Un piacere conocerlo, señor... Ira... ¡Izquierdo!

—El señor Rognoni no domina mucho el español, pero lo compensa con los millones que tiene para invertir —indicó Víctor y la risa se instaló en el grupo.

—Por favor, adelante, caballeros. Sean muy bienvenidos.

Hicimos un instante de pose para las sociales de la revista Sucesos y el presidente se disculpó para seguir atendiendo a los invitados que iban llegando a la propiedad de la familia Goyenechea que, según me explicó Víctor, fue cedida para reemplazar la antigua sede del club que fue consumida por el incendio.

—Ettore, este pequeño festejo homenajea a los arquitectos que se presentaron al concurso oficial para el diseño de la nueva sede. Esa que se levantará en la Alameda de las Delicias —me contó mi amigo justo antes de ingresar al salón principal.

Los dulces acordes del «Vals del emperador» flotaban en el aire, otorgando grata compañía a los flamantes contertulios que asistían al evento. Bandejas con champaña, ostras y caviar hacían gala en las manos de

hábilis mayordomos que se paseaban entre los grupos de invitados que las asaltaban con discreción y disimulado apetito.

—Ettore, te presento a don Luis Orrego Luco, reconocido político y escritor...

—¡Don Luis! —exclamé, interrumpiendo sin escrúpulos—. Déjeme expresar le mi más profunda admiración. Casa grande es una de mis obras favoritas y Gabriela, ¡oh, don Luis!, ¿cómo no sentirse identificado con tan magnífico personaje?

Un tanto incómodo por mi entusiasmo, el caballero de reluciente calvicie respondió a mis elogios:

—Me asombra sobremanera su fuerte sensibilidad femenina.

—Es que... tengo muchas hermanas —atiné a decir, mientras Víctor inventaba una excusa para sacarme de ahí.

—Clementina, tiene que ser más cuidadosa —susurró el joven a mi oído—. Recuerde que ahora es usted un hombre... y uno muy guapo, por lo demás.

Antes de que pudiera responder, fui arrastrada con un sutil empujón al único grupo de mujeres presente en el convite. Víctor me guiñó un ojo y me dejó a sola con ellas.

—Buona notte, señoras. Ettore Rognoni para servir las —dije, haciendo una leve reverencia.

Mi presentación no pasó desapercibida y levantó risitas nerviosas en las féminas presentes en la velada. No había que ser un gran observador para notar que ellas eran el invitado non grato del club. Recluidas cerca de la chimenea, las mujeres conversaban en susurros y reían con mesura para molestar lo menos posible a los hombres que las rodeaban.

«¿De qué familia procede?», «¿A qué negocios se dedica?», «¿Qué edad tiene?», «¿Le resulta placentero trabajar?» fueron algunas de las tantas preguntas que hicieron, cada vez más confiadas en mi compañía. Por el tenor de sus consultas, pronto pude confirmar que las damas eran fieles

lectoras de revistas femeninas, especialmente adeptas a los artículos dedicados a la caza de un buen marido.

—Señor Rognoni, le presento a mi hija Eufemia Larrea Rossel —interrumpió una señora de amplia cintura y pecho generoso que me sonrió desde que mencioné la herencia que me esperaba en Roma.

—Dicen por ahí que la mejor esposa es hija de la mejor madre —declaré, generando más de un suspiro en la concurrencia. ¡Tenía que confesarlo! Enfundada en mi disfraz de hombre pudiente, lamenté el inmenso poder que me concedían esas mujeres que revoloteaban las pestañas en busca de mi favor.

Al avanzar la conversación me tocó a mí hacer preguntas, pero me llevé más de una decepción. ¡Ni estudios, ni trabajos, ni sueños! La vocación de esas señoras solo tenía un único fin: conseguir marido y engendrar niños. Y con sus comentarios contra otras mujeres, las pobrecitas no se daban cuenta de que no hacían más que mofarse de la cruz que después ellas cargarían sobre sus propias espaldas.

—El otro día leí que la famosa actriz Milla Sorel se gastaba nada menos que 150.000 francos en su toilette —informó Margarita Arteaga.

—¡Y pensar que con esa renta podrían vivir muchas feas! —dijo su amiga Elisa, quien justamente no gozaba de belleza alguna.

—Para las mujeres que nos encontramos en posición elevada, el dinero es condición natural para el gozo de la vida y el respeto de nuestros pares —apoyó su compañera.

—¡Señoras! —interrumpí—. No es el dinero condición alguna para que una mujer sea respetada. No estoy de acuerdo con ustedes cuando dicen que la virtud sin poder económico es un mueble inútil —expuse, mas solo obtuve unas cuantas sonrisas benevolentes.

Por el rabillo del ojo divisé a Víctor acercándose y supe que la tertulia había llegado a su fin.

—Disculpen, queridas mías, pero tengo que hablar algunos asuntos con Ettore en privado.

—¡Ay, Víctor! Devuélvalo luego, ¿sí? —solicitó una de mis nuevas amigas, Demófila Saavedra.

—Lo vamos a estar esperando, Ettore —declaró mi futura suegra, Ana María Rossel de Larrea.

Con Víctor cruzamos el salón iluminado por una exquisita lámpara de lágrimas, siempre con el cuidado de no pisar a los ilustres que participaban de la velada. Después de un par de apretones de mano y presentaciones varias, logramos un poco de intimidad en un ventanal apartado de la concurrencia.

—Clementina, ¿me ayuda a encontrar a Eulalio? Es que el hombre se pone sensible con cada viaje mío y le da por beber más de la cuenta. No me extrañaría que se haya resguardado por ahí, buscando consuelo en el alcohol.

—¡Por supuesto! ¡Ahora mismo voy tras él! —me apresuré a contestar.

—¡Pero!... Antes que empecemos la búsqueda, concédame unos momentos para entregarle un pequeño presente —solicitó mi compañero, depositando en mis manos un hermoso paquetito envuelto en papel de seda—. Prométame que lo abriré luego de mi partida —solicitó risueño.

Traté de que la alegría no se me notara tanto y guardé con gran delicadeza la cajita en mi bolsillo.

—Pues yo también le tengo reservado un presente —dije segura y saqué una carta que tenía guardada—. ¡Para usted!

—Pero, Clementina, ¿otra carta de amor? —expresó, muy serio—. No puedo aceptarla.

El rotundo rechazo me dejó un tanto turbada, pero preferí no prestarle mayor atención y tomarlo como una broma.

—¿Es que acaso se va a hacer cura?

Él no pudo evitar echar afuera una carcajada y eso me alegró el alma.

—No, nada de eso, pero puedo decirle que, al igual que un sacerdote, estoy destinado a una vida solitaria.

—¿Cómo así?

—Es el precio de una libertad de la que no me arrepiento. Algún día le contaré.

Un atisbo de tristeza se asomó por su rostro.

—Bueno, iesta carta que le entrego es diferente a la anterior! En nuestro primer encuentro, me recriminó usted mi amor infantil porque apenas le conocía. Pues bien, con el pasar de los meses he conocido a una maravillosa persona, con virtudes y defectos. Esta carta es sobre usted y mi profunda gratitud por todo lo que ha hecho por esta Luisa —estiré las manos y el mensaje contenido en ellas—. Ya pue', recíballo, que me va a entrar la vergüenza.

El joven recibió la carta y la guardó en el interior de su terno, «cerquita del corazón», como aclaró él mismo.

—Gracias —dijo, guiñándome un ojo.

Sonreí de vuelta solo para olvidar el temblor de mis cañuelas. Balbuceé:

—Eulalio... no nos olvidemos del viejo. Yo reviso el patio y usted en los baños y el salón —agregué.

Dada la orden, salimos prestos a la búsqueda del italiano. Me dirigí al patio interior, tan concurrido como el salón principal. Unas farolas chinescas otorgaban un cálido fulgor a los invitados, pero no eran muy eficaces para descubrir los rostros que se amparaban bajo su luz y las humaredas que nacían de sus habanos. El repentino contacto con el frío también hizo lo suyo, provocando un efecto singular en el Vermouth que corría por mis

venas. Muy a mi pesar, tuve que parar la marcha a la espera del equilibrio perdido.

—¿Y Ramón Santa María todavía no regresa de Europa?

—Hace poco ha enviado un telegrama al Club, avisando que llegará con el mes de octubre acompañado de su familia y el señor Pedro Echeverría.

—¡Ah, cristiano! Cómo dice el refrán: «El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija».

Los contertulios rieron de buena gana, entre brindis y bocanadas de humo. Movida por la curiosidad, me hice un espacio entre los señores, como si siempre hubiera sido parte del grupo.

—¿Y ya hay fecha para el casorio? —preguntó un gordo de bisoné rebelde, pero nadie le contestó.

—¿Sabían ustedes que Echeverría aventaja a la niña Santa María por más de veinte años? ¡Vaya tino el del padre al esposar a su hija con un viejo! —reclamó un hombre y varios asintieron dándole la razón.

—Ah, pero ya sabe usted que nuestro Ramoncito guarda curiosa relación con las mujeres. No duda en casar a su hija con un anciano y tampoco...

Volvieron las risas ahogadas en miradas cómplices.

—Tirar una canita al aire... —dijo otro.

—¡Buscando consuelo con sus criadas! —concluyó un pelafustán de barbas espesas.

Las risas volvieron a brotar de esos dientes amarillentos.

—¡Qué asco! —manifesté para acabar con el jolgorio—. ¡No sé qué debería darles más vergüenza, caballeros! ¡Si la descarada infidelidad del señor Santa María o el abuso de poder que ejerce sobre sus empleadas!

No esperé respuesta y les di la espalda a la sarta de hombres inescrupulosos, sintiendo cómo las entrañas se me revolvían ante la oscura

revelación que llegaba a mis oídos.

¿Se habrá metido mi padre con mi querida Petronila? ¿O con Carmela? Di unos cuantos pasos y me flaquearon las piernas, ya sin fuerza. Tuve que parar y buscar amparo en un banco, desde donde le dediqué a don Ramón todos los insultos que me sabía.

—Maldito... dejaré tu hogar y me llevaré a mi Petronila apenas pueda.

Hecha la promesa, me sentí un poco mejor, mas las sorpresas no habían acabado para esa noche.

—¡Salute, salute!

De pronto reconocí el sonsonete de Eulalio, quien se encontraba escondido en una mesita dispuesta en la cocina. Cuando llegué junto a él, el personal de servicio me confirmó que el viejo ya iba por su tercer whisky, el que se echaba al cuerpo entre lagrimón y lagrimón.

—¡Pero, Eulalio! ¿Qué hace ahí?

—¡Qué sabes tú, ragazzo!

—¿Cómo que qué sé yo? —respondí un tanto dolida—. Cuénteme mejor qué lo tiene tan triste.

—Mi Luisa... ¡mi Luisa!

Al escuchar mi nombre, creí prudente aproximarme al italiano que ya estaba hablando más de la cuenta. Lo rodeé con mi brazo en cariñoso gesto, susurrándole al oído.

—Amigo mío, recuerde que esta noche soy Ettore Rognoni.

La solicitud solo exacerbó los ánimos del viejo, que de un puro manotón me corrió de su lado. La servidumbre, incómoda, siguió en sus labores sin atreverse a intervenir.

—¡No entiendo! ¿Por qué me hace esto, mi Luisa? ¿Por qué me deja solo?

—Eulalio —insistí calmadamente—. Que yo no lo voy a dejar solo.

—¿Qué hace este vecchio sin su Luisa?!

Esa noche el anciano lloraba sin parar y mi consuelo parecía alterarlo más.

—¡Le insisto, yo me quedo con usted! —espeté, levantándome de la mesa mientras me hacía de la botella que se estaba bebiendo el viejo—. ¡Con usted, aquí en Santiago!

Impotente, al verse privado de su alcohol, el hombre lanzó una copa a mis pies, haciéndome retroceder hacia la puerta. Luego me dedicó una mirada furiosa, mezclada de rabia y dolor, con un mensaje no lograba descifrar. ¿Por qué insistía en llamarme si luego me trataba de esa forma?

Hicimos un breve pacto de silencio, cada uno desde su trinchera, que se terminó cuando el viejo exclamó, una vez más:

—¡Luisa!

Entonces, sentí las manos de Víctor, conteniéndome por la espalda.

—Eulalio, ¿qué es todo este escándalo? —exclamó el joven mientras se iba acercando a su pariente—. ¿Cómo se le ocurre tomar tanto?

El italiano se abalanzó sobre su sobrino como si se le fuera la vida en eso.

—No me dejes... —susurró el viejo entre sollozos que llegaron directo a mis oídos.

—Tranquilo, viejo querido —insistió Víctor.

Retrocedí unos pasos. De pronto un intenso escalofrío me recorrió el espinazo y, al faltarme el aire, me apoyé en el marco de la puerta.

—Es solo un viaje, un corto viaje...

Contemplé a Víctor consolando a su tío y mis ojos se clavaron en su rostro. Ese que lucía un cutis de porcelana, el que siempre creí tan bien afeitado por no mostrar vello alguno.

—Ettore, ¿se encuentra bien?

Ante el llamado de mi amigo, busqué mi reflejo en uno de los tantos cristales de la cocina. Estaba pálida, compararme con un papel hubiera sido decir poco.

—¡Eulalio, mire lo que ha hecho con su arrebato! ¡Tiene a Ettore con el alma en un hilo!

Las piernas no respondieron a la orden de retirada que clamaba en mi interior. Víctor se aproximó hacia mí y me dio ánimo con varios palmoteos en la espalda. Al tocarnos, no pude evitar sentir sobre su pecho un armazón de tela.

—¿Se encuentra bien?

Quería llorar. Quería salir corriendo de ahí.

—¿Luisa?

Levanté el rostro por reflejo y me encontré con la desesperación de Víctor impresa en sus ojos.

—Mi padre... me he enterado de cosas horribles... ha sido demasiado para mí. Quiero irme a mi casa —declaré, por fin.

El joven respiró aliviado y asintió a mi solicitud. A esas alturas, Eulalio ya se encontraba plácidamente dormido sobre la mesa, sin la menor conciencia de la trifulca que había causado.

Fue así como terminó nuestra velada en el Club de la Unión. Nos marchamos por la puerta de atrás, sin despedirnos de nadie. No hubo palabras en todo el trayecto hasta que llegamos a la calle Compañía, donde Petronila salió a mi recibimiento.

—Prométame que hablaremos mañana —solicitó Víctor antes de irse.

—¿Me va a decir qué le pasa? —demandó la Petro.

Decliné a ambas solicitudes negando con la cabeza, sin detener el paso hasta llegar a mi habitación. Cerré la puerta tras de mí, me desplomé en el

piso y lloré, por fin, por horas, hasta que se me acabaron las lágrimas.

«Oh, mi querida... Clementina», pronuncié en voz alta.

Reconocí inmediatamente la melodía. Del regalo guardado en mi bolsillo, emanaron una tristes notas que corroboraron una vez más mi peor pesadilla. Era el mensaje de amor de quien sabía que no podía tenerme. De quien sufría pronunciando mi nombre porque le recordaba al suyo.

En apenas un susurro, me aferré a la cajita de música y canté:

—Te he perdido y te has ido para siempre... Lo siento mucho, Clementina.

Capítulo 16

Fui una cobarde, lo confieso y, como las cucarachas que corren atemorizadas de los rayos del sol, me refugié en mi habitación apenas escuché la voz de Víctor Viviani desde el primer piso. Sería cosa de las once de la mañana cuando hizo acto de presencia en las puertas del hogar Santa María —tal como lo había prometido—, pero me negué a verlo.

¿Y si lo miro y encuentro en su rostro a otra persona?, pensé.

La sola idea me revolvió el estómago, así que me aferré a la almohada y mandé el recado con Carmelita argumentando enfermedad. Sin embargo, testarudo como era, Víctor no se dio por vencido. En tono fuerte y decidido, habló para que lo oyera desde mi trinchera:

—Entonces, Carmelita, no me queda más opción que quedarme a almorzar.

Por supuesto, las criadas quedaron encantadas de recibirlo, agasajándolo con una mesa llena de manjares. Pero para mí, ¡ini una hogaza de pan! Petronila, confabulada con el intruso, no me compartió vianda durante las horas que duró la visita, exhortándome a bajar «si tanto deseaba el alimento», cosa que por supuesto no hice.

Pero cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde al joven italiano no le quedó más que resignarse a partir.

—Le escribiré apenas llegue a Buenos Aires, aunque sé que no me responderá —dijo apoyado en la puerta que nos separaba—. Nos vemos pronto, Clementina. Que Dios la proteja.

Unas lágrimas silenciosas se asomaron por mi rostro.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué me hace esto? ¡Y justo ahora que todo parecía tan bien! —mascullé, entre sollozos.

Seguía sin poder creerlo.

Me había enamorado de una mujer y cada fibra de mi ser se retorció de dolor al recordarlo. Me sentía traicionada hasta lo indecible por un afecto

que atentaba contra toda moral. Así permanecí encerrada varios días a modo de triste condena.

«Ese joven de cabellera rizada, ¿es conocido suyo? Se dio vuelta a mirarla cuando la llamé por su nombre». Recordé.

Me tapé los oídos inútilmente, sabiendo que no se puede acallar lo que se grita por dentro.

«Alguna vez tuve una hermana, muy parecida a usted. Inteligente, noble y con un montón de sueños que no pudo cumplir».

Una y otra vez, volvían las señales que negué por tanto tiempo.

«Esta foto se tomó justamente para su aniversario número dieciséis. ¿Qué distinto se ve ahí, verdad?».

Era la cruel venganza de mi memoria.

«Estoy destinado a una vida solitaria. Es el precio de una libertad de la que no me arrepiento. Algún día le contaré».

Cuando ya no pude más, escapé de mis cuatro paredes y busqué consuelo en la casa de Dios, deseosa de liberar el secreto que me quemaba por dentro. Pensé: como grande es el pecado, grande tiene que ser el templo que sea capaz de absolverlo.

—Ya pue', va entrar a la Catedral, ¿o no? Tanto que insistió que la acompañara pa' acá.

Asentí a Petronila con sonrisa ligera. Solo frente a las imponentes puertas de la colosal iglesia, tomé conciencia de mi osado atrevimiento. ¿Perdonaría el Santísimo los afectos de esta pecadora hacia otra mujer? ¿Cerraría las puertas del cielo a un corazón que se desangra por quien atenta contra las buenas costumbres?

El amor de Dios Misericordioso no tiene ni principio ni fin, subrayé para darme fuerzas.

—Entremos, Petronila.

Sin embargo, parecía que yo estaba marcada por la mala suerte. No hice más que poner un pie en el santo recinto para que el órgano me recibiera con la tétrica «Tocata y fuga en re menor» de Johann Sebastian Bach. ¡Oh, piedad! Estaba segura de que mi cuerpo prendería fuego por pecadora en cualquier instante. La mirada inquisidora de los santos enyesados, que me observaban desde los costados, cayó pesada sobre mis hombros y una ola de arrepentimiento me privó de toda energía. Y mientras el mundo giraba en mi cabeza, busqué descanso en los asientos aterciopelados de vibrante rojo.

—¡Ya me estoy saboreando los bigotes con las empanás que voy a hacer!

Miré a la Petro un tanto incrédula.

—¿Cómo dice?

—De las empanás pa' Fiestas Patrias —me dijo en un alegre susurro—. ¡Que no quea na' pa' celebrar!

Escucharla me hizo recuperar el aliento y, en agradecimiento por traerme de vuelta del infierno, le estampé un buen beso en las mejillas regordetas mientras la misa seguía su curso. Llegó el momento de recibir la hostia, el cuerpo de Cristo, que más me supo a veneno que a su divina presencia.

—Hija mía, no temáis. Reciben el perdón de sus pecados todas las almas arrepentidas que busquen el sacramento de la confesión.

Respondí con una sonrisa nerviosa y, girándome en mis pies, pensé:

Antes muerta que ventilarle mis secretos al cura y menos a uno que goza de fama de alcahuete.

Entonces, regresé junto a Petronila no solo con mis pecados intactos, sino también con un tremendo conflicto interior. Si para la Iglesia, Víctor estaba enfermo por su naturaleza, al quererlo, yo también lo estaba. ¡Ventilando mis pesares solo traicionaba a quien tanto había hecho por mí!

—¿Y usted? ¿Con quién pelea tanto que hace tanta morisqueta al aire?

—Conmigo misma, Petro.

Crucé las manos en actitud de rezo y llegó a mí otra revelación: ¿por qué me sentía traicionada? Víctor nunca me había dado falsas esperanzas, era yo la que se había enamorado.

—¿Y ahora se ríe la misiá?

—Discúlpeme, Petro —susurré—. Me río de mis desgracias.

Desconcertada, la criada levantó una ceja.

—Cabra pa' lesa.

—Guarda toda la razón.

Solté un suspiro resignado. Había que ser muy mensa para sufrir así por un amor no correspondido.

Apenas terminó la santa tertulia, salí con paso ligero del recinto. Iluminada por un sol de modales tímidos,iqué dulce me pareció la vida por un instante! Como si el Dios que estaba buscando, hubiera estado siempre conmigo. Sentí su fuerza como un magnífico regalo y pronto entendí el motivo del presente. A las afueras de la Catedral, me esperaba Eulalio.

—¡La mía bellísima, Luisa! Esperé por días encontrarla por plaza Brasil, ipero una intuizione mía me dijo que buscaba en la plaza equivocada!

El viejo se largó a reír, con ese vozarrón de tenor digno del Municipal, aunque no le sirvió para ocultar la tristeza que le caía pesada por la espalda. A todas luces mi amigo lucía mal semblante.

—¿Luisa, podría hablar unas parole con usted a solas?

No dudé en aceptar la solicitud y nos acomodamos en un banquito muy cerca de la Catedral. Para mi gusto, un tanto expuestos a los chismes de la gente.

— Mientras tanto, yo aprovecho de vitrinear —nos dijo la Petro, desapareciendo en el acto.

Pasaron por nuestro lado unos niños jugando al aro y supe reconocer entre ellos al canillita que tiempo atrás había querido engañarme con revistas viejas.

— Esa noche... en el Club de la Unión... le levanté la mano, le grite. Ti prego, perdone a este viejo, Luisa —me dijo Eulalio con la cabeza gacha.

Si había algo que me rompía el corazón era ver llorar a mi amigo. Al primer asomo de lágrima, corrí presta a ofrecerle pañuelo.

— Eulalio, no se preocupe. No hace faltan las disculpas.

— Perdóneme, per favore —insistió el viejo—. Los viajes me ponen mal. Víctor es lo único que me queda de la mia famiglia.

La mención al joven ausente me ensombreció el rostro. Un tanto turbada, esboqué una tibia sonrisa, dejando que la mirada se me perdiera en el grupo de señoras que buscaban fondos para los niños huérfanos.

— Usted sabe, ¿verdad?

Sentí una punzada al escuchar la afirmación de la boca del viejo. Con la vista clavada en el horizonte, me abandonó la compasión y empuñé sablazo sobre el elefante que estaba en el salón.

— ¿Por qué usurpó la identidad de su hermano muerto? —pregunté.

Silencio.

— ¿Por qué se esconde en ropas de varón?

El viejo negó con la cabeza.

— ¡Que no se esconde!

— ¡Entonces, se disfraza! —rebatí implacable, mas solo recibí sollozos.

— Ti prego, Luisa. No digas nada. ¡No reveles el secreto de mi Víctor!

Arrepentida de mi crueldad, me largué a llorar.

— Eulalio, mi muy querido amigo, a pesar de sus rechazos, ¡creí que él me quería!

— ¡Y la quiere! — dijo el viejo tomando mis manos entre las suyas—. Pero per favore, no diga nada. ¡Prométamelo!

— Se lo prometo, viejo, ise lo juro!

Cerramos el pacto con un abrazo bañado en lágrimas que no pasó desapercibido para los transeúntes. ¡Cómo sería que hasta a la Petro le llegaron los chismes y nos hizo entrar en razón sobre el espectáculo ofrecido! El furtivo encuentro terminó repentinamente para los dos, caminando cada uno por rumbos separados.

— ¡Menos mal que sus papás andan toavía en las Europas! —me recriminó la Petro, colorada de vergüenza.

Yo, que buscaba alivio a mis tormentos, volví al hogar con un ánimo peor del con que había salido. Desde entonces, reservé mis palabras apenas para las expresiones cotidianas y me sumí en un profundo silencio, amparada en los afectos de mis criadas y mi abuela. Lo de Víctor era un tema prohibido y, al no poder hablar, me empeñé en recordar lo poco que sabía sobre la gente de naturaleza «distinta».

Un día, mientras ayudaba a las muchachas en la cocina con los preparativos de Fiestas Patrias, me asaltó un recuerdo de cuando tenía catorce años. Era la época del liceo, una fría mañana de abril, donde la Elvira Pinto nos mostró a escondidas una instantánea de dos mujeres que se besaban con intensa pasión. «A esa que hace de hombre se le llama invertida», explicó, apuntando a la más alta y de cabello tomado. Mi grupo y yo soltamos risitas nerviosas, pero nadie se atrevió a preguntarle de dónde había sacado la imagen y por qué sabía tanto. Ese episodio despertó en todas el más curioso recelo y, como nunca, empezamos a hablar de

niños con más vehemencia, para reafirmar frente al resto lo normales que éramos.

Pasaron las jornadas, llegó la celebración de Fiestas Patrias y, aprovechando la ausencia de Javier que andaba en Chillán, despaché a todas las criadas con unos pesos para que salieran a celebrar en mi nombre. Por otra parte los telegramas de Víctor comenzaron a acumularse, pero me negué a saber de él. ¡Ni siquiera tenía el valor para mirar su foto!

Una tarde entré al despacho de mi padre y, por pura tincada, me escondí bajo la mesa. Entonces recordé que alguna vez había hecho lo mismo para escuchar la conversación que entablaba con su grupo de amigos durante una junta de domingo. Justo en dicha ocasión hablaban los señores de un connotado escritor, Ignacio Rebolledo creo que era el nombre, al que acusaban de «maricón».

Era la primera vez que escuchaba esa palabra, pero jamás pude olvidar el revuelo que causaba en los presentes. Con solo siete años, aprendí que el apelativo era lo peor que le podían decir a un varón, el que dejaba de ser un «hombre de verdad», y se volvía un traidor, por conductas tan reprochables que los contertulios no eran capaces de describirlas sin recurrir a juegos de palabras como «fabricante de roscas y tortillas», o «aficionado a tocar la gaita». Era niña y escuchar esa sarta de trabalenguas me causaba la mayor gracia. A los presentes, también. Pero la alegría se evaporaba luego y la conversación volvía a tomar tintes dramáticos sobre el escritor que desprestigiaba el honor, la decencia y la urbanidad de la gente de bien. «Esas conductas son propias de las clases inferiores. No entiendo cómo el señor Rebolledo se presta para esos rumores», exclamó un hombre de voz ronca. «Ser chileno es ser viril. Lo mejor es que ese fulano se vaya a Europa», agregó mi padre.

—Luisa... Luisa... ¡Luisa Clementina! —me llamaban.

—Ah, disculpe, abuela.

—¿Va a repartir las cartas, o no?

—Sí, voy ligera.

Mi abuela me quedó mirando con cara curiosa y de sopetón me dijo:

—Acuérdese lo que le comenté sobre los prejuicios.

Me puse colorada como un tomate, dejándome en clara evidencia. ¿Es que acaso esta señora podía leer la mente?

—Anda bien corta de palabra y llorando por los rincones —me recriminó.

—Son ideas tuyas.

—Seré vieja, pero no tonta.

Continuamos el juego, sin intercambiar palabra. Se notaba a leguas que mi abuela quería que tomara la iniciativa. Evoqué en mi auxilio el famoso refrán persa: «Si dejas escapar una palabra, serás su esclavo; si la guardas, serás tú el que la domine» y eso encrespó los nervios de la anciana. Ya se lo había prometido a Eulalio: el secreto de Víctor no debía ser revelado.

¡Qué lastima que en todo el manual de doña María Isabel no hubiera mención alguna sobre amores entre congéneres del sexo bello!

—Ah, ¿sabe qué más? —exclamó sin aviso la señora—. Vaya y resuelva sus inquietudes con su hermana Clara.

—¡¿Cómo dice?!

—Pregúntele a Petronila. Y ahora déjeme sola que quiero dormir.

Dicho y hecho, mi abuela cerró los ojos para dar por acabada la función. Ni le importó terminar nuestro juego ni darme la espalda para alejarme de sus ronquidos. Me quedé con la escala real en la mano y regresé a mi habitación con la victoria frustrada.

¡Pero, oh, gran sorpresa me llevé por la coincidencia! Hurgando las gavetas de mi clóset, mi querida mamá guardaba la ropa recién planchada. El momento había llegado.

—Petronila, ¿puedo intercambiar unas palabritas con usted?

—Sí, pue'.

—Entonces, véngase pa' cá.

Di unas palmaditas a la colcha, invitando a la mujer a tomar asiento sobre la cama. Acató la orden con cierto recelo, el que supe disipar con la caja de bombones que me había mandado mi hermano Camilo.

—Tome, para amenizar la cháchara.

—¡Usted no da puntá sin hilo, oiga!

—Petro, para lo que tengo que preguntarle, nos vamos a quedar cortas de azúcar.

—¡No embrome, pue!

Lo de Clara era un asunto delicado, sin duda, pero lo revelado en el Club de la Unión me causaba una pena aún mayor. Cuando me aseguré de cumplir la cuota de al menos cinco chocolates para mí, y siete para la Petro, me decidí a hablar.

—Petro, ese día en que acompañé a Víctor y Eulalia al Club de la Unión...

—¿Ese día que me llegó tan descompuesta que se largó a llorar por días?

—Pues, ese mismo... —confirmé avergonzada. Y me quedé callada otra vez.

—¡Se da más vueltas que una pirinola, iñorita!

Con sus aventones, ya sabía yo que la Petro buscaba sacarme una sonrisa. En cambio, la pobre mujer solo recibió mis lágrimas.

—Ese noche llegaron a mis oídos horribles rumores sobre mi padre... —comenté finalmente.

—¿Y qué le dijeron?

—Que él le faltaba el respeto a sus criadas. ¿Es así, Petro? ¿Cometió tal ilícito con usted?

La robusta mujer de ojitos negros vació todo el aire que tenía guardado en un suspiro lento y pesado. Asintió sin decir palabra y entonces yo rompí en improperios para el susodicho.

—¡Infame, desgraciado, puerco!

Estaba furiosa y cada fibra de mi ser vibraba con odio hacia mi progenitor.

—¡Me avergüenzo de llevar el apellido de los Santa María!

—Mi niña, no se sulfure tanto... —dijo, tomando mi mano tiernamente.

¡No podía creerlo! Quien había sufrido la afrenta era quien me consolaba cuando tendría que ser al revés.

—Perdóneme mi incorrección, Petronila. No he podido contenerme. ¡El solo pensar lo que le hizo mi padre me vuelve loca!

La criada meneó la cabeza resignada.

—La misía todavía está muy chica pa' entender. Cuando a los hombres les agujiona la carne, necesitan desahogarse en su apetito.

Esperó un momento antes de añadir:

—Soy solo una sirvienta, ¿qué se le va a hacer?

De la pura impotencia, solté un grito rabioso.

—¡No, no y no!

La Petro me quedó mirando con ojos de asombro.

—Espérese no más. Apenas amase unos ahorros, me la llevo a vivir conmigo. ¿Lo haría, Petro? ¿Se vendría con su Luisa? —pregunté decidida, mientras daba vueltas en círculos frente a ella.

—A usted, mi niña, la sigo hasta Los Andes incluso.

—Es que... insisto... ¡Nada en este mundo justifica que le falten el respeto así! —exclamé en jadeo vigoroso—. ¡Víctor jamás...!

No sabiendo cómo expresarme en lo que concernía al joven, me precipité con la segunda materia a tratar con la criada. Y sin más, pregunté:

—Petronila Muñoz, le ruego me indique el domicilio de mi hermana Clara.

De la pura sorpresa, la mujer casi se ahoga en su propia saliva.

—Pero... pero ¿para qué la necesita?

—¡Ajá! —exclamé con dedo acusador—. ¡Así que no me niega que cuenta con dicha información!

La inculpada levantó los hombros, dándome la razón. Fue así como me enteré de que Clara vivía hace años en San Bernardo y que una vez al año, específicamente para las fiestas de Pascua, mi madre mandaba a la Petro a escondidas con regalos y alimentos para su primogénita.

—¿Y por qué no me lo dijo antes? —pregunté con orgullo herido.

—Su madre amenazó con matarme si abría la boca, y usted sabe que la doña no es de palabra ligera.

Reflexioné unos segundos y le concedí la razón.

—¡Está decidido! ¡Mañana mismo tomo un tren para San Bernardo! —añadí decidida.

—¿Y está mala de la caeza, usté? ¡Ni loca la dejo ir sola!

—Entonces, no le queda otra opción que acompañarme —dije con las mismas palabras que Víctor había usado conmigo.

La mujer se rio sin más y apuró el paso hacia la puerta, mientras yo le insistía que saldríamos tempranito por la mañana.

—Chiquilla, solo una cosa no más le digo: no se me vaya a asustar con lo que encuentre.

Y cerró la puerta.

Capítulo 17

El sonido de una sirena despertó a la Petro, justo cuando el tren pasaba por la fachada de arcos de la Maestranza de San Bernardo.

—Ah, ya estamos por llegar... —balbuceó la señora, recomponiendo el peinado que una larga siesta había convertido en un nido de pájaros. Medio recostada en el asiento y todavía sumergida en el sopor que le provocaba el vaivén, observé a la mujer limpiarse las babas sin disimulo, a la vez que embetunaba vigorosamente las presas en agua de colonia. Tal era el retrato sereno de mi acompañante que, sin quererlo, le hacía sombra a mi fisonomía de ánimos crispados y mejillas hundidas por la ansiedad. ¡Las dos caras de la misma moneda para un viaje de solo veinte minutos!

No obstante, la criada guardaba toda la razón. Tras unos breves instantes, el característico castañeteo de los rieles fue apagándose y por nuestros cristales se desplegó la pequeña, pero elegante estación de arcos en madera ornamentada que daba la bienvenida a San Bernardo.

Nos bajamos ante la mirada atenta de los paisanos que retozaban confortables en los escaños, al agüaite de parientes y visitas. Circulaban con paso indolente un choclón de vendedores ambulantes que ofrecían sus delicias a grito pelado, subiendo y bajando de los vagones.

—Es por aquí cerca, en la calle Covadonga —dijo la Petro, acomodándose bajo el brazo las cestas con comida—. No me sé la numeración, pero sé llegar.

El día era delicioso; el azul intenso del cielo alegraba los ojos y aliviaba nuestros pechos una fresca brisa primaveral. Avanzamos sin prisa bajo la bóveda ensombrecida que ofrecían los árboles, saliéndonos al encuentro un buen número de casas señoriales, muy propias del siglo pasado, cuyos jardines perfumaban el ambiente con sus aromas. Seguro que por eso tantas familias pasaban su veraneo en la zona.

—¿Y mi madre ha ofrecido visita a Clara? —pregunté de la nada.

—No, nunca.

—¿Y mi padre?

—Para don Ramón, su hermana está muerta. Y por su bien, es mejor que la dejemos en ese estado —refunfuñó la criada, parando la marcha—. ¡Llegamos!

El aviso despertó un cosquilleo eléctrico que me recorrió de la cabeza a los pies. Frente a nosotras, una vivienda colonial de adobe nos recibió con la fragancia de los jazmines aferrados a las paredes blancas y las rejas oxidadas de las ventanas. De un solo piso, demarcado por tejas gruesas color carmesí, la morada tenía un toque femenino que no supe cómo justificar.

—Parece que no hay nadie —exclamó la Petro, después de tocar la puerta repetidas veces.

Como para exaltar aún más los nervios se nos instaló a nuestro lado un vendedor de leche de burra, hablador como ninguno. Se presentó como Diego González, oriundo de la zona, padre de tres hijos, todos de diferentes señoras.

Finalmente, y con dos litros de leche en nuestros haberes, el hombre retomó su camino y nos dejó tranquilas.

—Petronila, quédese aquí que ahora vuelvo.

Ese día estaba determinada en ver a mi hermana, y si eso implicaba saltarse el protocolo y la rejita que daba al patio interior, pues era lo que había que hacer. Dejé atrás a la Petro que ya se quejaba de los calores que le hinchaban los pies, y avancé a paso lento y silencioso, surcando el estrecho pasillo que daba al jardín. Mi pulso se aceleró al escuchar unas risas ahogadas en un paisaje de sábanas blancas que ondulaban en el viento.

—¿Vamos? ¿Ahora me va a decir que ya no me quiere?

La voz ronca de una mujer flirteaba con coquetería.

—¡Tantos años juntas y todavía me sigue molestando con esa pregunta!

Sin pensarlo me acerqué hasta donde provenían las voces. Estiré mi cuello detrás de una sábana perfumada y, ¡oh, sorpresa!, fui testigo de un beso dulce, feliz y apasionado entre dos mujeres. Estoy segura de que el tiempo se detuvo solo para la complacencia de mis ojos que jamás habían presenciado tan pura demostración de cariño.

Pero, pasado el embrujo, me entró un sonrojo furioso y salí disparada de ahí como una niña que escapa de su travesura. No había dado ni tres pasos y casi me di de bruces con la Petro que había salido a buscarme.

—¿Y qué hace con el echarpe todo desguañangado? ¿Y la cara tan colorá?

—¡Silencio, Petro! Volvámonos a la entrada que seguro ya nos atienden...

—¡Nah, ni qué volverse ni qué ocho cuartos!

Tomando ventaja de su superioridad corporal, la criada me hizo a un lado sin el menor esfuerzo, aventurándose a paso firme justamente donde estaban las amantes. Fue tonto, lo sé, pero me quedé paralizada en mi lugar, tapándome los ojos a la espera del chillido de la criada por la inmoralidad que se daba espacio entre las ropas del lavado.

—¡Mi Petronila! ¡Qué alegría verla! ¿Es que acaso se adelantó la fiesta de Pascua?

Tendría la cara tapada, pero la oreja la tenía bien puesta. Esa última era mi hermana.

—Ay, mi niña, no será Pascua, ¡pero le traigo el manso ni que regalo!

La emoción me embargó con el anuncio, haciendo que mis latidos cobraran la fuerza de una locomotora.

—¿Luisa, eres tú?

Había llegado el momento. Hecho el llamado, me giré en mis talones y contuve el aliento: ¡oh, Dios mío! ¡Ahí estaba ella! A pesar de sus cuarenta años, conservaba todavía un cuerpo esbelto y la negrura azabache de los cabellos. Las patas de gallo que se le asomaban al reír la hacían ver aún más encantadora, sin mermar ni una pizca sus ojos turquesa que cobraban aún más intensidad con el brillo de sus lágrimas.

—¡Luisa! ¡Mi Tita!

Me rendí. Contenida en los brazos de Clara, se esfumaron todos los rencores que me quedaban por los años de separación. No pude ni emitir sonido de la emoción que me embargaba, ni reprimir el gozo de sus besos y afectos. Solo me limité a agradecer a los cielos, una y otra vez, por el milagro de verla con vida frente a mí.

De modo suave y delicado, mi hermana dio un paso atrás para contemplarme.

—Mi Luisa Clementina, estás hecha toda una mujer ¡y tan hermosa!

Sonreí, anonadada del más cálido sentimiento: sus palabras venían del corazón. Ella me veía hermosa.

—Sea muy bienvenida, Luisa —saludó profusamente la chica de tono grave que había visto antes—. Ha pasado tanto tiempo que no sé si se acuerda de mí.

La acompañante de mi hermana tenía un aspecto familiar. De carita redonda y ojos almendrados, se enmarcaba su tez blanca en una frondosa cabellera negra, muy semejante a las princesas niponas.

—¿Jacinta Aldunate? —el nombre escapó de mis labios y las chicas se echaron a reír.

—¡Pues sí, me recuerda bien! ¡Y eso que, en ese entonces, apenas tenía seis años! —exclamó la mujer, pellizcándose las mejillas en gesto maternal.

—La señorita Jacinta pasaba metida en nuestra casa —agregó la Petro,

tranquila como agua de tanque—. Era uña y mugre con su hermana.

—¡Y lo seguimos siendo! —confirmó mi hermana, plantándole un sonoro beso en la frente a la susodicha. La criada soltó un suspiro y yo sonreí sin miedo a mis dientes chuecos. Acogida entre ese maravilloso grupo de mujeres, me sentí en mi hogar. Tal como ocurría en el 302 del Hotel de Francia.

—Y pues, ¿nos vamos a quedar todo el día aquí paradas? —dijo mi hermana, sacándome de mis cavilaciones—. Por favor, pasen a la casa. ¡El almuerzo está listo!

Era un hogar sencillo el de mi Clara. Una amplia habitación dividida en tres departamentos, el más amplio ocupado por la sala de recibo con una gran mesa de algarrobo y sillas de variadas naturalezas. Las paredes lisas estaban apenas adornadas por frescos de motivos florales y, sobre un piano de pared —el gran lujo de la mansión—, lucían unas ollitas perfumadas de las monjas y algunas instantáneas enmarcadas de ambas mujeres. En tamaño más grande, la de un grupo de niños de diferentes edades.

—Ese fue mi primer curso —me compartió Clara al verme tan interesada—. Imparto clases a los niños en una escolita. También doy clases particulares aquí en casa.

—¡Qué admirable, hermana!

Desde una esquina, Jacinta alimentaba el fuego de la cocina a leña que ya desprendía aromas de cazuela de pavo y pan recién amasado. Con un bastoncito de fierro, la mujer iba acomodando los discos de metal recién alimentados con leña, mientras la Petro sacaba los platos de greda que se guardaban en una alacena.

—Luisa, a su hermana la contactó Fidel Pinochet Le-Brun para invitarla a dar clases en el próximo liceo de calle Bulnes —declaró la chica que intercambió miradas de orgullo con Clara.

—¿Le-Brun? ¿Será hijo de doña Isabel? —pregunté intrigada.

—Lo es, hermana querida. ¿La conoce?

—Sí, por supuesto —dije, mientras ayudaba a poner los servicios en la mesa—. Fui alumna de su liceo hasta sexto de humanidades. Hace poco me presenté en sus aulas para rendir examen y así obtener el Bachiller de Filosofía y Humanidades que tenía pendiente. Es requisito para estudiar medicina en la Universidad de Chile.

El trajín de platos cesó por unos instantes. Las mujeres, sorprendidas, se miraron boquiabiertas.

—¡Pero, Luisa, la admirable es usted! —dijo Clara cuando recuperó el aliento—. Una mujer médico en la familia, ¡qué honor más grande!

—Salió igual de brillante que usted, mi Clara —afirmó Jacinta.

Tan fraterno apoyo despertó en mí una risa hilarante que casi pasa por descortesía. Realmente no estaba acostumbrada a que otras mujeres me admiraran por ese tipo de iniciativas.

—Lamento decepcionarlas, pero no me dio la cabeza para la universidad. ¡No me alcanzó el puntaje!

—¿Y se le quitaron las ganas de ayudar con la medicina? —preguntó Jacinta.

—No, para nada. Todo lo contrario, ¡me siento más inspirada que nunca!

—Mija —interrumpió la Petro—, ya siéntese que el plato está servido.

Pasamos a la mesa que se hizo chica con tanta comida. A excepción de la leche de burra, nos trajimos de Santiago dos botellas de vino tinto, jamón con espinaca, tortilla española y mousse de naranjas para acompañar el almuerzo. Se saciaron nuestro paladares a sus anchas, mientras entretenía a las mujeres con mis anécdotas. No me guardé detalle alguno: el trabajo en la fábrica, el encuentro con Eloísa Díaz y mi noche de rompecorazones en el Club de la Unión.

—Hermana, no creí que fuera tan osada. ¡Me tiene usted gratamente sorprendida!

—¡Me quitaría el sombrero ante usted si tuviera! —bromeó Jacinta

Ante los elogios de las mujeres, Petronila soltó un gruñido que supe interpretar en un instante: en todo el discurso, no había hecho mención de Víctor. Egoísta en créditos para mi amigo, continué con el parloteo.

—Lo he decidido: ¡me voy independizar!

—¿Y por qué tanto apuro, oiga? —interrumpió Petro.

—Me iré de la casa en octubre y buscaré ocupación. ¡Deseo una vida moderna!

Flaquearon un poco mis fuerzas ante la patente preocupación de mi madre postiza, pero no claudiqué en mis argumentos. Era una juego singular el que se daba entre las dos, teniendo a Clara y Jacinta como árbitros.

—Quiero ganar mi sustento. Quiero ayudar a la gente...

—¡El vendedor de leche de burra no era nada al lado suyo, oiga!

—Seguro necesitan gente en los hospitales... Si me ofrezco, no creo que se nieguen a recibirme.

—¿Y por qué no se viene a vivir con nosotras? —interrumpió Jacinta—. Yo trabajo como enfermera en el Hospital Parroquial y siempre estamos cortos de manos.

Como un resorte, salté de mi asiento.

—¿Habla en serio, Jacinta?

Las mujeres se rieron. Incluso la Petro.

—Mírenla, ¡asi parece que le hubieran propuesto matrimonio!

El comentario de Clara solo avivó más el jolgorio.

—Pues claro que sí, señorita —confirmó Jacinta, levantándose de la mesa—. Figúrese que es tanto el trabajo que se acumula en San Bernardo que trabajo hasta los domingos, ¡pero se hace con gusto!

La mujer no se iba con bromas. Con el permiso de las presentes, fue en busca de su abrigo y un pequeño maletín.

—Jacinta es supervisora en la «Gota de Leche» y atiende a una mujer que dio a luz hace poquitos días —explicó mi hermana, mientras ponía a hervir el agua para un té.

Estaba emocionada. Apenas había escuchado el nombre y ya quería ser parte del proyecto. Pregunté por más.

—Gota de Leche es una institución fundada el año pasado por el doctor Manuel Camilo Vial. Busca estrechar los lazos entre las mamás y sus bebés propiciando la lactancia materna y nociones de los cuidados generales.

—La mortalidad infantil que tenemos en nuestro país es alarmante—agregó Jacinta a lo dicho por mi hermana.

—¿Y yo podría trabajar como supervisora? —pregunté, ya casi sin poder contener la emoción.

—Por supuesto que sí, Luisa —confirmó Jacinta, aproximándose a nosotras para despedirse. Cuando llegó el turno de mi hermana, Jacinta la besó en los labios sin pudor alguno. Clara sonrió con el mayor gusto, pero a mí me invadió un tremendo bochorno.

—Así que se viene con maletas y todo al pueblo —continuó la enfermera—. Con Clara la estaremos esperando con los brazos abiertos.

—Muchas gracias... —dije apenas.

Mi hermana me miró de reojo, soltando una risita, mientras se encaminaba a la puerta para despedir a su amada. Por su parte, Petronila ni se inmutó.

—Oiga, ¿y usted?, ¿ya sabía? —pregunté en voz bajita.

La robusta se sonrió a sus anchas, haciendo gala de sus encías.

—Cabra pa' lesa... —dijo y se acomodó en su asiento para descansar—. ¿Es que no se acuerda? Ni siquiera tenía edad para peinarse sola cuando le fue con el cuento a su padre: «Usted debería darle a mi mamá besos tan tiernos como los de Clara a su amiga Jacinta». ¡Y quedó la grande!

Me tapé la boca, perpleja. ¿Por mi culpa habían desterrado a Clara?

—¡Ay, Petro! ¿Para qué le fue a recordar tan oscura vivencia a la Tita? —interrumpió mi hermana—. Suficiente tuvo con el mal rato que la hizo pasar mi padre, obligándola a presenciar cómo él me torturaba con sus golpes y correazos. ¡Vaya hombre despiadado!

No me esperaba semejante revelación y se me despertó un hipo furioso.

—¡Mi niña, por favor dispense este arrebató mío! Es que me pone mal que se vaya de la casa.

—Petronila... ¿así de bruta fui? ¿Yo... hip... le solté todo a mi padre?

Quería morir.

—¡Luisa querida! —la mano de Clara tomó con fuerza la mía, haciéndome reaccionar—. No deje que le entre la culpa. ¡Todo lo contrario! ¡Le debo a usted el mayor de los agradecimientos! Cambié la casa de nuestro padre por un hogar propio y pleno del amor de Jacinta, con quien soy pareja desde hace muchísimos años. ¿Acaso no se nota lo feliz que soy?

—Mucho —hice una pausa—. ¡Latosa incluso de tanta felicidad!

Mi broma acabó con nuestras aprehensiones y el hipo. Reímos nuevamente.

—Tal vez le asalten dudas sobre mi relación con Jacinta. Por favor, siéntase libre de hacerlas, con toda confianza —insistió mi hermana.

Dada la oportunidad, no dude en aprovecharla. Irradiaba mi hermana una paz que despejó todo recelo.

—Pues... ¿usted o Jacinta han sentido la necesidad de vestirse como varón?

Se hizo un instante de silencio que la Petronila aprovechó para agarrar su té y declarar a sus anchas:

—Creo que mejor me voy a dormir una siesta.

Y sin más preámbulos, la criada se trasladó al único cuarto de visitas de la casa y se encerró con llave.

—¿Vestirse de varón? —retomó mi hermana—. Para serle sincera, ninguna de las dos se ha inclinado por esos gustos.

—Ah....

—¡Ya, pues! Cuénteme eso que la tiene mal, hermanita. Está con el mismo puchero que me ponía a los seis años.

—Clara, usted se está imaginando cosas...

Cerré mis puños bajo la mesa, sin ánimos de dejarme vencer por el temblor que ya se me asomaba por los dedos.

—¿Y cómo lo hacen con la gente? —pregunté, cambiando de tema—. ¿Para que acepten su relación?

—Es que no la aceptan, Luisa. Nunca lo harán.

Sentí como si me arrancasen el corazón.

—Para el pueblo solo somos unas amigas que se aman profundamente. Dos mujeres solteras que se cuidan a falta de marido e hijos. Todos lo asumen de esa manera, sin adentrarse en mayores cuestionamientos. De esa manera, llevamos una vida tranquila.

—Qué injusto...

—Lo es, mi Tita. Pero mejor ver el vaso medio lleno. Aquí al menos podemos vivir en paz. Porque en Santiago... usted sabe.

Asentí.

Nos dimos una pequeña pausa para saborear el té que acompañamos junto con unos dulces preparados por la Petronila. A diferencia de nosotras, los confites eran los únicos que parecían mantenerse iguales, sin importar los años que pasaran.

—¿Y quién es Víctor?

Escuché el nombre y me puse a toser.

—¿Y de dónde sacó ese nombre?

—Me lo soltó Petronila. Me dijo que le preguntara por el caballero.

—Pero, pero... ¿por qué?

—No sé, supongo que por el mismo motivo que le provoca tal conmoción.

Traté de pronunciar palabra, pero se me salió un gallito de lo más indecoroso.

—Tome un sorbito de té, le va a hacer bien.

Seguí la recomendación de mi hermana, pero el agua que me bebí pareció irse directo a los ojos traicioneros que se nublaron en lágrimas.

—Ese Víctor ¿ha sido cruel con usted? —preguntó Clara, pero negué con la cabeza enérgicamente para disipar las sospechas que empezaban a germinar en el rostro de mi hermana. Y debe haber sido producto de los nervios, pero no encontré nada mejor que compartir con ella la instantánea de Víctor que guardaba fondeada en el bolsillo. Esa que ni siquiera yo me atrevía a contemplar. Entonces, confesé apesadumbrada:

—Cuando le hablé de mi trabajo en la fábrica, de la prueba de bachiller que me animé a tomar pese a mi edad y de tantas otras locuras que he hecho durante este año... Fue esa persona la que me animó a tomar esos desafíos. Cree en mí como nadie en este mundo.

Clara tomó la foto en sus manos y sonrió al contemplarla. Seguro que le causó gracia, como a mí, la sonrisa que lucía el modelo.

—¡Luisa, qué bendición contar con el afecto de una persona tan maravillosa! —comentó por fin—. ¡Y tan guapo!

Menéé la cabeza, derrotada.

—Guapa... —murmuré por fin.

Unos gruesos y tristes lagrimones escaparon de mis ojos. Los observé estrellarse sobre la mesa, ya que no podía levantar la vista por la pena y la vergüenza. También me embargó un dolor pesado en los brazos, y comencé a respirar apenas. Con la cara oculta entre mis manos dejé escapar el llanto triste.

—¿Por qué sufre tanto, mi Tita?

No pude responderle, mas quería pedirle perdón por lastimarla por mi secreto. A ella, a la Petro, a Eulalio, ¡al mismísimo Víctor! Por decepcionar a todo el mundo. Por no hacer nada bien. Por enamorarme justamente de quien no debía.

—Yo... no...

Se agolparon en mi cabeza los deseos de retroceder en el tiempo para cambiar esa noche en el Club de la Unión. ¿Hubiera sido mejor vivir engañada?

—Luisa, el amor es lo más dulce que existe en esta vida... ¡no se prive del placer de disfrutarlo!

Levanté la vista incrédula.

—Pero, Clara, ¿cómo me dice eso? —su afirmación incluso me ofendió de cierta manera—. Víctor está mal, y yo estoy mal por quererlo...

Mi hermana negó con gesto tranquilizador.

—Entonces, dígame, ¿qué hago? —las palabras se atropellaban en mi boca—. Intenté confesarme, pero no hubo caso. Y... y... ¡si supiera de la carta que le dediqué antes de que él se fuera de viaje!

—¿Es que acaso le redactó un reclamo?

—No, todo lo contrario. Fue mi más puro afecto... ¡Pero todo eso se lo escribí a un hombre! Y ahora no sé cómo continuar...

Sin decir palabra, mi hermana tomó mi mano suavemente y me condujo al dormitorio principal, un espacio tan sencillo como el resto de la morada. Siguiendo sus instrucciones, me recosté en la cama, donde me arropé como en mis épocas infantiles. Fue una agradable sensación. Sin embargo, cuando Clara cerró las cortinas, me entró un susto tremendo.

—Hermana, ¿no me diga que le hace al espiritismo? Por favor, deténgase. Que esas cuestiones me provocan el más profundo pavor...

Ante mi súplica, Clara soltó una risotada.

—¿Cómo se le ocurren esas leseras? Ya, relájese y ahora cierre los ojos.

—Pero... ¿para qué?

—Confíe en mí. Cíérrelos, por favor.

Así lo hice. Y de puro nerviosa, solté un gimoteo, pero Clara me dijo que no habría problema con eso.

—Y con nada realmente... —la escuché susurrar—. Olvídense por un instante de mí, de Petronila, de los quiubo de la gente, del qué dirán...

Arrullada por su tono maternal, me entregué a las culpas y miedos que me asediaban hace días: santos de yeso condenándome al fuego eterno, los chismes de la gente a mis espaldas, la sombra de la pobreza y la enfermedad, mi reflejo en el espejo...

Los dejé botar su veneno hasta que se extinguieron sus voces y en su frustración, la mayoría me fue abandonando, poco a poco, para desvanecerse en lo más profundo de mi ser.

«¡Sucia, desagraciada, insolente!».

Reviví el escarmiento de mi padre hacia Clara y, por primera vez, lo consideré un cobarde, un hombre pobre en afectos y frágil ante las exigencias de la sociedad. Él no nos amaba. Nosotras, sus hijas, jamás cumpliríamos sus expectativas por el solo hecho de haber nacido mujeres. Porque nada malo habíamos hecho, a diferencia de él, que había optado por levantarnos la mano para hacer su voluntad.

Cuando renuncié a ganarme su afecto, su imagen se disolvió en una espesa oscuridad. Entonces, el silencio reconfortó mi alma y, ante mí, se presentó Víctor.

—Tranquila, límitese a observarlo —me indicó Clara—. Solo preste atención a lo que usted siente.

¡Oculto en mí estaba justamente de quien más trataba de escapar!

Lo vi rodeado de estrellas, como la primera vez que nos conocimos, con la sonrisa blanca que transformaba sus ojos en una línea risueña. Y al tomar su mano, volví a experimentar la absurda alegría de reencontrarnos, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida.

Entre sus dedos, también hice mío el recuerdo de una familia muerta en trágicas circunstancias. Una identidad que no se correspondía con el cuerpo que cargaba en esta existencia. Observé sus labios sellados, protegiéndome de su íntimo secreto.

Lo sentí solo en el mundo que no estaba preparado para recibirlo.

Era un espíritu, ni dama ni varón, al que amaba profundamente. Cuando todo al mi alrededor se sumió en el silencio, eso fue todo lo quedó.

—Y lo único que importa... —repetí en voz alta, al abrir los ojos.

Clara asintió con lágrimas en los ojos.

Capítulo 18

Mi muy querida Luisa Clementina:

Inicio esta carta con una sentida disculpa: hubiera querido despedirme de usted en persona, pero las fuerzas abandonan a esta anciana que solo anhela el sueño eterno como la mejor de las fiestas. Por eso, y antes de partir, me he dado la libertad de compartir con usted algunas lecciones ganadas a punta de tropiezos que espero poder evitarle.

Para principiar —y creo que no se lo he repetido lo suficiente—, solo si usted se tiene en alta estima tendrá la capacidad de valorar al otro. Contrario a lo que predicán la moral y las buenas costumbres, mi experiencia me ha demostrado que es ejercicio inútil pensar en los demás si primero no se es capaz de hacer algo por uno mismo. ¿Quiere ofrecer paz, bondad y amor? Entonces, no se olvide de que no se puede dar lo que no se tiene. Es menester que trabaje en sus valores internos para servir a quienes la rodean.

Por eso, y en relación con el punto anterior, una sola cosa le pido: no sea vulgar. ¿Y a qué me refiero con esto? No sea como esas personas cuyos afectos e ideas no obedecen al impulso propio, sino a la opinión común, al «qué dirán», a la moda y los achaques intelectuales del momento. Proclame su independencia mental y emocional por sobre el resto, sin miedo a ser tildada de ignorante o diferente. ¡Digan los prójimos lo que les plazca! Mientras usted cultive la sinceridad consigo misma, esta comprensión le proporcionará las fuerzas para entender y respetar gustos ajenos, sin perder la propia paz ni renunciar a sus creencias.

Sea incrédula del Dios terrible y sin piedad, ese que condena al fuego eterno por culpas y pecados, tan promocionado por nuestra educación religiosa. Usted, como muchas otras personas sensibles e inteligentes, ya se ha dado cuenta de que el Santísimo solo guarda buenos deseos para la humanidad, su más hermosa creación. Porque así como a un niño pequeño se le perdona toda caída cuando da sus primeros pasos, así lo hace nuestro Dios, con nosotros, sus infantes en el universo. Créame, Luisa Clementina, cuando le digo que todo lo que ocurre en esta vida es perfecto, justo y necesario para nuestro crecimiento. ¡Y aquello que se escapa a esa regla simplemente no sucede nunca! A usted, que tanto le gusta mantener las cosas bajo control, le sería de provecho meditar sobre estas materias.

Siguiendo las enseñanzas de mi amado Ravinder, creo firmemente en la reencarnación del espíritu en nuevas vidas y no me cabe duda de que los dos nos volveremos a encontrar. Me daré un tiempo en los cielos y luego bajaré para estar nuevamente a su lado, ¡jactándome de los años de juventud que le llevaré por delante!

Me despido dando gracias al cielo por el singular beneficio de una nieta tan ilustre como bella, aunque los prejuicios la hagan creer lo contrario. Es usted la mujer que supo reconocer en este rostro algo más que una anciana deschavetada, permitiéndole escribir, ilustrar y disfrutar sus últimos meses de vida sin remordimientos. No me cabe la menor duda de que esa misma luz que descubrió en mí la encontrará en otros.

Nos vemos pronto,

María Isabel Echeñique

P. S.: Luisa Clementina, escondido bajo de mi cama, en la tabla de madera suelta, encontrará un atadito de alhajas, dinero y otros lujos que he querido dejarle en herencia. Celebre mi partida con una pequeña fiesta y el resto déjeselo para financiar sus futuros proyectos. No llore por mi muerte, mas brinde en mi nombre: ¡hoy viajo a Bombay!

Cuando volví de San Bernardo, bien entrada la noche, me apresuré escaleras arriba hacia los aposentos de doña María Isabel. Me la encontré en las penumbras, apenas iluminada por el tenue resplandor de una lamparita, con la sonrisa plácida de quien descansa sin arrepentimientos. La carta a mi nombre yacía en un sobre cerrado sobre el velador, acompañada por una botella de anisado y una copita para degustar el licor.

Apenas leí el primer párrafo, me precipité a tomarle el pulso a la mujer, sabiendo de antemano el resultado. Aún privada de aliento, entendí la inutilidad de echarse a llorar o pedir auxilio, y con una paz que no sé de dónde me vino, seguí leyendo hasta terminar la carta.

Me serví una copita. La alcé bien alto y tuve la impresión, durante un mágico y breve instante, de haberme trasladado a lejanas tierras orientales.

—¡Buen viaje, María Isabel! —exclamé, con ojos llorosos de emoción—. Gracias por todo y... nos vemos pronto.

Hice cumplir el deseo póstumo de la matriarca esa misma noche y celebré con la servidumbre, ofreciéndole los mejores vinos, además de jamones y otras delicatessen importadas que se mantenían bajo llave.

Animados por el son del piano, despedimos a mi abuela entre cantos, brindis y risas. Las lágrimas las reservamos para los días siguientes, en presencia de parientes y amigos de la familia que sabíamos que jamás comprenderían los anhelos de la difunta. Para ellos, me preocupé de publicar un destacado obituario en varios diarios nacionales y organicé un elegante entierro en el panteón familiar del cementerio católico. Javier,

quien se había agasajado con una largas vacaciones en Chillán, apareció justo a tiempo para llevarse los créditos de tan sentido y glorioso funeral.

—Carmelo, venga, lo necesito para un recado —dije.

—¡Mande, ñorita!

—Me apremia esta carta. ¿Podrá entregarla usted?

El criado asintió, revisando el sobre contenido en sus manos. Apenas ejercido el oficio de la lectura, articuló vocales y consonantes con gran dificultad.

—Disculpe, patrona. Esto é las letras no es naíta lo mío. ¿Y pa' quién sería...?

—Para el señor Víctor Viviani.

—¡Ah, el caballero de la semana pasada!

Asentí, sin disimular mi felicidad.

—Sea muy bienvenido, padre —dije con el mejor tono que pude.

—Sí, sí, gracias... ¡Carmelo! ¡Venancio! ¡Las maletas y bolsos, por favor! ¡Y cuidadito con golpearlas que traen mercancía delicada!

De mirada esquiva y afectos inexistentes: el reencuentro con mi padre se había dado tal como me lo esperaba.

—Ah, viejo culiao... —murmuré sonriente, mientras me apresuraba a saludar a mi madre. Don Ramón, incrédulo ante lo que creía haber escuchado, se quedó tieso como estatua y con mirada sulfurosa buscó el

gesto de arrepentimiento que delatará mi insolencia. Pero este nunca llegó. Pasé por su lado muy campante para atender a los recién llegados.

—¡Madre, cómo se nota que el agua en Europa es otra cosa! ¡Ha llegado usted luciendo una cabellera con rizos de trigo puro!

En el rostro de doña Teresa se pintó una profunda satisfacción.

Todavía hice un esfuerzo adicional y, aparentando emoción, le aseguré a mi futuro cuñado:

—Don Pedro, se le ve más esbelto. ¡Y el tiempo parece no pasar por usted!

Ambos parientes sonrieron, complacidos con sus egos, mientras a escondidas yo dejaba escapar un suspiro. ¡Qué más daba tanta zalamería si faltaba tan poco para el adiós definitivo!

—Adelaida, y a usted... —su mirada fatigada y famélica estampa detuvieron los piropos que tenía preparados—. ¿Y a usted qué le pasa?

La princesa de ojos pardos solo me dedicó una sonrisa agonizante. Adelaida hacía gala de un talle más alto que la última vez que nos vimos, pero escasas eran las carnes que lo sujetaban. Su prometido, visiblemente preocupado, le preguntó por su bienestar, pero marcada fue la indiferencia que obtuvo como respuesta.

Al fin, la niña me dijo:

—Ya no espero el momento de poder compartir con usted los regalos que le hemos traído.

Y eso fue todo, mas ninguno de los recién llegados pareció sorprenderse con la letanía de la joven muchacha que no volvió a pronunciar palabra y se dirigió rápidamente a su habitación.

—El viaje nos tiene a todos muy cansados —comentó mi madre. Su voz tenía un timbre un tanto sospechoso—. Luisa Clementina, ¿puede pedirle a Petronila un poco de sémola con leche para Adelaidita? Le hará bien para edificar el cuerpo.

Asentí.

Meses de viajes no han podido con el estigma familiar, obviando los problemas con la esperanza de que desaparezcan solos.

Lo pensé sin que saliera ni una palabra de mi boca.

—Luisa, espero que los días en nuestra ausencia le hayan sido de provecho para fortalecer sus amistades en matinés y otros eventos.

—Sí, madre.

—¡Usted no sabe lo triste que es tener una hija a la que solo le dan calabazas!

—¡Oh, madre! ¡Debe ser tan grande su sufrimiento! —de rodillas, hasta con lágrimas en los ojos, imploré con oculto sarcasmo—. ¡Perdóneme, madre! ¡Se lo ruego! ¡Por favor!

Somos extraños los seres humanos. No sabemos qué hacer cuando recibimos lo que tanto queremos.

—Ya, no se acongoje tanto... —respondió doña Teresa toda incómoda, ayudando a levantarme—. Déjeme que le muestre el vestido que le tengo reservado para el baile de fantasía de esta noche. ¡Es de un gusto exquisito!

Y sonrió, dándome la espalda. A paso ligero le seguí la sombra hasta el salón principal, donde su equipaje descansaba temporalmente.

—¿Dónde fue que lo metí?

El entusiasmo de doña Teresa pasmaba. La señora recién se bajaba del tren, luego de un larguísimo viaje a vapor, pero desplegaba más energía que una chiquilla recién estrenada en sociedad. Sin embargo, a mí no me engañaba, pues conocía el elixir que la mantenía vigorosa: antes muerta que faltar al compromiso adquirido con los Concha-Cazotte.

Por los aires volaron medias, zapatos y pañuelos ante la frenética búsqueda de la mujer que no desaprovechó la ocasión para hacer la repartija de

regalos que ya me había anunciado Adelaida.

—Tome, un reloj suizo de oro y esmaltes, icon pulsera!

—Gracias, madre. ¡Cuántas molestias se ha tomado usted por mí!

Recibí el regalo y lo guardé bien en el bolsillo, seguro sacaría unos buenos pesos al ofrecerlo en una joyería.

—También le traje esta horquilla y espejo de mano enchapado en plata. Ambos de Venecia. Para motivarla a cuidar de su apariencia. Aunque, bueno... bien sabido es que la más hermosa joya no vale el brillo de la juventud.

—Usted siempre pensando en mí, mamacita.

Tomé los artículos y los examiné entre mis manos. Fácilmente, podría sacar unos doscientos pesos, si es que no más.

—Luisa —exclamó la señora, buscando mi atención—. Mire este precioso turbante de paño de oro y tul negro, modelo Reboux. Lo había comprado para mí, pero si quiere se lo dejo.

Hice un examen rápido y descarté la mercancía por su gran volumen. Sin duda, sería difícil de vender y ya circulaban los rumores de la próxima moda que los pondría en desuso, siendo las americanas las primeras en pasear con la cabeza descubierta.

—Madre, ¡pero si le queda tan bonito! Por favor, no dude en dejárselo.

Siguieron volando las prendas en una extraña danza de lujo y despilfarro.

—¡Por fin lo encuentro! ¡Aquí está su disfraz para esta noche, Luisa Clementina!

Las vaporosas telas del atuendo despertaron en mí una primera impresión del todo favorable. «Velo sobre raso liberty», se apresuró a clarificar mi madre, que atenta a mis gestos, ofrecía una curiosa resistencia a la entrega del vestido para un examen más detallado. Pronto entendí el porqué.

—Pero, pero... ¿es que son solo capas?

—¡Ay, Luisa, por Dios! ¿Es que no sabes reconocer el atuendo de una beduina?

—¿Beduina?

Al verla tan animada, omití comentario y me dejé vestir, riendo para mis adentros. ¿Por qué esperaba algo distinto de mi madre? Con los ropajes puestos, me contemplé divertida en el espejo. O lo que se alcanzaba a deslumbrar de mi persona, oculta entre infinitos velos y capas.

—Madre, déjeme adivinar. ¿Será acaso la beduina una dama del desierto?

—¡Bravo, mi Luisa! ¡No podría haber desplegado traducción más exacta!

—Me parece que apenas nuestro los ojos...

—Ah, pues... ¡pero qué fabuloso contraste se genera con el amarillo de sus túnicas!

Pensé que eran palabras malintencionadas, pero Teresa hablaba con la más pura verdad. Atesoré en mi memoria su sonrisa, consciente del alto precio en amor propio que me costaba verla aparecer. Esta sería la última vez.

—Muchísimas gracias, madre.

—De nada, hija —exclamó con alegría hasta que dio una ojeada al reloj—. ¡Mire nada más la hora que es! ¡La fiesta comenzará dentro de poco y yo todavía en estas fachas y con este pelo! ¡Carmelita! ¡Carmelita! Dígame, ¿en qué lugar puso...?

A buen entendedor, pocas palabras. Consciente de que mi momento de gloria ya había pasado, me retiré a mis aposentos para los preparativos finales, los propios, que debían entrar en una sola maleta.

A paso firme y optimista, me dirigí a la mesita de tocador, pues ya había hecho las paces con el espejo. Frente a él, se me despertó la risa y con cierto pudor, le confieso el que fuera alguna vez mi oculto deseo: iverme en su reflejo y encontrar a otra Luisa! Una de nariz más fina, de cabellos más

claros... ¡por años creí posible ese artificio de magia! Así que le pedí perdón al cristal, y a mi propia persona, por años de exigencias imposibles, anhelos caprichosos que importaban un pito, sinceramente. Solo le pedí a Dios que me permitiera gozar de mi vista, del habla, de todas mis facultades, porque las necesitaba para trabajar.

—Con su permiso...

Mi querida Petro hizo el anuncio, apenas ingresaba a mi alcoba. Con el ceño fruncido, la mujer no disimulaba la preocupación que le tenía ulcerado el estómago hace días.

—¿Esa es la maleta?

—Sí, esa misma —busqué la mirada de la criada, mientras me soltaba los cabellos. —Petro, no se enoje conmigo.

—¡Cabra e miechica! ¿Y si la pillan?

—Que no lo van a hacer...

Sus amorcillados brazos hicieron posesión del cepillo con vigoroso ademán.

—Ay, Petro, ¡no tan fuerte!

—¿Y?, ¿y? —exclamó ella, ya presa de los nervios—. ¿Cómo se supone que la voy a acicalar con esto? ¿Qué se hicieron el resto de los mejunjes que habían aquí?

Además del cepillo, un agua de colonia y la cajita de color era todo lo que se lucía sobre la mesita del tocador.

—Y... se los regalé a mis amigas en la fábrica.

Mi acompañante chistó y siguió en lo suyo, ahogando sus reclamos.

—Petronila, después de visitar a mis antiguas compañeras de labores, me ha surgido la vocación de luchar por ellas: ¡seré sufragista!

Fue tal el tirón de cabellos que temí quedar sin ellos, calva como resbalín de piojos.

—¡Ay! —gimoteé.

—¿Sabe qué más? —dijo, soltando el cepillo—. Me voy a la pieza de la Adelaidita por polvos de arroz, pinches y cintas. ¡Así no se puede trabajar!

—Pero no se enoje conmigo...

Para cuando volvió la criada, traía en sus brazos una gran caja envuelta en cinta de raso.

—Se lo manda el señorito Víctor.

Adiviné su contenido con solo ver el paquete.

Cuando el reloj marcó las nueve y media, mi madre se presentó en mis aposentos.

—Hija, ya es momento de... ¡oh, gran Divina Providencia!

Fue tal el estupor de la mujer que se quedó sin habla: ¿qué hacía frente a ella una mariposa?

—¡Pero...!

Titubeaba doña Teresa, incapaz de identificar cuál de todas las sorpresas en mi atuendo le causaba mayor repulsión. No acababa de decidirse si eran las alas de seda y encaje que habían dado muerte a la beduina o el traje de tul sembrado de estrellas que terminaba escandalosamente en un pantalón harem de intenso azul índigo. ¿Buscaba acaso que me confundieran con un

hombre? Pero el acabose se lo llevó la falta de polvos de arroz sobre mi piel trigueña, apenas decorada con un poquito de vaselina brillante en los párpados y colorete en las mejillas ¡El peinado estilo garcón que había escogido no hacía más que resaltar mi falta de blancura!

—¡Luisa Clementina Santa María Matte! ¿Qué significa esto?

Mi nombre completo era señal inequívoca de la más profunda indignación, pero esta no encontró eco en mi espíritu. Nos observamos por largos minutos, con el deseo de que las palabras se asomaran por nuestros labios.

—¡Qué posma, mujeres! —interrumpió mi padre—. ¿Acaso no se dan cuenta de la hora que es?

Y como si no hubiera bastado el grito, don Ramón dio por terminado nuestro duelo de miradas de un puro portazo.

—¿A quién se le ocurre hacer una fiesta un martes por la noche? —se le escuchó reclamar escaleras abajo. Mi madre, indignada, no tuvo más opción que seguirle el paso.

—¡Y obligarlo a uno a vestirse de mamarracho!

Muy contrariado podía estar el señor, pero su disfraz de emperador romano parecía más natural que su propia piel. Gritó tanto que en cinco minutos nos tenía a todos arriba de las victorias que nos transportarían al baile de fantasía: en una carroza, mis padres y Javier Augusto; en la otra, Adelaida y yo.

—Menos mal que el viaje es corto —comenté en voz alta, pero de Adelaida ni mirada obtuve por respuesta. La belleza que desplegaba en su traje imperio era tan impresionante como la angustia que parecía apresar su espíritu. La observé compasiva en su desdicha: terminado el hechizo de los viajes por Europa, no le quedaba más que enfrentarse a su próximo matrimonio.

—Adelaida, véngase conmigo.

Mis palabras sacaron a la chica del trance en el que estaba. Se giró y me miró con espanto.

—¿Cómo dice, hermana?

—Escápese conmigo a San Bernardo, a un nueva vida —le tomé la mano con fuerza sintiendo la tensión que paralizaba sus músculos—. No le voy a mentir: será una existencia pobre, pero le prometo que a mi lado será libre para desarrollar sus capacidades y elegir el amor, si este toca su puerta.

El coche ralentizó su paso, ya en calle Brasil. Haríamos ingreso al palacio arabesco en cualquier momento.

—Parto esta noche, ¿se viene conmigo?

Pasamos las espléndidas rejas del palacio, luego árboles de todos los tipos y una majestuosa laguna surcada por cisnes. Frente a las escaleras de mármol, los anfitriones saludaban a sus convidados que desfilaban los más exquisitos diseños en ropaje y accesorios.

—¿Adelaida?

—¡Usted está loca, hermana!

La princesa se soltó de mi mano, precipitándose a bajar del coche que recién había detenido su marcha. De mejillas coloradas y puños bien cerrados, la vi alejarse por las escaleras blancas al encuentro con nuestros padres, quienes ya estrechaban manos con los dueños de casa. Como bien la conocía, mi predicción indicaba que la joven muchacha evitaría cruzarse conmigo en lo que restaba de la noche. Y no me equivoqué.

—Adiós, hermana —murmuré.

El golpe de vista que ofrecía la fiesta era artístico en sumo grado. Las toilettes conmemorativas de todas las épocas maravillaban la vista y dejaban cortos a quien osaban describirlas en simples palabras. ¡Visiones fantásticas de alcurnia y hermosura, propias de un cuento de hadas!

Circuló por mi lado la señora Tránsito Matte Gormaz en un finísimo vestido que evocaba a la corte francesa de siglos pasados. A lo lejos, registré encarnaciones de la reina María Antonieta en las elegantes Carolina Freire de Vial, Ana Lyon de Álamos y la mismísima anfitriona, Teresa Cazotte, que reían y festejaban junto con reyes, toreros, sevillanas y caballeros orientales. Sin embargo, mi mayor impresión se la llevó el atuendo de abogada francesa elegido por Raquel Echeverría Cazotte, dejándome intrigada no solo por su facha, sino por sus intenciones: ¿estaría frente a una rebelde feminista o alguien que pretendía ser una?

Esa noche recorrí los salones de esplendor y lujo inusitado, las avenidas del parque desbordante de perfumes florales y luces, además del gran comedor en la terraza norte del palacio, donde garzones vestidos de frac te agasajaban con manjares dispuestos sobre fuentes de plata traída directamente del yacimiento Caracoles.

Como una protagonista más de esa fantasía, ahora daba crédito a las copiosas alabanzas que todavía se hacían del centenario patrio celebrado en los mismos salones donde esta noche las coquetas buscaban su reflejo en cada cristal y los caballeros volteaban las cabezas, buscando la admiración de quienes se paseaban por su lado.

Por instantes, me pareció estar atrapada de un despliegue de riqueza moralmente peligroso frente a quienes nos observaban desde las rejas que daban a la Alameda de las Delicias. «Al freír será reír», decía el dicho. Solo el tiempo dirá qué consecuencias nos depararía nuestro absurdo despilfarro. ¡Menos mal que aquí termino esta vida ociosa y materialista!

—¡Usted lo ha dicho! Es un buen día para despedirse de la elite chilena.

Me pilló hablando sola un distinguido dandi del siglo pasado. Lo reconocí en el acto, incluso bajo el antifaz, por esa dulce alegría que solo él despertaba en mi corazón.

—Buenas noches, Luisa Clementina.

Sí, era mi Víctor. El mismo de siempre. Su rostro no cambió para mí. Impecable en su levita de raso negro, guantes blancos y sombrero de copa, el joven se inclinó para besar mi mano con teatralidad.

—Discúlpeme si la incomodo —expresó risueño—. Solo busco interpretar mi personaje a cabalidad.

El gesto atrajo la atención de algunas señoras que chismeaban próximas a nuestro lugar. Se alejaron, felices, con el nuevo botín para parlotear.

—Víctor, de todos los diseños que me mostró una vez en el café, ¿cómo sabía que el de mariposa era justamente el de mi mayor agrado?

—¡Ah, pues! Porque le provocó tal gusto el boceto que hasta olvidó tapan su boca con las manos, como suele hacerlo cuando está nerviosa.

—¡Oiga, tenga más respeto con sus mayores! —exclamé, exhibiendo la risa que delataba mis dientes chuecos. Resguardada en la mirada plena de afecto de mi compañero, ya no había necesidad de sentir complejos.

Entonces, eché una ojeada al reloj que colgaba de mi muñeca.

—Ya es hora de partir, ¿verdad?

Víctor asintió y, al tomar mi mano, dijo:

—Pero, antes, un vals.

Se dispararon los latidos de mi corazón. Nunca antes habíamos bailado.

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió, cerrándome un ojo. Y esta vez, estaba segura de que no se me había escapado palabra alguna mientras reflexionaba.

Ingresamos al salón principal cuando numerosas parejas bailaban un aristocrático cotillón, jugando alegremente a intercambiar pareja con cada cambio de compás que se daba en el «Danubio azul». Sobre sus cabezas, una majestuosa cúpula daba origen a una enorme araña de baccarat, que lo

cubría todo con el manto de luces que se proyectaban desde sus cristales. Miré de reojo a Víctor y sonreí risueña.

Nosotros también estamos cubiertos de estrellas. Como el día en que nos conocimos, pensé.

Desde las alturas también nacía la música, como si fuera obra de santos y querubines. Violines, flautas, arpas, piano... Picada por la curiosidad, busqué los acordes escondidos de la orquesta que deleitaba a la concurrencia con sus melodías y solo pude dar con la escalerita que los resguardaba en un piso superior, mientras la vista se quedaba atrapada en los elaborados arreglos florales que adornaban cada esquina.

Finalizó el vals y los bailarines se replegaron hacia los extremos para un breve descanso previo a la próxima danza.

—Le advierto que el baile no es lo mío...

Pero Víctor pareció no oírme. Su mirada estaba clavada en el piso que albergaba a la misteriosa orquesta.

Los artistas comenzaron a afinar sus instrumentos, anunciándonos que la próxima pieza estaba por empezar. Tomada del brazo de mi querido amigo, avanzamos hacia el centro de la pista, junto con otros contertulios.

Silencio y luego el solo de un piano que hizo eco en el gran salón. Los presentes, confundidos, no se animaban a dar el primer paso. «Esta no es la canzonetta que anunciaba el carnet de baile», escuché que decían por ahí. «¿Qué melodía es esta?», preguntó otro.

—«Oh, mi querida Clementina» —pronuncié el nombre de la melodía, sin dudarle un segundo, y Víctor sonrió dulcemente. Entonces, iniciamos una coreografía íntima. Tan próximos el uno del otro, itan indiferentes a la etiqueta que transgredíamos con cada movimiento!

Víctor tomó mi mano y la posó en su pecho, ya despojado de todo miedo. Entonces, hicieron eco los latidos de su corazón, los que terminaron transformados en un cálido susurro para mis oídos.

—Lo sé, siempre lo supe... —le respondí divertida.

Un destello de alegría se pintó en sus ojos color miel. Protegida en sus brazos, logré detener el tiempo y así atesorar su amor entre mis recuerdos más adorados.

El son de Clementina llegó a su fin.

Dejamos atrás el majestuoso salón y a los incómodos bailarines, que ya murmuran a nuestras espaldas. Pero eso no nos importó en lo más mínimo. Pronto nuestro rastro se perdió entre cientos de personajes exóticos y entre la tenue luz de los faroles instalados en los jardines.

—¡Luisa!

El llamado nos hizo girar las cabezas a los dos, mas lo hicimos en vano. Es a Luisa Concha Cazotte a quien buscaban. Reímos, presos de los nervios.

—Pasan los años y sigo respondiendo al nombre... —confesó Víctor, un tanto apenado.

En las afueras de calle Brasil, un coche esperaba por mí. En su interior, logré distinguir mi maleta y una muda de ropa.

—Víctor, dele mis cariños a Eulalio.

—Así lo haré.

El motor del vehículo se encendió en preparación para el largo viaje.

—Los estaré esperando a los dos en San Bernardo —insistí—. Serán mis huéspedes de honor.

—Iremos para la Pascua, como acordamos —me dijo dulcemente.

El chofer se disculpó: ya era momento de partir.

—Cuideme a la Petro, ise la encargo, por favor!

El joven asintió, mientras me ayudaba a subir al auto.

—Es una promesa —murmuró él con exquisita bondad—. Buen viaje, mi Clementina.

Su suave voz flotó en la cálida brisa de la noche, mientras el coche iniciaba su marcha para dejar atrás al Santiago de vida acomodada, el hogar paterno al que no volvería jamás y a la persona que para mi cumpleaños prometió darme alas para cumplir mis sueños.

Aquella noche, impregnada de perfume primaveral, por fin emprendí el vuelo.

Agradecimientos

Al equipo de Memoria Chilena.cl, cuyo trabajo en colecciones patrimoniales me permitió recrear el Chile de 1912.

A Fernando Imas y Mario Rojas Torrejón de Brüggmann.cl, por los tours que me transportaron a la Belle Époque chilena.

A José Antonio Ilianovic por abrirme las puertas del Palacio Larraín Mancheño.

A Criss Salazar y su increíble trabajo en Urbatorium.blogspot.com

A Kóte Carvajal, el primerísimo editor de la novela. ¡Gracias por tanto!

A Pamela Viviani, la Luisa del Chile bicentenario.

A Esteban Cabezas, por sus inagotables consejos, datos y paciencia.

1 Lo dulce de no hacer nada.

2 Último grito.

3 Pista de patinaje.

4 Le pido mil perdones.